

La Batalla de Roncesualles

Y

El Brujo de Bargota

HISTORIA, LEYENDA Y FOLK-LORE
(OBRA PREMIADA)



....in vallem subjectam....

por el

Dr. D. Agapito Martínez Alegría
Canónigo-bibliotecario de la Real Colegiata

LA BATALLA DE RONCESVALLES
Y
EL BRUJO DE BARGOTA



LA BATALLA DE RONCESVALLES

∇

∴ EL BRUJO DE BARGOTA ∴

HISTORIA, LEYENDA ∇ FOLK-LORE

(OBRA PREMIADA)

por el

Dr. D. Agapito Martínez Alegría

Ganónigo-bibliotecario de la Real Colegiata



1929

Talleres Tipográficos LA ACCION SOCIAL
PAMPLONA

40125

NIHIL OBSTAT
Lic. Joannis Sarrasin
Censor

IMPRIMATUR
Pampilonae, 22 Januarii 1929
† THOMAS
Episcopus Pampilonensis

Rvni. et Illmi. Episcopi
Domini mei Mandato
LIC. JOSE MAGAÑA
Vice-Scrius.

A GUISA DE PRÓLOGO

—¡¡RONCESVALLES!!... ¿Por qué no has de ser más histórico y menos legendario?... ¿menos fabuloso y más verídico?...

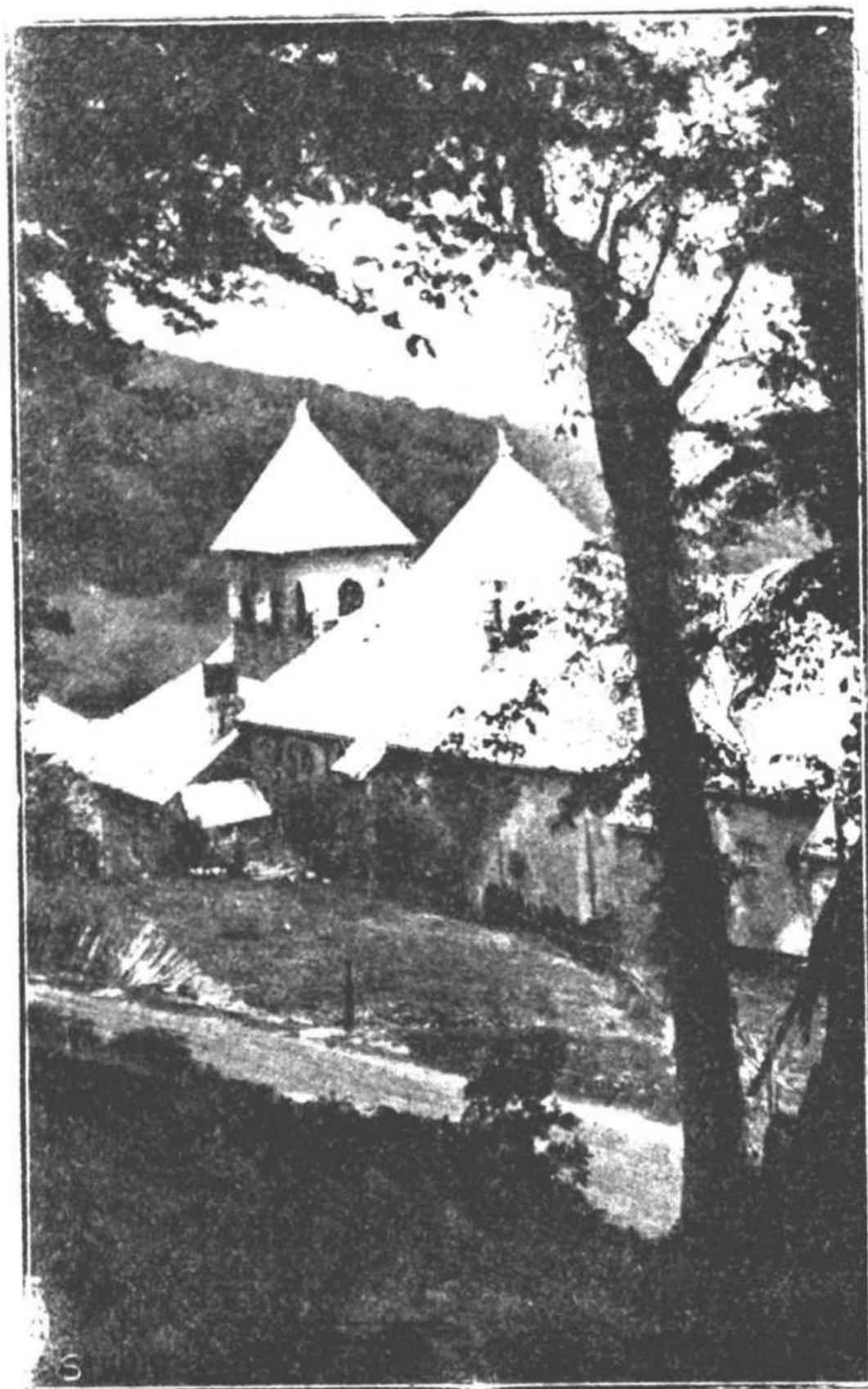
--¿Hemos de continuar, aún en esta época de crítica histórica, sagaz pero serena y altamente provechosa, adorando los ídolos, que la fantasía empalagosa de los siglos XVI y XVII pone ante nuestro entendimiento para que a ellos se rinda, y ante nuestra voluntad para que a ellos inciense, robando así a la verdad el culto y homenaje que a ella sola son debidos?... ¿No ha llegado la hora de verte sin ese espantajo de careta pintarrajeada y sin ese manto ampuloso de falso tornasol y lentejuelas, con que han enmascarado la belleza de tu rostro y la inmaculada albura de tu vestido el cuento, la fábula, la leyenda y el folklore?

—¡Ah!, ¡cómo se han unido estas mascotas de la Historia para desfigurar tus glorias legítimas!... ¡Cómo han dorado con purpurinas de oropel la aureola radiante de tu bien ganada fama!...

--¿Quién podrá conocerte, ahora, tal cual eres?...

—La «leyenda» ha fundido sus canciones de sirena con el rumor de tus fuentes misteriosas; la «fábula» ha mezclado sus gritos de batallas de gigantes imaginarios al dulce eco de tus valles hospitalarios; el «cuento» vivas de victorias soñadas ha confundido con los cantos de triunfos legítimos, que los siglos

han oído al pasar por tus recios bosques, emblema de una raza; el «folklore» ha hecho surgir, de tus cuevas inventadas, procesiones de fantasmas, que entonaban falsas salmodias, en los mismos caminos que



‘ «...al pasar por tus recios bosques emblema de una raza...»

tus monjes-soldados abrieron para las romerías interminables de Compostela... y custodios de tu Santuario bendito, con mejor intención que acierto, han recogido estas canciones, estos gritos, estos vivas, estas salmodias... y los han estampado en hojas, agrupadas, mezcladas, confundidas con hojas de historia y... con nuestro Roncesvalles ha sucedido lo que ocurrió con el Pilar de Zaragoza....

Amantes de sus glorias, más bonachones que instruidos, algunos de los miembros de aquel templo metropolitano, en los siglos pasados se empeñaron en apoyar, la fundación del templo de la Santísima Virgen en la primera centuria del Cristianismo, en tradiciones y leyendas ridículas, que Baronio enfrentó a datos suministrados por la historia, saliendo a la luz del día lo infundado de aquellas tradiciones y lo falso de aquellas leyendas; siguiéndose de esto, que la tan infundada como tenaz credulidad de los primeros, arrastró al segundo al abismo de la negación de una verdad rigurosamente histórica, casi teológica....

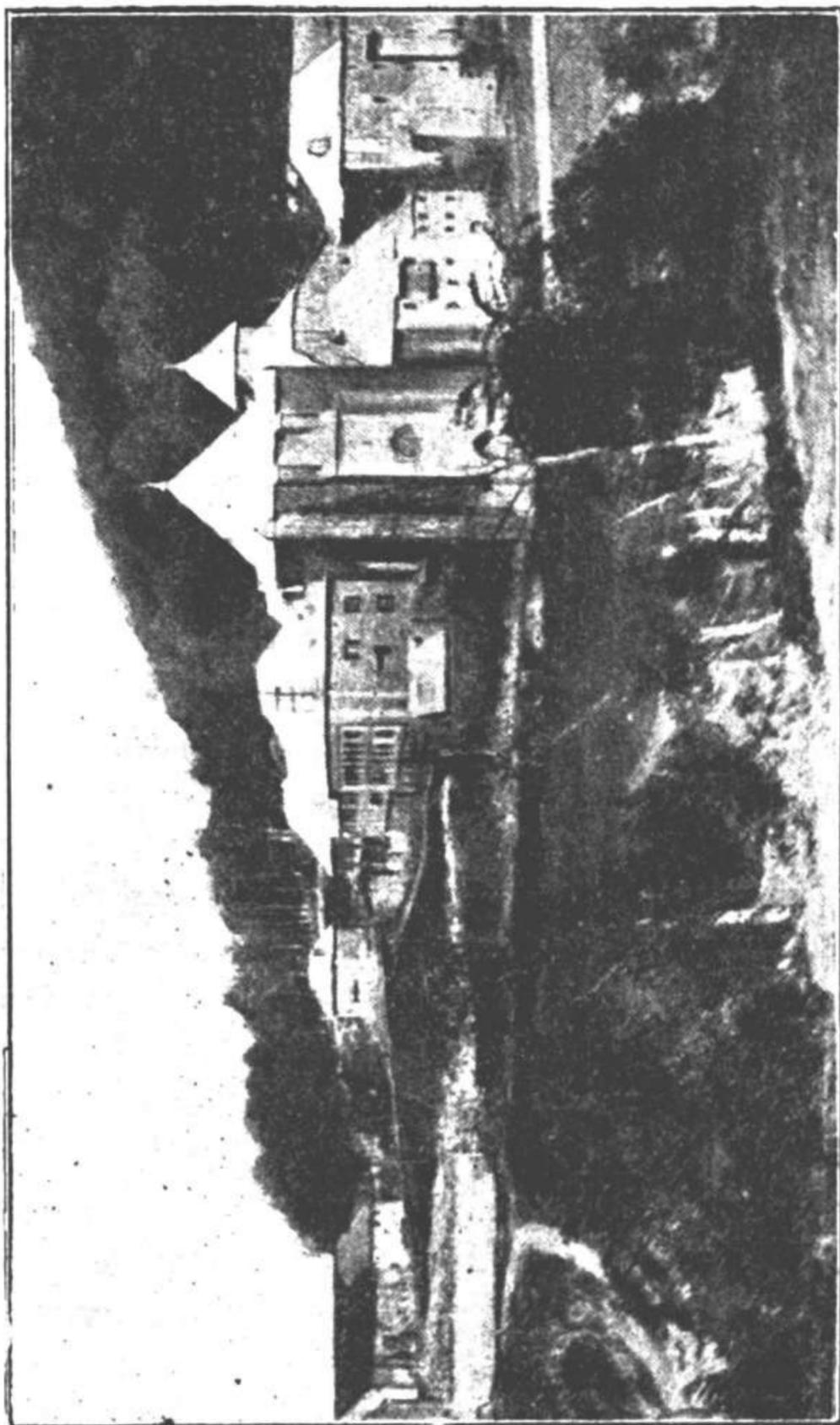
La autoridad de Baronio deslumbró a varios historiadores, que desgraciadamente le siguieron; y llegó un tiempo que, en el campo de las letras, se oía la relación de la venida a España de la Santísima Virgen con una mueca de excepticismo que anublaba el corazón de tristeza y llenaba los ojos de lágrimas.... Gracias a Dios, la crítica depuradora, imponiendo silencio a los tenaces y pidiendo espera a los sabios, echó al fuego aquellas leyendas y aquellas tradiciones corrompidas, a la simple luz de un buen criterio incomprensibles; se impuso, y comenzó la rebusca de documentos, que disiparon las nieblas de la duda e iluminaron el camino de la historia hasta su mismo origen. Desempolvó los cantos de Prudencio, que, en sus rimas, habla de la iglesia cesaraugustana de María como iglesia de los tiempos apostólicos; desenterró, de entre el polvo de muchas centurias, un precioso docu-

mento del siglo IX, el cual describe el templo mariano como principal y cabeza de las demás iglesias mozárabes; sacando la consecuencia legítima de que ya estaba construido antes de la invasión de los sarracenos, porque el poder musulmán jamás consintió en sus dominios, que los cristianos levantasen nuevos templos; y, sobre todo, nos presentó el apodíctico pergamino del obispo don Pedro de Librana (principios del siglo XII), en el que, celebrando la liberación de Zaragoza de la opresión musulmana, hace un llamamiento a todos los fieles de España para que le ayuden con sus limosnas a restaurar el antiquísimo templo de la Virgen María; documento, que firman, además del Legado-apostólico, el arzobispo de Toledo y los obispos de Huesca, Calahorra y Lescar (baja Navarra, hoy Francia), dando con ello a entender que el templo mariano de Zaragoza no era como los demás, privativo de una ciudad, o de un obispado; sino que, considerándolo como suyo el arzobispo de Toledo y el obispo de Calahorra y el de Huesca y el de Lescar, era el templo de España, por deber su fundación a la venida de la Virgen María, para visitar a Santiago, en tierra española; y, si así no se consigna, es por que, práctica ordinaria de los antiguos fué omitir en sus escritos, por demasiado sabido, lo que era generalmente conocido.

En fin, que si el rebuscar de la crítica ha deshecho leyendas y tradiciones de sensiblería, en cambio, nos ha descubierto documentalmente la verdad, llegando a asentar, por deducciones legítimas, la primacía de tiempo, en España, del templo del Pilar; dándonos, con ello, sólido fundamento para seguir ensalzando a la Virgen María con la españolísima salutación, aprendida de nuestras madres: «*Bendita sea la hora en que nuestra Señora del Pilar vino en carne mortal a Zaragoza...*»

La historia interesante del Pilar santo, se repite en

Roncesvalles: sus desfiladeros se hacen célebres con la rota de Carlo-Magno: son los Vascones, solos los Vascones, quien las tropas carolingias deshacen, pero... la leyenda empuja a la historia, la derriba de su puesto y ocupa su lugar.



Roncesvalles: vista parcial de la villa. Colegiata de Roncesvalles al pié.

Los poetas de la Edad-Media templan sus liras en las gradas de su pedestal y, sin reparar en la suplantación que ha tenido lugar, le ofrendan sus canciones épicas, mezclando en la batalla ejércitos de árabes alados, reyes fabulosos, colosos invencibles, hazañas maravillosas, milagros inverosímiles, figuras de héroes, cogullas de obispos, sacrificios de mártires, salmodias de santos: todo mezclado, todo revuelto, todo trasteado, todo confundido: y esta confusión produce el escepticismo; y los historiadores de ésta época niegan la batalla y, por tanto, la rota celebradísima por tantos siglos y se ríen de los cantados estrechos de Roncesvalles....

Como argumento supremo, los custodios de este Santuario de la Virgen, con mejor deseo que fortuna, señalaron con el dedo, los monumentos que, en Roncesvalles, con lenguaje mudo, pero elocuente, comprobarían el hecho bélico...; ¿qué monumentos?... ¡Ah!, sí; ¡las mazas de Roldán y Oliveros, dos de los doce Pares, que sucumbieron en la derrota!...; ¡las zapatillas de Turpín, el arzobispo-capellán de los ejércitos francos!...; ¡el silo de Carlo-Magno, donde el piadoso emperador encerró las cenizas de los vencidos!... y, ¡ay!, ¡del que acogiera con muecas de duda estas pruebas monumentales!, sino era tenido por falta de seso, al menos sería considerado como el deshecho de la plebe y enemigo, desde luego, de las glorias de Roncesvalles....

Más, viene la crítica serena pero inflexible, con la serenidad e inflexibilidad con que la verdad se pone frente al error y... arroja, del pedestal robado, a la leyenda, devolviendo a la historia su puesto de honor, y dice: «Los Pares de Francia no existieron, como no existía Francia en el siglo VIII, sino el Reino de los Francos: Oliveros no es personaje histórico: Turpín, el arzobispo-capellán de los ejércitos, no asistió a la batalla, aunque pacíficamente rigiera la diócesis de



Roncesvalles: la residencia de los canónigos
bloqueada por la nieve.

Reims su arzobispo Tilpino, que santamente murió en su Iglesia, la cual guarda sus despojos mortales; sus zapatillas no son otra cosa que unas cáligas de terciopelo, parte del «pontifical», regalado en el siglo XVI a la Real Colegiata por el arzobispo de Valencia don Francisco de Navarra, Prior que fué de esta R. Casa; el terciopelo de que están confeccionadas y la forma achatada de su punta aseguran, en absoluto, que no son anteriores al siglo XV: las mazas, como ya asegura el historiador más antiguo de Roncesvalles, no son otra cosa que troféos gloriosos de la victoria de las Navas de Tolosa, traídos por el rey Fuerte a una con las bocinas de marfil, el estribo y las cadenas; todo lo cual fué colgado entre las lámparas votivas de plata, que lucían ante el altar como lo vieron miles de peregrinos; y, desde luego, esos látigos de armas no se conocieron antes del siglo XI:... ni el «silo» de Carlo-Magno es otra cosa que el osario común del antiguo Hospital de Peregrinos, fundado por el obispo de Pamplona don Sancho de la Rosa, en el siglo XII»... y es ridículo y peligroso y contraproducente empe-

ñarse en llevar al siglo VIII casos y cosas, que, ni en aquel siglo ni en varios siglos posteriores, se conocieron: como es ridículo, peligroso para la fé incipiente de los niños (1) y desde luego contraproducente, ador-

(1) Para que se vea, cuán nocivos son estos anacronismos, creemos oportuno referir al lector un hecho del cual fuimos testigo no ha muchos años.

En la villa de X... de la región de Estella, acostumbraba una señora piadosa colocar en la parroquia, ocupando todo el lado del Evangelio dentro del presbiterio, un complicadísimo «nacimiento». Al fondo ponía un gran lienzo en el cual se veía el mar, rizado por las olas, por el que bogaban, hinchadas sus alas, naves de distintos tamaños; y, allá, en la lejanía del horizonte, entre nubes de púrpura y de oro, una muy acertada puesta de sol.

Más aquí, las montañas con sus picos y crestas manchados con cal para simular la nieve: a sus pies ríos saliendo de estrechos invisibles y carreteras perdiéndose en túneles sin salida: aquí y allá puentes, no sólo cruzando ríos, sino también uniendo montañas perforadas; en lo más hondo del valle, el clásico *portalillo* con su buey y su mula en el interior y un burro asomando la cabeza por la ventanilla; y todo sembrado de musgo y salpicado de figuritas de barro. En las laderas, ovejitas con su indispensable zagal; en los ríos, lavanderas con sendos canastillos a su lado; en los caminos, caballeros y pajes, tartanas y carritos, pastores y zagalas, todos con dones de frutas y corderillos en dirección al *portal*; al pie de las montañas, cazadores; corzos y ciervos en los salientes de las rocas, conejos y liebres saliendo de sus cuevas y... en fin, un sin número de figuras de hojadelata pintada o de cerámica barata, en cuya colocación probaba bien su paciencia la buena señora; siendo, el conjunto, embeleso de chicos y grandes de la villa.

Un año se le ocurrió colocar una locomotora de juguete, con su tender y sus coches, en un puentecillo de las montañas y varios automóviles diminutos sobre la arena de los caminos.

Era la tarde del 24 de diciembre de 191... La pobre señora se me presentó en la casa parroquial anegada en lágrimas y con un hipo que no le permitía decir más que estas palabras:

—¡¡Señor Cura!!..., ¡ese don Francisco!..., ese judío de don Francisco!...

—¿Qué había pasado?... Pronto lo supe todo de la boca del mismo don Francisco, que era el Médico de la villa; caballero cultísimo y muy buen cristiano.

—«Hallábame—me dijo—paseando en los portales del atrio

nar con trenes y automóviles los caminitos y puentes de los «nacimientos», aunque ello sea motivo de devoción para ciertas mujercillas y el embeleso de los muchachos.

«Una crítica serena, desapasionada y recta»,—decía muy bien el cronista navarro señor Arigita—«debe partir del campo cristiano, salir al encuentro de las leyendas y tradiciones inconstables, buscar y rebuscar los archivos, sacar de ellos y aducir pruebas y documentos irrefutables, aunque de ello se lamenta una ignorancia demasiado crédula y acaso demasiado suspicaz, antes de que el enemigo tome esas tradiciones y leyendas como armas de dos filos para poner en ridículo a la historia religiosa y a la misma Iglesia Ca-

de la iglesia: veía entrar y salir a los niños y oíales comentar con admiración inocente las escenas bíblicas de Belén; y el regocijo que en sus pláticas infantiles manifestaban por la venida de Jesús-Niño, me contagiaba y me hacía recordar con dulzura indefinible mis buenos años de la niñez; pero, sale de la iglesia un muchachote, se acerca al alegre grupo infantil y les dice:—«todo eso es mentira: lo ponen para engañar a los chicos». — ¿Eres el que mientes, ¡borrego!—dicen dos o tres, los más atrevidos...— ¿Pues no habéis visto el tren y los autos y como dice muy bien el señor Maestro, no hace cien años que se inventaron?

—Pues, si cuando nació Jesucristo no había tren tampoco habría las demás cosas...

Los niños quedaron petrificados y el alegre bullicio cesó como por encanto... No pude resistir más..., entré en la iglesia; recé un «padre nuestro» ante el altar; acerqueme bien al nacimiento y, blandiendo el bastón por los aires, con toda la fuerza, que la indignación sentida me daba, deshice montañas, hundí puentes y casetas, hice polvo trenes, autos y muñecos y no dejé «títere con cabeza»...; mañana, yo mismo haré un «belén», que en lo más mínimo, dé lugar a que disminuya la fe sencilla y envidiable de los niños»...

Cuando acabó de hablar no le dije «¡muy bien hecho!, ¡don Francisco!» por lo exagerado de su acción; comprendí que, como buen español, había sido, en este caso, algún tanto «Quijote», pero allá dentro, en mi corazón, me complacía de su cristiana hazaña...

tólica, como ha sucedido con el arte de imaginaria mariana».

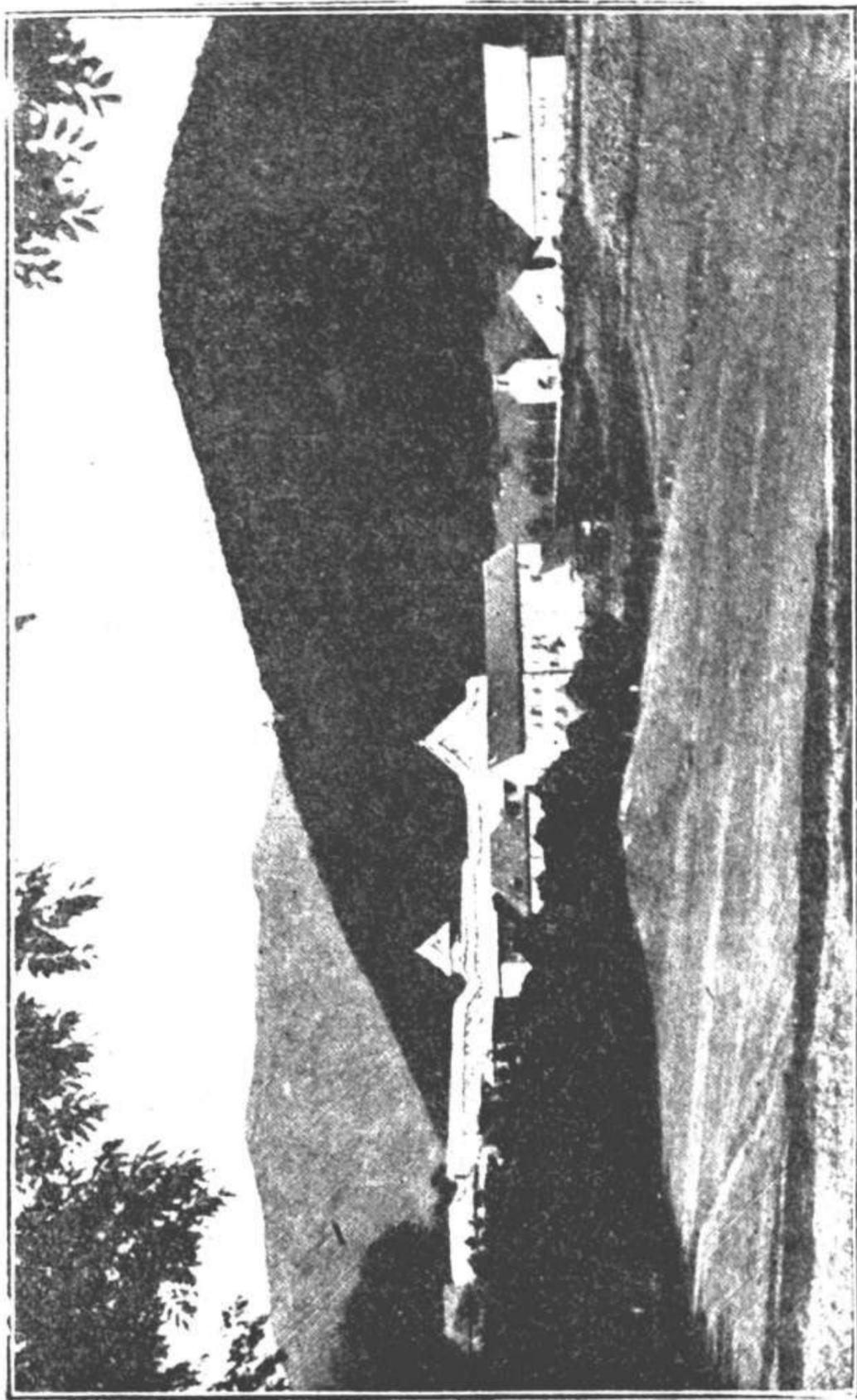
Algo de esto nos proponemos hacer con la presente obrilla. No pretendemos, no, levantar, en este sentido, un edificio: queremos solo poner un sillar en la sólida reconstrucción de la historia de Roncesvalles, que es la historia de Navarra y por ende, la historia de España.

Y como la derrota del rey de los Francos, Karlos, que después fué el emperador Carlo-Magno, es, en Roncesvalles, el jalón primero del camino a recorrer, por eso la hemos tomado como blanco inicial de nuestras investigaciones, sin que nos falten ánimos (¡ojalá corriera parejas con ellos nuestra menguada suficiencia!) para seguir, con la ayuda de Dios, este camino hasta el fin.

Unimos a este trabajo histórico una relación de folklore, y no sin razón suficiente, aunque lo parezca.

El estudio y lectura de la historia documentada, que es la mejor historia, es de suyo árido y desabrido y, aunque ilumina el entendimiento, es a costa de una atención fatigosa, que deja hastío en la voluntad; por eso, no parece despropósito ofrecer al lector, después de lo «útil» de la historia, por si dejara sabor amargo, un poco de lo «dulce» del folklore, que siempre divierte. Así también sabremos distinguir mejor la «historia», la «leyenda» y el «folklore» presentando las tres en el mismo libro. Y basta de prólogo, o lo que sea, que ya es largo y todos los «largos» son «malos»....





∞∞

«...Su caserío extraño
por la inclinación pro-
nunciada de sus teja-
dos... parece... un gru-
po de ovejas blancas
sesteando al pie de un
montón gigante de
cesped...»

∞



Las tan traídas y llevadas «mazas» atribuidas
a Roldán y Oliveros...

(Tesoro de Roncesvalles)



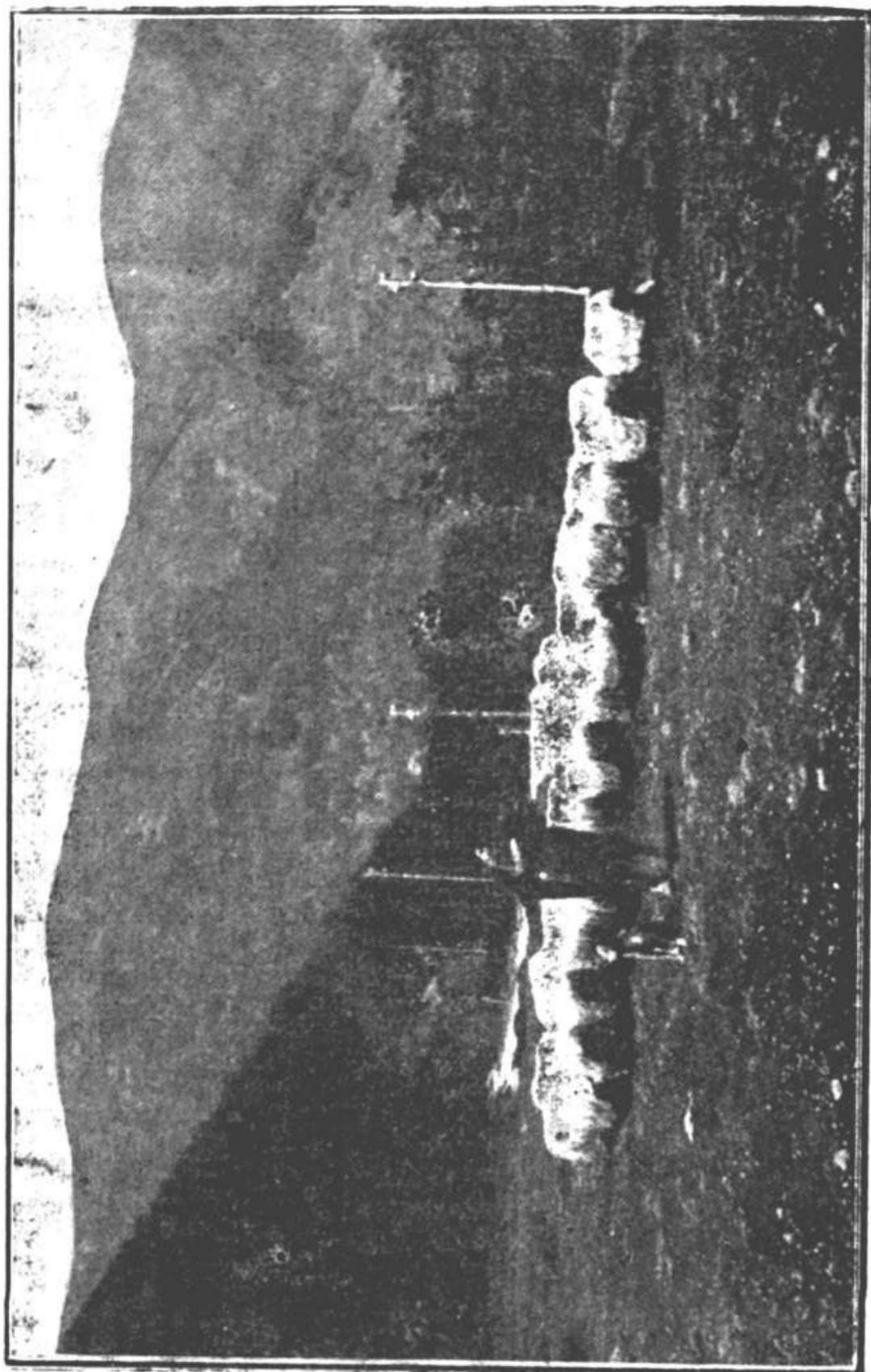
EL ESCENARIO

En el último confín norte de la provincia de Navarra, en la parte meridional y al pie de los bajos pireneos, se asienta la legendaria villa de Roncesvalles cuyos campos fueron el escenario de la famosísima rota carolingia.

Su caserío, extraño por la pronunciada inclinación de los tejados, se parece mucho al de los rincones montuosos de Holanda: agrupado alrededor de la vetusta Colegiata, semeja, visto desde las elevadas cumbres del Pirene, un grupo de ovejas blancas, sesteando al pie de un montón gigante de cesped, reunidas alrededor de un pastor ancestral.

En la región norteña es el último pueblo de Navarra, antes de llegar al Pirineo, pero no es el último de la Provincia en estos confines.

Valcarlos, villa coquetona de 1.050 habitantes, constituida en gran parte por lindos *caseríos* de immaculada blancura diseminados en la siempre verde floresta; situada al otro lado de la cordillera pirenaica, distante de Roncesvalles, próximamente, doce kilometros en línea recta y diez y siete por la carretera, como un espiral retorcida para salvar una altura de 800 metros, es, en esta región del bajo pirineo, el verdadero pueblo fronterizo y el último de España.



Roncesvalles:
en pleno pirineo



De Francia a Roncesvalles

El camino antiguo

El devoto romero de la Edad Media, que de las naciones del Norte peregrinaba a Compostela a fin de visitar el sepulcro del Apóstol de las Españas, no seguía el camino, que ahora ha trazado la carretera: aprovechaba la antiquísima vía romana Bourdeaux-Astorga y, descansando en Ostabat, villa francesa, que estaba situada cerca de Saint-Palais, hacía su viaje por Saint-Jean (San Juan el Viejo), que en la antigüedad se llamaba *Imus Pyrenaeus* (lo más bajo del Pirineo); atravesaba el río «La Nive» por el *puente viejo* de Saint-Jean Pied de Port (San Juan Pie de Puerto) y, siguiendo siempre la calzada de los Romanos, comenzaba la subida, suave pero prolongada, por las crestas de la montaña, dejando a su derecha los valles y poblados de Arneguy (último pueblo francés) y Valcarlos (último pueblo español).

Siguiendo la vía romana y escalando la pendiente pirenaica, llegaba al eremitorio de Santa Magdalena de Orisón y pasando al pie del pico, también llamado de Orisón (1.063 m.), continuaba el ascenso pasando por la base de una colina coronada por el renombrado Castel-Pignon (Castillo del Piñón), que se elevaba a 1.166 metros sobre el nivel del mar y se llama por el «Codex Compostelanus»—no adivinamos por qué razón—«*Sumus Pyrenaeus*» lo más alto del Pirineo); ¿acaso porque este castillo señalaba la mitad del camino andado en el Pirineo, y se consideraba jalón central de los montes de Cisa, los cuales empezaban en el *Imus Pyrenaeus* y terminaban en el cuello de Lepoeder, en tiempos antiguos llamado el *puerto de Cisa*?...

A partir del castillo la vía era de pendiente muy suave, tocaba el dintel de Elizeachar (iglesia vieja, cu-

yas ruinas se ven todavía), se acercaba a la fuente de Ipurdigitía (fuente de la gran paliza) y llegaba a la cordillera de Atzobiskar atravesándola por el pie de dos montañuelas cónicas, cuyo paso, siempre en tiempos pasados, se llamó *puerto de Cisa* (1.400 m.).

Faldeando la vertiente meridional de Atzobiskar el camino de descenso se aproximaba a la capilla de Carlo-Magno (Ibañeta), descanso obligado de los peregrinos y, bajando de aquí por una pendiente recta de unos 1.300 metros, llegaba al renombrado Hospital de Roncesvalles, uno de los cuatro hospitales generales de la cristiandad.

La subida, de San Juan Pie de Puerto hasta el puerto de Cisa, es de 20 kilómetros, próximamente; el descenso, desde el puerto hasta Roncesvalles, de ocho kilómetros.

El camino moderno

Aunque los ejércitos de Carlo-Magno siguieron, en su venida a España, el camino descrito, cuyo conocimiento, en lo que hace a nuestro propósito, parece-nos indispensable pero también suficiente, daremos, no obstante, noticia del camino actual para juzgar con mas elementos de acierto acerca del verdadero campo de batalla, teatro de la jornada épica, que inmortalizó a Vasconia.

El camino de línea recta, ganoso siempre de acortar distancias; y de crestas, celoso de conquista y de dominio, ideal del pueblo romano para aprisionar mejor, las provincias dominadas, a la metrópoli, ha sido abandonado por la ingeniería moderna, que busca el descansado llano para sus vías de unión de los pueblos y el zig-zag para ganar las alturas, haciendo así que los viajes sean menos fatigosos.

La nueva carretera que une a San Juan Pie de Puerto con Roncesvalles deja a su izquierda el camino

antiguo de romería y, corriendo paralela al río de Valcarlos, salva, con nueve kilómetros, la distancia que separa aquella ciudad francesa de Arneguy.

En las mismas puertas de esta bonita villa francesa está el puente internacional, pequeño y de insignificante construcción moderna, pero interesante para la historia, pues, además de otros acontecimientos de importancia, presenció el 28 de febrero de 1876 el adiós último que don Carlos de Borbón dió a los voluntarios de su Causa, dando por terminada la última guerra civil.

Testigos presenciales nos han referido que fué una despedida tan solemne como emocionante y conmovedora; y que el egregio desterrado, en medio del puente, frenó a su caballo, volvió su rostro a España y levantando sus ojos al Cielo gritó vivamente emocionado: «¡leales míos!, confiad en Dios y en mi palabra: ¡¡volveré, volveré!!»; desde entonces este puente se llama «puente del ¡volveré!».



«...Cuando la capilla de Carlo Magno situada en esta cumbre de Ibañeta tenía su tejado en dos vertientes...»

Pasado el puente y recorridos dos kilómetros y medio de carretera, se llega a Valcarlos, villa navarra de marcada influencia francesa, que se nota desde luego en lo limpio de sus calles, lo florido de sus jardines, la belleza exterior de sus edificios y hasta en lo fino de su trato y la atrayente amabilidad de sus habitantes hacia el viajero.

A la salida de la villa empieza la carretera a escalar el Pirineo en larga y suave pero retorcida pendiente; atraviesa el barrio de Gañecoleta, pequeño poblado vasco, que vive de sus prados, de sus bosques de hayas y castaños y de sus ganados lanar y vacuno; y salvando, con lindos puentecillos, los innumerables torrentes, que en bullidoras cascadas de plata rizada, se precipitan por la montaña rocosa, y las curvas de los barrancos con zig-zags interminables, gana la altura, que parece toca el cielo, llegando al puerto de Ibañeta, que, sobre el nivel del mar, se eleva a 1.100 metros.

En esta montaña las aguas se dividen tomando direcciones diametralmente opuestas; y mientras unas saltan hacia el norte cayendo a la hondonada para formar el río internacional de Valcarlos, unirse a «La Nive» y perderse en el Cantábrico, cerca de Bayona, las otras corren hacia el sur formando pequeños arroyos, que aumentan el caudal espumoso del «Irati», cuya corriente recibe el «Aragón» para fundirse con las aguas calientes del Ebro y desaparecer en el Mediterráneo, cerca de Tortosa.

Cuando la capilla de Carlo Magno, situada en esta cumbre de Ibañeta, tenía su tejado de dos vertientes, una de ellas despedía sus aguas al Cantábrico y la otra, al Mediterráneo; acaso fuese este el único edificio de España que tenía esta característica tan singular y original; y, esta sola razón, aparte de otras incontables de religión e historia que la abonan, es un acicate poderoso de su pronta reedificación.

El descenso comienza en esta cumbre.

Antes el camino de peregrinos y ahora la carretera, inclinándose poco menos de un 5 por ‰, se desliza en una rampa, casi recta, y, después de bajar 1.400 metros, se acuesta llana en un valle riente y espacioso, que responde muy bien al antiguo nombre vasco de Erronzabal (errona-zabal) «anchura del desfiladero».

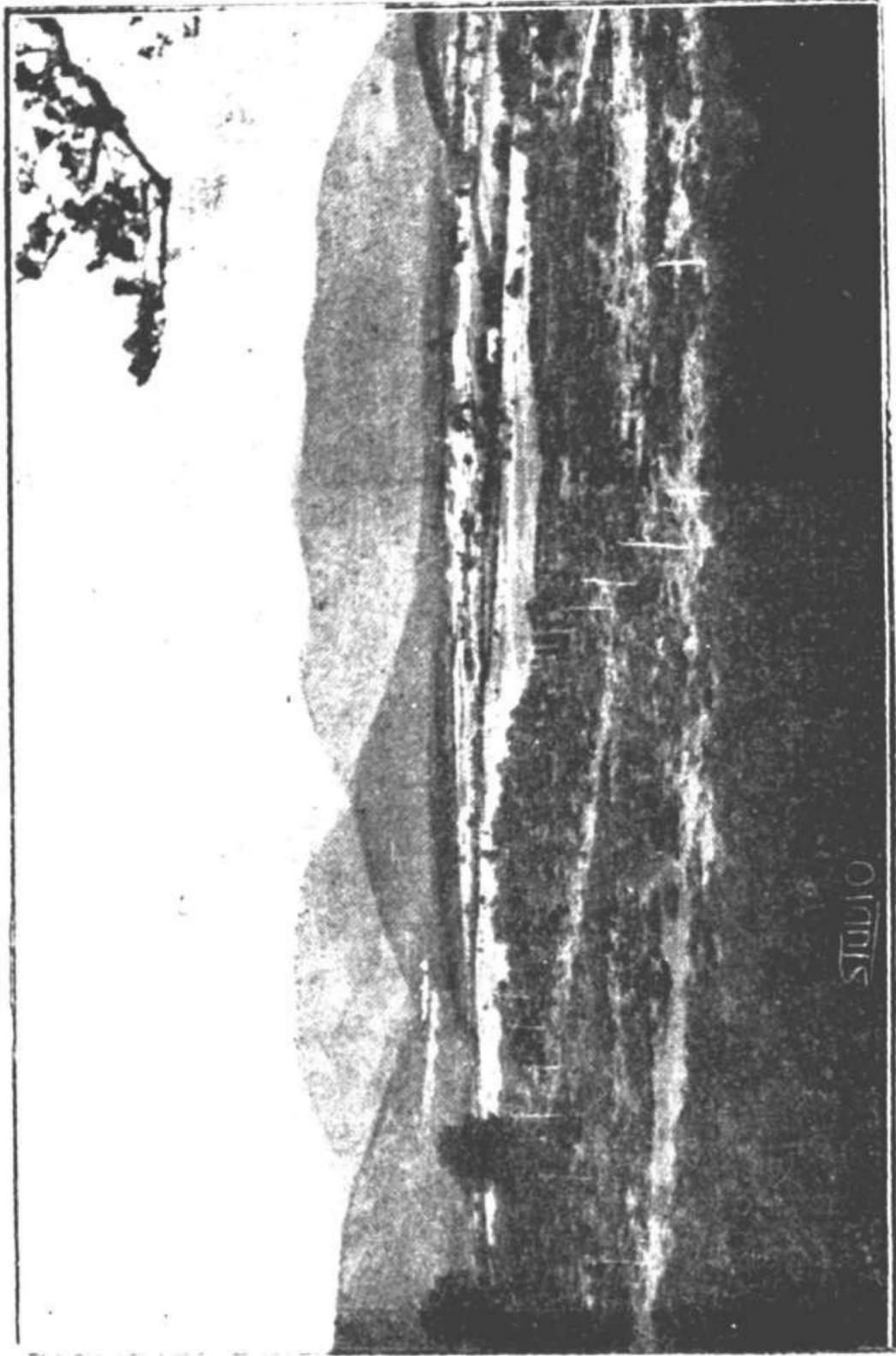
De Pamplona a Roncesvalles

Caminando de la capital de Navarra, en dirección norte, por la carretera, que conduce a Francia, a los 40 kilómetros se encuentra una llanura, extensa, más de lo que podía esperarse subiendo a las montañas del Pirineo; llanura cubierta de vegetación exuberante, de gigantes hayedos y prados eternamente verdes, la cual, forma una elíptica de seis kilómetros de larga por cuatro de ancha, en cuyos extremos se asientan los dos poblados de Espinal y Roncesvalles, y, en el centro, la pintoresca y por muchos títulos simpática villa de Burguete.

Colocado Roncesvalles a 962 metros sobre el nivel del mar, al pie de las ingentes faldas meridionales de los «Bajos Pirineos», limitan su jurisdicción los montes de «menditxuri» (monte-blanco) y de «guirizu» al O.; los montes y prados de Burguete al S.; los de «nabala» (hacia el llano) al E., y la cordillera de «atzobiskar» (la loma más alta de atrás—del camino pasado) al N.

En el mismo poblado termina la explanada y comienza la garganta de Ibañeta, paso obligado de estos pirineos, que sube en la actualidad hasta las ruinas de la capilla de Carlo Magno y subía en la antigüedad hasta el puerto de Cisa (cuello de Lepoeder). Esta garganta es el escenario histórico de la cantada y celeberrima derrota de los Francos, en 15 de agosto del año 778, como cumplidamente demostraremos en su lugar.

Su hidrografía está constituida por las regatas de «arrañosin» (río de la trucha), «basajaunberro» (rey de los bosques), «suringoa», etc.

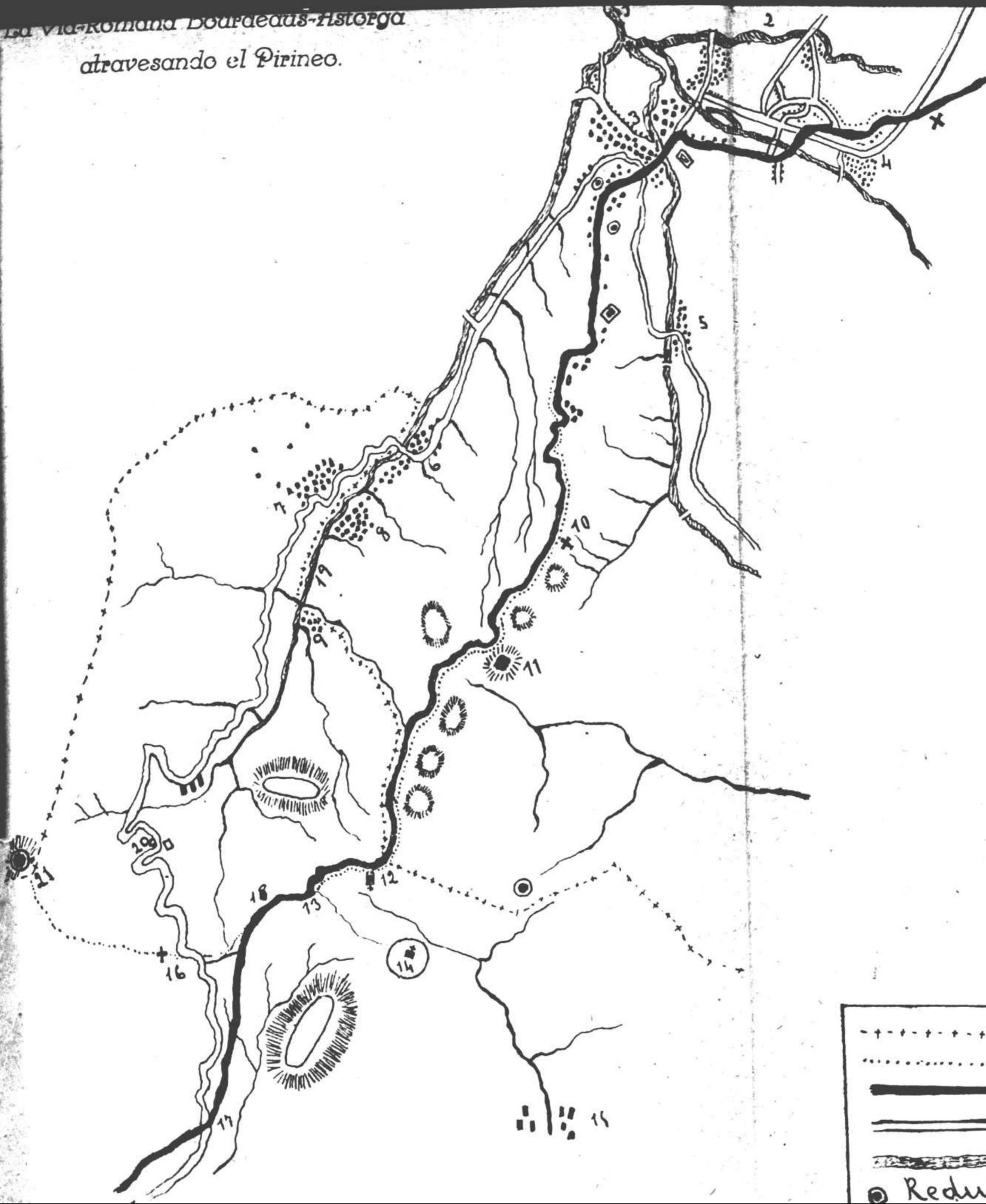


...Se encuentra una
llanura, extensa más
de lo que podía es-
perarse subiendo a
las montañas del
Pirineo...^o



La Via Romana Douro de Auz-Asitorga

atravesando el Pirineo.



- 1: - La Nive (Rio Frances)
- 2: - Lareubi (Idem)
- 3: - Uhart-Cize
- 4: - San Juan el Viejo
- 5: - San Miguel el Viejo
- 6: - Arneguy
- 7: - Valcarlos
- 8: - Ondarrola
- 9: - Gañecoleta
- 10: - Santa Magdalena de Orisón
- 11: - Castillo del Piñón
- 12: - Capilla en ruinas (Elizeach)
- 13: - Puerto de Cisa (Lepoeder)
- 14: - Ortañtzurieta (Cruz de C.)
- 15: - Orbaiceta
- 16: - Ibañeta
- 17: - Ronces-valles
- 18: - Atzobi-kar
- 19: - Rio internacional
- 20: - El Guardiano
- 21: - Lindux

- - - - -	Limites de Estado
.....	Limites vecinales
—————	VIA ROMANA
=====	Carretera
~~~~~	Rios.
⊙	Reductos de guerra



Su situación elevada, el tener por vecino al casi siempre nevado Pirineo y su relativa proximidad al mar cantábrico, hacen de Roncesvalles un país húmedo y frío; y la influencia de las dos estaciones del año, estival y de invierno, se tocan tan marcadamente que, así como los inviernos son largos, duros e imponentes por sus nieves abundantes, hielos intensos e ininterrumpidos y vientos huracanados y heladores, en cambio, los veranos, aunque cortos, son suaves, deliciosos y atractivos; baste decir, a este propósito, que las nieves en invierno jamás se licuan por el calor de los rayos solares, aunque haya días invernales de sol espléndido; ni los calores del verano llegan a ser molestos y sofocantes como en los países templados.

En sus montes y praderas el dedo del Supremo Hacedor ha puesto paisajes bellísimos; y jamás el arte, por mucho que adorne estos lugares, no ya superará pero ni igualar podrá a lo admirable de sus naturales encantos.

Hemos vivido algunos años en esta Real Colegiata y la experiencia nos ha enseñado lo que acabamos de consignar; más, para que el lector pueda apreciar lo que influye la fantasía en la descripción de este apartado rincón de Navarra, y para que sepa quedarse en el término medio, que es el verdadero, copiamos las impresiones de dos escritores, notables los dos, pero, a nuestro humilde parecer, exagerados.

Escribe Huarte: «...otras causas hay y no es la menor la perversa influencia, constelación o inclemencia de esta región, con suma destemplanza en invierno de fríos extremados, de nieves diuturnas, y largas de hielos horrendos, de humedades nocivas, de lluvias y de espesas y continuas nieblas en el poco verano que en aquel parage suele haber».

«De donde es refrán antiguo que en Roncesvalles suele haber ocho meses de invierno y cuatro de in-

fierno, porque su verano es como de paso y no de asiento y obscuro respecto de la niebla».

«El Dr. Navarro, el docto Canónigo y Comenda-



«... sus montes suelen estar cubiertos de nieve, de ordinario, desde todos Santos hasta mayo...»

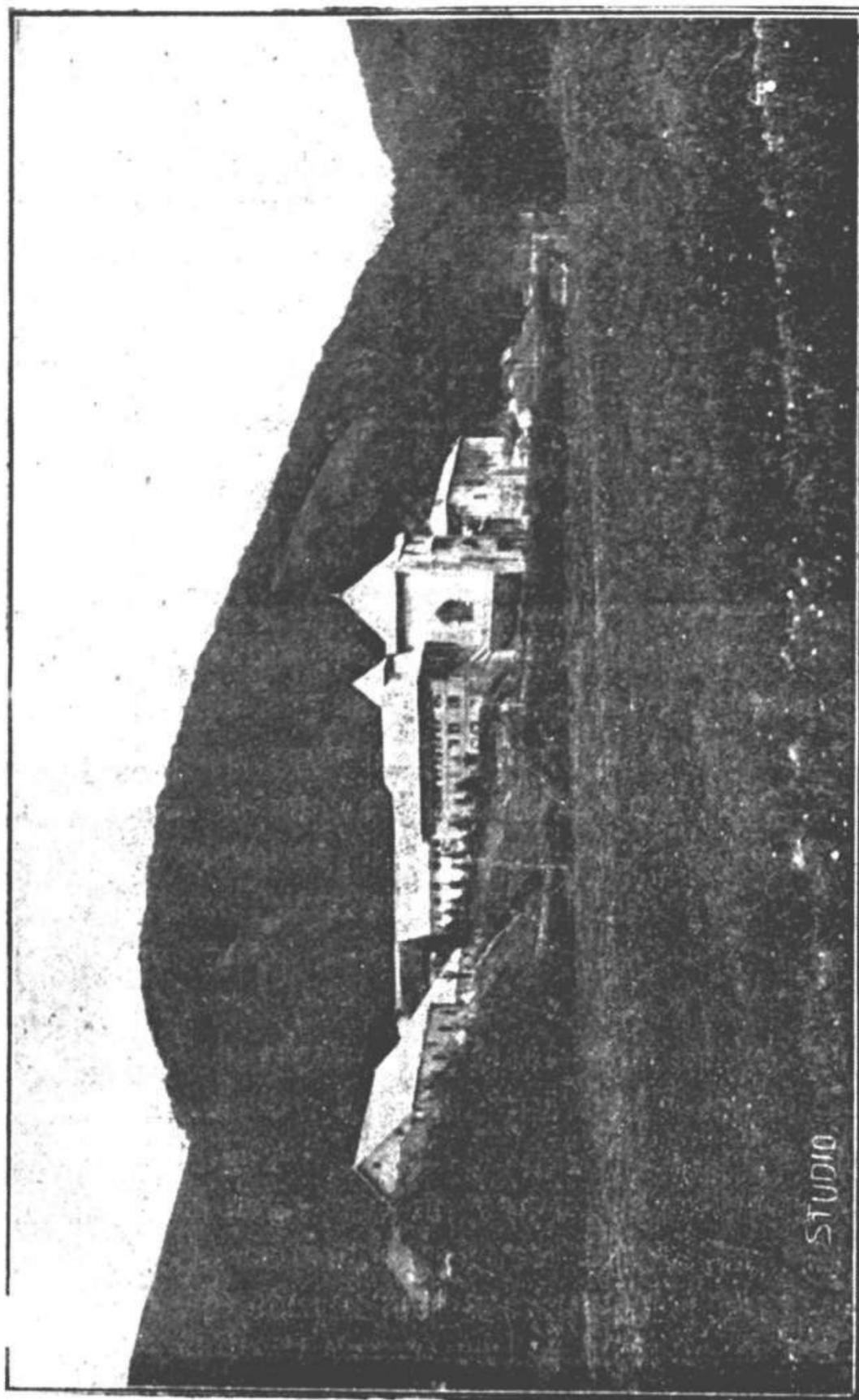


dor de la iglesia y orden de Roncesvalles, dedicó sus comentarios «de regularibus» a la Virgen Madre de Dios debaxo del título de N.^a S.^a de Roncesvalles; en uno de los cuales exagera aquel rigor de fríos y destemplanza con breves palabras, las cuales se escriben aquí en romance por no duplicar la autoridad latina; dice, pues:—a Vos Señora consagro estos comentarios que quisiste ser honrada y venerada, como en muchas partes, también en Roncesvalles, donde está fabricado y plantado vuestro gran Santuario entre sus cumbres desiertas, cubiertas de nubes, canas y blancas de nieve, con extremados fríos y ásperos hielos y de espesas y húmedas nieblas».—

«Averiguada verdad es la que dice el Doctor, porque Roncesvalles con sus montes, suele estar cubierto de nieves, de ordinario desde todos Santos hasta mayo».

«Mas, es cosa misteriosa que llegado el mes de mayo se derrite toda ella y no se derrite en los pueblos de Roncal y en otros muchos de Aragón como los de Santa Cristina; y la causa dicen el por qué a los puertos de Roncesvalles alcanza el oréo o humedad cálida de la mar la cual, por grande que sea la nevada, alargados los días, presto la deshace y, como a los demás no alcanza, permanece en ellos perpetuamente la nieve».

«Mas en Roncesvalles, en verano, en lugar de aquella nieve sucede otra cosa peor que la niebla espesa la cual suele cubrir aquel emisferio siempre que corre cierzo y los demás vientos septentrionales y tan continua es, que muchas veces pasan 15 y 20 días, sin ver el sol forzando a los habitantes a estarse a la lumbre quando en las demás partes se fatigan de calor; y no es como quiera, que con no haber mas que un quarto de legua de Roncesvalles a la villa de Burguete, gozan en esta villa, casi por todo el verano, de serenidad y en Roncesvalles estamos como Moysen debaxo de niebla por estar tan arrimado ad aquel monte, que a



«... una llanura muy  
amplia cuyo extremo N.  
ocupa la población...»



estar desviado del otro cuarto de legua, fuera razonable la vivienda».

«Esto pasa en verano, en invierno suele caer tan gran golpe de nieve que se ha visto medir diez y nueve palmos, lo cual fué el 1600 qndo. derribó el claustro viejo con todas sus columnas y otros edificios y, se hundirían todos, si no se descargasen los tejados a cada paso».

«Ciérranse los caminos y puertos de tal manera que no ay andar a pie ni a caballo y muchas veces no se puede alcanzar la puerta de la iglesia por tapiarse las callejuelas».

«El año de 1622 comenzó a nevar día de todos Santos y duró hasta mayo de 1623; tan alta como el 1600, perecieron los ganados y sembrados».

«¡Miren qué consuelos podrán tener los que viven debaxo de tal inclemencia!, solo un alivio suelen tener los canónigos y racioneros, qué, en semejantes tiempos, no son afligidos con pasajeros ni con soldados ni con huéspedes... Deo gratias» (1).

Véase ahora el reverso de esta espantadora descripción:

Escribe el señor Altadill, meritísimo académico de las dos reales Academias de la Historia y de Bellas Artes (2): «Es notable la elevación de esta villa (Roncesvalles) sobre el nivel del mar; no le falta sin embargo una llanura muy amplia cuyo extremo N. ocupa la población; llanura poética, bellísima, amena, pintoresca sobre toda ponderación, surcada de regatas en varios sentidos, tapizada de finísimas praderas de yerba, helechos y fresas; con grandes grupos de bosques y árboles milenarios de asombrosa corpulencia

---

(1) Juan de Huarte, Canónigo de esta Real Colegiata, en su manuscrito inédito «Apologías y Discursos» 2.^a parte, folio 38: (Archivo de la Colegiata de Roncesvalles).

(2) Julio Altadill: «Geografía del País Vasco Navarro» tomo II, pág. 457.

y elevación, selvas en las que jamás han penetrado los rayos solares y en las que brotan manantiales de aguas finas y heladoras, cada uno con su nombre, que evocan a la tradición e historia de la comarca».

«Los paseos en ese paraíso (sic...) son deleitables y pintorescos, tan pronto entre hayas y fresnos como entre robles y avellanos, a la orilla de bullidores riachuelos como sobre rústicos puentes o ante el monótono susurro de las innumerables fuentecillas. Badalegui, Andresaroa, la Cruz de los Peregrinos, la fuente de la Virgen... son lugares de una belleza suprema en la que ninguna participación ha tomado el arte; todo, absolutamente se debe a la naturaleza».

## LA BATALLA

Hoy está fuera de duda, después de las cuidadosas investigaciones históricas de nuestro maestro ilustre señor Campión y del no menos ilustre francés Mr. Jean de Jaurgain, que los «cantos de gesta» han confundido las dos acciones de guerra, que en los años 778 y 824 tuvieron lugar en los campos de Roncesvalles; las dos rigurosamente históricas.

La primera, impropriamente se ha llamado «batalla», pues, en realidad, no fué más que una emboscada o sorpresa guerrera, en la cual, los Vascones, sin dar tiempo a los Francos para ponerse en orden de batalla, los sorprendieron en las faldas meridionales de Atzobiskar, les obligaron a retroceder por las pendientes de Ibañeta y los machacaron en la llanura de Roncesvalles.

Esta fué la más famosa; en ella pereció lo más lucido del reino de los Francos; la que hizo célebres los desfiladeros de Roncesvalles; la que nubló de tristeza el corazón magnánimo del renombrado emperador Carlo Magno, durante los seis últimos lustros de su vida.

En ésta tomaron parte los Vascones «solos» contra los soldados Francos, guiados personalmente por Karl, futuro emperador de Occidente.

La segunda acción guerrera tuvo lugar después de la muerte de Carlo Magno, el año 824, entre los Vascones y Agarenos coaligados, contra los condes Eblo y Aznar-Sánchez, los dos del Ducado de Aquitania y el segundo descendiente de los duques de Vasconia.

Esta fué una verdadera batalla, librada en los puertos y montes de Cisa, es decir en el paso del Pirineo por una de las gargantas de Atzobiskar, llamada hoy Lepoeder (cuello hermoso) y en sus próximas vertientes septentrionales.

Si la primera fué más célebre, esta segunda fué más importante para Vasconia; porque si los ecos guerreros de aquella fueron llevados en alas de la leyenda y de los cantos épicos a todo el mundo, en la segunda nació la dinastía real del glorioso reino pirenaico (1).

La primera fué una represalia dura, un castigo sangriento por el derribo de las murallas, acaso ciclópeas de Iruña: la segunda, fué una acción defensiva de Vasconia, a fin de conservar incólume su territorio invadido: el ideal de los Vascos, en las dos, fué conservarse libres del yugo extranjero.

. . . . .

Queda en tela de juicio si hubo una batalla intermedia el año 812 entre Vasconia y Aquitania.

El «Astrónomo en su obra :Vida de Ludovico Pío», asegura «que pasado el verano del 812, el rey» (Ludovico Pío, rey de Aquitania) «se determinó a pasar los difíciles puertos del Pirineo y, sin gran dificultad, llegó hasta Pamplona para asegurar en Vasconia su reinado y refrendar su dominio en ella contra el que se habían insubordinado los duques vascones».

«Después de haber permanecido algún tiempo en Pamplona y de haber legislado en bien del pueblo, volvió a Aquitania caminando por la misma ruta, que al venir le había traído; llegó a Roncesvalles y al puerto

---

(1) «Lo indudable es que la segunda victoria de Roncesvalles, aunque menos celebrada, proporcionó a los vascones de Pamplona la independencia por que tanto habían luchado; y que los franceses no volvieron a poner el pie en tal comarca; datando, para sus mismos escritores, como fundada en contra de ellos desde aquella fecha la nacionalidad de nuestra Navarra.»

(Discurso de D. Manuel Oliver y Hurtado en la recepción de académico numerario en la Real Academia de la Historia de Madrid: pág. 19.)

de Cisa (1), donde los Vascones, con su acostumbrada perfidia le preparaban una emboscada, que fué descubierta y felizmente abortada».

---

(1) Este nombre que según Huarte en su manuscrito «Silva de varia lición» se menciona por primera vez en San Antonino de Florencia describiendo la Rota de Roncesvalles, ha sufrido numerosas transformaciones: Huarte en el folio 41 vuelto escribe: «Es tradición muy antigua que el famoso Julio César después que conquistó la Galia que agora es Francia, pasó della muchas veces a España por los mismos puertos a las ydas e bueltas y que les púso su cognombre llamándolos «Cessáreos». Después corrompiendo algún tanto el vocablo se llaman Cisséreos, como los llama S. Antonino de Florencia escribiendo la Rota de Carlo Magno en Roncesvalles: de donde la tierra contigua a ellos, por la parte de Francia, se llama tierra de Cissa cuya cabeza es la villa de Sn. Joan». y en el folio 44, añade: «Al cabo de siete días que el duque de Alba se detuvo en Roncesvalles pasó a San Juan y llevó la artillería por lo alto de la sierra Cissérea y por su loma que empieza en Altovizcarr y dura aquella loma hasta la cayda de la venta de Arizún en tres leguas de tirada...» y en el folio 50 vuelto, prosigue: «Al otro día fué a 10 de julio: al romper del alba oyó Misa y subió con toda la caballería al puerto Cisséreo o Cessáreo de «garazvizcay», cuyos montes y términos son muy diferentes y separados del todo de Alduyde, aunque puede tanto la cudicia humana que los han pretendido los Baygorrianos sin color de razón ni justicia. El puerto Cisséreo empieza sobre Roncesvalles en un puerto que se llama Altovizcarr, es larga la subida, aunque no muy áspera...» en el camino está el puerto de la fuente de Iturri (llamada también de Roldán) donde el conde de Echauz y Baygorrianos hizieron la emboscada, de la cual se ha escrito y llegó hasta la peña de beycarrataca fin de la jurisdicción de España de donde un quarto de legoa mas adelante está en lo de Vascos el antiguo castillo del peñón dirruído por el duque de Alba el 1512 como el de San Joan.»

Todo lo expuesto conforma con el «Codex Compostelano», que llama a estos montes «Portus Ciserae» Puerto de Cissa, y sobre todo con las crónicas árabes que le llaman «Bor Schezaroun» Puerta de Cesar.

Ya sabemos, pues, sin duda de ningún género, cuál es el puerto de Cissa: el cuello que hoy llamamos de Lepoeder, que es una abertura de Atzobizkar próxima a Ortzanzurieta: y cuáles los montes Ciséreos que empiezan en el puerto dicho y corren

«Como aprovecharon la ausencia de los Vascones de sus viviendas por haberse reunido en lo alto de la montaña, y con la ayuda de uno de ellos, que habían capturado, tomaron prisioneros a sus mujeres e hijos y, colocándolos en medio del ejército, los pusieron como escudo de las tropas y en esta disposición pasaron las angosturas de Cisa hasta llegar a Aquitania (1).

Como se vé, esta bélica narración tiene todos los caracteres de la leyenda y, aunque los historiadores franceses la dan como un hecho real, los críticos de aquende el Pirineo la pasan por alto; puede, sin embargo, asegurarse con Campión, que a resultas de la magna derrota del 778, hubo un período en el cual los Vascones parece se sometían a los Francos, aunque no sea más que circunstancialmente, ya enseguida se independizaban de ellos; ora se aliaban con los Arabes; (los muladíes aragoneses), ora reñían con estos, según las conveniencias: es decir, que pasó casi

---

por Elizeachar-Bentartea, Castillo del peñón, Venta y ermita de Orissún (Sta. Magdalena de Orisón, hasta cerca de Saint Michel (San Miguel).

(1) Esta incursión bélica de los Francos contra Vasconia consígnase en el cap. XXIII de «Vita Ludovici Pii», llamada del Astrónomo vulgarmente. (V. Bouquet, tomo IV, pág. 96).

Dejando en duda su veracidad, comprueba tal relato el estado de independencia que continuaron sosteniendo siempre las valerosas tribus de esta raza; pero igualmente demuestra que no guardaban en aquel entonces (año 812 u 814) entre sí unión ni concierto de ninguna especie, ni reconocían jefe supremo, que adunase y diese nombre a sus esfuerzos, Hallábanse divididos, por el contrario, admitiendo los unos, rechazando continuamente los otros el dominio o protectorado, que pretendía ejercer, sobre todos, el poderoso imperio vecino; y del número de los primeros parece ser el conde Aznar Galíndez, que, a la entrada central del Pirineo, había adquirido y mantenía su pequeño estado encerrado por los dos ríos «Aragones», el mayor, que desciende de Canfranc y el menor o Suburdán de los puertos de Hecho; de la cual limitación por ambos ríos se apellidó de entonces «Condado de Aragón».

medio siglo entre los vaivenes de guerras fronterizas en las que Aquitania ponía todo su empeño en tener bajo su tutela dominadora a su hermana la Vasconia y ésta quería demostrarle, arma al hombro, que había llegado a la mayor edad y que era justo sacudir su yugo opresor; hasta que apareció la Monarquía Navarra (año 824), que había de dar reyes a todos los demás reinos de la Península, incluso al de los califas del mediodía de España.

. . . . .

En consecuencia de estas preliminares advertencias, que hemos creído necesario hacer en este punto histórico tan traído y llevado por los «cantos de gesta», por la leyenda medio-evaí, por los historiadores de tiempos pasados y por los críticos de esta época, solamente habremos de entretener al lector con la descripción de la gran derrota del 778, dedicando, solo unas pocas líneas, a la batalla del 824 y señalando el sitio probabilísimo donde tuvieron lugar.

## Vasconia y los Estados fronterizos

Para la plena comprensión de estos hechos bélicos, es preciso conocer bien los pueblos, que en ellos tomaron parte, el territorio, que dominaban y los jefes de Estado a que estaban sometidos; ya que los romances y leyendas han confundido los reinos; han dado intervención a personajes, que en aquel «hic et nunc» no existieron y han inventado proezas tan maravillosas y fantásticas, que, desfigurando la historia la han hecho inverosímil e increíble.

En tiempo de la venida de Karlos (todavía no era el emperador Carlo Magno) a la península ibérica, a este lado de los Pirineos estaban los Vascones, los Astures, los Jacetanos, los habitantes de la futura Marça Hispánica y los Sarracenos.

Al otro lado de la gigante barrera pirenaica, el Reino de los Francos con sus Ducados, Prefecturas, Condados, etc., de los cuales, en lo que hace a nuestro asunto, interéсанos solamente el ducado de Aquitania, por ser vecina y rival de Vasconia y, en gran parte, de su misma raza y de su misma lengua y Bretaña, por ser su prefecto el héroe legendario de estos montes, Roldán.

### El Ducado de Vasconia

En el último tercio del siglo VIII (desde el año 768, en que se separó de Aquitania), Vasconia comprendía el territorio, que hoy ocupa la provincia de Navarra, extendiéndose hasta lo que hoy es Tolosa (Guipúzcoa) por el N. O.; hasta cerca de Vitoria (Salvatierra de Alava) por el O.; hasta Haro y Logroño por el S. O.; hasta Calahorra por el S.; hasta Huesca y Jaca por el E.; y hasta Aquitania (Pirineos) por el N.

Es necesario, sin embargo, saber que en la Vasconia oriental dominaban los Sarracenos: Huesca y Jaca tenían sus walíes o régulos; y que la lengua euskariana era el idioma de Vascones, Várdulos, que habitaban casi todo Alava y la mayor parte de Guipúzcoa, Caristos, cuyas tierras eran una pequeña parte de Alava y otra de Vizcaya; Autrigones, que ocupaban la mayor parte de Vizcaya; Laburdanos y Suletinos (Bayonne y Soule), que llenaban gran parte de Aquitania: todos los cuales recibían la general denominación de Vascones, como hoy se llaman Bascos, todos los que hablan vascuence en Navarra, Bizcaya, Guipúzcoa, Alava, Ultrapuertos, Labourd y Soule; las siete regiones que componen Euskalerría.

## Reino de los Astures

Comenzada la reconquista en la santa cueva de Covadonga el año 718, los reyes de Asturias iban ensanchando sus dominios con la fuerza de la espada, y, bajando de las montañas, ocupaban ya gran parte de la llanura peninsular.

El cantábrico y una pequeña parte del Pirineo occidental eran sus límites del N. en el año 778; llegaba por el S. a las orillas del Duero en Portugal y, extendiéndose por la ribera de este río, llegaba hasta el mediodía de lo que hoy es provincia de Burgos; comprendiendo al E., Cantabria y las Vascongadas hasta Tolosa; las ondas del mar cantábrico eran sus barreras del O.

Prescindimos, casi en su totalidad de los nombres, que entonces tenían los territorios mencionados, y usamos de los nombres geográficos actuales, cometiendo cierto anacronismo, que habrá de perdonarnos el lector ilustrado, atendiendo a la intención, que nos mueve de hacer más asequible a la inteligencia de todos, lo ingrato de estas descripciones.

## Jacetania

Los Jacetanos, que habían sucumbido al poder conquistador de los Sarracenos el año 712, habitaban el territorio, que se extendía desde la raíz de los Pirineos de Jaca hasta Huesca y Lérida y hasta la Marca Hispánica.

La Jacetania fué el principio del Condado de Aragón, que había de llegar a ser el glorioso reino de Jaime I el Conquistador.

## La Marca Hispánica

La parte de Cataluña, que comprende las provincias de Gerona y Barcelona, parte de Tarragona y de Lérida hasta los pirineos catalanes, formaba la Marca Hispánica, que confinaba allende el Pirineo con Aquitania y Septimania, y fué arrebatada a la Morisina por Carlomán el 771.

Lo restante de la península ibérica era dominio del Emir de Córdoba.

## Aquitania

Era un ducado importantísimo del reino de los Francos en el último tercio de la octava centuria.

Segregada violentamente de Vasconia se circunscribía al territorio extendido entre los Pirineos y el río Garona.

Abrazaba las regiones de Cominge, Armagnac, Bearn, Labourd, Bigorre y Gascuña, hasta la cima de los Bajos y de los Altos Pirineos.

Después de sangrientas luchas, Carlomagno consiguió en 771 convertirla en una provincia, por cierto bien extensa del reino de los Francos.

Los duques de Aquitania fueron durante muchos años al mismo tiempo duques de Vasconia y algunos de ellos tomaron el título de «Rey de Aquitania».

Más, desde el 768 Vasconia se declara independiente y mientras su hermana mayor de allende el Pirineo se somete al yugo de los Francos, ella conserva su soberanía y crece como gigante para convertirse en el cien veces glorioso reino de Navarra cuyo monarca, don Sancho el Mayor había de ser Rey de los reyes de España.

## La Bretaña

Nos alejamos ahora de los reinos pirenaicos, nos adentramos en el reino de los Francos y llegamos a las costas del N. O. de la nación vecina para conocer una región en extremo para nosotros simpática; las Marcas (Cantones o Provincias) de Bretaña; ya por haber sido su Prefecto el legendario coloso de Roncesvalles, Rolando, ya por la idiosincrasia de sus habitantes idéntica a la de los Navarros (1), ya por su

---

(1) Bretaña fué siempre una raza indomable e independiente hasta el siglo XVI.

Francisco I la anexionó a Francia el año 1515, pero los Estados Bretones (léase Cortes) le exigieron garantía de respetar las leyes y fueros del país.

Conservó su parlamento propio hasta la Revolución y en esta época moderna se declaró realista, dando lugar a una guerra asoladora.

Su preciosa lengua milenaria dividida en cuatro dialectos, no muy diferentes, se va perdiendo desgraciadamente por la invasión del francés, obligatorio en la documentación pública y en la enseñanza oficial; aunque ahora se nota un agradable resurgir, tanto de la lengua, como de las antiguas costumbres regionales.

«Bretones» dice «Atlas Novus o Descriptio Geographica Totius Orbis Terrarum» (Amsterdam: 1638) «sunt vino dediti, cujus amore, popinas frequentare solent diligentius».

Son los Bretones de ánimo triste y melancólico, de natural reservado, pero de imaginación viva y poética; ya en tiempo de Roldán había los *Bardos*, que como en Vasconia los *Versolaris*, en las asambleas populares recitaban, *en verso*, las tradiciones nacionales y sucesos importantes.

La parte más importante de la literatura bretona la constituyen cantos populares, cuentos, leyendas y tradiciones raras de folklore.

No son muy altos de estatura; en general rubios; de vivas facciones y de ojos azules; se distinguen por sus profundos sentimientos religiosos, su amor exaltado al país y su apasionamiento exclusivista.

Estas notas que tomamos de «Histoire de Bretagne» (De La-

religiosidad proverbial, e inmutable como las rocas de los mares, que en gran parte la circundan.

Formada por una especie de península triangular la separa de Inglaterra el canal de la Mancha, que la baña en unión con el Atlántico y el río Loira.

Era un ducado independiente del Reino de los Francos, que hoy abraza los cinco departamentos de Ille et Vilaine, Basse Loira, Cost. du Nord, Morbihan y Finisterre.

Tienen su lengua propia (el bretón), que hablan hoy en cuatro dialectos.

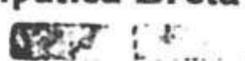
Los Bretones han sido siempre bravos en la guerra; y en la lucha franco-prusiana del 1870 se distinguieron por su arrojado valor y heroico patriotismo: católicos siempre leales, fueron los Chuanes de Bretaña, los más terribles enemigos de la Revolución francesa.

Cuando Rolando la gobernaba era conocida con el nombre de Ducado de Bretaña, que antes tuvo el nombre de Reino y siempre, mediante algunos tributos más o menos onerosos, se mantuvo independiente hasta el reinado de Francisco I.

Su extensión era de 33.888 kilómetros cuadrados y en las cartas geográficas más antiguas vemos señalado este ducado con el nombre de «Marcas Bretonas» y «Costas de Bretaña».

---

borderie: 1899) y de «Gens de Bretagne» (Gourcuff: 1900) nos hacen dudar si estos autores franceses tratan de sus Bretones o de nuestros Euskaldunas.

La identidad de los dos pueblos es tal que la simpática Bretaña nos parece una fototipia del país vascongado. 

## Eran Jefes de estos Estados....

### De Vasconia

Duque de Vasconia era Lupo II, cuarto hijo y el más joven del gran Eudón rey de Aquitania.

Después de haber visto el fin desastroso de sus hermanos Hunaldo, Hattón y Ramistán, y cuando supo que su sobrino Waifario, mientras se hallaba errante en Perigord meditando el modo más eficaz de defender su ducado, había sido asesinado por su misma Guardia, sobornada por Pipino el Breve, alzándose este rey, de una manera tan indigna, con toda la Aquitania, pasó con su familia a los pirineos meridionales a convivir con los Vascones, que eran gentes de su raza, de su lengua y Vasconia patrimonio de su familia casi extinguida.

Los Vascones, viendo correr como avalancha avasalladora los corceles de los Sarracenos, que se habían apoderado de Jaca, Huesca y Tudela; que, en sus correrías guerreras, habían llegado hasta Iruña baluarte primero, después de sus montañas, de la independencia, que amaba tanto como el hálito de su vida, le recibieron jubilosos y le proclamaron Duque de Vasconia.

Debía tener a la sazón (768), 53 años, según los datos cronológicos recogidos cuidadosamente por Jaurgain de los anales y cronicones más antiguos y más fidedignos; había nacido el 715 y se casó el 740 (1).

---

(1) Véase Jaurgain: «La Vasconie»; tomo I pag. 60 (Pau 1898).

En el mismo tomo, cap. IV, pág. 99 escribe: «Es muy verosímil, si ya no es cierto, que él (Lupo II) mantiene su dominio más allá del año 778, y como dice M. Rabanis (Les Merovingiens d'Aquitaine 1841, pág. 86) no es dudoso que los Vascones, los cuales debieron tener uno o varios jefes en el combate de Roncesvalles, eran dirigidos por este duque Lupo, que en persona asistió al ataque de la retaguardia de los ejércitos francos; pues su autoridad se extendía ciertamente a los Euskarianos de las dos vertientes pirenaicas».

Su poder, que empezó el año 768, año de la muerte traidora de su sobrino Waifario, duraba todavía el año 778, que es la fecha en la cual nos interesa saber quién dominaba.

### En Asturias

Sostenía el cetro del gran Pelayo rey de Asturias, el sucesor inmediato de Fruela I, Silo, rey de las montañas cántabro-galáicas a quien sucedió Mauregato y después Bermudo el Diácono y en tercer lugar don Alonso II el Casto.

Fruela I murió el 768, mas, parece que Silo no ciñó la corona hasta 774 (según Saloedo y Ruiz); Bermudo dejó de reinar el 791 para dejar paso al reinado de Alfonso II el Casto (791-842).

A este último rey, los «cantos de gesta», las leyendas y algunos historiadores incautos, hacen asistir a la rota carolingia.

### En Jacetania

Los Jacetanos, después de resistir duros y muy desiguales combates, hubieron de someterse al Emir de Córdoba, que puso un walí o gobernador en Jaca: la misma suerte corrieron Huesca, Tudela y lo que poco después se llamaría Marca Hispánica.

### En el Emirato de Córdoba

Los Sarracenos, que dominaban la mayor parte de la península ibérica, tenían por jefe al emir Abderrahmán I, príncipe real de la familia de los Omeyas u Omníadas, dinastía de musulimes, que reinó desde el 661 hasta el 750.

Este año de 750 quiso el emir Abul-Abbas extinguir a los Omeyas pero el príncipe Abderrahmán se salvó de la traidora matanza.

Este príncipe de gallarda presencia, aventurero y valentísimo, anduvo errante, acompañado solo de su fiel escudero Badr, por espacio de cinco años; vagando de aduar en aduar desde las orillas del Eufrates hasta las ruinas de Cartago, soñando siempre en ceñir la corona más grande y más rica del universo.

Por fin el año 755 fué llamado a España por los jeques yemenitas y, uniéndosele algunas tribus berberiscas y seis jeques caisitas, entró por Almuñecar y conquistó el emirato, caminando de triunfo en triunfo, y poniendo walfes de su confianza en las ciudades principales distantes de Córdoba.

En su reinado, que duró 33 años, se empezó la construcción de la suntuosa mezquita de Córdoba; para su edificación todos los tesoros de su emirato y todos los trofeos de sus victorias le parecían pocos y pobres, gastando en ella más de 100.000 doblas de oro, que equivalen a muchos millones de pesetas.

Aunque su emirato gozó de largos períodos de paz se vió precisado a sofocar algunas sublevaciones, como la del walf de Zaragoza, Suleimán el Arabi, que dió motivo a la célebre rota de Carlo Magno.

El año 788 le sucedió su hijo Hixem I, llamado el Afable (Al-Rhadi), el cual reinó ocho años y concluyó la grandiosa aljama.

### En Aquitania

En Aquitania dominaba Carlo Magno.

Muerto Pipino el Breve el año 768, el ducado de Aquitania tocó en suerte a Carlos: pero Hunoldo II, hijo de Waifario, último duque aquitano asesinado por los sobornados de Pipino, soñaba siempre en recuperar el señorío de sus mayores y vengar al mismo tiempo el crimen cometido en la persona de su padre.

Para esto reúne a sus Etxeco-jaunas, más fieles y re-

corre gran parte del ducado (año 769) en son de triunfo y de dominio; pero Karlos repasa el Garona y le acomete con un ejército formidable.

Hunoldo comprende su impotencia y, pasando el Pirineo, se refugia en Vasconia cuyo ducado poseía su tío Lupo II.

No satisface a Karlos esta fuga, mucho menos su refugio en el ducado vecino, desde donde prevee amenazado continuamente su territorio: por lo que manda sus emisarios al duque vascón, rogándole que entregue en la cima del Pirineo al fugitivo Hunoldo, amenazándole de otra suerte invadir con sus ejércitos la Vasconia.

Lupo por aquel entonces, considérase impotente para resistir y, escuchando las voces de la prudencia, determina entregar a Hunoldo; y así lo verifica, enviando juntamente legados (fina medida de diplomacia que diríamos ahora) para hacerle saber que accedía a sus ruegos estando dispuesto a obedecer sus órdenes en cualquiera otra idéntica ocasión; (no a someterse como traducen los historiadores franceses la «Historia de Carlo Magno» de Eginhardo), es decir, que la frase consignada en la página 200 de «Vita Karoli Magni», Hunoltum et uxorem ejus sine cunctatione reddidit; se quoque quaecumque imperarentur facturum spondidit; fielmente traducida equivale a decir: «que sin ambages ni rodeos entregó a Hunoldo y a su esposa, prometiéndole su buena voluntad para lo futuro» como decimos ahora en la consagrada frase epistolar «cumpló gustoso su encargo y mande cuanto guste a su afmo.».

No estamos, por ende, conformes con Jaurgain en lo que escribe «Lupo, atendiendo a la prudencia, devuelve a Hunold y a su esposa y se somete él mismo, con el país que gobernaba, al poder del vencedor» (1).

---

(1) «La Vasconie» tomo I, pág. 64.

A partir de este hecho en que Hunoldo queda prisionero, del rey franco nada sabemos ya de Aquitania como ducado independiente: Hunoldo, su último duque pretendiente, debió morir en el monasterio donde estaba encerrado, prisionero de Carlo Magno.

Conocidos estos antecedentes, que hemos creído necesario apuntar antes de la narración de los hechos, poco trabajo se precisa para descubrir lo que entra de lleno en los dominios de la Historia y lo que pertenece a su bella hermanastra, la leyenda.

## La Historia

### De Sajonia a Zaragoza

Aceptamos y transcribimos solo aquellas personas, lugares, y hechos en los que coinciden diversas fuentes árabes y cristianas y en los cuales no hay discrepancia entre los buenos críticos modernos.

Pipino el Breve, continuador de su padre Carlos Martel en las batallas y en los triunfos, contra los ejércitos sarracenos, había extendido sus dominios desde el lado de aquí del río Loira hasta los Pirineos, límite y barrera extraña entre gentes de la misma raza y de la misma lengua cual eran los de Vasconia y los de Aquitania (Euskaldunac).

Cuando murió (año 768), sus estados se dividieron entre sus dos hijos supervivientes Karl y Karlomán; pero tres años después de su padre (año 771), murió Karlomán y entonces todos los dominios de Pipino quedaron bajo el poder del único rey de los Francos, Karl, que poco después sería coronado Emperador de Occidente y se llamaría Carlo Magno.

En los primeros años de su reinado toda su atención, su política y sus armas se ocuparon al otro lado de los Alpes y del Rhin, peleando ya contra los Lom-

bardos ya contra los Sajones; oponiendo un dique a las oleadas inmensas de pueblos germanos, que no cejaban en sus tentativas de invasión a las Galias.

Corría el año 777 cuando una vez más los Sajones se pronunciaron en turbulenta sublevación contra el rey franco el cual marchó contra ellos y los deshizo.

Dice un escritor sajón que, después de haberles reducido a obediencia y de haber implantado «con ayuda de verdugos» el Cristianismo, llamó a los rebeldes a un «Campo de Mayo», que deseaba celebrar en Paderborn. Llamaban los Francos «campos de mayo» a los famosos «Campos de Marte» de los Sajones; especie de asambleas religioso-patrióticas, que Pipino trasladó al mes de mayo y que después recibieron el nombre de «estados generales» o «dietas».

Presidiendo esta asamblea venerable se hallaba Karl en el fondo de Germania, cuando inopinadamente se presentaron unos extranjeros, que, por su vestimenta y armas, se descubría ser musulmanes.

¿Quiénes eran y qué comisión tan importante traían aquellos hombres de blancos jaiques y pardas chilabas, que con su presencia interrumpieron las altas cuestiones, que en la asamblea se agitaban?...

Eran tres sarracenos principales, dice el Monje de San Eparcio, «...ad idem placitum venerunt Saraceni de Hispania tres Reges, Ibn-al- Arabi et filius de Jusufi qui latine Joseph nominatur et gener ejus Alarviz...» (1).

Ibn-el Arabi, walí de Zaragoza, un hijo de Jusuf el Fehri, aquél hijo tercero del fehrita decapitado por Marsilio en los campos de Lorca y que tan astutamente escapó de la prisión de Toledo, llamado Kassem Ben Jusuf, un yerno de este llamado Alárviz y algunos otros caballeros musulmanes, venían a solicitar de Karl el au-

---

(1) Vita Caroli a Monacho Engolismensi S. Eparchii.

xilio de sus armas contra el poderoso emir de Córdoba Abderrahmán I (1).

No desechó el futuro emperador a los sarracenos, antes bien los acogió con agrado, porque ello le proporcionaba ocasión de dilatar sus fronteras, apoderándose de cierto número de ciudades de aquende el Pirineo que aquellos jefes islámicas le ofrecieron. «Entonces», dice el autor contemporáneo de los «Anales de Colonia» atribuidos a Eginhardo, «el rey concibiendo, a persuasión del mencionado sarraceno, la esperanza de tomar algunas ciudades en España»... (2).

El Astrónomo y los Anales de Metz dicen que Carlo Magno se movió a emprender esta expedición guerrera por España obedeciendo al deseo que tenía de socorrer a los cristianos y de librar a la Iglesia del yugo de los Sarracenos (3).

«Es posible, mejor dicho, es probable», dice Romey», que la grande idea de sustraer a la península ibérica de la odiosa dominación de los mahometanos y de apoderarse, en consecuencia de ella por derecho de conquista, si ello era factible como él lo juzgaba, alagase al mismo tiempo sus profundos sentimientos religiosos y su ambición» (4).

Sea de ello lo que quiera el futuro emperador de Occidente al empezar la primavera del año 778, reunió el mayor ejército, que pudo y, poniéndose él mismo a la cabeza, pasa el Loira, entra en Aquitania y, antes de escalar los Pirineos, se detiene en Chasse-

---

(1) Adon. Vienn. Crónica (D. Bouquet: tomo II).

(2) Eginahrdo. Anna. ad annum 778 (D. Bouquet: tomo V). Estos anales atribuidos al secretario y cronista de Carlo Magno fueron publicados la primera vez en Colonia el año 1521 por el conde Hermann de Nuenar.

(3) Ann. Met. (D. Buquet, tomo V, pág. 343) «movido por las quejas y súplicas de los cristianos de España que penosamente sufrían el yugo de los Sarracenos»

(4) Romey «Hist. d'Espagne» tomo III, pag. 235.

neuil (hoy departamento de Cherente), a fin de celebrar la Pascua.

En esta residencia, que después fué *sitio real*, dejó a su esposa Hildegarda (1), que, «hallándose en cinta en período ya avanzado, no podía caminar más lejos». Aquí nació aquel mismo año su sucesor en el Imperio, Ludovico Pío.

Cuando abanzaba ya la primavera y las nieves del Pirineo licuándose, habían dejado expeditos los pasos, se encaminó con dirección a España.

Las numerosas levas de soldados, que había hecho, se dividieron en dos cuerpos de ejército, y mientras el uno compuesto por los de Borgoña, Austrasia, Babiera, Provenza, de la Septimania oriental y de Lombardia tomaba la ruta de Tolouse y Marselle y franqueaba los pirineos orientales; Karl, que tomaba él mismo la dirección inmediata del otro cuerpo, caminaba por la derecha y, atravesando toda la Aquitania, penetraba en las gargantas del bajo pirineo; pasaba los largos montes de Cisa y, entrando en Vasconia por el puerto ciséreo y por Ibañeta, sin tropiezo, avanzó hasta Pamplona que, como dice el Monje de Silos en su «Crónica» de aquel tiempo, era el «opidum» (la plaza fuerte) y el «castrum» (el parapeto inexpugnable) de los Vascones (2).

---

(1) Hildegarda fué la segunda mujer de Carlo Magno; era descendiente de los reyes de Asturias. El rey Favila nieto de Pelayo tuvo una hija llamada Favina, que habiendo casado con Luitfrido duque de Suecia, tuvo seis hijos varones: Godofrido etc. Godofrido duque de Suecia casó con Seva hija del rey de los Longobardos y tuvo, entre otros hijos, a Hildegarda la cual casó con Carlos el Grande». (Henríquez: Monologio Cister.)

(2) Según Paul Raymond los ejércitos de Carlo Magno debieron dividirse y pasar por Irún, por Valcarlos, por el camino que domina a Castro-Piñón y por la antigua vía que va del valle de Aspe a Sumo-puerto. (Gautier «La Chanson de Roland» p. 90)

Desde luego nadie mejor puede informarnos acerca de esto

Conviene todos los escritores de la época y casi todos los que escribieron de esto en los siglos posteriores, en que llegados los ejércitos francos a Pamplona tomaron sin dificultad esta ciudad fuerte, que no estaba ocupada por los sarracenos como han asegurado algunos historiadores de la Edad Moderna, sino defendida de toda intrusión extranjera por sus naturales los Vascones.

El por qué de no poner gran resistencia los de Pamplona se explica fácilmente, si se tiene en cuenta lo inesperado de la llegada de un ejército cien veces más numeroso que el que guardaba la ciudad y la esperanza, al ver caminar un rey tan cristiano contra los sarracenos, de que había de ayudarles contra toda invasión islamita. «Entonces», dice el Monje Silense (1), «pasando por los desfiladeros de los ásperos pirineos, siguió el camino de Pamplona y entró sano y salvo en esta ciudad. Los Vascones lo recibieron con gran regocijo porque estaban continuamente y por todas partes cercados y molestados por los Moros».

Hemos afirmado que Pamplona no estaba a la sa-

---

que los escritores árabes pues ellos eran maestros en el conocimiento de «vías» para la invasión de territorios extranjeros.

«Los escritores moros» dice Conde en su Historia de la Dominación de los Arabes en España, pág. 132 «mencionan cuatro puertos a través de los pirineos: Bort-Oxmara, Bort-Jaca, Bort-Xezar y Bort-Bayona. El puerto de Xezar pasa por Roncesvalles.

No pasó por el puerto de Jaca porque es el más difícil por su altura y sus nieves perpetuas y sobre todo porque estaba tomado y defendido por el valí jacetano y convenía al rey franco llegar a Zaragoza con sus tropas íntegras.

Tampoco por Irún porque la vía romana de Bourdeaux a Astorga pasaba por Roncesvalles.

Por otra parte el camino era más largo y el rey quería llegar cuanto antes; por eso dispuso que el núcleo formado en las tierras orientales, pasara por Cataluña sin rodear por los puertos de Cisa.

(1) Silensis Monachus. Crónica. («España Sagrada» tomo XVII pág. 271.)

zón ocupada por los sarracenos y efectivamente, así era, pues según las Crónicas árabes traducidas y publicadas por Conde y Docy, los Moros no habían conquistado dentro de Vasconia más que Jaca, Huesca y Tudela, y mientras refieren cómo y a quién había nombrado Abderrahmán walí en cada una de estas tres ciudades, nada dicen de la supuesta ocupación de Pamplona ni del walí que la gobernaba, siendo así que habría de referirlo especialmente por ser Pamplona la ciudad principal.

Estando en la capital de Vasconia recibió Karl al walí de Huesca, Abou-Taher, que, rindiéndosele, ofreció al rey de los Francos sumisión y rehenes. «El año D.C.C.L.X.X.VIII», dicen los Anales Anians., «congregando el rey Karlos un numeroso ejército entró en España y conquistó la ciudad de Pamplona y allá Tauro, rey de los sarracenos se llegó a él y le entregó las ciudades, que había tomado, dándole en rehenes a su hermano y a su hijo» (1).

Indudablemente este walí era el que tenía cercada la ciudad de Pamplona y había arrebatado los pueblos vascones situados en el camino de Huesca a Iruña, pues asegura Campión que al llegar «lebantó el cerco que los Moros tenían puesto a Pamplona» (2).

Y prosiguió su camino calentando en los Vascones odios seculares «para unirse al otro cuerpo de ejército, que debía acercarse ya a Zaragoza «atravesando», dice Lafuente, «las poblaciones del Ebro, talando y devastando sus campos».

: : . . . . .

¿Qué hizo el rey franco Karl cuando llegó a Zaragoza?... ¿ayudó al walí de aquella ciudad a indepen-

---

(1) Anales Ann. Véase también Devic y Vaisete, Historia General de Languedoc tomo II, fol. 8.

(2) Campión «Nabarra en su Vida Histórica» pág. 414 de la «Geografía del País Vasco-Navarro» Barcelona.

dizarse del emir de Córdoba?... ¿o el mismo Ibn-el-Arabi con los suyos le cerró las puertas de la ciudad, resultando fallidas todas aquellas promesas hechas por los caballeros islamitas, en Paderborn?...

Este es el punto más oscuro de la venida del rey franco a España.

Los historiadores de aquel tiempo guardan enigmático silencio, conviniendo todos, eso sí, en que no se libró combate y en que Carlo Magno no entró en la ciudad de Zaragoza.

Las crónicas árabes y los anales y cronicones españoles convienen en que, al llegar el rey franco, Zaragoza había cerrado sus puertas en son de guerra y que estaba dispuesta a defenderse de los Francos si estos intentaban un cerco; pero mientras unos escriben que el mismo Suleimán Ibn-el-Arabi, arrepentido de sus proyectos de independencia y cambiado de sus ofrecimientos generosos, cerró las puertas de la ciudad cesaraugustana a Carlo Magno, dándole en recompensa esclavos árabes y gran cantidad de oro; (Silense. Ann., Met; Ann. de Aniano); otros, dejan entrever que, mientras el rey caminaba hacia Zaragoza, acompañado del walí, el que, en su ausencia, gobernaba, Hissehin, conmovió al pueblo y le convenció del oprobio inaudito, que caía sobre la frente de los mahometanos recibiendo a un rey extranjero, que venía a imponerles el Cristianismo.

En consecuencia cerraron la ciudad, disponiéndose a vender muy caras las vidas si, a fuerza de lanzas, intentaba Carlo Magno tomar la ciudad.

Entonces Suleimán Ibn-el-Arabi entregóse como cautivo del monarca franco, viéndose impotente para cumplir las promesas que le había hecho. Cuando los Francos volvían grupas, acaen Codera y Ruiz Salcedo, cayeron sobre ellos los Sarracenos, acaudillados por los dos hijos de Suleimán, Matruch y Aixón y derro-

tándoles rescataron a su padre y gobernador Ibn-el-Arabi (así Conde, Docy, Lafuente, R. Salcedo, etc.).

Las crónicas francas, dice Jaurgain, están muy poco explícitas acerca de lo que hizo Carlo-Magno al llegar a Zaragoza. Los Anales de Metz parecen indicar que la ciudad, cercada por Carlos, pactó con el rey una retirada honrosa entregándole muchos rehenes y gran cantidad de oro.

El autor de los Anales de Colonia, escritor contemporáneo se expresa en términos enigmáticos, pues dice: «De allí (de Pamplona), camina por las márgenes del Ebro y pasando este río, avanza hasta Cesa-raugusta, que era la principal ciudad de aquel territorio; y recibidos los rehenes que Ibn-el-Arabi y otros caballeros le ofrecieron, vuelve a Pamplona».

Creemos con el P. Moret, con Salcedo, con Lafuente y otros historiadores reflexivos y bien documentados que el rey de los Francos fué víctima de la pérfida traición de los Moros; perfidia característica de esta raza maldita, que de entonces hasta ahora se ha hecho proverbial y de la que, una vez más, han sufrido desastrosos efectos las dos naciones, Francia y España, en la antipopular guerra de Marruecos.

¿Cómo era posible que el walí de Zaragoza acompañase todavía a Carlo-Magno habiendo pasado un año desde la entrevista de Paderborn?, ¿y cómo puede comprenderse que el poderoso emir de Córdoba dejara sin castigo la rebelión de Ibn-el-Arabi y, aún más, le permitiese continuar en aquel gobierno tan distante (y como consecuencia tan peligroso) de su residencia habitual la capital del emirato?

La lógica de la historia nos obliga a creer que Karlos, futuro emperador de Occidente, salió de su reino esperando hacer de Zaragoza un reino morisco dependiente de su imperio, en el cual bien pronto la Cruz de Jesucristo habría de triunfar de la Media Luna; reducir a su mando la Vasconia y, por el orien-

te, poder pasear sus banderas por Cataluña, hasta la desembocadura del Ebro en todo lo que pronto se llamaría «Marca Hispánica».

Pero los pensamientos de los reyes no siempre son augurio de los destinos de los pueblos.

Cuando su mente acariciaba estas ideas de conquista. Sajonia se preparaba a un alzamiento revoltoso: el walí cesaraugustano había cambiado de parecer,— que es mucho tiempo un año para perseverar inquebrantable la fidelidad de un morisco;—y Vasconia seguiría como siempre irreductible.

Los nuncios del Rhin no debieron llegar mucho tiempo después que sus huestes guerreras a Zaragoza y, ante la fatal noticia de que Sajonia se levantaba en armas contra los Francos, trató de capitular con el walí traicionero, el cual, según aseguran los Anales de Metz, ad annum 778, para que levantara el cerco, con que asediaba la ciudad, entregó a Karlos gran número de esclavos y fuerte cantidad de oro, con lo cual, dice Lafuente, tuvo a bien retirarse de los muros de Zaragoza con grande peso de oro, pero también con gran peso de bochorno.

## Vuelta de Carlo Magno a su Reino

Arregladas así las cosas; determinó el rey franco volver a las Galias por el mismo camino por donde él había venido, y nuevamente, pisando las flóridas márgenes del río Ebro y atravesando su corriente, llegó a Pamplona.

Su ejército se componía, según los analistas contemporáneos, de 40.000 hombres de a pie y de a caballo.

El Abad de Prum (Alemania), que escribía sus anales el 908, dice:

«A su vuelta, después de haber expulsado de Pam-

plena a los sarracenos, y de haber destruído sus murallas, vuelve a Francia, sometidos los Vascones (1).

Con unanimidad, pocas veces sentida, refieren los cronistas que llegado a Iruña el rey franco, mandó demantelar la ciudad de sus murallas, destruyéndolas hasta el suelo (2).

No era gran quehacer para entretener los ocios de 40.000 hombres durante breves días; pero, ¡cómo se avivaron el odio ya viejo y el coraje de los Vascones!... Abierta a todos los enemigos, su *castrum* secular, inexpugnable como sus montañas; ¿cómo habían de sufrir en silencio el ultraje, que se hacía a su ardiente amor a la independencia?...

Ninguna sorpresa ofrece el que, enseguida de este atropello carolingio, que jamás justificará la Historia, se oyese en las crestas de los montes y en la hondonada de los valles el *irrintzi* prolongado, ininterrumpido, y los cuernos de buey de los *Etxekojaunac*, que llamaban a la guerra como luego veremos.

Arrasados los muros, salió de Iruña el rey con su ejército.

Prosiguiendo su marcha se internó en el desfiladero de Ronçabal (Roncesvalles), sin haber encontrado en su camino ni enemigos ni señal de rebelión; a lo largo del camino solo notó la ausencia de los habitantes de este montuoso país, los cuales, parece haber sido tragados por la tierra. «Solo en aquel valle funesto, dice Lafuente, había de dejar sus ricas presas, la mitad de su ejército y, lo que es peor para un guerrero, ¡¡su gloria!!... (3).

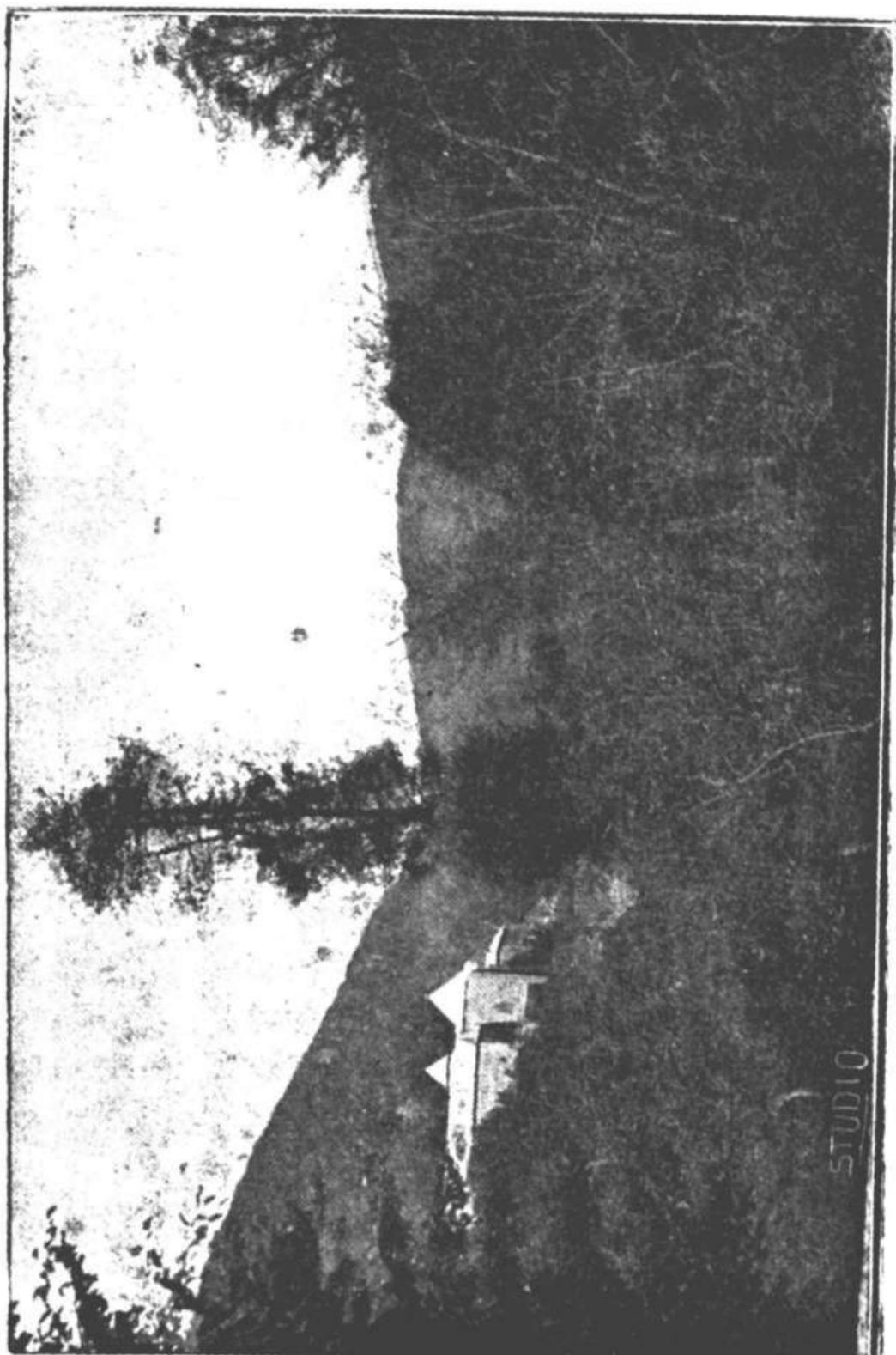
---

(1) Reginus Prumi Abbas Chron ad annum 778 (Petz Monumentorum German. Historia t. I).

(2) Anna. atribuidos al historiador contemporáneo Eghinar-do (D. Bouquet: tomo V) «Cuyus muros ne rebellare posset *ad solum usque* destruxit ac regredi statuens Pyrenaei saltum ingressus est.»

(3) Lafuente: «Historia de España» tomo II, pág. 177.

Las tropas iban divididas en dos cuerpos «a bastante distancia el uno del otro, como exige el orden más rudimentario de un ejército numeroso en marcha.



«...Prosiguiendo su  
marcha se internó  
en el desfiladero de  
Ronzabal (Ronces-  
valles)...»

A la cabeza del primero iba Karlos y la retaguardia era dirigida por Rolando y otros caballeros principales.

«Las tropas--dice Jaurgeain (La Vasconie, t. I)—pasaban el desfiladero en una sola y larga línea, pues no consentía otra cosa lo angosto del lugar y la espesura del bosque». El primer cuerpo pasó sano y salvo: «Karl,—dice el Astrónomo,—igual en valor a Aníbal y a Pompeyo, atravesó felizmente, con la ayuda de Jesucristo, las altas cimas de los Pirineos», mas, el segundo cuerpo, donde llevaban los bagajes, los esclavos sarracenos y los tesoros recogidos en toda la expedición, cuando llegaba al pie de la cumbre de Atzobiskar, fué sorprendido por los Vascones, que ocultos hasta entonces y parapetados en los recodos de la montaña y en las breñas del bosque, lanzáronse al ruido del *irrintzi* y al resonar del cuerno salvaje sobre las huestes francas, que, despavoridas por lo inopinado de la ruda acometida, se desparramaron sin orden, por los senderos de pastores y por la espesura de la floresta.

Empujados furiosamente por los montañeses, fueron precipitados a la hondonada y la matanza continuaba sin piedad.

«Los lamentos y alaridos de los soldados de Carlo Magno, moribundos, se confundían con la gritería de los Vascones; y retumbando en los barrancos y en las cañadas aumentaban el terror del sangriento cuadro». (Lafuente).

En la hondonada acabaron de aplastar al ejército entero; allá pereció Eghiardo, mayordomo de la mesa del rey, allá murió Anselmo, conde de palacio, allí Rolando el heroico Prefecto de las Marcas de los Bretones; allá en fin, quedó sepultada la flor de la nobleza y de la caballería franca, sin que su rey Karlos, pudiera volver por el honor de sus banderas ni vengar tan dura agresión.

Los Vascones desvalijaron los carros y, apoderán-

dose de los bagajes, protegidos por las sombras de la noche huyeron cargados de riquísimo botín con la agilidad del corzo que les es peculiar, refugiándose en lo escondido de sus montes.

«Ellos tuvieron muchas ventajas sobre los Francos: la ligereza de sus armas, la previa preparación y espera, arma al hombro, hasta el momento más oportuno y, sobre todo, lo aventajado de la posición y el conocimiento del lugar; entretanto que los Francos tenían en su contra la pesadez del equipo, que llevaban sobre su espalda, la peor posición y la sorpresa del ataque, todo lo cual hacía a los Francos muy inferiores a pesar de la superioridad numérica de combatientes».

«No pudo ser vengada esta derrota por entonces, porque el enemigo, después de acabar con el último de los soldados de la retaguardia, desapareció como por encanto; de tal manera, que ni rumor siquiera se percibía por donde se rastreara su paradero» (1).

La crítica de estos tiempos ha llegado a fijar con gran precisión hasta la fecha de la famosa derrota, gracias al descubrimiento hecho por Weflln-Trall, en un manuscrito de la biblioteca nacional de París, de un epitafio, que, según las prolijas investigaciones hechas por Dummler, corresponde a Eggihardo uno de los tres grandes personajes, que murieron en la rota; el Prepósito o mayordomo de la mesa del Rey.

Según el citado epitafio Eggihardo tenía el primer puesto en la corte de Karlos y cuando éste pisó la tierra de España, murió aquel al mundo pero vivió

---

(1) «Adjuvabat in hoc facto Wascones, et levitas armorum et loci, in quo res gerebatur, situs. E contra Francos, et armorum gravitas et loci iniquitas per omnia Wascones reddidit impares».

«Neque hoc factum, ad presens, vindicari poterat, quia hostis re perpetrata, ita dispersus est, ut ne fama quidem remaneret ubinam gentium quaeri potuisset». (Vita Karoli M. Eginh.—Bouquet, t. V, pág. 93).

para Dios, el día diez y ocho de las Kalendas de septiembre del año DCCLXXVIII, es decir, el 15 de agosto de 778. He aquí el epitafio:

«*Aggihardus patrio nomen de nomine dictus*»  
«*Hic erat et regis sumus in aula fuit*».

.....  
«*Tempore quo Karolus Spaniae calcavit arenas*»  
«*Mortuus est in mundo: vivit ubique Deo*».

.....  
«*Tu pietate Deus probrosa dicite cuncti*»  
«*Aggihardi famuli crimina tollentur*»  
«*Qui obiit die XVIII Kalendas Septembris. In pace feliciter* (1).

Tal fué la que después se hizo celebérrima batalla de Roncesvalles, como la refiere el mismo secretario y biógrafo de Carlo Magno y según escriben los analistas de aquella época.

Como se deja ver, el ataque bravo, rudo e inesperado de los Vascones, no fué otra cosa que un acto terrible de represalias contra el rey franco y sus soldados, por haber desmantelado su ciudad-fortaleza y haberlos dejado indefensos, contra los sarracenos, que, sin cesar, les molestaban con sus irrupciones (2).

Y esta es la verdad desnuda de las ficciones con que después, desfigurándola, la embellecieron los juglares, troveros, monjes peregrinos y romanceros de la Edad-Media de todos los países.

---

(1) Devic et Vaissete: Histoire general de Languedoc; (edi. priva. tomo V; Pruebas; Inscripción n. 1).

(2) Cet acte était, d'autant, plus inqualifiable que tandis que les Sarrasins enturaient, avec leurs forteresses la ville de Pampe-lune, le roi se retirait, au delades monts, vers le nord de la France, sans grand esprit de retour, comme l'avenir debait le prouver.

L'acte de vengeance qui groupa a Roncevanx les Vascons du Midi et du Nord des Pyrénées fut donc un acte de represailles légitimes. (Cardaillac: La Bataille de Roncevaux, pág. 65).

En el siglo XI, aparece la «Chanson de Rollandi», indudable refundición de más antiguos cantares probablemente compuestos y cantados por los buenos Bretones para llorar la muerte de su amado Rolando, refundidos y ampliados después por los poetas peregrinos de Compostela (1). En este monumento literario, eco de las tradiciones francas, a vuelta de invenciones tan estupendas como inverosímiles, cual es la conquista de España por el emperador Carlos, se sigue en lo principal a los cronistas árabes, atribuyendo a los sarracenos la inmortal rota carolingia, poniendo a los Vascones como auxiliares de la batalla y, por ende, del triunfo.

Según la «Canción de Roldán», fué derrotado este paladín y no el emperador en persona. Mandaba Rolando, con los «Doce Pares de Francia», la retaguardia de las huestes francas que fué machacada en las gargantas del pirineo. El rey, jeque o walí de Zaragoza, no es Suleimán-Ibn, sino el terrible Marsilio.

Reuniendo narraciones de las crónicas francas y de las árabes, y los relatos épicos a que la «Chanson de Rollandi» dió origen, compuso Docy una historia de la expedición de Carlomagno tan ingeniosa y entretenida como la de nuestro Saavedra, de la invasión de los árabes, según la cual, el ejército franco vino a España, llamado por una *coalición de enemigos* del emir de Córdoba que fueron a solicitar la ayuda del futuro emperador de Occidente, cuando se hallaba celebrando su Campo de Mayo, en el corazón de Sajonia. La verdad es otra, como hemos visto, y en ella nos confirmaremos más al estudiar separadamente *la leyenda*.

Lo que nos llama poderosamente la atención es, que el historiador contemporáneo Salcedo y Ruiz, si-

---

(1) «El texto de «Chanson de Rollands» aún en el manuscrito de Oxford, que es el más antiguo conocido, presenta huellas de refundición». (Menéndez Pelayo «Tratado de los romances viejos». Antología XI).

guiendo la opinión de Codera, en su discurso de presentación en la R. Academia de la Historia, coloque en el estante de las leyendas, la historia de la rota carolingia en las faldas de Atzobiskar: escribe en la página 194 de su «Historia de España»: Lo positivo es, que semejante versión, aunque seductora en el texto de Docy, no puede sostenerse como histórica, después de la severa crítica de Codera y que en nuestra Península, la fama de la rota de Roncesvalles no viene directamente de la tradición nacional, sino de los épicos cantos de los juglares franceses iniciadores de nuestra épica castellana».

Parécenos que Codera no ha leído bien los anales latinos de los siglos VIII: IX y X, que concuerdan con Eginhardo y el Astrónomo; y que no ha visitado Roncesvalles, para ver, cómo la toponimia de los lugares concuerda, en un todo, con la tradición no interrumpida de la rota carolingia.

En los dos apartados que siguen, veremos confirmada esta verdad histórica, en estos tiempos, ya indiscutible.

## Los Vascones y solos los Vascones derrotaron a Carlo Magno.

El primer historiador español que vindica para los valientes naturales de Vasconia, la gloria de la rota, fué el ilustre navarro Rodrigo Ximénez de Rada, ilustre Arzobispo de Toledo, fundador insigne de la Catedral-Primada y celeberrimo, desde la batalla de las Novas de Tolosa. Este escritor del siglo XII, habla hecho los estudios, de su juventud en París, y allá, seguramente, leyó las crónicas latinas, escritas en tiempo de Carlomagno.

Cuando volvió a España escribió una historia de su patria, en la cual, defiende, contra lo que se lee en

los cantos de gesta, que la victoria sobre los soldados francos en Roncesvalles, se debe al coraje, agilidad, y arrojo de sus compatriotas.

No rechaza la coalición de los islamitas con los Vascones, pero estas uniones circunstanciales, las reserva para acontecimientos posteriores: y efectivamente, estas coaliciones posteriores, están confirmadas por la Historia.

Si traducimos fielmente los textos latinos de Eginhardo y de los Anna. de Colonia, no nos quedará la más leve duda, acerca de este hecho: «Carlos,—dice Egin.,—vuelve con su ejército sano y salvo; pero en lo alto del pirineo, hubo de sufrir la perfidia *vascónica*. Pues como las tropas marcharan en filas largas y no gruesas, pues, no otra cosa permitía la espesura del bosque, los *Wascones* pusieron asechanzas a la retaguardia».... «Los *Wascones* tenían en su favor el poco peso de sus armas y lo aventajado de la posición. Por el contrario, la pesadez del armamento franco y el sitio desfavorable, hacía a los Francos inferiores a los *Wascones*».... (D. Buquet, t. V, pág. 93).

«Los *Vascones*,—dice el analista de Colonia,—prepararon una emboscada en lo más alto del desfiladero y con gran tumulto atacaron a la retaguardia, poniendo, bien pronto, en desorden al ejército franco. A pesar de que los Francos superaban a los *Vascones*, tanto por el armamento, como por el corage, lo desfavorable de la situación y el género de combate desigual, los hizo inferiores. Como ellos conocían perfectamente aquellos lugares rápidamente se dispersaron por distintas direcciones», y contrasta lo patético de la siguiente frase, con lo árido y escueto de todo lo demás, que escribió: «Con esta derrota, se abrió una herida tan profunda en el corazón del rey, que, nubló para siempre el recuerdo de esta campaña, tan felizmente por otra parte, llevada a cabo en España» (Anna. cit. pág. 123).

Indudablemente, el dolor de esta herida era grande

sobre manera, por ser solos los Vascones, sus vencedores; mucho se habría mitigado, si la victoria, como más fácil, hubiese sido conseguida por los ejércitos coaligados.

Pero, por otra parte, ¿cómo se explica el silencio de los dos textos aducidos, escritos precisamente, a raíz del combate y por autores interesados, en aumentar el número y la calidad de los enemigos, si los Arabes hubiesen tomado parte en la derrota?, ¿y por qué decir solamente los Vascones y la perfidia vascónica, si no hubiesen sido los solos vencedores?

Oihenart, en «Notitia utriusque Vasconiae», página 31, después de referir que Carlo Magno destruyó los muros de Pamplona hasta el suelo, para evitar la insurrección *de sus naturales*, añade: «por esta injuria, *aquella raza belicosa*, aunque inferior en número y en armas, infirió a las legiones francas una derrota calamitosa».

De igual manera se expresa Marca, en su «Historia del Bearne», pág. 142: después de haber narrado la demolición de las murallas irunienses, dice: «Su expedición habría sido enteramente feliz, si los Bascos, picados, sin duda, por los malos tratos y la devastación de sus campos, que sufrieron al pasar aquella avalancha de guerreros, no hubiesen concebido el deseo de tomar la revancha». «Y he ahí por qué se precipitaron sobre la retaguardia del ejército franco, a medida que pasaba por el desfiladero de Roncesvalles. De esta derrota, la gloria por el arrojo o la deshonra por la rebelión, es de los naturales de esta región», (de la Vasconia).

Para no cansar al lector, omitimos otros testimonios de autores españoles, casi todos, contestes en la misma afirmación del Monje de Silos (1), el cual, ha-

---

(1) Silensis Monachus. («España Sagrada» Flórez, t. XVII, pág. 76).

blando de este pasaje histórico, atribuye la rota carolingia, «habitaculis illorum montium» (a los habitantes de aquellos montes).

La táctica estratégica, puesta en práctica en aquel combate por los Vascones, confirma los testimonios inconcusos aducidos.

Su estrategia fué *la guerrilla*; y de aquestos *guerrilleros*, fueron émulos gloriosos sus sucesores a principios del siglo pasado, en la guerra de la Independencia, en la cual, cada desfiladero de Navarra, se convirtió en un Roncesvalles. Espoz y Mina fué el Etxekojauna del siglo XIX, que hizo resonar el cuerno de guerra, en los valles de la actual Vasconia, y los triunfos del Carlo Magno moderno (Napoleón Bonaparte), se nublaron otra vez para siempre, en las montañas de Navarra.

El ataque *por guerrillas*, es el ataque por sorpresa; y la táctica de los *guerrilleros*, consiste en aproximarse al enemigo, sin que él lo sepa, ni se aperciba al acercarse; en arrojarse sobre él, como una tromba, y desaparecer enseguida, como por encanto, para evitar la persecución del contrario.

De esta manera, los esfuerzos del ejército ordenado, que se propone exterminarlos, resultan inútiles, pues, cuando el ejército se ordena, en forma de batalla, el enemigo ha desaparecido; pero, no huye definitivamente, sino que desaparece para preparar rápidamente otra sorpresa.

La primera cualidad del guerrillero es, además del arrojo, la celeridad en sus marchas; la base de su estrategia es el arte de reunirse y dispersarse velozmente, burlando al enemigo; su principal arma es la situación ventajosa del terreno; la victoria es una enamorada del *guerrillero*.

Esta manera de combate, es la tradicional, atávica de los Bascos, bien diferente por cierto, de la agarena de entonces, que se imponía por su número avasa-

llador, pero igual que, la usada por los agarenos de ahora, los moros de Marruecos (1).

Y..., ya basta. Vasconia no reparte los laureles del

---

(1) No necesitaron los Vascones de Escuelas de Guerra para aprender este modo de combatir; las montañas ásperas y los bosques profundos donde viven, les enseñaron que era la táctica más eficaz y a veces la única posible para derrotar a sus enemigos; de aquí que se haya hecho tradicional y atávica en Navarra, mejor dicho, propia y connatural de los navarros.

Y que es antigua nos lo dice J. César «De Bello Civili» en el libro I: «Los Euskarianos llevaban los cabellos largos y flotantes como las mujeres, pero cuando iban a la guerra los recogían con una venda de cuero que ceñían a su frente. Son tan diestros para engañar con emboscadas, como para evitar las que su enemigo les tiende; con una agilidad que se ha hecho en ellos proverbial. Hacen sus evoluciones militares con mucho orden y facilidad».

«Su táctica es particular: ellos se lanzan impetuosamente sobre el enemigo desde un lugar ventajoso desde donde, sin guardar distinción de puestos o de rangos, se precipitan por pelotones esparcidos».

«Obligados a ceder por la fuerza numérica, ellos retroceden y huyen, no a la desbandada sino para reunirse todos en un lugar ya prefijado por sus Jefes, para de allí volver a caer otra vez sobre los que les persiguen».

«Ellos se baten sin cascos ni cota de malla; armados de una corta espada de dos filos, que los Romanos adoptaron, como arma ofensiva, desde que la conocieron, de ellos».

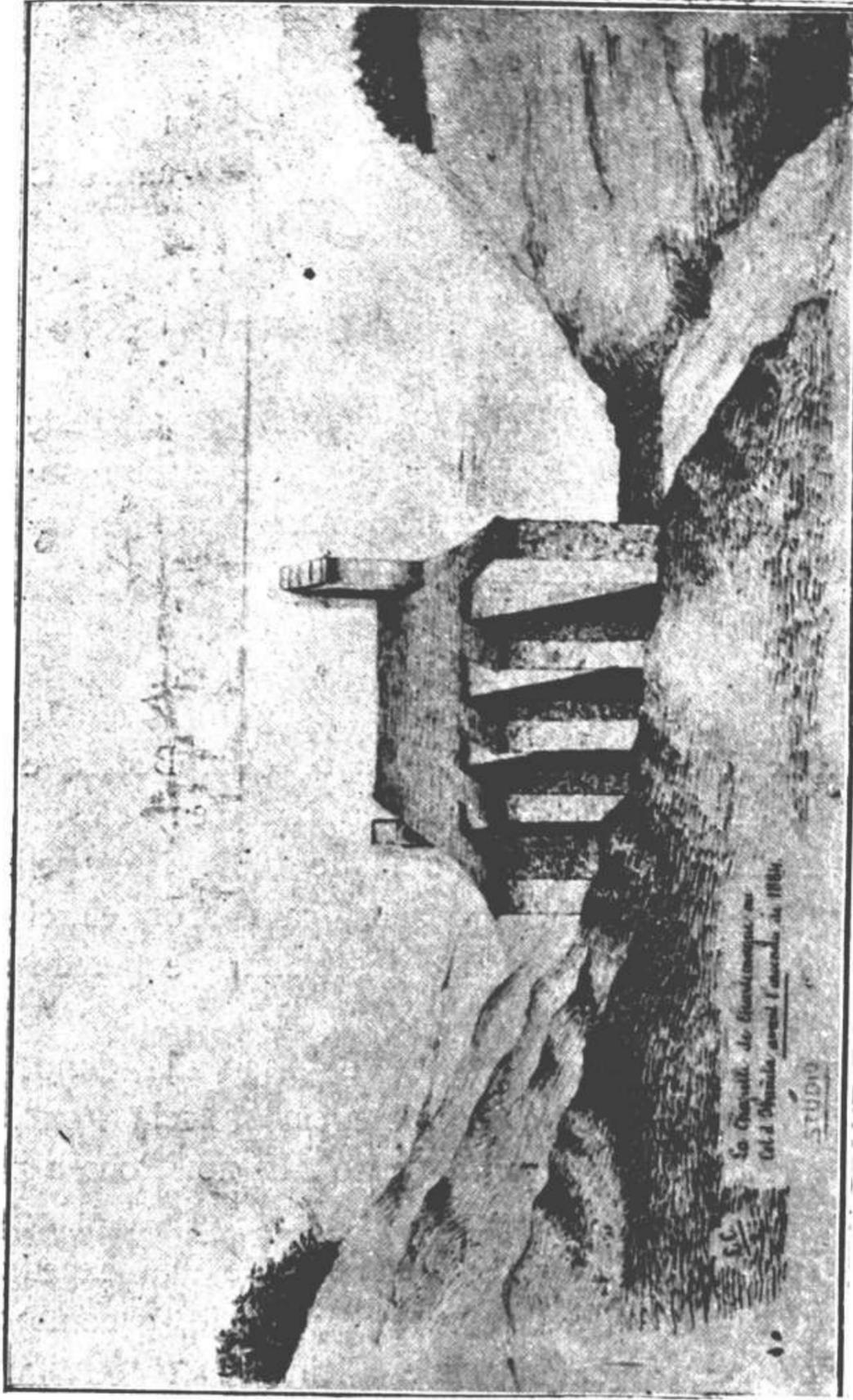
«Otros llevan lanzas guarnecidas de cobre y flechas aceradas que lanzan con una destreza insuperable».

«No tienen más arma defensiva que un pequeño escudo cóncavo de dos pies de diámetro».

«Solamente algunos jefes cubren su cabeza con unos cascos tejidos de nervios y adornados con tres plumas».

«Los caballos de su caballería están muy acostumbrados a escalar las montañas y saben muy bien doblar las rodillas en caso necesario; ordinariamente montan dos sobre cada caballo a fin de poder, si es preciso, pelear el uno a pie y el otro montado lo cual es de muy positivas ventajas».

«Tienen un desprecio absoluto para la muerte y son pródigos de su vida en los combates; ni el hambre les vence, ni la sed les sofoca, ni el frío les recluye, ni el calor les fatiga, sólo les apena llegar a una vejez inútil».



La capilla de Carlo  
Magno en Ibañeta, de  
la edad media.



triunfo inmortal de Roncesvalles, ni con sus vecinos los Astures, ignorantes de la expedición carolingia; ni con los otros más vecinos, los Agarenos, que por entonces, al menos aparentemente, partían piñas con Karlos, pues la solicitud de su ayuda y amistad, motivó estos viajes y esta lucha.

### Por fin... ¿cuál es el lugar de la derrota?

¡Quién había de decir a los que negaron este hecho histórico, que se había de precisar, no solo el día, como hemos visto arriba, sino hasta el mismo sitio de la cantada derrota!...

### La leyenda de Bedier...

Dice el laureado Profesor francés Mr. Bedier, en su estudio sobre Roncesvalles, publicado en «Revue de Deux-Mondes», del 15 de junio de 1909. «Los peregrinos, que pasaban a Compostela, cambiaron en el año 1000, el nombre de «capilla de Ibañeta» en el de «capilla de Carlo Magno».

«En el punto culminante de Cisa, allá donde comienza el descenso de los peregrinos hacia Roncesvalles, se levantaba la cruz de Carlo Magno. Poco a poco, y sin duda en una época muy posterior, a principios del siglo XII, se forma la leyenda de una expedición de Karlos, que va a rescatar el santuario, y como consecuencia de una batalla en el Pirineo».

«Roncesvalles ofrece, por otra parte, al peregrino un espectáculo impresionante; después de una llanura extensa, riente, tapizada de verdura, el camino se estrecha, continúa en barrancos y quebradas, y evoca, naturalmente, la idea de emboscada».

«Allá mismo, en aquellas hondonadas sombrías, es posible que naciera la idea de un combate, porque la historia no dice que Carlo Magno haya pasado pre-

cisamente por este desfiladero, y la geografía enseña, que para llegar a Pamplona, tenía otra ruta más ventajosa y más practicable. Es realmente un truco, hacer pasar a Carlomagno por Roncesvalles..., de lo cual, resulta que puede ser que no haya habido tal batalla de Roncesvalles».

### ¡¡Paso a la Historia...!!

A la alegación de Mr. José Bedier, tan gratuita y tan insustancial, contestaremos con pruebas fehacientes, aunque, en buena lid, no merece los honores de la contestación.

Es necesario no haber pisado Roncesvalles y no conocerlo, siquiera por personas serias, que lo hayan visitado, para afirmar que el camino, después de pasar la llanura, se desliza en barrancos y quebradas, y que el terreno de Roncesvalles ofrece al peregrino un espectáculo impresionante... Nada más ajeno de la verdad: el camino llano termina en la misma Colegiata, y, desde ella, comienza una pendiente suave y sin recodos pronunciados, hasta escalar la cima de Ibañeta, cuya capilla, que está situada en la cumbre, se eleva sobre Roncesvalles solo 108 metros; y esta insignificante altura se salva con una distancia de 1.400 metros, de tal suerte, que la actual carretera, que corre paralela al camino antiguo, no excede el desnivel reglamentario de las carreteras de Navarra, ni atraviesa barrancos, ni hondonadas (la pendiente del antiguo camino, del cual se separa un poco la carretera, subía casi en línea recta), ni menos, se retuerce en quebradas, porque no existen. A partir de Ibañeta la vía romana, que fué el camino de romería y el paso ordinario a Francia, va faldeando la parte meridional de atzobiskar en pendiente recta, y más suave que la anterior, por espacio de cuatro kilómetros, hasta llegar a la garganta, corta y despejada de «Lepoeder», en donde comien-

zan los montes de Cisa y el descenso recto y suave, pero largo de más de 20 kilómetros; nada hay, pues, que ofrezca en este camino «un espectáculo impresionante».

Bien se ve, que tanto Bedier, como Cocera, no han examinado los lugares; se han fiado el uno de exageradas descripciones topográficas, el otro, de los apasionados anales árabes; los dos, acaso demasiado, de los épicos «cantos de gesta».

Pero tenemos pruebas directas y a ellas vamos. Convenimos con el crítico francés, en que el camino a seguir por Carlos, de Pamplona a Sajonia, a donde con toda la rapidez posible se proponía acudir, para sofocar la rebelión, había de ser «plus, avantageuse ausi et practicable», el más ventajoso y al mismo tiempo, el más practicable; pero él tiene que convenir con nosotros que el camino más corto y más fácil, más ventajoso y más practicable, era el de los montes de Cisa-Ibañeta-Roncesvalles.

Bien sabido es que las peregrinaciones siguieron en sus viajes, de romería, las vías romanas, y es indudable que las legiones francas tenían necesidad de caminar por ellas, a fin de pasar a su país; eran los únicos caminos practicables: pues bien, la «Guía del Peregrino», escrita en el siglo XII, señala solo dos caminos para los romeros, de Pamplona a Francia, uno por «la Rosonhe (Larrasoña, actualmente), Burguet, Roncebal, Pico-colorado, Castel-peñón, San Juan Pie de Puerto y Ostabach»:

El segundo, por Ilumberri (Lumbier), Verdún, Jaca, Aspe (en el Bearne) y Ostabach (1). Ostabach era

---

(1) Ostabat, con su capilla y Hospital de peregrinos que todavía se ve en la pequeña aldea de Harambels (Baja Navarra), dista de Saint Pelayos dos leguas y de Saint Jean de Pied du Port cuatro leguas. San Juan señalaba la última etapa de peregrinación antes de Roncesvalles.

una villa francesa, que estuvo situada entre Saint-Jean Pied de Port y Saint-Palays.

Respecto del primer itinerario va señalando las distancias de esta manera: de Ostabach a San Juan Pie de Puerto, IV leguas; de San Juan a Pico-colorado y Castel-piñón, III leguas; de este pico a Burguete, IV leguas; de Burguete a Larrasoaña, V leguas, y de este punto a Pamplona, III leguas, total, diez y nueve leguas de Ostabach a Pamplona.

Advertimos de paso, que había dos clases de leguas para marcar las distancias del camino y por tanto del viaje: la legua común, que era de 5.556 metros (acomodando las *varas* a la medida actual de metro) y la legua de camino, que era lo que un peregrino andaba durante una hora; que se calculaba en 6.620 metros, y se llamaba «legua de andadura».

Tomando, pues, por tipo la legua de andadura, la distancia de Pamplona a Ostabach, era de 125 kilómetros y 780 metros, distancia, que se triplica, al menos, por el puerto de Aspe y Jaca, pues de Pamplona, al puerto de Jaca-Aspe, por Ansó, había más de 150 kilómetros, sin contar la distancia del puerto, a Ostabach, que era más larga aún.

No enseña las distancias de este segundo camino de romería, el «Guía del Peregrino», porque era muy poco frecuentado, pero basta ver un mapa geográfico, para comprobarlo.

Lo mismo hay que consignar, de la altura de ambos puertos, pues mientras el de Cisa (Lepoeder), no tiene más de 1.226 metros, el de Ansó (antiguamente llamado de Aspe-Jaca), tiene 1.622 de elevación.

Añádase a esto, que por el puerto de Aspe era casi imposible pasar carros de guerra, mientras que por Atzobiskar, era ello relativamente fácil; por eso, en siglos posteriores, pasó por este puerto el armamento rodado del duque de Alba, en el siglo XVI, y la artillería de Napoleón, en el siglo XIX, mientras que

ningún guerrero ha intentado hacer lo propio por el puerto de Jaca.

Es necesario, pues, concluir que Mr. Bedier, solo, sin cuidarse de la topografía, pudo escribir «que puede ser realmente un truco, hacer pasar a Carlo Magno por Roncesvalles».

Clarísima luz en este asunto dan los escritos de los Arabes, que son maestros en conocer los pasos de los Pirineos, practicables para los ejércitos.

«Los escritores moriscos,—dice Conde (1),—mencionan cuatro puertos, puertas o pasajes, a través de los Pirineos; Bort-Oxmara (Pirineos-orientales de Cataluña); Bort-Jaca (puerto de Aspe); Bort-Xezar (puerto de Cisa); y Bort-Bayona (Pirineos-occidentales). La puerta de Xezar pasa por Roncesvalles».

No puede defenderse que intentara Carlo Magno ir de Pamplona por los puertos de oriente u occidente, por dos razones incontrovertibles, 1.^a: porque no había caminos directos (vías romanas), de Pamplona-Francia, por los citados puertos; 2.^a: porque el rodeo era tan largo, como inútil.

Quedan solo dos, practicables para las armas francas, el de Roncesvalles y el de Jaca; no pudo ser el de Jaca, como hemos visto arriba, y sobre todo, como dice Cardaiillac, en la pág. 60, porque en 778, la Jacetania, estaba ocupada por los sarracenos y la gobernaba el walí árabe de Jaca; este puerto quedaba, por tanto, cerrado para los Francos, luego fué el de Roncesvalles.

Por otra parte, ni en el valle de Aspe, ni en el de Jaca, había entonces, ni hay ahora, Vascos. Pacíficos pastores bearneses, ocupaban aquellas ingentes laderas: sencillos labradores y ganaderos aragoneses vivían y viven en estas vertientes españolas.

---

(1) Conde: «Historia de la Dominación de los Arabes, en España», pág. 132; nota 1.

En cambio, a este y al otro lado de Roncesvalles, la raza es la misma: Vascos habitan la Baja Navarra, y Vascos viven en estas montañas meridionales del Pirineo: hoy, como entonces, sus caseríos solariegos y aislados se esconden en la floresta; hoy, como entonces, hablan la misma preciosa lengua de Aitor; todos los anales latinos de aquella época, dicen que la batalla se dió por los naturales de aquellas montañas; ya sabemos quiénes eran estos.

Esto mismo, dice la tradición, la denominación de Valcarlos (valle de Carlos), al valle y poblado vasco de Luzaide, la Cruz de Carlomagno, levantada en el pico más alto de Atzobiskar, y la capilla de Carlomagno, en Ibañeta.

La historia, la tradición, la topografía, la toponimia y la arqueología, nos dicen de consumo, lo que Cervantes hizo cantar al labrador del Toboso:

«Mala la hubisteis, franceses,  
en esa de Roncesvalles».

### El sitio de Roncesvalles donde cayeron las legiones francas, ¿cuál es?

Un poco más en el estudio de la rota carolingia, y llegaremos a señalar el sitio preciso de estos montes de Roncesvalles, donde tuvo lugar. Todos los escritores de aquella época, están concordes en afirmar, que el combate se libró en *lo alto del Pirineo* y en *la hondonada* profunda, que se abre a sus pies. Examinemos algunos escritos coetáneos:

Eginhardo: «mas a la vuelta camina con su ejército, sano y salvo hasta llegar a la cima del Pirineo («in ipso Pyrenei jugo»), en donde hubo de sufrir un poco la perfidia vascoónica..., después los empujan al hondo valle» («desuper incursantes in subjectam valliem dejiciunt») (1).

(1) «Vita Karoli Magni» Eginhardus. (D. Buquet: t. V, p. 93)

Bastáranos este testimonio, pues, es de autor fidedigno, para afirmar, sin género de duda, que el combate se libró en las pendientes meridionales de Atzobiskar, en el camino, que corre por debajo de sus crestas y en su hondonada (in vallem subjectam), que es el barranco de Arrañosín y el valle, que ocupa la Collegiata.

El yugo del Pirineo (Pyrenei jugo), marcando toda la propiedad de la frase latina, quiere decir: «la loma más alta del Pirineo», y como la cordillera más alta, son los picos de Atzobiskar, y no habían de caminar por las crestas (por ser imposible), sino por la vía romana, que después fué camino de romería y ahora se llama camino de Napoleón (1), necesariamente hay que convenir en que este camino de Atzobiskar, fué el lugar inicial de la rota; y el valle de sus pies (Arrañosín - Roncesvalles), el de la etapa final del desastre franco.

A mayor abundamiento, aducimos otros testimonios, cada uno de los cuales, por sí solo, prueba suficientemente nuestra opinión.

Anales de Colonia: «...y determinando volverse a su reino, entró en la quebrada del Pirineo, *en cuya cumbre*, puestos en emboscada los Vascones...» (2).

Crónica del Monje Silense: «Volvió Karlos con su ejército por las *altas laderas desiertas* del Pirineo, donde los Vascones asaltaron su ejército» (3).

El Astrónomo: «...pero los Vascones de las montañas, asaltaron la retaguardia, que *pasaba las alturas del Pirineo*, (qui Pyrenei juga accessit)» (4).

---

(1) Llámase camino de Napoleón porque por este camino pasó su artillería en la «francesada» de principios del siglo pasado.

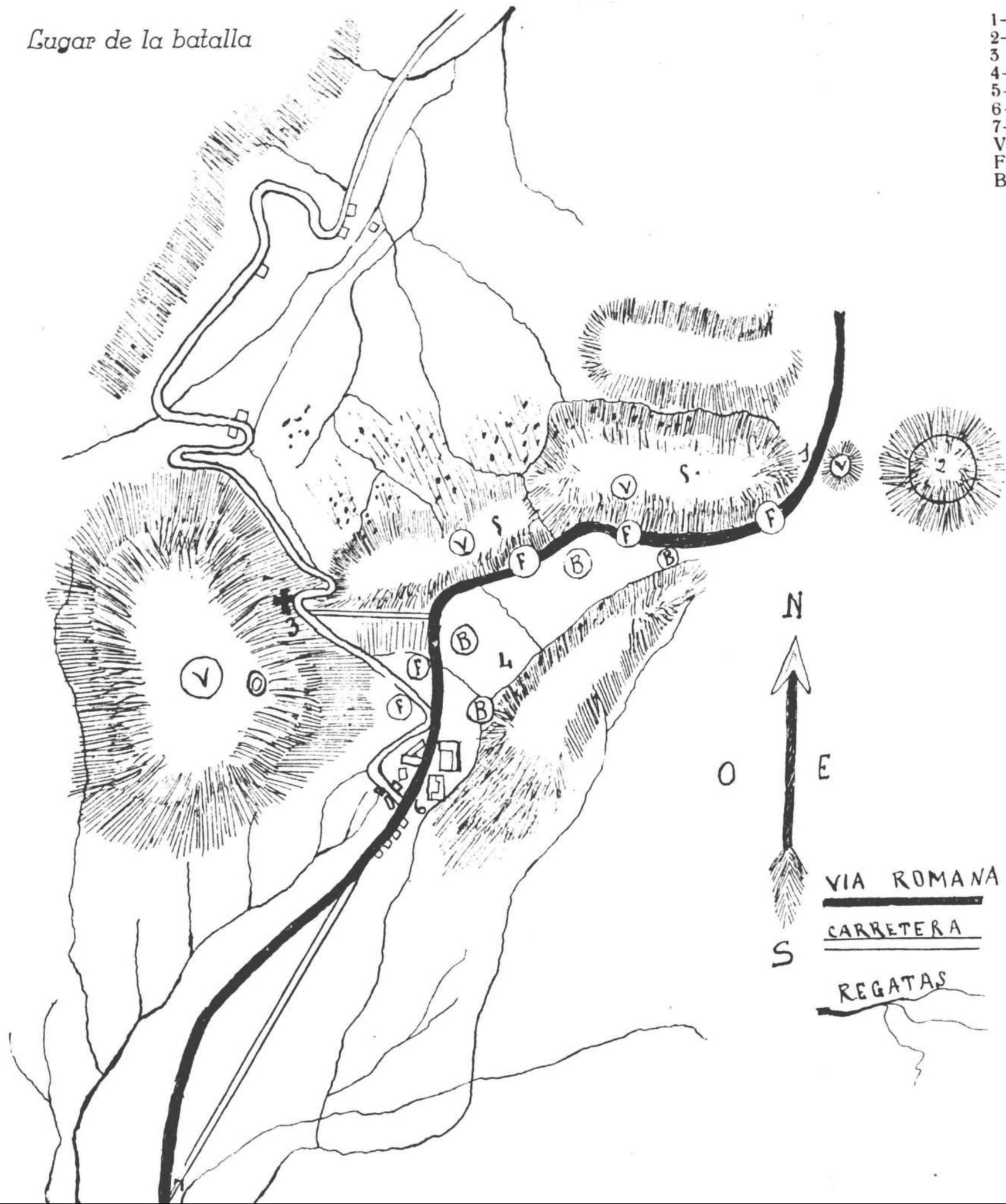
(2) Anna. Colo. ad annum 778. (Du Chesne Hist. Franc. tomo II) y (Bouquet t. V).

(3) Crónica del Monje de Silos; (Flórez, España Sagrada, tomo XVII).

(4) Astrónomo «Vita Ludovici Pii» ad annum 778.

Lugar de la batalla

- 1- Puerto de Cisa (LEPOEDER)
- 2- Ortzantzurieta
- 3 Ibañeta
- 4- Arrañosín
- 5- ATZOBISKAR
- 6- Roncesvalles
- 7- Burguete
- VV: - Vascones
- FF: - Francos
- BB: - Lugar de la batalla







“... el combate se libró  
en lo alto del Pirineo y  
en la hondonada pro-  
funda, que se abre a  
sus pies...”



Abdemaro Monje de Angulema, que antes fué gran soldado y acompañó a Ludovico Pío, cuando su padre Karlos le dió el ducado de Aquitania y la Marca Hispánica, tratando de la expedición carolingia a España, escribe: (traducimos fielmente, y palabra por palabra, su narración): «Afeó la facilidad del paso del Pirineo (si así se permite hablar), un suceso infiel e inesperado de la inconstante fortuna; porque habiendo hecho en España cuanto fué posible, y volviendo con próspero camino saliendo al paso el infortunio *en la misma altura del monte*, algunos de los distinguidos del rey, que iban en la retaguardia, fueron degollados (1).

El poeta Sajón: «Determinóse (Karlos) a volver a su patria y entró en el desfiladero del Pirineo, en cuya cumbre tenían una emboscada los Vascones. Estos dejaron pasar gran parte del ejército de Karlos y, saliendo, dieron en la retaguardia con tanto esfuerzo y valor, que desordenaron las tropas..., empujando a los Francos a lo profundo del valle...» (2).

Parécenos que estos testimonios de autores coetáneos, tan numerosos, tan espontáneos, tan precisos, son como para desconcertar a Codera, a Salcedo y a Bedier; réstanos solo añadirles un comentario.

Las crónicas árabes dicen, que la batalla se libró en el puerto de Cisa (Bort-Xezar; Bort-Schezar, o Bort-Schezaroun, que de todos estos modos lo denominan); como el puerto, llamado en la antigüedad de Cisa, está en el collado de Atzobiskar (3), y el camino de

---

(1) Burges: Manuscrito; «Historia de Roncesvalles» folio 10 vuelto.

(2) Poeta Xajón, «Anna. de gestis Karoli Magni imperatoris» (D. Bouquet, tomo V, pág. 136).

(3) Esto precisamente significa la palabra vasca «Atzobiskar: la loma más alta»; de las dos palabras Atzo: lo más alto de atrás, según Larramendi; culminante, según De Salcedo; y Biskar: loma. Literalmente, pues, Atzobiskar es «loma culminante».

esta montaña es, precisamente el más alto del Pirineo, el yugo del Pirineo tan repetido, pues el descenso, tanto para la parte de España, como para la parte de Francia, empieza en el mismo puerto de Cisa (hoy Lepoeder); es indudable que en este camino de ladera, el más alto, empezó la rota y como a los pies de este camino no hay otro valle profundo que el de Arraño-sín y Roncesvalles, en esta hondonada se consumó la sangrienta represalia.

No estamos conformes con el P. Moret, que señala los desfiladeros de Valcarlos, como el sitio de la batalla por la sencilla razón de que los carros y bagajes no pueden pasar por aquel camino de arrieros: ni con Gastón París, que coloca a los emboscados, en los collados de Guirizu e Ibañeta, por ser imposible, desde estos, apercibirse de la próxima llegada del ejército enemigo; y por no haber ni piedras para lanzar, ni raso para flechar las filas francas; ni con algunos historiadores de aquende el Pirineo, que ponen el sitio trágico al otro lado de Atzobiskar, en sus vertientes septentrionales, porque aquellas laderas no son el *yugo del Pirineo*, ni hay allá el *valle hondo a sus pies*, y en dirección a su país, hubiesen escapado muchos con vida en contra de lo que aseguran los coetáneos.

Seguimos la opinión razonada y muy razonable de Cardaiillac, en su «Bataille de Roncevaux», pero creemos que la emboscada ocupó, no solo las crestas y altos bosques de Atzobiskar, desde donde dieron la señal de acometida los *irrintzi* y cuernos de buey salvaje, sino también las faldas de este lado de Ibañeta y Guirizu: por lo mismo pensamos, como exige la topografía de los lugares y las crónicas árabes, que las armas

---

Efectivamente ya se suba de San Juan Pie de Puerto, va de Roncesvalles, la cordillera de Atzobiskar con sus picos de Lepoeder y de Ortanzurieta es la loma más alta y culminante de estos Pirineos. Esta es a nuestro parecer la obvia significación y no la extraña de «espalda de burro» que algunos le dan.

carolingias llegaron al puerto de Cisa, y desde allá se extendían en estrechas filas hasta la llanura, entre Burguete y Roncesvalles; pues, si, como ya dijimos, la mitad del ejército se componía de 20.000 hombres, bien necesitaban esa distancia las filas estrechas de los francos con sus caballos y sus carros.

El carnario de Roncesvalles y el aparecer en estas faldas y barrancos, como aseguran, Moret, Huarte y Burges, lanzas, flechas, hierros punzantes y huesos de extraordinario grandor, confirman nuestra opinión.

### La leyenda en la noche del 15 agosto

...Y como ni siquiera el sitio trágico podía dejarse huérfano de la leyenda medioeval, dicen..., que el 15 de agosto, por la noche, todos los años, legiones de espíritus, repiten en estas faldas y en esta hondonada, el simulacro de aquellas escenas guerreras, sangrientas y horripilantes...

Cuando las sombras de la noche envuelven este desfiladero con su oscuridad, empieza a oírse allá lejos..., muy lejos..., el ruido de ejércitos armados, que se aproximan al desfiladero; en la hondonada el eco repite los ladridos alarmantes del perrazo, que guarda el caserío; en las crestas del monte, tan pronto aparecen como desaparecen unas siluetas blancas, con flechas al hombro, colgado de la cintura un cuerno de toro y apoyándose en una lanza dos veces más alta que ellas.

Y aquel ruido lejano se aproxima; y, por el camino de Ibañeta, y por la vertiente de Atzobiskar, suben, despacio, cansados, jadeantes, soldados, soportando el peso de su bagaje y de su armamento; ya llegan al cuello de Lepoeder; ya tocan el puerto de Cisa; ¡¡ya respiran aires de su patria!!...

Pero, ¿qué confusión es esa?, el *irrintzi*, trémulo y penetrante, corre de montaña en montaña: el rugido del cuerno, retumba como el trueno en las quebra-

das y recodos, y se ven caer de las cumbres, como aludes inmensos de nieve, grupos interminables de fantasmas, que sepultan bajo su albura las vistosas filas de descuidados guerreros...; ¡ay!, ¡¡qué de lamentos de agonía!!; ¡¡qué de gritos de dolor!!; ¡¡qué de congojas de muerte!!

Los peñascos del monte cayendo  
las legiones se ven aplastar,  
a torrentes la sangre corriendo  
y las carnes se ven palpar.

Los huesos quebrantados  
divísanse doquiera,  
y se oye lastimera  
la queja postrimera  
de mil y mil soldados....

Avanza la noche...; ya no se oye ruido, más que en la hondonada y aún allá se va acabando....

Ya huyen del valle los grupos de siluetas blancas; parecen las densas boiras del verano; miradlos...; unos corren por los senderos, que llevan a la Aézcoa; otros se dirigen por los caminos de Iruña, los grupos más nutridos escapan hacia occidente; pronto se esfuman en el horizonte iluminado por la luna y se esconden para siempre en la lejanía; en la ladera y en el valle, ha vuelto el silencio de cementerio; aves negras cruzan el espacio y se hunden en las sombras del barranco....

¡Solariego, Señor!... a tu casa  
con tu perro ya puedes tornar,  
abrazar a tu esposa y tus hijos  
y tus flechas tranquilo limpiar,  
con tu cuerno de buey conservarlas  
y sobre ellas podrás descansar....

Las águilas de noche  
del monte bajarán,

las carnes magulladas  
hambrientas comerán,  
y *por siempre* sus huesos  
el valle blanquearán....

...Son las doce de la noche:... el día 15 ha pasado y con él han desaparecido, como por encanto, todos los fantasmas guerreros: Atzobiskar, Ibañeta, Guirizu, Arrañósín y Roncesvalles, plateados por la luna y nimbados por las boiras, de niebla sutil, parecen más hermosos: la campana de la Colegiata llama a los Maitines solemnísimos de la Asunción (antiguamente los Maitines se rezaban a las diez de la noche y los solemnnes, a las doce; así lo mandaba el visitador Córdoba), y las plegarias de los Canónigos perfuman por igual el recuerdo de los vencedores y de los vencidos....

Nosotros debemos de tener enojadas a las legiones de espíritus, pues ahora la noche del 15, es tan silenciosa como las demás de agosto.

## Carlo Magno

Paréceme complemento necesario del relato histórico transcrito, poner en este humilde trabajillo, unas notas biográficas del emperador franco derrotado, pues, aunque parezca increíble, muchos turistas de este y del otro lado del Pirineo, cuando en sus viajes visitan esta Colegiata, nos han hecho esta pregunta: ¿y diga, Padre, quién fué Carlo Magno?..

. . . . .

Nació Karl, el año 742, en el castillo de Ingeheim, cerca de Maguncia.

Nieto de Carlos Martel, fué hijo primogénito de Pipino el Breve y de Bertha, hija de Cariberto, conde de Laón.

Cuando el Papa Esteban III, se trasladó a Francia, para consagrar rey de los Francos a Pipino, en

la iglesia de San Dionís (año 754), fué también ungido Karl, así como su hermano Karlomán.

En el año 768, Pipino dividió sus estados entre sus dos hijos: a Karl tocó la parte oriental o Austrasia, que era, en su mayor parte, alemana y una buena parte de Aquitania.

Karlomán, asumió la soberanía de la Neustria, o sea, la parte latina del Reino Franco.

Murió Pipino en septiembre de este año de 768, y en el siguiente mes de octubre, fueron coronados, los dos hermanos en Noyón.

Muerte Karlomán en 771, con el voto de los magnates del reino, tomó posesión Karl de todos los dominios francos, excluyendo, en absoluto, del poder, a los hijos de su difunto hermano Karlomán.

En la primavera del 773, Karl marchó a Roma, aureolado por los triunfos, que había conseguido en Lombardia contra el rey Desiderio, usurpador de algunas ciudades del Romano Pontífice.

Roma le recibió triunfalmente, y celebrada la Pascua, según un biógrafo de Adriano I, que era Papa a la sazón (año 774), Karl, ratificando las concesiones de su padre, hizo donación a la Santa Sede, de todos los territorios limitados al N., por una línea, que arrancando de Luni, pasara por la Cisa, Parma, Reggio, Mantua y Monselice, en los que se comprendían el exarcado de Rávena, el Véneto, Istria y los ducados de Espoleto y de Benevento.

Ha sido muy discutida esta donación, pero es opinión documentalmente sostenida, que de esta ratificación y concesión carolingias, procede el poder temporal, *de hecho*, del R. Pontífice.

El año 777, dominados los Sajones, celebraba «dietas generales», en Paderborn, cuando se presentaron los walíes moros de Zaragoza, a pedir su auxilio contra Abderrahmán I, de Córdoba.

En el verano de 778, levantaba el cerco de la ciu-

dad cesaraugustana, para volver a Sajonia, a fin de sofocar otra de las cien rebeliones de aquel país, y en el camino de vuelta, sufrió la famosa rota de Roncesvalles.

En 780, volvió a Roma, donde celebró las fiestas de Pascua y el R. Pontífice bautizó a su hijo Karlomán, imponiéndole el nombre de Pepino en el bautismo, y tanto éste, como el otro hijo Ludovico, que había nacido en la primavera del 778, fueron entonces consagrados reyes; el primero, de Italia, y el segundo, de Aquitania.

El año 799, venció a los islamitas, y se apoderó de las Baleares y de Barcelona. A raíz de este triunfo, estableció la Marca Hispánica, que desde los Pirineos se extendía hasta el Ebro, la que dió a su hijo Ludovico.

Corría el año 801, cuando entabló relaciones amistosas con el emir de Bagdad, que era entonces el famoso Harum-el-Rasid, con el laudable propósito de dar mayores garantías de seguridad personal a los cristianos de Siria.

Aprovechando esta feliz coyuntura el Patriarca de Jerusalén, le mandó a Aquisgrán al sacerdote Zacarías, el que, además de la bendición del patriarca, era portador de las llaves del santo Sepulcro, y de un riquísimo estandarte, suplicándole que tomara bajo su protección a la Ciudad Santa y la defendiera contra los ataques de los infieles.

Accedió el piadoso monarca a los ruegos del patriarca, enviándole valiosos regalos. Desde entonces se estableció el protectorado de los reyes de Francia, sobre los Santos Lugares, protectorado, que ha subsistido, hasta el final de la guerra europea, sustituyéndole ahora en él, Inglaterra.

En su cuarto viaje a Roma, el año 800, emprendido para defender el *Patrimonium Petri* (el poder temporal del Papa), que algunos significados romanos querían

arrebató a León III, cuando asistía a las solemnidades de Navidad, en la basílica de San Pedro, el R. Pontífice, entre las entusiastas aclamaciones del pueblo, colocó sobre sus sienes la corona imperial, reconociendo así solemnemente el carácter universal de su reinado; triunfo moral, de cuyo desconocimiento se quejó al Papa, y aún dicen los historiadores franceses, que de este acto, ignorado de antemano, protestó toda su vida.

A principios del año 814, había ido a pasar el invierno a Aquisgrán, donde le sobrevino un ataque fuerte de calentura, que degeneró en pleuresía y le arrebató la vida, después de hacer fervorosas protestas de fe, de amor de Dios y de sumisión a la Iglesia Católica (1).

Su cadáver se enterró en la iglesia de Santa María, que él había hecho edificar.

Otón III, en el año 1000, mandó abrir su sepulcro y encontróse el emperador sentado en su trono de mármol, revestido de manto e insignias imperiales, con un ejemplar de la sagrada Biblia, sobre sus rodillas.

En 1215, sus restos, excepto el cráneo y una tibia, encerrados en riquísima arca de plata, se depositaron en el altar de la catedral de Aquisgrán, permaneciendo olvidados, hasta el año 1843, en que se encontraron nuevamente.

En el siglo XII, dos príncipes, que eran entusiastas admiradores del emperador, Enrique II, de Inglaterra

---

(1) La legislación de Carlomagno es notabilísima; como cosa curiosa y de actualidad copiamos resumiendo dos de sus «Capitulares».

1.^a «Todo padre de familia está obligado a llevar sus hijos a la escuela, hasta que estén bien instruidos»

2.^a «Todos los súbditos del Imperio plantarán y cuidarán con diligencia diez árboles frutales de aquellos que el ardor o el frío del país consientan».

¡He aquí cómo este rey, prácticamente sabio, se adelanta, mil doscientos años, a la tan cacareada legislación actual!

y Federico Barbarroja, pidieron al R. Pontífice, que le canonizara. Como era natural, no accedió el Papa a esta pretensión; pero años más tarde, el de Inglaterra, solicitó del antipapa Pascual III, esta misma gracia.

El simulacro de canonización se llevó a cabo el 1164, y desde ese año figuró San Carlo Magno, en algunos Martirologios, celebrándose su fiesta en el imperio germánico, el 28 de enero, y la festividad de la traslación de sus restos, el 27 de julio.

En Francia no se introdujo esta fiesta, hasta el siglo XV, por decreto de Luis XI, en el que se imponía pena de muerte, contra los que se negaran a admitirla (1).

Los PP. Bolandistas, en su «Acta Sanctorum», comprueban la falsedad de esta canonización y anularon, en consecuencia, esta fiesta y la fiesta de San Roldán.

Era Carlo Magno, de rostro hermoso y varonil, y de majestuosa presencia. Larga cabellera, rubia, poblaba su cabeza.

Ordinariamente vestía con gran sencillez, a usanza de los Francos: camisa y calzones interiores de hilo; sobrevesta adornada con cenefas, de seda, y calzaba pies y piernas, con zapatos, y bandas estrechas de

---

(1) Es muy interesante, aunque no todo creíble, lo que a este propósito escribe Huarte en su mns. «Sylva» folio 20 vuelto: «Carlomagno emperador santo: ...el cual fué el emperador Carlomagno rey de Francia (que sin duda es santo canonizado por la Iglesia Romana) porque en vida y en muerte floreció en santidad y virtudes confirmadas con milagros particularmente el que hizo en Roncesvalles el día de su rota cuando al tiempo del recoger los cuerpos de los Xprianos que allí murieron hizo detener en su oración al sol hasta que él acabasse aquella obra de piedad y enterrarlos en aquella gran sepultura de la cual en el cap. 15»

«En muchas partes de Francia y Alemania se reza entre los cathólicos celebrando su fiesta. Y aún en España la celebraba la serenísima emperatriz doña María Infanta de España hermana del rey cathólico don Felipe 2.º la cual acabó su vida en santa viudez en las descalzas Franciscas de Madrid».

piel de buey silvestre; en invierno añadía una especie de peto de pieles de marta y una capa verde: mas, para las grandes festividades, adoptó el traje y ceremonial de la corte bizantina, presentándose con ropajes recamados de oro, zapatos adornados con gemas y diadema rica, con perlas y piedras preciosas.

### Y... Roldán ¿quién era?...

Es imposible, al tratar de la batalla de Roncesvalles, no dar a conocer al protagonista de ella, el coloso Rolando, cantado en los romances de todos los países. Pero, ¿quién podrá separar debidamente, al tratar de este personaje, la verdad de la fábula, la historia verdadera de la leyenda cautivadora y bella?...

. . . . . :

#### Roldán histórico

Milón, duque de Angers, capital del antiguo ducado, que comprendía las regiones francas del departamento Maine y Loira, regadas por estos dos ríos (Loira y Maine), de su matrimonio con Bertha, que algunos llaman Gisla y la creen emparentada con Carlomagno, tuvo un hijo, que se llamó Rolando; al que otros llaman Orlando (especialmente se nombra así por los romances), los italianos Rolandino y los españoles Roldán. Si hemos de creer a los «cantos de gesta», nació el año 736 (1).

---

(1) Copiamos de Huarte en su mans. «Sylva de Varia Licción» folio 72 vuelto: «Adviértase de paso que el Conde Milón de Anglante padre de Don Roldán, siendo general de Francia murió en batalla en los campos de Cea, en el reino de León de España y su cuerpo está enterrado en el mismo reino en el Real Monasterio de san Facundo y Primitivo de la villa de Sahagún, que es de Benitos, donde se tiene en mucha veneración en un sepulcro relevado, con un gran epitafio entre cuerpos de muchos Santos. Afirмо esto porque lo he visto en el mismo Monesterio».

La figura de este héroe se destaca en las luchas, que Pipino el Breve, tuvo contra los islamitas.

Ya Carlos Martel, padre de Pipino, había batallado largos años con los árabes aliados del duque de Aquitania, vencéndolos en la famosa jornada guerrera de Poitiers, en el año 732; pero nuevamente, invadiendo la Normandía y la Bretaña, en vida de su hijo y sucesor, se extendían como inmensa mancha de aceite, por los dominios francos. Al frente de Bretones y Normandos, puso Pipino a Rolando, joven bizarro, hijo de los duques de Angers, y como tromba arrolladora, cayó sobre las huestes de la Media Luna, derrotándolas y empujándolas para siempre, a las olas del Atlántico.

Grandes proezas debió hacer en estas correrías bélicas, pues como el último duque de Bretaña, se hubiese retirado a un monasterio y sus hijos destrozasen el ducado, disputándose dos de ellos la sucesión, con guerras intestinas, Pipino nombró a Rolando Prefecto de la Bretaña y los naturales, enamorados de sus prendas, le reconocieron por aclamación.

Era de paz y de bienestar había llegado para los invictos Bretones, con el paternal e invencible gobierno de Rolando, cuando en 778 Karlos hizo la gran leva de armas en todo su reino y a ella acudió Rolando con sus valientes, huestes bretonas.

Todo lo que después sucedió ya sabemos: él mandaba la retaguardia con otros distinguidos caballeros, y que él pereció con todos los suyos, nos lo dicen *nominalmente* todas las crónicas del siglo VIII (1).

---

(1) «In prelio Egginhardus regiae mensae praepositus, Anshelmus comes palatii et *Hruodlandus* Britanici limitis praefectus cum aliis commpluribus interficiuntur».

Hablando Eginhardo secretario y biógrafo de Carlomagno, de la rota de Roncesvalles escribe: «En el combate fueron muertos Egginhardo, mayordomo de la mesa del Rey; Anselmo, conde de Palacio; Rolando prefecto de las costas de Bretaña con otros muchísimos» (Vita Karoli Magni; D. Bouquet, tomo V, pág. 93).

Murió a los 42 años, y no es improbable afirmar que sus restos quedaron sepultados en Roncesvalles, en la capilla de Carlo-Magno, de Ibañeta (1).

Escribe Eginhardo que los Bretones no tenían otra dependencia del rey franco, que la paga anual de un tributo.

La muerte de Roldán llenó de luto a los bravos Bretones y lloraban su orfandad con sencillos cantares elegíacos, que sus bardos componían y los pastores cantaban en las laderas de los montes y las vaquerillas en los lindes de sus prados siempre verdes.

Estos cantares, recogidos y amplificados por los troveros del N., y mediodía de Francia, por los trovadores provenzales, por los romanceros españoles, formaron los «cantos de gesta», y los interminables romances, que endulzaban con su música cadenciosa el camino de las Peregrinaciones.

Acaso pareció a los Bretones, que nadie podría sustituir a su llorado Rolando, pues a la muerte de este sacudieron todo yugo de dominación y se negaron a pagar el tributo, por lo que Carlo-Magno, se vió obligado a reducirlos por las armas.

---

Véase así mismo «Eginh. Ann.» y los Annales de Metz; el Poeta Sajón «Anales de los Hechos de Carlo Magno Emperador», el Silense, los Anales de Aniano, los de Tiliario, etc. todos nombran a Roldán entre los muertos.

(1) En una sepultura de Blaye (Francia) que se decía de Roldán se leía este epitafio atribuido a Carlo Magno: «—Tu patriam repetis tristis, nos orbe relinquis —Te tenet aula niteris, nos lacrymosa dies—Sed qui lustra gerens octo et binos super annos —Ereptus terris justus ad astra redis»—Esto es «Tu vuelves a la Patria dejándonos tristes en la tierra —Tu, glorioso, habitas en el Cielo, mientras nosotros pasamos días de lágrimas— Cuando cumplías cuarenta y dos años—Eras arrebatado de la tierra a la patria de los justos».

Averiguóse que estos versos fueron compuestos por el falso Turpín en el siglo XI, pero en cuanto a la edad de Roldán está conforme con otros autores. (V. «Sepultures de Roland», Colás, pág. 7).



❧  
Ruinas de la capilla  
de Carlo Magno en  
Ibañeta (Roncesva-  
lles).  
❧

Y... nada más hemos podido averiguar de este histórico paladín de los ejércitos carolingios (1).

Su celebridad es póstuma; al soldado semi oscuro, que sucumbe en la montaña herido de muerte, por los dardos acerados de los Vascones, se le adorna con la aureola de la santidad y se le coloca en el más alto pedestal de los héroes medioevales.

Su nombre, como el nombre venerando de un Martir, se coloca en el martirologio de muchas iglesias; y en las catedrales de Francia, los cristales policromados del siglo XIII, que cierran los rasgados ventanales góticos, llevan la imagen *glorificada* de San Rolando.

El «Codex de Compostela», editado por el P. Fita. S. J., dice: «...Rolando, vencedor en muchas guerras contra infieles, muere angustiado por la sed, como un perfecto mártir de Cristo. Su cuerpo sagrado, se enterró devotamente en la basílica de San Román, de Blaye (Francia), por los compañeros de sus hazañas. (En Francia se popularizó el siguiente dicho:

«Ojalá muriese yo  
de sed, cual Roland murió...») (2).

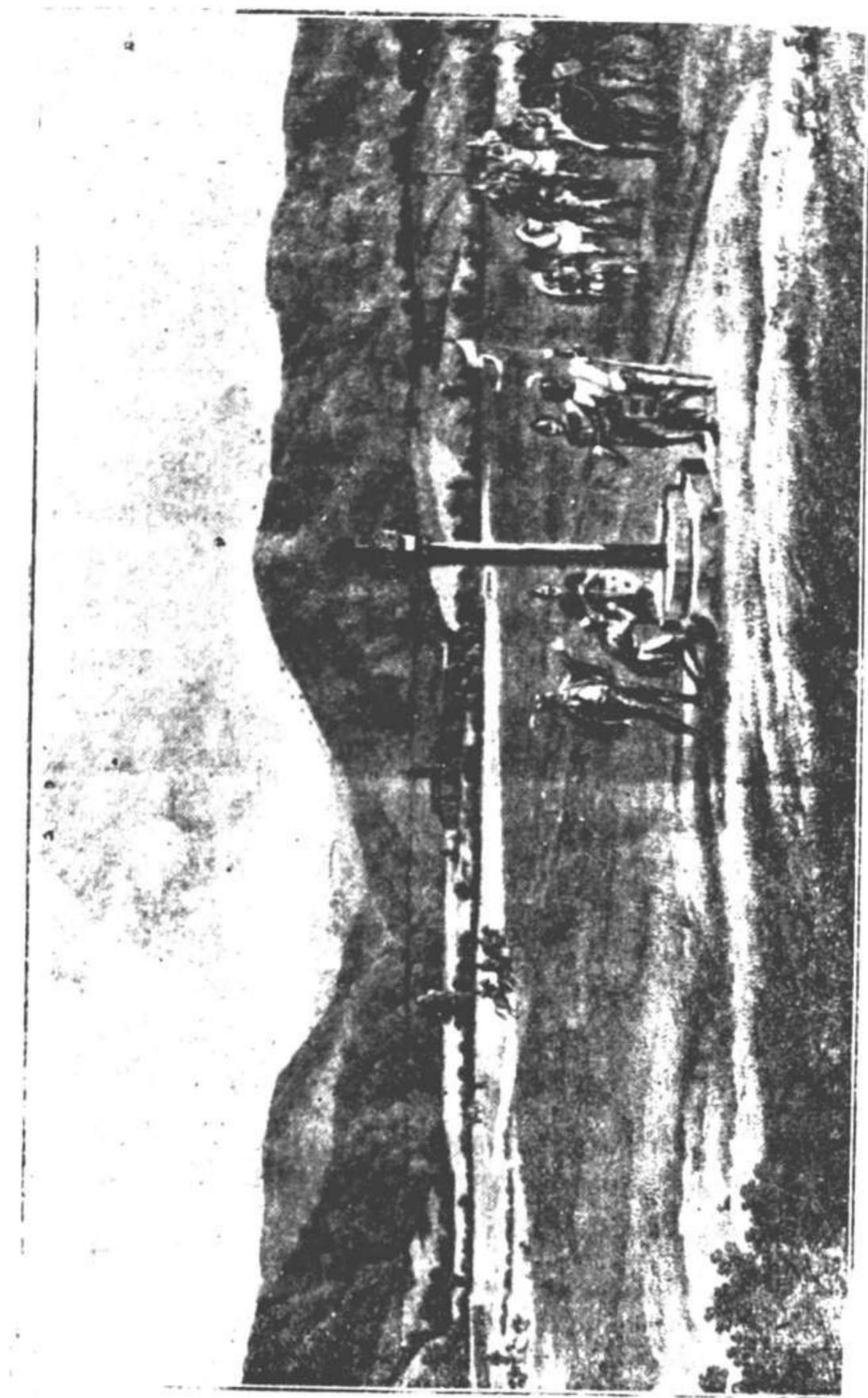
---

(1) Recogemos estas brevísimas notas biográficas del documentado «Diccionario Universal de Morery», (1753; letra R.) y de «Bibliografía Crítica», (Miguel de San José; Madrid 1742).

El Codex Compostelense añade: «Antes de llegar a España, a donde le llevó el celo por la Fe de Jesucristo, pasando por Blaye, invocó fervorosamente a San Román, dentro de su basílica, pidiéndole su protección en aquella guerra contra infieles. El era de noble familia, pariente de Carlomagno. En aquella iglesia donde él oró reposa el cuerpo de este bienaventurado Mártir de Cristo». (Edición del P. Fita).

Ya sabremos toda la verdad (?) del sepulcro de Blaye.

(2) La gran rota de Roncesvalles se consideró durante varios siglos de la Edad Media, como un martirio militar, tan terrible y sangriento como glorioso para los francos, que habrían muerto en defensa de la Fé de Cristo, víctima de la perfidia de los infieles; se unieron, pues, dos amores santos «la Religión y la Pa-



Roncesvalles: Cruz  
de piedra llamada  
de Roldán. (De un  
gravado del siglo  
XVI).



Esto, por cierto, es bien creíble, pues, cuando el cuerpo se desangra por las heridas, que le han inferido, es de necesidad fisiológica, sentir sed, por falta de líquidos en el organismo, sed, que se acentúa y aumenta, produciendo angustias mortales, a medida que la sangre se escapa de las arterias.

### Roldán legendario

No añadiremos una palabra a las sugestivas narraciones del falso Turpín, de la «Chanson de Roland», y de algunos romances castellanos y poemas italianos.

En el relato provenzal, Milón es un Senescal de Carlo Magno, que se escapa después de haber contraído matrimonio secreto con Bertha, hermana muy querida del rey, refugiándose en Lombardía y pasando en los caminos de Italia todo género de penalidades, hasta que la esposa, desfallecida y con los pies ensangrentados, se desmaya a la orilla de una fuente, cerca de Imola, en donde da a luz un niño bellissimo, que, al rodar por el suelo y caer al arroyuelo, es bautizado por su padre, con el nombre de Roland (de rouler:

---

tria, que aquellas generaciones de fe sencilla idealizaron en sus romances épicos.

«El «Rhollandus», — dice Menéndez Pelayo en sus «Estudios sobre el teatro de Lope de Vega», — gobernador de la Marca de Bretaña, ligeramente indicado en uno de los textos de Eginardo, toma las proporciones de *Aquiles de esta epopeya*».

«El, con los Doce Pares, acaudilla la retaguardia del ejército de Carlo Magno compuesto de 20.000 hombres; él es el Mártir de la Cristiandad en aquella sangrienta rota, y serán siempre inmortales, mientras haya espíritus capaces de sentir las bellezas de la poesía ingenua, viril y humana, aunque se presente revestida de formas anticuadas y toscas, sus solemnes palabras a Turpín y Oliveros, el toque tardío y desesperado de su cuerno de marfil, la tierna despedida que como a ser animado dirige a su fiel espada *Durenda*, cuando por tres veces intenta en vano estrellarla contra la roca».

rodar), y que al españolizarse se convirtió en Roldán (el que rueda), y en italiano Rolandino (niño rodando).

Milón, para sustentar a «sus dos carísimas prendas», se hace leñador y, el niño se cría en pleno bosque, luchando con las alimañas y adquiriendo fuerzas hercúleas.

Su madre tiene en un sueño la visión de su gloria futura; le ve vencedor de los Sarracenos y en el carro de las Edades, coronado de laureles, le ve pasear triunfante por todos los pueblos de la tierra.

Cuando Carlos volvía de Roma, al pasar por Sutri, vió un espectáculo, que poderosamente le llamó la atención: un hermoso niño de cara infantil, pero robusto como un mozo, capitaneaba a otros treinta jóvenes y les arengaba con aire de veterano soldado.

Llamóle el rey y a su presencia, pudo admirar lo noble de sus facciones y la desenvoltura marcial de sus movimientos.

Los soldados, movidos de una irresistible simpatía hacia el extraordinario muchacho, le dan parte de sus provisiones y acaba de conmover a Carlomagno la ternura filial, con que aparta para sus padres una parte de la ración que le han dado.

Decídese el rey a seguir sus pasos y tras de él, llega a la cueva donde viven sus padres; pero, ¡qué emocionante sorpresa al reconocer a Bertha y Milón! Su primer movimiento es de indignación contra su antiguo Senescal, hasta el extremo de desenvainar su espada contra él; más la joven esposa llora y el gracioso niño se interpone arrojándose, con los brazos abiertos, a su tío y desarmándole; esta brutalidad encantadora, cautiva a Carlomagno, que abraza amoroso a Rolando, mientras exclama: «Tú serás el halcón de la Cristianidad». La reconciliación de Bertha y Milón con el rey, a instancias del bravo muchacho, no se hace esperar y el niño se educa en el real palacio y al lado del futuro emperador.

Algún tiempo más tarde, en guerra contra los árabes, gana, después de repetidos triunfos, el Condado del Mena, y en sucesivas correrías llegó a ser el terror de la Media Luna.

Según el falso Turpín, una de sus hazañas, fué la siguiente: el gigante Ferragut, uno de los descendientes de Goliat, que había venido de Siria, cuyo cuerpo era invulnerable menos por el ombligo, tuvo con Roland una pública controversia, acerca de la Religión de Jesucristo, en la cual, Rolando pulverizó sus alegatos y obtuvo un triunfo dogmático, que exarcebó al gigante hasta llamarle a público desafío.

Acudió al palenque el jefe Bretón, después de invocar la ayuda de San Miguel de Peril y de excitar su arrojo, con el recuerdo de Auda, su bella prometida y, cual otro David, del primer golpe, mató al gigante Ferragut, introduciendo certera su Durindana, por el punto vulnerable del nieto de Goliat...

El «Codex de Compostela», añade: «El ardor de su fe le hace pasar a España, para acabar con las naciones pérfidas de los hijos del Islam; él es uno de los «Doce Pares», que van a la cabeza del ejército de Carlos; él aniquila las huestes islamitas; él es el héroe de brazo vigoroso; el guerrero hercúleo, que luchando solo contra veinte, espanta la avalancha de guerreros sarracenos».

En los desfiladeros de Roncesvalles sucumbe víctima de una traidora emboscada, después de haber partido una roca de diamantino «sardónix», con la espada invencible, su fiel e idolatrada Durindana.

Cuando Carlos anunció a la bella Auda «la del brazo blanco», la muerte del cristiano paladín, ella muere de dolor y el rey lleva su cuerpo a Aix-la-Chapelle (Aquisgrana o Tisgrana; ciudad imperial de la Baja Alemania), y manda darle sepultura honrosa al pie de un altar, en un monasterio de Monjas.

«Ad un mustier de muneins est portee»  
«Lunc un alter, belement l' enterrerent»  
«Mult grand honor ad li Reis dune.» (1).  
(Chansson de Roland, v. 3730 y sigs.)

La famosa espada se llama «Durindana», por los italianos y españoles; «Durenda», en la crónica del falso Turpín; «Durandat», por Demín, y «Durandarte», por muchos historiadores de la edad moderna (2).

Con ella dicen los de Itxassou (Francia-Bajos Pirineos), abrió la roca en el «Pas de Roland»: en el pirineo aragonés, llamado «breca», está la «brecha de Roldán»: cuando Roldán se veía morir abandonado de los suyos, arrojó su espada para que los infieles no se apoderasen de ella y ésta, al volar por los aires tropezó con la roca pirenaica y, cortándola, abrió una hendidura de 60 metros; como la roca se abriese, después otros 40 metros, a este tercio inferior se le

---

(1) Como Aix-la-Chapelle fué la residencia favorita de Carlomagno, sobre todo en invierno, esta ciudad sirvió de sepulcro a todos los personajes distinguidos que vivieron en la época carolingia. Lo mismo se dice de Roldán, los Doce Pares y otros; parece mentira que la sencillez de aquellas generaciones medievales, no pensarán que, de admitir todas estas consejas, la bella Aix-la-Chapelle hubiese sido un vasto cementerio.

(2) En la catedral de Verona hay una estatua de Roldán que apoya sus brazos sobre una gran espada en la que se lee: «Durandart».

Nadie ha sabido explicar satisfactoriamente el sentido de esta palabra.

Los cantos de gesta dicen que fué forjada por un tal Galand y que perteneció al joven Eaumond, hijo del emir Agoland; y que habiéndole muerto Roland en una batalla se apoderó de su espada y ya no la dejó el paladín, siendo ella, como le dice un poco antes de morir, el instrumento de todas sus victorias.

Otra versión dice que Carlomagno la recibió de manos de un ángel con el expreso deseo de que la entregara al mejor de sus capitanes y como éste fuese Roldán a él la entregó aquel poderoso monarca.



Paso de Roldán (Itxássou)

llama «falsa brecha»; esta peña partida es el puerto de «Monte-perdido», encima del valle de Arazas; sobre este puerto se ve el pico llamado «casco de Roldán» (1).

---

(1) Es muy notable el paso por este lugar en el invierno; el camino de este puerto, que va más de un kilómetro por una cornisa de la roca, se halla helado varios meses de invierno y los natu-



Salto de Roldán  
(Huesca)

En las montañas de Huesca está el «salto de Roldán», que llaman a un grande puerto abierto entre dos montañas: en Urróz, aún se enseña una gran mole de piedra dentro del poblado, la cual, dícese que arrojó Roldán desde los altos de Roncesvalles...

Nos haríamos interminables, si hiciésemos mención de los lugares de Francia, Italia, Alemania, etc., en donde la leyenda ha fijado recuerdos de este personaje celeberrimo.

Esta espada, con la que obró tan estupendas hazañas, se decía que era la «Durandarte», conservada en la armería real de Madrid: hemos visto esta espada y fácilmente nos hemos convencido de que es del siglo XIV, y de que no pudo pertenecer a Roldán (1).

---

rales del país perforan los grandes bloques de nieve endurecida que en los recodos interceptan el paso que está a 2804 metros de altura.

Como es tan grande la cantidad de nieve acumulada, inmensos aludes caen arrastrándose por la montaña sepultando a veces a los pasajeros.

Los de la región ya saben que es necesario pasar aquellos pasos peligrosos en el más absoluto silencio; pues a veces, basta la trepidación de la voz, cuyos ecos se reconcentran en las concavidades, para hacer que se desgajen los aludes gigantescos, que arrastran a su paso todo lo que encuentran: viajeros, animales, árboles y hasta edificios.

(1) Huarte en su Historia de Roncesvalles «manuscrito del año 1612» dice folio 84: «En medio del escudo (de Roncesvalles) está la espada durindana o «duro golpe», de Roldán la cual en estos tiempos la tiene el rey de España en su armería real con un letrero que decía «*Esta es sin segunda*».

«Todas estas cosas, cornetas, estribos y mazas hoy en día permanescen en el mismo Roncesvalles dentro de la capilla mayor ante el altar colgadas entre lámparas de plata. Los franceses principales, como son embajadores, caballeros y otras personas principales, pasando por Roncesvalles suelen entrar en la iglesia y las hacen bajar y las veneran besándolas y he visto llorar de ternura a algunos por sola la memoria de cosas tan insignes».

## La segunda batalla y derrota de los Francos en Roncesvalles

«La derrota de Carlo Magno en 778,—dice nuestro ilustre Campión, (1)—produjo dos resultados importantísimos: 1.º, en los vencidos, afán de tomar el desquite y de reducir a toda la Baskonia, por fuerza de armas; 2.º, en los vencedores, conveniencia de aliarse con los Sarracenos o mejor dicho, con los muladíes» (2), para poder resistir la avalancha del inmenso imperio occidental, que se les venía encima a cada paso.

«Ya no tuvieron momento de reposo los hijos de la montaña; tan pronto se sometían, aunque fuera simuladamente a los Francos, como se levantaban contra ellos; ya se aliaban a los moros, ya les resistían o les ganaban terreno en ruda lucha, como débil barquilla agitada por las olas bravas, entre escollos enfrentados».

En estas revueltas, y conociendo Pepino II, hijo de Carlo Magno el carácter indomable de los Vascones, les dió, para conciliárselos, un jefe de su raza, Aznar Sánchez-Lúpiz, nieto de Lupo II, el duque vascón, del

---

(1) Campión: «Nabarra en su Vida Histórica» en la «Geografía General del País Vasco Navarro» pág. 414.

(2) Eran los «muladíes», los cristianos que renegados de la fe de Cristo se sometían al emir, convirtiéndose al mahometismo. Hubo muchos, pero la mayor parte de las conversiones fueron simuladas y circunstanciales y siempre por pura conveniencia; por esto la tradición cristiana se conservó en la mayor parte de los hogares muladíes o renegados determinando esto a que siempre formaban una clase aparte en la población árabe y berberisca con ideas y costumbres distintas; y a que en las insurrecciones, aún habiendo transcurrido mucho tiempo del cambio de religión, fácilmente se volviesen a la fe cristiana.

Entre los cristianos se llamaban de sangre infecta los que en sus antecesores no había árabes, herejes o muladíes.

cual hablamos arriba, pero no le dió la dignidad de Duque, sino que le llamó Conde de Vasconia.

Pero la Vasconia estaba ya para declararse mayor de edad y para dar a luz a su primer rey, por lo que la tutela de Aznar-Sánchez, no fué acatada, y solo se dejó sentir, casi momentáneamente en los valles limítrofes de Aquitania; es decir, en los valles de Baztán, Valcarlos, Roncesvalles, Erro, Arriasgoiti, Lizoain y Egüés.

La región de Estella, la más irreductible y siempre independiente, la primera, que se llamó Nabarra, comprendía las tierras, que se extienden desde Alava (incluyendo una pequeña parte oriental de ella), hasta las más remotas orillas del río Arga, esto es, los valles de Campezu y Lane, los de Aguiar y Berroza, de Yerri, de Allía, de Guesálaz, de Mañeru y de Goñi, de Arellano y toda la Ribera, hasta los dominios del walí de Tudela y obedecían a uno de aquellos dos duques hermanos, hijos de la desterrada familia Jimena, nacidos, probablemente, en el antiguo palacio de Viguria (el Vigorra de los historiadores antiguos), García Jiménez e Iñigo Jiménez, al primero, según todos los indicios.

La región de Pamplona, vivía bajo el ducado de uno de estos dos hermanos, probablemente, del segundo, Iñigo, y se extendía hasta la Jacetania y aún a la Jacetania, después de Aznar-Sánchez.

Estos dos hermanos Jiménez, habían llevado las alianzas con los islamitas, hasta casarse una hija del segundo, con el moro Muza.

En estas circunstancias se encontraba Vasconia cuando el glorioso reino de Navarra dió sus primeros latidos (año 824).

Los hermanos Jiménez (García e Iñigo), provocaron un alzamiento, probablemente para sacudir todo yugo extraño; ahora, el de los invasores cristianos del norte, después, el de los invasores musulmanes del

mediodía, con los que por el momento les unía una alianza, por cierto bien frágil. Advertido de ello Pepino, reunió numerosas huestes, y, al mando de los condes Eblo y Aznar, las mandó a Vasconia, en la primavera del año 824.

Campión llama a esta expedición lo que denominarían los periódicos de hoy «demostración armada»: las crónicas francas están reservadísimas sobre el fin de esta acción guerrera y dicen que fueron a ultimar cierto negocio («negotio peracto...», el Astónomo: «injuncto negotio...», Eginhardo), y Oloriz, en su «Resumen Histórico», dice: pág. 26, «no sin llevar a efecto cierto oscurísimo trabajo encaminado, sin duda, a precipitar la ruina de Navarra».

Sea de ello lo que quiera, lo cierto es, que los dos condes pasaron con sus ejércitos los Pirineos y llegaron a Pamplona, sin encontrar en el camino dificultad alguna; entraron en la ciudad, sin que opusiera resistencia (¿qué resistencia había de oponer una ciudad desmantelada y completamente abierta?), y «allá», dice Jaurgain, en «La Vasconie», «cumplieron la misión, que se les había confiado».

Pero los Vascones no estaban ociosos. Iñigo Jiménez se había unido a su hermano García (1), y había pedido la ayuda de sus dos yernos García Iñiguez, llamado el «Malo» (2), y el moro Muza: de esta mane-

---

(1) Iñigo Jiménez y García Jiménez hijos de Jimeno Lúpiz, que fué hijo de Lupo II duque de Vasconia del 768 al 778, el cual era a su vez hijo de Eudón duque de Aquitania y de Vasconia hacia el año 710. (Jaurgain: «La Vasconie», tomo I caps. II, III y IV).

(2) García el Malo era hijo de Galindo Velascotones y de D.^a Fakilo; estuvo casado con una hija de Aznar Galíndez; mas, un día del mes de junio, que los historiadores dicen fué el día de San Juan, Aznar y su hijo Céntulo, suegro y cuñado del Malo, le hicieron una pesada burla encerrándolo dentro de un granero en la villa llamada Bellosta, por lo que irritado García mató a su cuñado Céntulo y repudió a la hermana de éste su esposa, ca-

ra se proponían los hijos de Jimeno, ver independiente y unida toda la Vasconia y en su mente estaba ya formada la Monarquía pirenaica.

Era natural en estos preparar la emboscada, para hacer la acometida de *guerrillas*, pues, en batalla campal, a la que nunca se habían lanzado, era seguro el fracaso, dada la superioridad de soldados de los Francos.

Pero era una temeridad parapetarse en Roncesvalles, cuya rota carolingia estaba aún muy fresca y los Francos habían de pasar aquellos lugares con toda clase de precauciones, por eso se corrieron hacia el norte y esperaron ocultos en los bosques de Cisa.

Los condes Eblo y Aznar-Sánchez, volvían de Pamplona y pasaron sin novedad el desfiladero de Roncesvalles y las pendientes de Atzobiskar (1), más, ya pasado el puerto de Cisa e internados en sus espesos montes, cuando más en seguro se creían se ven acometidos y arrollados, como arrolla al bosque de pinos el alud del alto pirineo: rodeados los Francos por todas partes de enemigos, sin tener tiempo de formarse en orden de batalla, fueron vencidos y sus condes Eblo y Aznar, hechos prisioneros.

---

sándose con Oña hija de Iñigo Jiménez llamado Aritza. Tenía éste otra hija casada con Muza señor de Borja y Terreros, el cual confunden algunos con Muza Ben Martín; y con Muza y García sus yernos y con García su hermano se unió Iñigo para la segunda acometida contra los Francos en los puertos y montes de Cisa en Roncesvalles.

(1) De ser cierto lo que dice el Astrónomo, que al volver en una ocasión las tropas de Ludovico Pío de Pamplona, antes de pasar por Roncesvalles, al atravesar los pueblos de Vasconia, recogían las mujeres e hijos de los vascos y al pasar por el desfiladero famoso de la derrota carolingia, los colocaron entre las filas de los soldados para evitar así una nueva emboscada, creemos que sería en esta ocasión y que al llegar al puerto de Cisa, creyéndose ya seguros abandonaron confiados las mujeres y niños vascos y penetraron en los bosques Ciséreos, que eran territorio de Aquitania, donde fueron nuevamente víctimas de una inopinada agresión y fácilmente vencidos.

En el reparto del botín entre los Vascones, y Sarracenos, topó Eblo a Muza y Aznar a Iñigo Jiménez; el primero fué enviado al emir de Córdoba, como trofeo de guerra; y seguramente su cabeza adornaría las almenas de la sultana ciudad, como era costumbre de los Agarenos: Aznar, que era hijo de Sancho Lúpiz, el hermano segundo de Jimeno y por tanto, nieto, también, como los Jiménez, de Lupo II, fué perdonado, y, tras solemnes protestas de eterna amistad, marchó libre a Aquitania.

Las crónicas árabes, que en esta segunda derrota están explícitas, nos aseguran que el combate tuvo lugar en los puertos de Cisa, no lejos de la «Cruz de Carlo Magno»; y que los sarracenos, aliados del rey de Pamplona y de los navarros, tomaron en él parte activa.

«Los Walíes de la frontera,—dicen,—libraron este año 209 (de la hégira 209; de la era cristiana, 824) sangrientas batallas contra los cristianos de las montañas de los Francos, y los vencieron e hicieron entre ellos grande carnicería en los estrechos valles *de los montes de puerto-Cisa*» (1).

Están, pues, conformes los anales francos con las crónicas árabes, en señalar la derrota, el lugar donde se llevó a cabo y la alianza de los Vascones con el enemigo común: el Agareno.

Por lo demás, poco duradera y realmente circunstancial, fué esta unión, naturalmente extraña, pues, pocos años más tarde, en 832, vemos al primer rey de Pamplona, con el concurso de su primo el conde Aznar-Sánchez, hacer la guerra al temible emir de Andalucía.

«Los vencedores de Eblo y Aznar,—dice nuestro insuperado Campión,—fueron Iñigo Aritza, su herma-

---

(1) Conde «Historia de la Dominación de los Arabes en España» t. I, p. 260.

no García Jiménez y los dos yernos, de aquel, Muza y García el Malo».

«Es cosa muy natural que enviasen uno de los prisioneros al Emir y dejaran libre al pariente, quien ya había recibido daños y agravios de ellos (1). Esta segunda batalla de Roncesvalles, en la cual, tomaron parte los Sarracenos, se confundió, andando el tiempo, con la primera, hazaña propia de los Baskones solos.» (2).

¿Murió en esta batalla García, uno de los dos hermanos Jiménez? Creemos que sí; para lo cual, hay que conciliar el parecer de Jaurgain, el cual, afirma que murió en 818, y el de Campión, que escribe asistió a la derrota del 824.

Como después del 824, no se menciona García Jiménez, en ninguno de los anales, ni en las diferentes crónicas francas, ni por último, en las cronologías reales de Navarra, con fundamento se puede pensar, que en esta batalla desapareció, y es verosímil que sucumbió en ella.

Si hubiese sobrevivido a este triunfo, veríamos otra vez las riendas de Vasconia en manos de los dos duques hermanos, más, por el contrario, a raíz de la victoria, la unidad de Vasconia vuelve a restablecerse.

Iñigo Aritza o el Fuerte (3), agrega a sus dominios,

---

(1) Como se aprovechara Aznar Sánchez de las luchas fratricidas de Pepino y Carlos el Calvo hizo una incursión por las tierras de Jacetania ocupadas por los moros, y les ganó el territorio de Jaca y fundó el condado de Aragón; pero bien pronto Iñigo Aritza y su hermano García se lo arrebataron espada en mano e hicieron el citado condado feudo suyo. (Jaurgain: «La Vasconie», tomo I, p. 123). Estos eran los agravios recibidos.

(2) Campión: «Nabarra en su Vida Histórica» pág. 416, en la Geografía General del País Vasco-Navarro» tomo I.

(3) Véase lo que escribe D. Manuel Oliver y Hurtado en el discurso sobre los principios del reino pirenaico pág. 25: «Debió morir Iñigo Arista, por orden natural antes que su hermano García, alcanzando algo más por otra parte las memorias legítimas,

por derecho de conquista, los valles que mandaba Aznar, esto es, desde Valcarlos hasta Egüés y desde Baztán hasta el Roncal, y toda la Jacetania; y por muerte de su hermano García, todas las regiones occidentales, quedando Iñigo señor único de la invicta Vasconia, tan codiciada como indomable.

Y como final de esta narración histórica, permítanos nuestro ilustre maestro señor Campión, que hagamos nuestras estas, sus palabras: «Y ya tenemos delante de los ojos al primer Rey de Navarra, auténtico e indubitable: Iñigo Jiménez Aritza. Los vencedores cristianos del segundo Roncesvalles, habrían ido a dar gracias al Monasterio de San Zacarías o al de Leire, y allí, acaso, por consejo de los Monjes, le habrían alzado sobre el pavés...» (1).

---

que restan de este último»; hace una llamada con el n.º 37 y escribe en la nota: «Escritura de donación de la villa de Ortulo al Monasterio de San Martín de Cillas..... otorgada en la era DCCCLXVIII (año 860), reinando el rey García Jiménez en Pamplona y el conde Galindo en Aragón. Hay otras dos escrituras fechadas por el reinado de García Jiménez en Pamplona, una era DCCCLXVI (año 858) y otra en la era DCCCCII (año 864)..... pero estas no merecen fe...». Hay que fiar tan poco de la primera como de las dos últimas; y lo cierto es que en 861 ya reinaba el hijo de Iñigo Aritza. La data de las tres es dudosa y por eso no rectificamos nada de lo que aquí escribimos, respecto de García Jiménez (852-860). Véase el apéndice.

(1) «Navarra en su Vida Histórica» pág. 416 y añade «Nómina de los Monarcas pirenaicos: I. Iñigo Jiménez Aritza (824-852). — II. García I Jiménez (852-860). — III. García II Iñiguez (860-882). — IV. Fortuño el Monje (882-905). — V. Sancho I Garcés (905-926). — VI. García III Sánchez (926-970). — VII. Sancho II Garcés Abarca (970-994). — VIII. García IV Sánchez el Temblosa (994-999). — IX. Sancho III Garcés el Mayor (999-1035). — X. García V Sánchez el de Nágera (1036-1054). — XI. Sancho IV Garcés el de Peñalén (1054-1076). — XII. Sancho V Ramírez rey de Pamplona y Aragón (1076-1094). — XIII. Pedro Sánchez rey de Pamplona y Aragón (1094-1104). — XIV. Alfonso I Sánchez el Batallador rey de Pamplona y Aragón (1104-1134). — XV. García VI Ramírez el Restaurador (1134-1150). — XVI. Sancho VI Garcés el Sabio (1150-1194).

Como decíamos arriba y ha podido ver el lector atento, no hay motivo para confundir estas dos acciones guerreras: la primera, fué en el año 778, en tiempo de Carlo Magno, y capitaneados los ejércitos francos por el mismo emperador; la segunda, en 824, diez años después, de la muerte de aquel: la primera, fué un triunfo de los Vascones *solos*, contra lo más granado del reino de los Francos; la segunda, fué una victoria, fruto de la poderosa coalición de los Bascos (1), y de los muladíes aragoneses, al mando de

---

— XVII. Sancho VII Sánchez el Fuerte (1194-1234). » Este último, fundador de esta Iglesia Colegiata y vencedor de las Navas de Tolosa.

«Grupo de héroes; su corona el yelmo; su trono la silla del caballo; su cetro la espada; su curso el de la avalancha; desde las cimas brumosas al valle, a la soleada llanura; con el ímpetu de quien vislumbra la tierra prometida».

(1) Decimos de los Bascos y no de los Vascones, porque hay indicios de que también los de habla vascuence vecinos de Vasconia intervinieron en esta segunda acción guerrera de Roncesvalles. Hay en Pasajes de San Juan (Guipúzcoa) una ermita, recostada en la falda de una montaña, dedicada a Ntra. Sra. de la Piedad, patrona de los marineros; en su muro interior hay adosadas en la pared dos grandes placas de barro cocido con inscripciones del siglo XVII; una de las inscripciones está en latín, la otra en castellano; de ésta última transcribimos una copia fiel y exacta:

«Dando las gracias por la victoria  
alcanzada y cumpliendo con el voto hecho  
a Dios y a la bienaventurada María  
siempre virgen en la era de 814  
cuando fuimos a Orierieaga y puerto  
del Pirineo que agora se llama Roncos Valles  
a pelear contra el ejército  
de Carlo Magno rey de los Franceses  
con nuestro pueblo de la Vazconia por  
sí mismos y sus compañeros del Pasaxe  
vencedores; Juanes de Ubilla me fecit.»

La que está escrita en latín dice exactamente lo mismo.

Parécenos que Pasajes, por su situación geográfica pertenecía a Vasconia, pero el texto «con nuestro pueblo de Vazconia» da a entender *que en otro tiempo pertenecieron a Vasconia*.

los Jiménez y de Muza y García el Malo, contra los de Aquitania, dirigidos por los condes Eblo y Aznar: la primera, no fué verdadera batalla, sino una emboscada y una sorpresa bélica, bien meditada y habilmente ejecutada en represalia justa y legítima de la injustificada desmantelación de Iruña, el *castrum* de los Vascones; la segunda fué un verdadero combate librado para defender la independencia de Vasconia, arrebatada en gran parte por el hijo de Carlo Magno: la primera tuvo lugar en las vertientes *meridionales* de Atzobiskar y en la hondonada de Roncesvalles; la segunda en el puerto de Cisa y en las vertientes *septentrionales* de Atzobiskar o montes ciséreos; la primera fué dolorosamente célebre para los Francos, por el rey que la sufrió y los personajes, que en ella sucumbieron; la segunda fué gloriosamente importante para Vasconia, porque con sus laureles se tejió la primera cuna del Reino-pirenáico.

### La batalla de Roncesvalles según la leyenda

Ya dijimos arriba que las Costas de Bretaña lloraron de tal suerte su orfandad, a la muerte del caballero sin par su Prefecto Rolando, que, tradujeron su pena y dolor en canciones populares, medio elegíacas, medio épicas, las cuales, dieron origen al famoso poema medioeval, llamado la «Canción de Roldán».

Corto y sencillo en sus principios, fué hinchándose y creciendo en el camino de Burdeos a Compostela, merced a la inspiración y libertad poéticas de los juglares y troveros franceses, de los cancioneros españoles y sobre todo, de los trovadores provenzales, los cuales le adornaron con hazañas fantásticas y maravillas tan inverosímiles, que exprimiéndolo, se puede sacar un poco más de historia que de «Las Mil y una Noches».

Por esto dice muy bien el infatigable analista Gastón París, que el autor de este canto es... «Legión», y que lastimosamente le han cubierto con un vestido flamante, pero tejido de errores geográficos e históricos y adornado con epopeyas demasiado legendarias.

Y así es, en efecto; pues nada tan distante de la verdad como la horripilante descripción, que hace de estas montañas de Roncesvalles:

«...Muy altos y empinados son sus montes;  
»profundos, tenebrosos, son sus valles  
»donde aturde el ruido de torrentes  
»que espumosos van saltando hasta los mares».

«Sus rocas, cuya cresta toca al cielo  
»tajadas cual si espada de gigante  
»desde el cielo al profundo del abismo  
»las dejara partidas en dos partes».

«Angostos y torcidos sus caminos  
»pendientes y perdidos en selvajes  
»de espanto y de pavor llenan el ánimo  
»del que cruza tan lóbregos lugares».

Sin embargo, los más elevados montes, no llegan a 1.600 metros de altura, sobre el nivel del mar, y no sin razón se llaman estos, «bajos pirineos».

Las rocas no existen, ni tajadas ni sin tajar; pues todas las cimas están cubiertas de verde vegetación y las pendientes de espeso arbolado; solo alguna pequeña cresta rocosa se destaca, en la verdura, como el diminuto islote en la superficie azul del océano.

El camino, que no es otra cosa que la vía romana de Bourdeaux-Astorga y el camino de romería de las antiguas Peregrinaciones, es de pendiente larga, pero casi recta y suave por los montes de Cisa, hasta

Atzobiskar; casi llano de Cişa a Ibañeta por la ladera sur de Atzobiskar, y corto, recto y no muy pendiente, de Ibañeta a la llanura extensa de Roncesvalles, Burguete, etc.

Pasemos de la geografía a la historia y encontraremos aún más exageraciones e inexactitudes.

«Carlo Magno, el de la barba florida, emperador de los Francos, tenía 37 años de edad, y era ya el emperador más poderoso del mundo: defensor infatigable de la fe de Cristo, y propagador de su culto; había edificado magníficos templos y fundado insignes monasterios; la fama de su santidad se había extendido por toda la tierra».

«Alonso el Casto, rey de las Españas, que sentía acercarse el fin de sus días, sin tener sucesión, temiendo que, a su muerte, el reino suyo fuese entregado a los adoradores de Mahoma, vino a ofrecer sus dominios al gran rey de los Francos, Carlos el Grande; pero los Astures y Cántabros, a espaldas de los cuales, se hacía este testamento, le negaron su obediencia».

«Entonces fué cuando el walí de Zaragoza Ibn-el-Arabi, vino a pedir el apoyo del gran emperador cristiano, para independizarse del gran Califa de Córdoba Abderrahmán I. El deseo de manifestar a los Cántabros y Astures, con sus armas invencibles, que no en vano había aceptado su reino: su celo por convertir a la fe cristiana a los adoradores, de Mahoma, de Apolo y de Tervagant, que casi llenaban la península ibérica, y el afán de extender sus dominios, hasta las costas africanas, para, con razón, ser ungido Emperador de Occidente, le decidió a hacer un llamamiento urgente a sus «Doce Pares», que con sus huestes incontables, habrían de formar el ejército más fuerte de la tierra».

Como un solo hombre, acudieron todos al real llamamiento:

«El bravo Durandarte, el gran Ricardo  
»Gaiferos, Naimo, Otón y Belenguer»

»Anselmo, don Turpín, Avivio, Alardo  
»el alemán Godofre, el fiel Rainero  
»de todos hecho un escuadrón gallardo  
»lanzando rayos de su ardiente acero  
»por el revuelto ejército de España  
»rompiendo van en mortandad extraña».

«Llevan a la cabeza al mismo emperador, que cubría su cabeza con un casco de yerro, terminado en vistoso penacho de plumas negras, sostenido con una brillante fíbula de esmeralda, el amplio manto verde sobre su túnica, blanca como la lana de los corderos, que en el Pirineo pacen y triscan, de la cual, estaba tejida; calzados sus pies y piernas, con peludas correas de buey silvestre, y montando brioso corcel colorado, enjaezado de pieles, con ricas aplicaciones de oro y con estribos y frenos de plata.

«Y pasan a España, por las puertas de la Marca Hispánica y por los puertos de Cisa y los desfiladeros de Erronçabal.

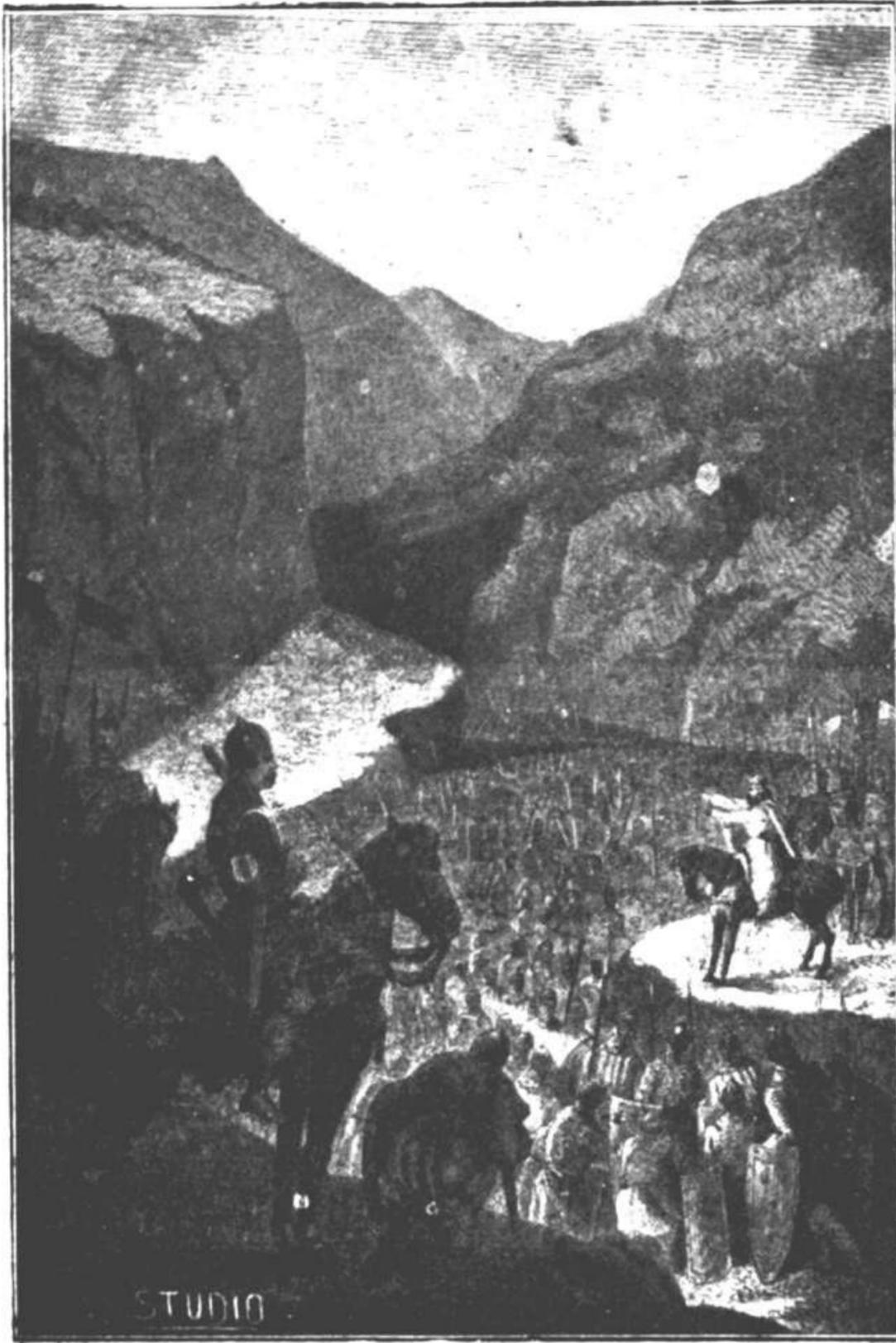
Y se libra gigante batalla en las orillas del Ebro, que retrata en sus ondas la inmortal Cesaraugusta».

«Rolando, cuyos brazos nervudos bambolean pesadas mazas de hierro, hace una verdadera sarracina: los sarracenos, que escapan a sus golpes, son machacados por Karl en las arenas del gran río; la «durindana» del héroe de Bretaña, se emborracha de sangre mahometana.

Pero el día se acaba, y la batalla no se decide completamente en favor de los cristianos.

Turpín, que, durante la batalla, reza los salmos, implorando el auxilio del Dios de las Batallas, manda al sol que detenga su carrera, y el sol, como en tiempo de Josué, se detiene arrebolado por el rojo crepúsculo vespertino, hasta que la sultana del Ebro abre sus puertas a los seguidores de Cristo.

Karlos convierte la ciudad al Cristianismo, y, to-



El Arzobispo Turpín bendice las tropas de Carlo Magno

mando el rico botín de la victoria, y por rehenes a los Arabes principales, con sus arreos y esclavos, vuelve a su país, parando en Iruña, para el descanso de sus bravos soldados.

Allá piensa que las murallas ciclópeas de la capi-

tal de Vasconia, pueden ser un día baluarte inexpugnable de los sarracenos, si ellos ocuparan la ciudad y la desmantela, destruyendo hasta el suelo sus muros.

En esta confianza, y después de haber dictado sabias leyes para el bien público, camina hacia el Pirineo y llega a Erronçabal.

Pero, ¡ah!, que los Caballeros de la región galáica, los Astures y los Cántabros indomables, se habían aliado con el Emir de Córdoba Aliahtán, el cual, había mandado a su valido Marsilio, rey moro, al frente de un grueso ejército, y reunidos en las fragosidades de la gigante cordillera de Atzobiskar, al paso de los francos, obedeciendo al rugido del cuerno de buey, salieron de sus emboscadas y les acometieron con recio empuje.

Ya la vanguardia coronada por el cristiano emperador había repasado los montes de Cisa y llegaban sus caballos a beber las corrientes heladoras del Nive, cuando apenas tocaba en Ibañeta la retaguardia; las armas aliadas acorralan a los Francos; estos tiemblan, pero acostumbrados a vencer, se reponen del primitivo pavor; hacen alto, resisten, combaten, pero no hay dique capaz de contener la avalancha impetuosa de guerreros, que se le ha echado encima, arrolladora

Chocan horrísonas las dos armas; caen unos, levántanse otros; y es tal el furor de los aliados, que los Francos titubean, cejan y empujados con violencia, mueren unos, retroceden otros, y estrechados todos por el hierro, son precipitados por la pendiente, cayendo envueltos en piedras, troncos de árboles y flechas, a la oscura profundidad del barranco».

Los soldados de Karlos conocen su situación desesperada; mueren al golpe penetrante de las lanzas sus caudillos; entra en ellos una alborotada confusión, el pánico y el desorden, y cada uno solo procura ya, ponerse a salvo en la espesura del bosque.

Pero en vano: están cercados y mueren víctimas del furor implacable de los hijos del Islám.

Rólando, el Prefecto de las Marcas de Bretaña, hace esfuerzos heróicos, de valor; ha visto a los otros Pares caídos en el suelo, palpitando en agonía sangrienta, y su fiel «durindana», movida por supremos esfuerzos siembra la muerte a su alrededor.

Allá se ve a Bernardo del Carpio, que con su alado caballo, acude a todas partes: él ha tenido combate singular con cada uno de los nobles Pares y a todos ha dejado encharcados en su sangre humeante; tan pronto se ve su blanco caballo en la cresta de la montaña, como en la hondonada del bosque, y todos dirían, si no le reconociesen, por su manto morado echado al viento y su cabellera de oro, que el apóstol San Jaime corría por los aires, en aquel campo de batalla.

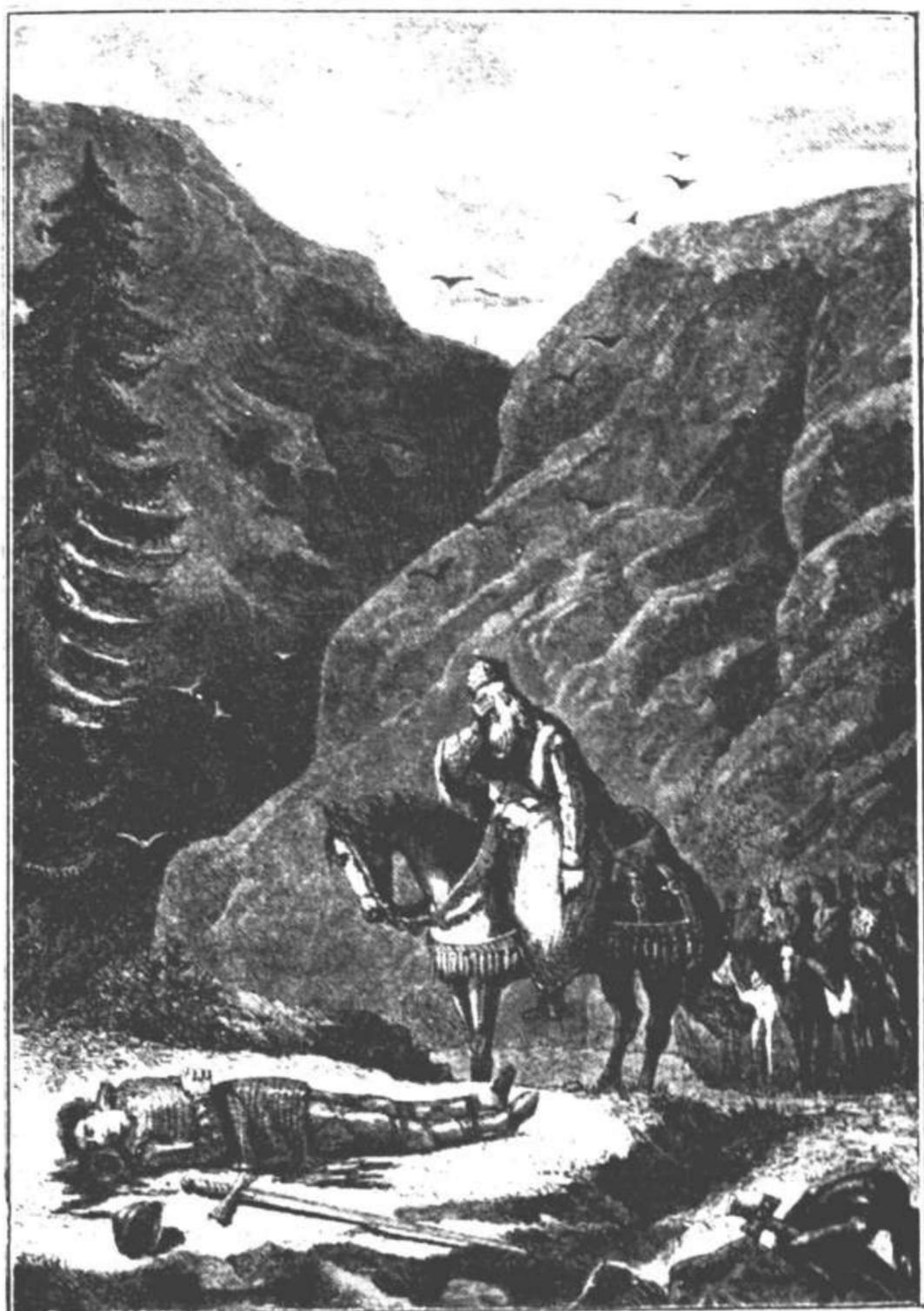
El rey Marsilio, llenando los huecos, que al caer de los Astures se producen, va acabando con el poco movimiento de vida, que sus aliados, en pos de sí, dejan y todos realizan hazañas y proezas, de valor.

Ya no queda vivo más, que el coloso Rólando, a quien su tío Karlos encomendó la dirección de la retaguardia; él solo libra el último episodio triste de la derrota.

«Rodeado de veinte sarracenos, sostiene con ellos dura pelea, hasta que los vence y los machaca, pero también él sucumbe desangrándose por las heridas, que ha recibido».

«En su agonía siente llegar, lanza en ristre, un caballero moro, que ondeando al viento su jaique de nieve se precipita sobre el héroe; entonces, saca fuerzas de valor, se levanta y, con un golpe de su fiel «durindana», parte por medio al caballero y al caballo».

Aunque el pecho tiene herido aplica a su boca ensangrantada el cuerno de marfil, que colgado del cinturón llevaba para pedir socorro a la vanguardia y, so-



Carlo Magno encuentra el cadáver de Roldán.

plando, le hace rugir de tal manera, que le rompe por un costado, abriéndole grande brecha; a pesar de ello, Karlos, que estaba ya en su reino, a cuatro leguas de Atzobiskar, llega a percibir su sonido.

En fin, sintiendo de muy cerca la muerte, y no queriendo a ningún precio dejar su fiel espada durindana, en manos de los infieles, pretende romperla, dándole tres recios golpes; sobre la roca de «Sardonix», pero es la roca la que se abre en dos mitades,

quedando a la espada una boca como señal de esta su postrer proeza.

Entonces confiesa a voces sus pecados, pide perdón a Dios y a su bella prometida Auda y, muriendo de reseo, bajan los ángeles, que hacen brotar al lado de su boca, una fuente de tersos cristales, en la que sacia su sed de agonía.

Expira enseguida dulcemente, mientras San Miguel de Peril y San Gabriel, y un coro de espíritus angélicos llevan el alma del noble Bretón a los gozos de Paraíso.

Karlos, que jugaba al ajedrez, en una casa de Luzaide, llamada después de Bonconseil (1), reunió en consejo a sus capitanes al oír la bocina de su caro Rolando y se apresuró a volver en auxilio de la retaguardia.

Mas, cuando, escalando los puertos de Atzobiskar y de Cisa, llega a Erronçabal, no ve más que un cementerio inmenso de cadáveres, iluminados por la pálida luz de la luna y los carros de armas, de bagajes y de botín, deshechos y saqueados.

Los vencedores, ágiles como los corzos de estas montañas, habían huído después de acabar con la vida del

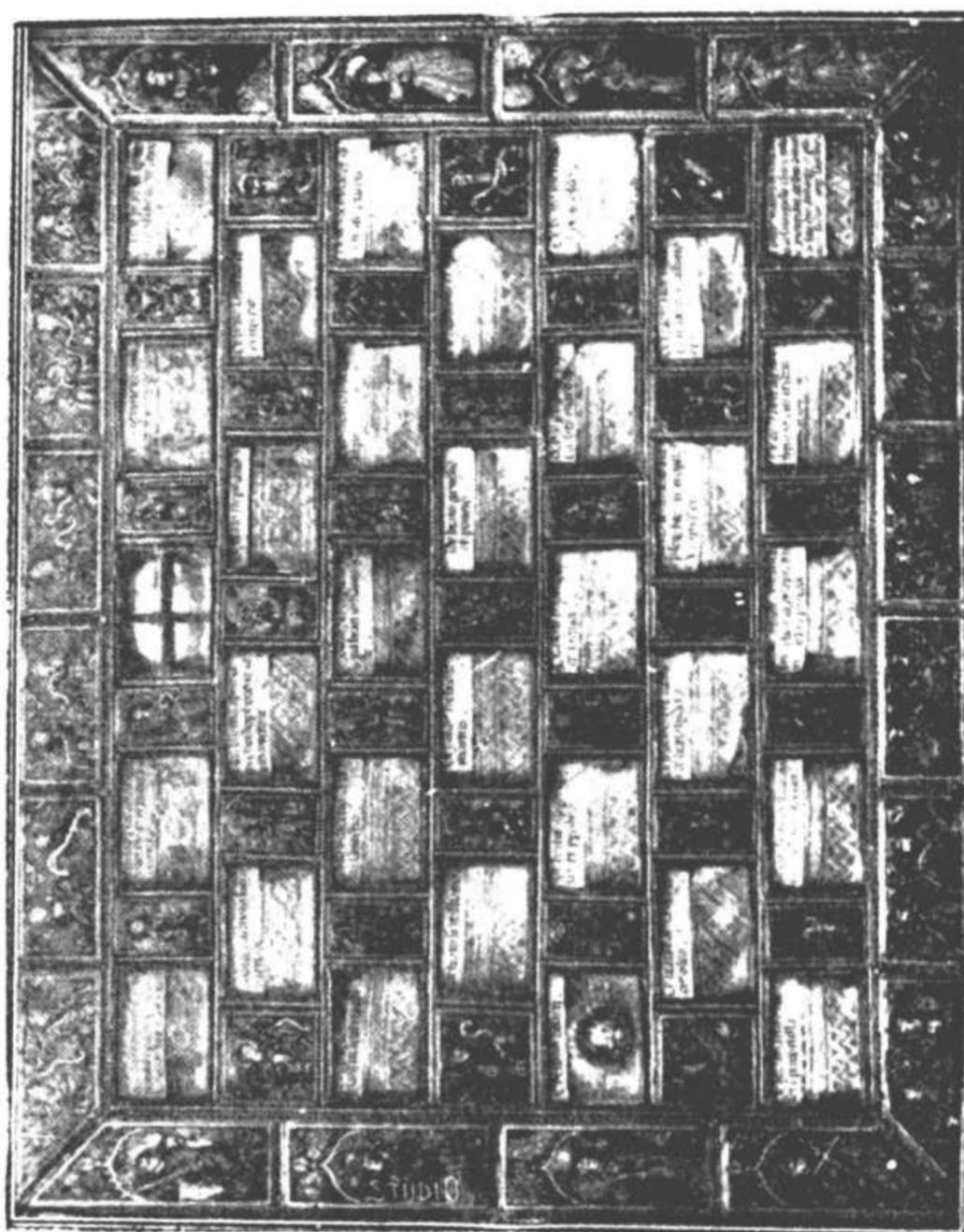
---

(1) En Valcarlos corre de boca en boca una leyenda respecto de esta casa, la hemos oído contar a nuestro amigo muy querido D. Crispín Urroz (q. e. p. d.) médico que fué de aquella hermosa villa navarra fronteriza por espacio de muchos años.

Cuando Carlomagno pasó los Pirineos con la vanguardia de su ejército descansó en este caserío de Mocospel y en una de sus habitaciones jugaba al ajedrez con sus capitanes cuando supo la derrota de Roldán y de la retaguardia que mandaba; allá mismo, celebrado consejo con los jefes militares, acordaron en volver a socorrer a la retaguardia: desde entonces la casa se llamó de Bonconseil (del buen consejo), que después por corrupción de la palabra se ha llamado el caserío de Mocospel, esto dió motivo a que el relicario esmaltado de la Colegiata, se llamara el «ajedrez de Carlo Magno».

último soldado franco, llevándose el inmenso botín que Karlos había acumulado en su triunfal carrera.

Eginhardo, en su «Vita Karoli», dice expresamente: «Karlos no pudo vengar sus muertos; ya no queda más consuelo a su corazón, para siempre atribulado, que



Roncesvalles: El relicario de esmaltes traslúcidos, llamado «ajedrez de Carlomagno».



cumplir con sus difuntos los últimos deberes de cristiano, dándoles piadosa sepultura» (1).

«Así lo hace (continúa la leyenda), edificando un gran carnario subterráneo, coronado con la cruz del Redentor».

El rey de los Francos perdió en esta aventura, la flor de sus ejércitos: allá perecieron los doce insignes Pares, el santo arzobispo de Reims, Turpiu y lo más granado de la Caballería franca...»

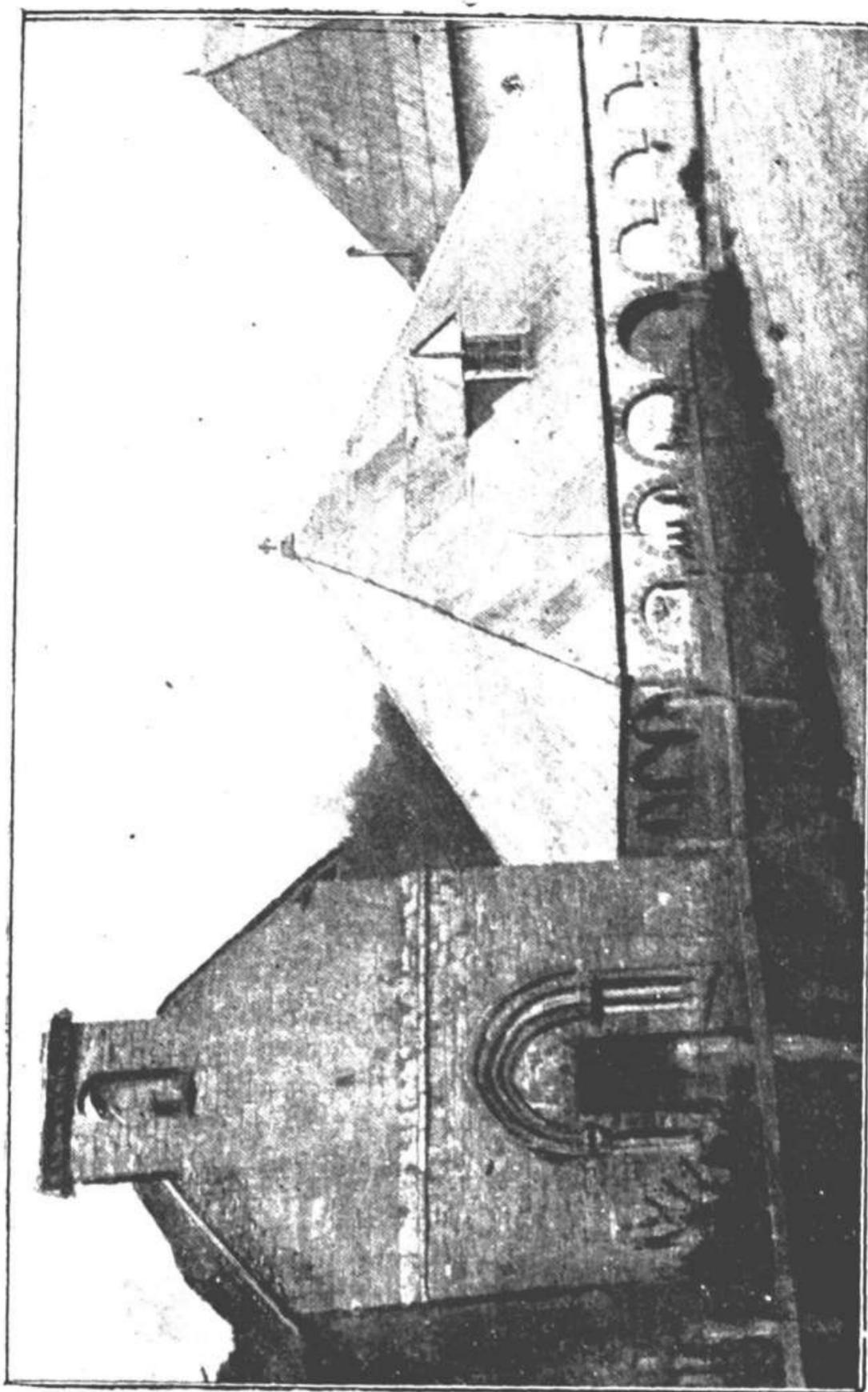
Esta es la leyenda sugestiva y bella, que, uniendo la histórica rota carolingia con un Roncesvalles fantástico y un Rolando de colosales maravillas, ha sido fuente inagotable de inspiración para los vates de la Edad Media.

Los cancioneros de la España guerrera y caballeresca la han dedicado sus mejores romances; los rimadores de Alemania la han hecho el asunto de sus más bellos cantares; los troveros y juglares del norte y mediocía de Francia, la han llorado con sus mejores cantos épicos; los trovadores provenzales vaciaron en este asunto su inspiración, su rima lírica y sus cadencias insuperadas; innumerables vates italianos han hecho a Rolandino el héroe de sus cantos dulcísimos; y esta batalla hizo centellear la imaginación vivísima de Ariosto en su «Orlando Furioso».

Es más; los rudos camaradas de Guillermo el Conquistador, entonaban sobre el campo de batalla de Hastings, la «Chanson de Roland», y los turistas de nuestra época, han advertido con sorpresa que las hazañas de Roldán se cantan, ¡hasta en los países glaciales de Feroe! (islas inglesas), y, ¡¡hasta en la sombra y volcánica Islandia!!... El pescador, que rema su barcarola en aquellos mares brumosos, el pastor que

---

(1) Eginhardo, «Vita Karoli Magni», ad annum 778 (Bouquet: tomo V).



Roncesvalles: Iglesia  
de Santiago y silo fune-  
rario llamado de Carlo  
Magno



guía el numeroso rebaño de ovejas, por los flancos pelados de aquella isla lejana, y la vaquerilla, que teje su sayal de lana en las rústicas barreras de sus prados, endulzan su soledad con un canto quejumbroso, en cuyas coplas se gime y se lora «por la triste suerte del joven caballero Rolando, prometido de la bella Auda, el cual, sucumbió a los golpes de los Sarracenos ... ¡¡allá abajo!!..., ¡¡¡muy lejos; muy lejos!!..., en los sombríos desfiladeros de Rorsvaldwollen».

Y concluye la leyenda contándonos que en aquella acción guerrera se incubó el canto de nuestros Bescos «Aztoviscar-Cantua»; canto enérgico, de salvaje rudeza con cuyas cadencias, las madres de estas montañas, han mecido siempre la cuna de sus hijos (1).

---

(1) Copiamos este canto, versificado por Fuentes y Ponte en un trabajo que compuso para la Academia Mariana de Lérida; nos hemos permitido modificar algunos versos para seguir más fielmente el sentido del original y para acomodarlo un poco más a las leyes del «ritmo»

Lo copiamos también en la milenaria lengua euskalduna para que mejor lo saboreen los *Euskaldunak*; pero advertimos que no es un canto de la Edad Media como ha creído el citado Fuentes y Ponte sino una poesía épica del siglo pasado.

El origen y procedencia de este canto es el siguiente: El periódico francés «Journal de l'Institut Historique» publicó una poesía en 1834, que decía era genuina traducción de un canto antiquísimo escrito en pergamino y encontrado afortunadamente en un archivo polvoriento; la llamó «Aztoviscar Cantua» y firmaba la supuesta traducción Mr. Garay de Monglave; pronto los eruditos reclamaron el original o que se les indicara dónde podrían verlo para convencerse de su autenticidad.

Los apuros que hubo de pasar Mr. Garay debieron ser mortales; «pero todo se arregla en este mundo». Luis Duhalde de Monglave contestó a los clamores de los críticos traduciendo aquellos versos al vascuence y publicando esta traducción como si fuese copia exacta del supuesto manuscrito; mas lo hizo tan torpemente y en vasco tan moderno que a la legua se conocía el truco.

Entonces el director del periódico confesó lo sucedido; todo fué una broma de algunos alumnos de la Escuela Politécnica de París muy versados en poesía osiánica; pero tan bien dada que

Lo damos al lector en su texto original y también vertido al castellano y versificado para que, también los que ignoran la lengua milenaria de Aitor, saboreen su ruda poesía y por si las madres baskas, quieren seguir adormeciendo a sus hijitos con su bella música, también la transcribimos:

### El canto de Hitzobiskar

«Ronco grito sonó en las montañas  
donde moran los Vascos en paz  
el señor solariego, en su puerta  
prestó oído y clamó—¿qué será...?»

«...Y el perro, que dormido  
tendíase a sus pies,  
alzóse y su ladrido  
se oye en Altoviscar;  
y en ecos alarmantes  
resuena y piérdese...»

«...De Ibañeta en el monte retumba  
a derecha e izquierda un fragor;  
...es que avanza, las peñas rozando  
de un ejército el sordo rumor.»

---

hombres tan distinguidos como Faurier, nuestro Amador de los Ríos, Lafuente y otros cayeron en el lazo tomando la superchería por realidad, creyendo que el «Canto de Altoviscar» era efectivamente un canto vasco del siglo VIII.

La poesía está muy bien hecha y al que no sabe vascuence es fácil engañarle.

Véase lo que dice Lafuente: «Entre los cantos de guerra que han inmortalizado aquel famoso combate es notable por su enérgica sencillez, por su aire de primitiva rudeza, por su espíritu de apasionado patriotismo, de agreste y fogosa independencia, el que se nos ha conservado con el nombre de «Altabizaren cantua». (Historia de España, tomo II, pág. 178).

(Consúltese esta revelación en Jaurgain («La Vasconie»), Cardaillac («La Bataille de Roncevaux»), A. Salcedo y Ruiz. (Resumen Histórico-crítico de la Literatura Española).

«...De lo alto de los montes  
los nuestros, contestaron  
cuernos de buey soplaron  
sus flechas aguzaron  
el procer y el señor...»

«...—Ya..., ya vienen...; ¡qué bosques de lanzas!  
¡¡qué banderas de vario color!!...,  
¡¡cómo brillan sus armas...!!—¿Muchacho?  
cuéntalos—...—cuenta bien; ¿cuántos son...?  
--Uno..., dos..., tres y cuatro  
cinco, seis, siete..., veinte  
¡¡veinte..., y los miles detrás!!  
...son tantos, que no puedo  
su número alcanzar.—»

«—Nuestros brazos, nervudos unamos  
esas rocas, de cuajo arranquemos,  
de la cumbre del monte lancemos  
esas moles, al torpe invasor—...  
—Aplastemos sus viles cabezas,  
sus caballos, sus lanzas, sus carros  
destruyamos a fuer de Navarros  
a quien osa manchar nuestro honor.—  
—¿Por qué del norte vienen  
turbando nuestra paz...?  
—Dios puso estas montañas  
confín de nuestra tierra...  
¿y el hombre aquesta sierra  
quiere allanar audaz?»

«...Los peñascos del monte cayendo  
las legiones se ven aplastar,  
a torrentes, la sangre corriendo  
y la carne se ve palpar...»  
«Los huesos, quebrantados  
divísanse doquiera

y se oye lastimera  
la cueja postrimera  
de mil y mil soldados...

«—...Los que aún fuerzas teneis, y caballo  
¡¡hora!!, ¡huid!..., ¡huye...!, ¡¡huye... ligero  
Carlomagno el del negro plumero  
y la capa de rojo color...!!—

—Tu sobrino, el más bravo guerrero,  
tu Rolando estimado y querido  
allá abajo le vemos tendido:  
para nada sirvióle el valor...—

—...Y ahora, ¡¡¡ Euskaldunak!!!  
el monte abandonemos  
al llano ya bajemos  
allí asaeteando  
a los que huyendo van...»—

«—¡Huyen!, ¡huyen...! ¿El bosque de lanzas  
dónde está?... ¿dónde están las banderas  
que ondeaban al viento, ligeros  
ostentando su vario color?...»

«—Ya sus armas, de sangre teñidas,  
no reflejan los rayos del sol;  
sus tropas,—¡¡muchacho!!,—asaz aguerridas  
¿dónde están?...—cuenta bien—¿cuántas son?  
—...Veinte..., catorce..., nueve...,  
seis..., cuatro, tres, dos, uno...,  
¡¡no queda ya ninguno!!  
su número y su brío,  
¡ya todo se acabó...!—

—¡Solariego, Señor!... a tu casa  
con tu perro ya puedes tornar,  
abrazar a tu esposa y tus hijos  
y tus flechas tranquilo limpiar,

con tu cuerno de buey, conservarlas  
y sobre ellas podrás descansar.»

«Las águilas de noche  
del monte bajarán;  
las carnes magulladas  
hambrientas comerán;  
y *por siempre* sus huesos  
el valle blanquearán...»

## Atzo-Bizkarko Cantua

Oiu bat aitua izan da Eskualdunen mendi artetik,  
eta Echeko-Jaunak chutik, bere atiaren aitzinean, beha-  
rriak ongi erne erran du:

¿Nor da or? ¿Zer nai dute?

Eta chakurra, bere nagusiaren ainhetan lo zagona,  
jiki da eta karrasiz inguruko «ATZO-BIZKARKO» men-  
dia bete du.

Ibañetako lepoan harrabost bat agertzen da: hur-  
biltzen asi da ezker eta eskuineko arrokain aldetik:  
hori da urrundik heldu den armada baten burrunba.

Mendien kaskorik, guriek, errepostia eman diote;  
bere tutuen soiñuak entzun dire, eta echeko-jaunak,  
chorrosten tu bere dardak.

¡Heldu dira! ¡Heldu dira! ¡Zer ezpatako sasia!

¡Nola, ser nai motako banderak oien erdian ageri  
dira! ¡Nola argitzen diren ahen armak!

¿Zoin bat dira? ¡Mutila, kondazkizu ongi!

Bat, biga, irur, lau, bortz, sei, zazpi, zortzi, bede-  
ratzi, hamar, hameka, hamabi, hamairur, hamalau, ha-  
mabortz, hamasei, hamazazpi, hemezortzi, hemeretzi,  
hogoi.

¡Hogoi, eta oraino badira mila frango! Ohien kon-  
datzia denbora galtzea litake. Elgartzkigun gure be-  
sotako indarrak: errotik atheratzkigun arroka orhiek;  
bothatzkigun andik itzilipurdika beheren burien gai-  
nera eta lehertzkigun il artio.

Eta, ¿Zer nai zuten egin gure mendietan ipar aldeko seme ohiek? Zertako jin dira gure bakiaren nahasterat? JINKOAK, mendi orhiek egin zituelaik, egin zituen ez litzaten gizonak pasa.

Baino, arroak itzulipurdika erortzen dira tropak lehertu artio: odola, zurrustan badoha; aragiak, dardarikan daude. ¡Oh, zoinbat porros katuak! ¡Zer odollezko ichasua!

¡Espaka, espaka, indar eta zaldi bat dituenak!

Espada, hadi, Karlomagno erregea, ire luma beltzekin eta ire kapa gorriarekin!

Ire iloba, eta azkarrena, Rolan maitia, anche, beitiartan ila dago. Arren azkartasuna etzako deusere baliaitu. Eta orai, Eskualdunak, utzkigun arroka orhiek, jausgiten fite eta igortzkigun dardak espakalariei.

¡Badohazi, Badohazi! ¿Nun da bada leenagoko ezpatako sasi hura? ¿Nun dira hohien erdian agertzen ziren mota guziko bandera hek?

Ezta geiago ageri ahien armen argitasunik.

¿Zoin bat dira? ¡Mutila! Kondazkik ongi!

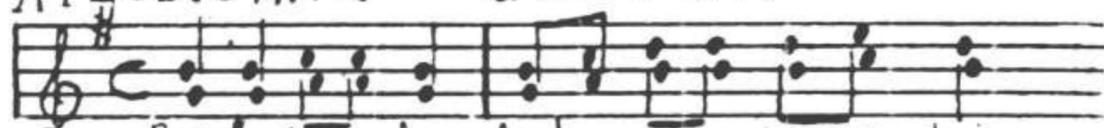
Hogoi, hemeretzi, hemezortzi, hamazazpi, hamasei, hamabortz, hamalau, hamairur, hamabi, hameka, hamar, bederatzi, zortzi, zazpi, sei, bortz, lau, hirur; biga, bat.

¡Bat! ¡Bakochik ezta!

¡Ahabo da! Echeko jauna, jiten ahal zira zure chakurraikin zure emaziaren eta zure ahurren besarkatzerat, zure dardak garbitzzerat eta alchatzerat tutuen barnean, eta gero etzatera eta lo egiterat ahen gainean.

Gabaz, arranuak, jinen dira aragi puska lehertu ahiek jatera eta ezur oro oriek, zurituko dire betiko.

# ATZOBISKAR - CANTUA



Bat bi-hiru, lau borts, sei, zazpi zortzi



be-deratzi, a-mar, ha-meca, ha-ma-be,



ha-mar ru, ha-ma-lau, ha-ma borts, ha-ma sei



hama zazpi mezortzi, he-mere tzi. o quei.



Ho quei e mere tzi, ne-ma zortzi, ama zazpi,



hama sei, ama borts, ha-ma-lau, ha-mar ru



hama bi, ha-meca, ha-mar be-deratzi



zortzi, zazpi sei, borts, lau, lu ru, bi, bat

## Algo de crítica histórica

No sería extraño que, al concluir la lectura de esta legendaria epopeya, eclamase algún lector: ¡lástima que no sea verdad tanta belleza!

Es necesario, sí, quitar todo oropel para que el purísimo oro de la Historia brille en el entendimiento, iluminándolo y, encantándolo, cautíve el corazón.

Desde luego, es ya indiscutible entre los investigadores y sanos críticos, que Carlo Magno, solo una vez pasó por Vasconia, y una sola vez sufrió la humillación de una derrota en Roncesvalles, el día 15 de agosto del año 778; este es el sentir de Jaurgeain, de Gastón París, de Cardaillac, de L. Colás, de Dubarat, de Daranatz, de Campión en «Nabarra en su Vida Histórica», de Moret Ohienart, Marca, etc., y, en fin, de todos los que prescindiendo de los romances y «cantos de gesta», han bebido en las fuentes claras de los anales y cronicones depurados y han gastado largos años en quitar polvo secular a pergaminos y vitelas, hasta que han encontrado datos fidedignos y decisivos.

Así, pues, no es cierto que Alonso el Casto interviniera en la derrota, ni personalmente, ni por medio de sus Astures o Cántabros; para comprobar lo cual, no hay más que recordar, que el año 778 sostenía el cetro de Asturias el rey Silo y que el reinado de don Alonso, duró, del 791 al 842.

Es verdad, que a fines del siglo VIII (año 798), estando Carlo Magno en Aquisgrán, recibió a Basílico y a Fruela, embajadores del rey Casto, los cuales, llegaron a pedir su amistad, ofreciéndole como presentes, dignos de la grandeza imperial una rica tienda de campaña, de valiosísimas telas moriscas, con broches y cerraduras de plata y oro, y con todo su regio ajuar, juntamente con otros muy preciados despojos, botín

de una importante incursión que en tierras de moros hizo don Alonso en las orillas donde el Tajo desemboca.

Es también probado que hubo en los últimos años de Carlo Magno, estrecha amistad, entre el poderoso restaurador del Imperio de Occidente, y el rey de las montañas cántabro-galáticas; es, muy verosímil que en los cálculos de don Alonso entrara el ensanchar sus dominios por territorio musulmán, con la ayuda poderosa de Carlo Magno, pero, es así mismo indiscutible, que nunca las Armas de estos dos monarcas cristianos fueron unidas a combate alguno.

De la misma manera está investigado que ni los musulmanes, ni otros ejércitos extraños, sino los Vascones, y solos los Vascones, como ya sabemos, fueron los vencedores de aquella ingente derrota. «Ellos solos,—dice Cardaillac»,—vengaron sus legítimos agravios, dentro de sus propios dominios».

### **Fábula dentro de la leyenda**

Cuatro personajes, completamente fabulosos, pero en cuya fisonomía pueden sorprenderse rasgos bien marcados de otros personajes históricos, aparecen, como héroes vencedores o vencidos, en la epopeya carolingia: Bernardo del Carpio, héroe cristiano del reino de los Astures y Marsilio, paladín de los Musulmanes, *vencedores*: Turpín, el santo Arzobispo de Reims, y Oliveros, uno de los Doce Pares *vencidos*.

#### **BERNARDO DEL CARPIO**

Bernardo del Carpio, es un guerrero imaginario en absoluto, en el siglo VIII; pero el romance no lo inventó, sino que, como dice muy bien Milá y Fontanals, en su tratado «De la poesía heróico-popular castellana», trasladó a la época carlovingia y fantaseó las proezas de Bernardo, hijo del Conde de Rivagorza

y de Pallars, casado con doña Toda, hija del conde de Jaca, Galindo, que escribió con su espada páginas preciosas peleando contra la morisma.

Cuando los trovadores españoles aprendieron de los juglares franceses la «Chanson de Rolands», la transformaron de tal suerte, que de ella hicieron un romance, que venía a ser protesta viva del sentimiento nacional, contra toda extranjera invasión.

El romance castellano introduce también un héroe nacional, al lado de los anónimos vencedores, prototipo caballeresco, que pone enfrente del héroe franco de los «cantos de gesta»: ante Roldán, aparece nuestro Bernardo del Carpio.

Supongo al lector ansioso de saber algo de este fantástico paladín y es justo entresacar algo de su vida romancesca. Dícese que vivió durante el reinado de Alfonso II, el Casto.

El P. Mariana, escribe: «Los gloriosos principios de este Príncipe (D. Alonso), se amancillaron y oscurecieron, con un desastre y afrenta que sucedió en su casa-real; y fué que su hermana la infanta doña Jimena, olvidada del respeto que debía a su hermano y a su honestidad, puso los ojos en Sancho, conde de Saldaña, sin reparar, hasta casarse con él».

«Fué el matrimonio clandestino, y de él nació el infante «Bernardo Carpense o del Carpio», que, según Ambrosio de Morales, era «muy gran caballero, en gentil disposición y hermosura, en fuerzas y en destreza y en consejo y en esfuerzo; así, que, se aventajaba mucho sobre todos nuestros españoles».

Cuando nació este niño, creyéndolo el rey fruto de ilícitos amores, encerró al conde de Saldaña en una fortaleza.

Mozo era ya Bernardo, cuando aún ignoraba las desgracias de sus legítimos padres; mas un día, dos damas llamadas Urraca Sánchez y María Meléndez,

lo pusieron en su conocimiento por medio de dos caballeros parientes suyos que solían acompañarle.

Desde entonces, su vida se desliza entre súplicas al rey, por la libertad de su padre, avalorando estos ruegos con cien proezas que lleva a cabo, haciendo correrías guerreras en tierra de moros, y en otras tantas negativas del monarca, que no perdona la aparente infamia.

Un día vino a la cámara de su tío don Alfonso, con las armas ensangrentadas y cargados sus pajes de riquísimos despojos de los Sarracenos: puso todo a los pies del rey y, arrodillándose, imploró por vez postrera perdón para su padre; y, como el rey continuase en su resistencia, Bernardo huyó de la corte y, a cuatro leguas de Salamanca, donde está ahora la villa de Alba, edificó el castillo del Carpio, del cual, él mismo tomó el apellido.

Desde allá hacía incursiones ya por el reino de los Astures, robando sus ganados y talando sus campos, ya por tierras moriscas, enriqueciéndose con rico botín.

Los grandes de Salamanca, aconsejaron al rey que libertase al padre de Bernardo, y Alfonso II accedió a la súplica, con la condición de que abandonara la fortaleza del Carpio y fuese entregada al reino.

El amor ardentísimo de Bernardo, al autor de sus días, y el ansia suprema que tenía de abrazarle, le hizo capitular y entregar su castillo. Por fin iban a realizarse los sueños de toda su vida, pronunciando su lengua el dulce nombre de «padre», y oyendo el gratísimo acento de «hijo y salvador», pero ¡ay!, Sancho, el conde de Saldaña, había muerto en su mazmora y, al abrirse los oxidados cerrojos de la torre, Bernardo no pudo más que besar la mano helada del desgraciado esposo de la princesa doña Jimena, su madre infortunada...

«Pues como le hubiesen despojado de su castillo,—

dice Mariana,—y como la muerte le despojase de su padre, abandonó su tierra y se internó en Navarra».

«Y como los nobles Astures, protestando del testamento de su rey, se alzan iracundos y acuden a los pirineos de Vasconia, en son de guerra contra el monarca extranjero, a ellos se une el del Carpio, que los capitanea y, enfrente de Rolando, hace maravillas de valor, y vence, y en singular desafío, da muerte al coloso de los Francos...»

Después de ésto, toma el báculo de peregrino, y en el camino de romería, muere santamente...

¡Hermoso romance, en que se canta a los amores puros y santos, que Dios infunde en el alma y prescribe en el cuarto mandamiento de la Ley; y se canta a la soberana independencia de la Patria; y se canta a la Religión, que sabe purificar y santificar, aún en sus postrimerías la existencia del hombre extraviado!; aunque novelesco, bien diferente por cierto, de las insípidas novelas de nuestra época...

#### MARSILIO, EL REY MORO.

Solo tejiendo retazos de las crónicas árabes, de las narraciones del Obispo de Tuy, y de las épicas estrofas de la «Canción de Rolando», se puede escribir algo de este sarraceno misterioso, que compartió sus proezas con Bernardo del Carpio y Roldán y, en opinión de Lucas de Tuy, desbarató la retaguardia de los Francos, y coronó su frente con los primeros laureles de la ingente derrota de Atzobiskar.

Después que Abderrahmán I tomó posesión de su emirato, estableciendo el califato árabe-español, independiente de Asia y Africa, con el último y único vástago de la familia sarracena Beni-Omeya, que tantos años había reinado en Damasco y que se creía extinguida, después de la horripilante cena, que el próximo descendiente de Mahoma, el feroz Abdallah dió a los

noventa descendientes de los Omníadas, degollándolos traidoramente sobre las mesas del festín; se ocupó el joven y generoso monarca muslim en sembrar el orden y la paz, en el vasto territorio peninsular en que asentaba su dominio.

Para ello, puso walíes o gobernadores de las ciudades importantes, a los jaiques más principales y más de su confianza.

Tocó a Sevilla el notable Abdelmelek ben Omar, el legendario *Marsilio*, del romance medioeval.

Cuando Yussuf, el único defensor y develador incansable de la proscrita familia de los Abassidas, levantó banderas contra el emir, proclamándose él mismo, emir legítimo de España y llamando al joven Omeya «el intruso» (adaghel), el joven Abderrahmán mandó a su walí favorito de Sevilla, *Marsilio*, para que sofocara la revelión.

Marsilio, que contaba los triunfos, por batallas, pronto recobró todas las ciudades de que Yussuf se había apoderado.

Continuando la persecución del indomable fehri, le alcanzó en los campos de Lorca, acuchilló terriblemente sus huestes y el mismo Yussuf, sucumbió acribillado de heridas; su cabeza fué enviada al emir, que mandó colgarla en una de las puertas de los muros de Córdoba (año 759).

Deseosos de vengar la muerte de su padre, recogieron su bandera ensangrentada, los tres hijos mayores del feheri, enarbolándola, en son de guerra eterna a los Omeyas, por varios lugares de la península.

El hijo mayor, vencido, fué igualmente decapitado y su cabeza fué colgada en el mismo aldabón, que la de su padre; perdonó la vida Abderrahmán a los otros dos hijos, y los puso prisioneros.

Entre tanto, el viejo Hixem ben Adra, reunió las huestes dispersas de los Fehries y, acaudillándolas, sorprendió a Sevilla, la saqueó, y pasó a cuchillo a cuan-

tos encontró a su paso: vuelve Marsilio de sus correrías guerreras y obliga a Hixem a correr a Medina-Sidonia, donde se encerró con todos los caudillos facciosos que allá le esperaban.

El célebre Marsilio fué sobre ellos y tanto apretó el cerco, que los sitiados, no pudiendo resistir por más tiempo, y aprovechando la oscuridad de una noche tempestuosa, salieron por varias puertas de la ciudad, y se precipitaron sobre aquel bosque de lanzas de los de Marsilio.

La súbita arremetida desordenó al principio el ejército del esforzado walí de Sevilla y, aprovechando la confusión, pudieron muchos escapar y, escalando las serranías de Ronda, se libraron de una muerte segura; pero Hixem, menos afortunado, tuvo la desgracia de que su brioso corcel cayese y, envuelto por un grupo de soldados, fué llevado, oyendo incessantes rugidos de triunfo, al terrible Marsilio.

Acordóse el temible walí de la benignidad del emir; y temiendo que, en su excesiva bondad, le hiciese gracia de la vida, cortó la cabeza del venerable viejo y, como de costumbre, la mandó a Córdoba en señal de triunfo (año 765).

¡Ah!, pero los partidarios de la dinastía caída jamás perdieron la esperanza de verla resucitada y triunfante.

Corría el año 768, cuando innúmeras bandas dispersas de africanos se unieron a los peninsulares partidarios de los Abasidas y, acaudillados por Abdel-Gafir, invadieron las comarcas de Antequera y como arrolladora marea blanca se precipitaba sobre la bella ciudad del Betis.

Noticioso de esta aproximación, armóse el valeroso Marsilio y con intrepidez insuperada salió a su encuentro.

Mandó de descubierta a su hijo al frente de un destacamento, pero joven inexperto, asustado ante el ata-

que brutal de la caballería de Gafir, volvió bridas a su caballo y corrió a refugiarse al lado de su padre; Marsilio no pudo reprimir la cólera, que esta huida le produjo; enristró ciegamente su lanza, le derribó del caballo, dándole lastimosa muerte, mientras, en su paroxismo loco, exclamaba: «tú no eres hijo del valiente Marsilio: ¡muere cobarde!, que los hijos de Meruán no han huido jamás».

«Sangrienta y brava—dice un célebre historiador—fué la lucha que se emprendió al día siguiente. El grueso de la facción acudió a Sevilla, en la confianza de que Ayub-ben-Salem, les abriría las puertas de la ciudad. Abdel-Gafir ocupó a Alxarafe (San Juan de Alfarache), donde esperó las tropas de Marsilio».

«Al penetrar en las calles este intrépido jefe, una lluvia de venablos y de saetas, lanzadas desde las ventanas, diezmó sus filas; sus mejores oficiales pagaron con la vida tan temerario arrojo y el mismo Marsilio cayó gravemente herido. Entretanto, en Sevilla, ejecutábase otra, no menos, sangrienta tragedia».

«Ben-Salem se había alzado abiertamente en favor de los rebeldes; había ocupado el alcázar y degollado su guarnición. A. Gafir triunfante en Alxarafe, recibió aviso de avanzar; sus feroces hordas entraron, sin obstáculo y ya de noche, en Sevilla; el palacio del walí fué brutalmente destrozado, robadas las casas de los opulentos vecinos y entrados a saco los almacenes de víveres y armas. ¡Infausta noche fué aquella!... Cuando la desenfrenada soldadesca se hallaba entregada a los horrores del más atroz vandalismo, vino a completar la confusión del sombrío cuadro, la entrada de la caballería de Marsilio, que, capitaneada por sus lugartenientes, penetró por las calles de la ya horrorizada población. Las tinieblas de la noche, el estrépito de los caballos, el sonido de los instrumentos bélicos, los ayes de los moribundos y el crujir de las armas, todo formaba un conjunto de lúgubres y es-

pantosas escenas, hasta que el resplandor del nuevo día, vino a poner término al negro y sangriento cuadro. Abdel-Gafir, con sus rebeldes se vió obligado a evacuar la ciudad y los sevillanos respiraron, que harto lo habían menester».

Pero tanta discordia y tan violento estado de cosas, no podía durar. Púsose al frente de todos los ejércitos el mismo emir, y caminando de victoria en victoria arrolló completamente a los rebeldes.

Más de cincuenta cabezas de jaiques africanos, fueron repartidas y adornaron los muros de las principales poblaciones de Andalucía. El vencedor dió sabias medidas para restituir la paz y dictó leyes enérgicas para que el rescoldo de la rebelión, que nunca se apagó, no saliese a la superficie.

Trasladóse el magnánimo Abderrahmán, de los campos de batalla, a Sevilla, para visitar y consolar a su valiente y fiel Marsilio, el cual, además de las heridas, sufría un tormento moral insufrible, que en su alma se había adentrado por la muerte, que, en un momento de ciego arrebato, había dado a su hijo.

El emir creyó que Marsilio no podría sobreponerse al dolor, si vivía en Sevilla; la silueta de aquel hijo, tan gallardo y tan amado en otro tiempo, había de ser proyectada en la sombra de las palmeras de sus jardines, incesantemente, y retratada en las márgenes del Betis.

Era necesario mandarlo a otro país, lejos, muy lejos de aquella tierra, cuyos encantos se convirtieron, en un momento fatal, en fuentes de dolor... y le nombró walí de Cesaraugusta y de toda la España oriental, el año 772.

Poco tiempo vivió, después de este nombramiento, pues en el otoño del 777, viéronse vogar en los mares africanos unos esquifes alados, que traían a España al famoso «Eslavo», aquel otro fihirita de ojos azules, como los lagos de Alejandría, y de cabellera dorada,

como los rayos del sol oriental, a cuyo calor se había criado; el cual, luego de haber pisado tierra española, se apresuró, como asegura Docy, a entablar negociaciones con Suleimán, el walí de Zaragoza, a fin de establecer una alianza contra el emir de Córdoba.

Abderrahmán-ben-Abib, que tal era el nombre del «Eslavo», acariciaba la idea de destronar a Abderrahmán I, para imponer la soberanía del califa de Oriente, que, a la sazón, era Al-Mhadí-Ben-Almanzor.

A pesar de lo que afirma Docy, de la coalición y de su presentación a Carlo-Magno, históricamente comprobado, solo está, que el «Eslavo», vino a España y que intentó coaligarse con los enemigos, del emir español, para establecer al de Oriente.

Pero sea de esto lo que quiera, lo cierto es, que para el año 777, el gran Marsilio había muerto, acaso víctima de remordimientos monstruosos, y había sido sustituido por Suleimán Ibn-el-Arabi, del que luego volveremos a ocuparnos.

Y he aquí el célebre personaje que los cantos de gesta han hecho *rey* y le han hecho resucitar para que asista a la rota de Atzobiskar, y ha sido el héroe a quien cantó Ariosto y traído por Cervantes a la escena del retablo de Maese Pedro, en el *Quijote* (1).

#### TURPIN, EL SANTO ARZOBISPO DE REIMS.

¿Cómo iban a prescindir los devotos peregrinos, en sus cantos de romance, de un Capellán, que al lado

---

(1) Parece que el nombre de Marsilius, como se lee en el romance latino, viene de Marfilius u Omarfilius que eso significa Ben-Omar; y ese era el verdadero nombre del árabe Marsilio: Abdelmelek-Ben-Omar.

Como rey moro y vencedor de Carlo Magno es romancesco y legendario; como Walí de Sevilla y de Zaragoza es rigurosamente histórico. (Véase: «Conde», parte I; «Abulfeda», Annales musul.; «Al Makari» y «Lafuente» tomo II.

del abanderado y a la izquierda del rey cabalgase en blanco corcel y tremolara el signo bendito de la Redención, en las batallas?... Y se fijaron, claro está, en el arzobispo de Reims, que era el Primado de Francia (en tiempo de las peregrinaciones), y que habría de llamarse Turpín, porque así lo aseguraba el mismo (el falso Turpín, del cual hablaremos luego).

Hubo en Reims (Francia) un Arzobispo: que siendo monje de San Dionís, monasterio que estaba situado cerca de París, fué elevado a la dignidad arzobispal.

Llamábase Tilpino (Thilpinus).

Distingióse tanto, por sus dotes de gobierno y sobre todo, por sus virtudes, que, Carlo Magno pidió al Romano Pontífice, que le nombrase Primado, aunque según los historiadores, no significaba la dignidad de Primado, sino el privilegio de ser metropolitano, es decir, primado de las diócesis sufragáneas.

Parece, sin embargo, cierto que, desde entonces, al prelado de Reims, se llamaba en los documentos pontificios «Episcopus et Primas Remensis Dioecesis in sola subjectione R. Pontificis permanens». (Obispo y Primado de la Diócesis de Reims, el cual está sujeto solamente al Romano Pontífice).

Una de sus ponderadas disposiciones fué: sustituir los Canónigos reglares de la catedral de San Remigio, por monjes Benedictinos, que a la sazón eran observantísimos.

Ludovico Pío, sucesor del Emperador de Occidente Carlo Magno, celebró una reunión de los hombres más sabios y santos de su tiempo y entre otros (muy pocos), asistió el venerable arzobispo de Reims Tilpino.

Murió en Reims, en olor de santidad y por espacio de algunos siglos, estuvo en el Martirologio y la Diócesis de Reims, celebraba su fiesta con gran solemnidad el día 2 de septiembre.

Ninguno de sus biógrafos dice que acompañó a Carlo Magno, y mucho menos, que asistiera a ninguna batalla y desde luego es enteramente gratuito afirmar que murió en la rota de Roncesvalles y decir que se llamaba Turpín (1).

Dispútase entre los investigadores la época de su vida; y mientras unos dicen que ascendió a la silla arzobispal el 760 y que murió el 2 de septiembre del 800, otros afirman que nació el 775, y que vivía aún en tiempo de Ludovico Pío (814).

Mas, he aquí, que a fines del siglo XI, un monje, según consta en los Anales Francos de Charles Cointe, y en todos los serios historiadores, que vivía cerca del 1100, escribe un libro «Historia de gestis seu vita

---

(1) La «Chanson de Roland» en su verso 3689 y siguientes da a entender que los despojos mortales de Roldán, de Oliveros y del arzobispo Turpín, fueron transportados a Blaye por mandato de Carlomagno y que fueron inhumados en esta villa francesa, en la cripta de la iglesia de San Román, dicen traducidos al romance:

De su sobrino Rolando  
y Olivier su compañero  
y Turpín el Arzobispo  
los tres muy nobles guerreros  
a la iglesiola de Blaye  
fizo transportar los huesos  
do en blancas arcas de mármol  
descansan, mientras al Cielo  
sus almas, con San Román  
y los Angeles, subieron....

«Yo vuelvo a recordar— dice L. Colás— que el arzobispo Turpín murió mucho tiempo después de la batalla de Roncesvalles, en el año 800».

En el epitafio de Turpín que en Reims adornaba la losa de su sepulcro y que se ha conservado hasta hoy se mencionan todas sus virtudes pero no se dice nada de las hazañas que le atribuye la leyenda y tampoco dice de su asistencia al desastre carlovingio. El Turpín de Roncesvalles es un personaje imaginario».

(«Les Sepultures de Roland», p. 6).

Caroli Magni et Rollandi», cuyo autor se apellida Juan Turpín, Arzobispo de Reims.

El fingido arzobispo Remense, cuenta los hechos de Carlo Magno, como testigo ocular, dando cuenta detallada y exagerada de la vida y milagros del Emperador.

Parece que el monje fué francés, aunque escribió su obra en latín; pero no faltan historiadores franceses, entre ellos Ohienart, en su «Notitia utriusquae Vasconiae», que afirman fué español.

Sea de esto lo que quiera, este libelo, vino de perlas a los cancioneros provenzales para dedicar unas páginas de sus trovas, al inseparable Capellán de Carlo Magno, cantando a su santidad y a su valor, y como los juglares franceses habían aprendido en España, que el Arzobispo de Toledo, Jiménez de Rada, fué un santo en su vida episcopal y fué un héroe en las Navas de Tolosa, tremolando la cruz bendita, para dar ánimo y esfuerzo a los combatientes, introducen ellos en su «Chanson» otro Arzobispo, Turpín; del cual había de ser émulo el Prelado español.

Es necesario, pues, concluir con Jean Le-Pelletier, en su «Comentarium falsi Turpini», que no existió el tal Turpín y que el santo Arzobispo Tilpino, ni siguió a Carlo Magno; ni escribió libro alguno, ni fué testigo de las batallas carolingias.

#### OLIVEROS, PAR DE LOS FRANCOs.

Entre los personajes imaginarios y de romance, ninguno tan novelesco como Oliveros, así como Guarinos: los historiadores, ni tan siquiera han tomado en consideración estos nombres para vindicar la verdad de la historia carolingia (1).

---

(1) Los cantores épicos de la Edad Media dedican algunos versos, muy pocos, a Oliveros. Dícen que fué hermano de la «bella Auda» la prometida de Rolando y que su cuerpo yace en Blaye, pueblo de la «Champaña», al lado del de Roldán y Turpín.

Nosotros, en particular, de estos dos supuestos guerreros solo hemos de decir, con todos los buenos analistas, que estos nombres fueron, ni más ni menos que, ripios del romance épico y un modo algo airoso de afirmar en sus versos, que los Doce Pares perecieron. Pero veamos con brevedad, cómo estos cinco personajes se esfuman rápidamente, puestos en el crisol de una juiciosa crítica: si en realidad existieron, no asistieron ciertamente, a la célebre derrota de Carlo Magno.

En primer lugar debe notarse la anomalía (que en buena crítica histórica, se llama argumento negativo), de que ningún autor, ni crónica de la época, habla de

---

Acerca de esto y para confirmarnos de que Oliveros no existió mas que en la imaginación de los trovadores provenzales, nos parece oportuno copiar aquí lo que escribe H. Tomás Leodio en su «Vita Friderici II» lib. I, pág. 5.

«Las crónicas francesas nos cuentan que Carlo Magno y sus Doce Pares eran de raza de gigantes. Para saber si esto era verdad, Francisco I, el rey francés prisionero de España, amante entusiasta de todas las antigüedades, al volver de su cautiverio, se detuvo en Blaye y, entrando en la iglesia de San Román, bajó a la cripta donde estaban enterrados Roldán, Oliveros y San Román. Los sepulcros de mármol que le enseñaron eran de dimensiones ordinarias».

«Hizo romper un pedazo de mármol del sarcófago que se decía de Roldán y mirando su interior hizo un gesto, y sin decir una palabra, mandó ajustar el trozo arrancado, a su sitio, con cal y cemento. Aparentemente pareció no haber aclarado sus dudas aquel examen ocular».

«A los pocos días el principe de palacio Federico que había ido a Cognac para saludar a Francisco I, a la vuelta se hospedó en Blaye y quiso ver los famosos sepulcros. Acompañábamos a Federico, su médico el doctor Langa y yo. Un lego hacía de cicerone. Mientras el principe se entretenía examinando distintos objetos de la cripta nosotros preguntamos con insistencia al cicerone si era cierto que todavía se conservaban enteros los huesos de aquellos paladines de Carlo Magno y si eran tan grandes como él decía.—Es cierto—respondió el lego—la fama no ha mentido una sílaba y si las dimensiones de los sarcófagos son tan pequeñas, es, porque aquí sólo se trajeron, de Roncesvalles,

estos personajes con los nombres con que nos lo presenta el romance.

Suponiendo que todos cinco o alguno de ellos, viviera en el siglo VIII, es preciso analizar las fuentes históricas coetáneas, para filtrar la verdad, tan enturbiada por romances y leyendas y aún por historiadores de buena fe de posteriores tiempos.

Eghinardo, el cronista del primer emperador de Occidente y su riguroso coetáneo, nada habla de estos, ni en su «Vita Karoli Magni», ad annum 778 (D. Bouquet, tomo V), ni en sus anales publicados en Colonia, el año 1521.

---

los huesos atados en un hacecillo.— Las arcas estaban preparadas y como los fémures eran más largos que el hueco interior, hubo necesidad de quitar mármol a las paredes internas a fin de introducir íntegros los huesos—.....

«Nosotros quedamos admirados de la talla gigantesca de aquellos héroes pues según nuestras medidas el hueso fémur había de tener más de tres pies de largo».

«Subió el príncipe a la iglesia con el cicerone y nosotros nos quedamos rezagados con vehementes deseos de ver aquellos formidables huesos; el mortero que unía el pedazo de mármol, quitado por orden del rey, estaba fresco aún; no nos fué muy difícil abrir nuevamente el sepulcro, mas... ¡qué desilusión!... allá no había más que muy pocos huesos y el mayor no era ni más largo que mi dedo ni más grueso que dos veces el dedo pulgar...»

«Ajustamos de prisa el fragmento de mármol y abandonamos la cripta riéndonos de la fullería del buen cicerone...»

«Este pasaje— agrega L. Colás— es interesante e instructivo; en él encontramos esa tenacidad tan frecuente en querer conservar a toda costa y con perjuicio de la verdad histórica, aquellas tradiciones insostenibles que han dado fama a algunos lugares antiguos. De aquí se formaban los cantares populares que contribuían a extender estos engaños, como los que aún se cantan en las floridas riberas del río Gironda:

Roland, paladín famoso  
de Carlos noble pariente  
en el silencio de Blaye  
duerme el sueño de la muerte».

Comentario: ¡¡Así se escribe la Historia!!

El mismo expresivo silencio guardan los anales Tiliarios, Metenses, y Silenses, el Astrónomo en su «Vida de Carlo Magno», el «Codex Compostelense», (España Sagrada, de Florez), etc.

Para nosotros constituye un argumento decisivo, por la no existencia de aquellos guerreros, el tratar los Anales Complutenses, obra asaz documentada y curiosa, con prolija minuciosidad de los orígenes del condado de Castilla y de sus relaciones con Vasconia, y no dar noticia alguna de ellos, como guerreros carolingios.

Pero tenemos argumentos afirmativos concluyentes: el historiador concienzudo P. Masdeu, en su «Historia Crítica de España», apura con su peculiar sagacidad análítica, los orígenes de Castilla, Navarra, Aragón y Sobrarbe, y rechaza la asistencia de los famosos paladines romancescos, en la derrota de Roncesvalles.

De la misma opinión negativa, es el P. Risco, Jaurgeain, y todos los historiadores serios contemporáneos.

De lo expuesto, resulta que Rolando, Prefecto de Bretaña, Anselmo, conde de Palacio, en la corte de Carlo Magno, y Aggihardo, mayordomo de la mesa del rey, son personajes históricos que mandaban la retaguardia y perecieron en la rota; que Turpín, Arzobispo, y Marsilio, rey moro, evocan el recuerdo de un Prelado de Reims y de un esforzado walf sarraceno, que no asistieron a la batalla; que Bernardo de Carpio, es un guerrero enteramente legendario y que Oliveros, Guarinos y los otros Pares, no existieron más que en los «cantos de gesta» y en los romances.

Así mismo se desprende que la leyenda embelleció los hechos históricos, en consorcio con la poesía, y de esta manera, se formaron en la Edad-Media los cantares épicos, que engañaron a tantos cronistas y que han sido causa de que críticos muy respetables hayan acabado por negar en absoluto la venida de Carlo Magno a España, y por ende su famosa derrota.

Hemos concluído. Nuestro principal propósito, no ha sido describir con pormenores históricos la derrota de los Francos por los Vascones del siglo VIII, en las gargantas de Roncesvalles; solo hemos querido, en la medida de nuestras humildes fuerzas, deslindar los campos de la Historia y, de la Leyenda.

Nos hemos convencido de que durante varios siglos de la Edad-Media, la Leyenda ha luchado con la Historia, en este episodio carolingio y la ha vencido... y la ha arrollado... y la ha derribado del pedestal en que legítimamente la colocaron los analistas de los siglos VIII, IX, X y XI.

Con este pobre trabajo, primer fruto de nuestras largas lecturas y prolijas investigaciones, hemos querido ayudar a los cronistas de esta época, a colocarla nuevamente en su trono, despojando a la Leyenda del manto real que la había arrebatado y con el que se había disfrazado y a dejar a ésta en el lugar ínfimo que le corresponde; en el pórtico acaso, pero siempre fuera del santuario de la Verdad.

¿Habremos conseguido nuestro intento?... Como nadie es juez en causa propia, al lector amable, gustosos confiamos el fallo.



## APÉNDICES

### I

*Textos originales de Eginhardo, secretario y biógrafo del emperador Carlo Magno; según D. Bouquet, tomo V, acerca de la primera derrota de Roncesvalles.*

«Congregans rex exercitum magnum, ingresus est in Spania et conquistavit civitatem Pampilonam et ibi Taurus Sarracenorum rex venit ad eum et tradidit ei civitates quas habuit et dedit ei obsides fratrem suum et filium, Dehinc venit ad Cesaraugustam urbem..., obsidione itaque cincta cesaraugustana civitate territi Sarraceni obsides dederunt cum immenso pondere auri et Pampilonem revertitur cujus muros ne rebelare posset ad solum usque destruxit ac regredi statuens Pyrenei saltum ingresus est... Salvo et incolumi exercitu revertitur preter quod in ipso Pyrenei jugo Wasconicam perfidiam parumper ac in redeundo contigit experi. Nam cum agnime longo ut loci et angustiarum situs permitebat porrectus iret exercitus, Wascones in summi montis vertice positos insidiis (est enim locus ex opacitate sylvarum quarum maxima est ibi copia insidiis ponendis opportunus), extremam impedimentorum partem et eos qui novissimo agmine incedentes subsidio praecedentes, tuebantur, desuper incursantes in subjectam vallem dejiciunt consertoque cum eis praelio usque ad unum omnes interficiunt; ac direptis impedimentis, noctis beneficio quae jam instabat protecti summa cum celeritate in diversa disperguntur. Adjuvabat in hoc facto Wascones, et levitas armorum et loci, in quo res gerebatur, situs. E contra Francos et armorum gravitas et loci iniquitas per omnia Wasconibus reddidit impares. In quo praelio Eginhardus

regiae mensae praepositus, Anshelmus comes palatii et Hruodlandus Britanici limitis praefectus, cum aliis compluribus interficiuntur. Neque hoc factum ad presens vindicari poterat quia hostis, re perpetrata, ita dispersus est ut ne fama quidem remaneret ubinam gentium quaeri potuisset...»

### TRADUCCION

«Reuniendo el rey Karlos un grande ejército, entró en España y tomó la ciudad de Pamplona. Allá se llegó Tauro, rey de los Sarracenos y le entregó las ciudades que tenía y le dió en rehenes a su hermano y a su hijo. De allá se fué a Zaragoza y, ceñida aquella ciudad por el cerco, espantados los Sarracenos, le dieron rehenes y gran cantidad de oro. De allí volvió a Pamplona, cuyas murallas destruyó hasta el suelo para evitar toda rebelión; y, determinando volver a su reino, llegó a lo alto del Pirineo. Con su ejército sano y salvo, volvía cuando hubo de sufrir en las alturas del Pirineo, un poco la perfidia de Vasconia. Pues, marchando el ejército en líneas estrechas, por no permitir otra cosa la estrechura de aquellos lugares, los Vascones, que habían preparado una emboscada (porque aquel lugar, por el espesor de sus bosques, es muy a propósito para tender emboscadas), cayendo sobre la retaguardia y sobre los que venían en las últimas filas y precipitándolos hasta lo profundo del valle, que se abre al pie del monte, mataron a todos, no dejando uno con vida; y saqueados los bagajes, favoreciéndoles la noche, que ya oscurecía todo con sus sombras, se dispersaron con pasmosa celeridad por diversas partes. Ayudó a los Vascones, en este hecho, la ligereza de sus armas, y el lugar tan a propósito para su intento; por el contrario, la pesadez de armas y bagajes, y el sitio perverso, hizo a los Francos inferiores a los Vascones. En este combate fueron muertos Eggihardo, mayordomo de la mesa del rey, An-

selmo, conde de Palacio y Rolando, Prefecto de las costas de Bretaña, y otros muchísimos. Y no pudo tomar el rey venganza de este descalabro, porque el enemigo, enseguida que cometió esta hazaña, huyó de tal manera, que ni rastro pudo encontrarse de su huída, ni rumor de gentes pudo apercibirse, por el cual, pudiera ser hallado...»

## II

«Anno D.C.C.LXXVIII, congregans Karolus rex exercitum magnum, ingresus est in Hispania et conquisivit civitatem Pampilonam et ibi Taurus, Sarracenorum rex venit ad eum et tradidit ei civitates quas habuit et dedit ei obsides fratrem suum et filium. Et inde perrexit usque ad Caesaraugustam. (Anales de Aniano).

## TRADUCCION

«El año 778 reuniendo el rey Karlos un grande ejército, entró en España y conquistó la ciudad de Pamplona y allá Tauro, rey de los Sarracenos, se llegó a él y le entregó las ciudades, que tenía y le dió en rehenes a su hermano y a su hijo. De allí marchó hasta Zaragoza».

## III

*Textos originales de Eginhardo y del Astrónomo en su «Vita Ludovici Pii», según D. Bouquet, tomo VI, acerca de la segunda derrota de los Francos, en el puerto y montes de Cisa en Roncesvalles.*

«Eblus et Asinarius comites cum copiis Wasconum ad Pampilonem misi, cum, peracto jam sibi injuncto

negotio, reverterentur, in ipso Pyraenei jugo perfidia montanorum in insidias deducti et circumventi capti sunt et copiae quas secum habuere pene usque ad interneccionem delectae; et Eblus quidem Cordubam missus Asinarius vero misericordia eorum qui eum ceperant, quasi consanguineus eorum esset, domum redire permissus est...» (Eginhardus).

«Eodem anno Eblus atque Asenarius comites trans Pyrenei montis altitudinem jussi sunt ire, Qui cum magnis copiis usque ad Pampilonam issent, et inde negotio peracto, redirent, solitam loci perfidiam habitatorumque genuinam fraudem experti sunt. Circumventi enim ab incolis illius loci, omnibus amissis copiis, in inimicorum manus devenere. Qui Eblum quidem Cordubam regi Sarracenorum misserunt, Asenario vero tamquam qui eos affinitate sanguinis tangeret, pepercere...»

### TRADUCCION

«Habiendo sido enviados a Pamplona los condes Eblo y Aznar con ejércitos de Vascones, y como volviesen después de haber cumplido la comisión, que se les confiara, en el mismo alto del Pirineo, llevados y rodeados por la perfidia de los montañeses, cayeron en emboscadas y sus ejércitos casi totalmente, fueron por la mortandad destruidos: Eblo fué enviado a Córdoba y Aznar, gracias a la misericordia de los vencedores, de los cuales, era consanguíneo, pudo, por permisión de estos, volver a su casa...» (Egindardo).

«En este mismo año (824), Eblo y Aznar, condes, fueron enviados a la región que está al otro lado de los Pirineos. Los cuales, como llegaron hasta Pamplona con numerosos ejércitos, y después de cumplido el encargo, volviesen, experimentaron otra vez la perfidia del lugar y el engaño atávico de aquellos habitantes. Rodeados por los montañeses, destruidos sus ejér-

bitos, cayeron en las manos de sus enemigos. Los cuales mandaron a Córdoba al rey de los Sarracenos, a Eblo y perdonaron a Aznar, el cual era próximo pariente suyo...» (El Astrónomo)..

IV

## Chanson de Roland (traducción)

### I.—Solemne asamblea y singular desafío:

«Carlo-Magno ha conquistado, por último la ciudad de Codres. Esta es su última conquista gloriosa, después de haberse apoderado en siete años de guerra sangrienta, de la mayor parte de España.

Ahora reúne sus mejores, y más guerreras huestes, para marchar contra Zaragoza, pero los embajadores del rey moro Marsilio, que gobierna aquella ciudad y sus inmensos territorios, le salen al encuentro, y en nombre de su rey valiente, le ofrecen paz y vasallaje y le anuncian que ansía con todo el ardor de su corazón leal abrazar la fe de Cristo, en compañía de miles de sus súbditos: la única condición que ponen es, que vuelvan sobre sus pasos y retorne a su reino de los Francos; siente el piadoso emperador deseos vehementes de la conversión de tantos infieles, pero en asunto de tanta monta quiere oír el parecer de sus consejeros, para lo cual, convoca a sus Caballeros y les da cuenta del mensaje del rey moro.

Rolando se levanta en medio de la asamblea y acariciando disimuladamente su fiel Durindana, dice, con acento resuelto, que él es contrario a toda concordia con el infiel; razona su discurso y lo fundamenta en la deslealtad con que ya otra vez hizo iguales proposiciones, dando luego muerte traidora a los nobles Caballeros, que llevaban la respuesta del rey: acabando

su enérgica peroración con estas palabras decisivas: «¡Guerra al Moro!, cerquemos la altiva ciudad de Zaragoza, aunque pegados a sus murallas, hayamos de gastar el resto de nuestra vida, y vengüemos a los nobles francos que el desleal Marsilio hizo perecer».

Karlo Magno, hunde su rostro entre los hilos de oro de su luenga barba y, ensimismado, guarda silencio al oír el acento enérgico de su sobrino; mas el conde Galalón, que ansía volver a su tierra de Francia, se levanta y se queja de los deseos de su hijastro, empeñado en sostener esta lucha asaz larga y sangrienta.

Naimo, el duque anciano y venerable, condolido de la triste suerte a que se hallan reducidos los infieles, como buen cristiano, aboga por la paz estable y duradera, que humillado pide el Moro, para lo cual, propone bases firmes y duraderas.

Los demás caballeros francos se alzan y aplauden el sentir de Naimo, en vista de lo cual, el bendito anciano, movido de celo generoso, responde por ellos a la demanda, que el Emperador les dirige, y, generoso, se ofrece el mismo, a ir a Zaragoza a representarle en la corte de Marsilio; pero, ¡ah!, que Karlos teme separarse de su más fiel consejero, y no le da su real permiso. Iguales ofrecimientos, hácenle sucesivamente, Rolando, Oliveros y don Turpín, el arzobispo, y de todos, tres rechaza el ofrecimiento generoso.—«Ninguno, dice, de mis nobles Pares, será bien acogido por el rey de Zaragoza».—Y..., para resolver con más acierto, manda a los varones que ellos mismos elijan, el embajador que a Marsilio había de presentarse.

Al escuchar esta orden exclama Rolando—«Entre nosotros, no hay caballero que iguale al conde Galalón: sea él el elegido...»

La elección propuesta, es por todos gratamente aceptada; más el Conde se levanta enfurecido, acusando a Roldán entre denuestos y amenazas, de que quiere

mandarle a la ciudad de donde no se vuelve, sospechando que su idea envuelve el péfido deseo de que perezca como perecieron los otros dos caballeros francos.

Con el ofrecimiento de ir él en su lugar, contesta Rolando a estas suposiciones injuriosas.

El Conde lo rehusa ciego de ira y le amenaza de nuevo con terrible venganza.

Rolando sonríe irónicamente y calla. Galalón, reprimiendo su ira, se acerca reverente al Emperador y pide sus órdenes para marchar al mismo tiempo que, con angustioso acento, le suplica que vele por su esposa amada y por su hijo a quienes no volverá a ver.

—«Conde: tenéis el corazón demasiado tierno»— le advierte el Emperador y enseguida le dicta las palabras que habrá de repetir a Marsilio.

—«Ya lo oísteis»,—dícele Karlo Magno al terminar sus instrucciones,—«el voto de los Francos os ha elegido».

—«No, mi rey, contesta impetuosamente Galalón; ha sido la voz de Roland, a quien desde este día aborrece mi corazón, envolviendo en el mismo odio a Oliveros, que es su amigo y a todos los Pares que le son adictos: aquí ante Vos les lanzo este reto.

—Sobrado enojo es ese, que desatento manifestáis; vais a Zaragoza porque os lo ordena vuestro rey,—dice Karlo Magno presentándole el guante y el bastón, símbolos del poder que le da, para su embajada.

Túrbase el Conde al recogerlos y déjase caer el guante al suelo.

—Mal presagio,—dicen entre sí los caballeros;—esto es señal de mal agüero y augurio de perdición....

—Ya recibiréis noticias mías—dice el Conde; y parte para la corte del rey moro Marsilio, dejándoles con aquella impresión penosa.

Galalón, en su viaje, alcanza a los embajadores moros que volvían a Zaragoza, se une a ellos y con ellos

camina. Como uno de los paganos en lo expansivo de la conversación, manifestara su odio hacia Rolando, gánase el corazón del Conde y entre ambos, conciérase la perdición y muerte de Rolando.

Fijo en este pensamiento criminal contra su hijastro, llega Galalón a Zaragoza, y al dar cuenta a Marsilio de las duras condiciones con que acepta el Emperador la paz ofrecida por el pagano, lo hace de tal modo, que toda la culpabilidad cae sobre el terrible Rolando, a quien supone instigador de toda violencia y con quien Marsilio deberá partir su reino.

Marsilio aprovecha la ocasión de continuar la obra empezada por su embajador Blancandrín, empujando al Conde por el camino de la venganza, con auxilio de la codicia y le ofrece la mitad de sus tesoros, si le halla manera de deshacerse de Rolando, único medio de evitar el rigor de su suerte.

Galalón cede a las tentaciones de la codicia y al deseo de venganza, a pesar del amor y respecto que le inspira la persona del Emperador; sentimientos, que no han podido quebrantar los amaños de Marsilio.

Llega el momento de cobrar el precio de su alevosía, y al llegar a este punto Marsilio le pregunta: —¿noble Galalón; cómo podré quitar la vida a Roland?

—Os lo diré—respondió Galalón.—El rey estará en los desfiladeros de Cisa y detrás de él, en la retaguardia, irán su sobrino el poderoso conde Roland, Oliveros, en quien tanto fía y 20.000 Francos. Echad sobre ellos cien mil de vuestros paganos para que empuñen la batalla. En este primer encuentro los soldados del Emperador serán diezmados; pero vuestro ejército será despedazado. Repetid, entonces, el ataque con otros cien mil sarracenos, de refresco y Roland, que habrá salido quebrantado del primer encuentro, no podrá resistir al segundo; con lo cual, habréis dado cima a memorable hazaña y os veréis libre de luchas y

guerras en lo que os resta de vida. Hacer perecer allí a Roland, será privar al Emperador de su brazo derecho quebrantando las maravillosas huestes del reino de los Francos.

Nunca, jamás, Karlos volverá a reunir tan fuertes haces y la tierra grande permanecerá tranquila.

Al oír estas palabras, Marsilio besa a Galalón y comienza a abrirle sus tesoros.

—¿Para qué más largos razonamientos?, dice. Los consejos no son buenos, sino cuando vienen de un consejero fiel y seguro. ¡Juradme la muerte de Roldán, si Roldán viene a este país!

—Hágase vuestra voluntad,—replica el Conde,—y sobre la empuñadura de su espada, engastada con reliquias, jura la traición.... El crimen queda consumado.

Aprisa vuelve Galalón a sus reales, cargado con los presentes del rey Marsilio y con los principales personajes de la corte. Allí, con artificiosas palabras, valiosos tesoros y los nobles caballeros, que entregan en rehenes los paganos, convence al Emperador de que puede alejarse de España fiado en la fe de Marsilio y en que no deja enemigos tras de sí.

—Loado sea Dios—dice Karlo Magno;—habéis cumplido bien y os lo recompensaré.

Los Francos arrollan entonces los estandartes de guerra, levantan el campo y se encaminan hacia su dulce Francia.

Cabalga Carlo Magno, precedido por Rolando y seguido de todo su ejército. Al divisar los estrechos desfiladeros de Cisa pregunta a quién confiará la retaguardia, antes de entrar en ellos, y Galalón, cumpliendo lo que ha pactado con los infieles, designa a Rolando.

Irritado el Emperador a tan inesperada respuesta, increpa agriamente al Conde y busca medio de librar a su sobrino de aquella que juzga rencorosa saña; pero interviene Roland y, dirigiendo con airado conti-

nente la palabra a su padrastro, dice que acepta el puesto, que le ha designado, y logra que el Emperador le confirme en él, aunque muy a pesar suyo.

Temeroso Karlos del riesgo, que puede correr Rolando, quiere dejarle la mitad de su hueste, pero él lo rehusa y solo guarda consigo veinte mil hombres, que espontáneamente se ofrecen a acompañarle.

Antes de separarse del grueso del ejército, Rolando envía a Gautier de L'Huin, para que ocupe todas las alturas y proteja la marcha del Emperador. Este atraviesa sin obstáculo, aunque con gran fatiga, altísimos montes y tenebrosos valles; pero el recuerdo de Rolando, está fijo en su imaginación y turban su sueño visiones pavorosas.

Al acercarse a Francia, lleva el rostro cubierto con el manto, para velar sus lágrimas, que le salen del corazón, oprimido por siniestros presentimientos.

Entre tanto, Marsilio ha logrado reunir a la sombra de su bandera pagana, cuatrocientos mil combatientes, prontos a caer sobre Rolando, en el estrecho de Roncesvalles.

Los que primero han de cortarle el paso, se ocultan en la espesura de un bosque, que corona agreste sierra. Al descubrir desde ella los estandartes de la hueste cristiana, que aparecen al pie del monte, dan al viento los agudos ecos de mil clarines, prorrumpen en inmenso alarido de júbilo y aflojan las riendas a sus corceles de batalla.

## II.—*Muerte de Roldán:*

El ruido de aquel espantoso tumulto llega hasta los Francos, y Oliveros, que ha subido a una altura para averiguar lo que aquello era, descubre a los paganos, llama a Rolando y le dice:

—Del lado de España viene ese estrépito. ¡cuántas cotas blancas!, ¡cuánto yelmo deslumbrador!..., ¡qué ira van a sentir nuestros Francos!... Esta alevosía, es

obra del traidor Galalón, quien, para llevarla á cabo, indujo al Emperador a que nos confiara este puesto.

—Calla, Oliveros,—replica el conde Rolando,—es mi padrastra, y no quiero que añadas una palabra más a las que le injurian.

Oliveros desciende otra vez al pie del monte, donde se hallaban los francos y les dice:

—He visto a los infieles, y jamás otro hombre en la tierra vió tantos reunidos. Tenemos, delante de nosotros cien mil o más, embrazados los escudos, atados los yelmos, vestidas las cotas, enhiestas las lanzas, y relucientes los venablos. Formidable batalla nos espera, ¡caballeros Francos!, Dios, nos de aliento: manteneos firmes y unidos, para no ser vencidos!!!...

—¡Vergüenza, sobre el que huya!—exclaman todos. Mas no temáis, que ninguno abandone el campo por temor de morir en él.

Oliveros dice: Los paganos traen numerosa hueste; la nuestra es escasa, amigo Roldán, tañed vuestra bocina; Karlos os oirá y mandará que retroceda el ejército.

—Si tal hiciese—contesta Roldán,—perdería mi gloria en la dulce Francia. Antes de poco la hoja de mi espada Durindana, estará ensangrentada hasta el oro de la empuñadura. Mala inspiración tuvieron los traidores paganos al venir a estos desfiladeros, pues os juro que todos están sentenciados a muerte.

—Amigo Rolando, tañed el olifante; Karlos lo oirá y hará retroceder su hueste acudiendo en nuestro auxilio el rey y los varones.

—No quiera Dios,—replica Rolando,—que yo sea para los míos ocasión de vituperio, ni que el deshonor caiga sobre mi dulce Francia.

—Antes acuchillaré con mi fiel espada Durindana, que llevo ceñida, y ensangrentado veré su hierro. Si llegan aquí los paganos, será por desdicha suya, pues, os aseguro que todos están condenados a muerte.

—¡Amigo Roland!..., tañed el olifante; su sonido llegará hasta Karlos, que atraviesa lo hondo de los desfiladeros y los Francos tornarán sobre sus huellas...

—No quiera Dios—exclama Roldán—que hombre de bien te pueda decir jamás que he tañido la bocina, por causa de los paganos. No haré tal afrenta a los de mi noble linaje. Mas en lo recio de la lid, cuando mil y setecientas cuchilladas haya descargado, sangriento verá el hierro de Durindana. Los Francos son buenos, pelearán denodadamente; los sarracenos no pueden librarse de la muerte.

—No alcanzo—dice Oliveros—porque fuera deshonroso hacer lo que os pido. He visto a los sarracenos de España cubrir los montes y los valles, los yermos y toda la llanura. Grande es la hueste de la gente extranjera y muy pequeña la que nosotros llevamos.

—Esto acrece mi ardimiento—responde Roldán.—No quieran Dios ni los santos ángeles que, por mí, pierda Francia su prez. Antes morir que verme envilecido.... Cuando más ruda es la pelea, más gratos somos al Emperador....

Hazañoso es Roldán, Oliveros prudente. Los dos de ánimo vigoroso, ya a caballo, ya en armas. Primero morirán que esquivar el combate.

Los paganos cabalgan con gran furia.—Vedlos, Rolando,—dice Oliveros,—ved cómo se aproximan y Karlos, nuestro rey, está ya muy lejos. Si hubieseis tañido el olifante, el Rey estaría aquí y no nos veríamos perdidos como ahora. Mirad hacia los desfiladeros de Aspre, y veréis en ellos la desgraciada retaguardia: muchos van en ella, que no volverán a combatir en otra parte....

—¡Qué injuria!..., replica Roldán.—Mal haya quien lleva en el pecho corazón cobarde. Sostendremos el campo esforzadamente; y nuestra será la prez de la victoria...

Y al decir ésto, irguiéndose altivo a la manera de

soberbio león, añade en alta voz para que le oigan los Francos:

—No prosigas así, amigo y compañero. El Emperador nos confió estos veinte mil Francos, persuadido de que entre ellos no había ningún cobarde. El vasallo debe padecer por su señor grandes trabajos, arrosstrar el frío y el calor y perder sangre y carne... ¡¡ Hierre con tu lanza, Oliveros!!, yo lo haré con mi Durindana, que es regalo del rey; y si muero, quien tenga la dicha de poseerla, dirá que es la espada de un valiente....

El arzobispo Turpín espolea entonces el caballo, sube a una colina y dirige a los Francos esta plática:

—«¡Nobles varones!: aquí nos dejó Karlos y, como es nuestro rey, por él debemos morir. Defended a la Cristiandad, que está en peligro. A vuestra vista están los sarracenos; segura es la batalla; así, pedid a Dios perdón de vuestros pecados para salvar vuestra alma y yo os absolveré, y, si morís, seréis mártires y tendréis asiento en el alto paraíso.

Los Francos bájanse de sus corceles, se arrodillan y el arzobispo les bendice, en nombre de Dios.

—«En penitencia,—dice,—herid a los paganos».

Los Francos se levantan absueltos y libres de sus culpas y Turpín dáles la bendición postrera, en nombre de Dios.

Vestida la armadura, que realza su hermoso talle y su faz clara y risueña, caballero en su trotón, avanza ufano Roldán, al encuentro de los infieles.

Junto al hierro de su lanza, cuya punta amenaza las nubes, tremola blanco estandarte, con franjas de oro, que bajan a acariciar la mano con que lo empuña. Tras él cabalgan Oliveros y todos los Francos, admirándole y aclamándole con amor.

De pronto el Conde dirige arrogante mirada a los sarracenos y una humilde y triste a los Francos, a quienes dice con cortés ademán:—Señores varones:

caminad despacio; los paganos van a sufrir aquí gran mortandad; jamás ningún rey de los Francos, habrá alcanzado el rico botín, que ganaremos hoy.

Terrible es la acometida de los sarracenos; pero resistenla vigorosos los Francos, y al grito de «¡guerra por San Dionis y Karlo Magno!», hacen prodigios de valor....

Rota y deshecha al fin la potente hueste agarena, los pocos de ella que sobreviven, emprenden la fuga hacia el real de Marsilio, quien con la rabia en el corazón y la tristeza en el alma, recibe la nueva del desastre. Monta prestamente a caballo y con el grueso del ejército, que divide en dos columnas, galopa furioso hacia Roncesvalles....

Costosa ha sido la victoria a los Francos y, antes de que puedan cobrar algunos instantes de reposo, después de tan sangrienta lid, observan que imponente y devastadora, como marea, que sube, la morisma va coronando otra vez las crestas de los montes, que les aprisionan, quitándoles toda esperanza de salvación. Y durante este tiempo, a su espalda, allá en su querida Francia, se desencadenan furiosos huracanes, caen torrentes de lluvia y granizo; el rayo surca serpenteando el espacio; tiembla la tierra y las casas y las fortalezas se derrumban, el día se entenebrece y, solo hay luz, cuando las nubes se desgarran.

Espantadas con aquellos prodigios, dice la gente: — «Es el fin del mundo; es la consumación de los tiempos...» —y no se engañan..., es el duelo del universo por la muerte de Roldán....

La batalla es un torbellino; perecen en ella los sarracenos a millares y, por cuarta vez, ceden y huyen al empuje de los Francos. De estos, solo quedan con vida sesenta caballeros.

Al ver Roldán tan inmensa desolación, dice a Oliveros: —«¡Noble y querido compañero!: en el nombre de Dios a quien ruego que os bendiga, mirad cuántos

buenos vasallos, yacen en tierra. Bien podemos dolernos de Francia la dulce, la bella, la caballerosa, que queda huérfana de tan nobles varones.... ¡Oh!, ¡rey amigo!, ¡si estuviérais aquí!...

—Oliveros, hermano, ¿cómo podremos llamarle...

—No sé—responde Oliveros;—más vale morir que envilecernos....

—Tañeré la bocina,—dice Roldán.—Karlos, desde los desfiladeros, podrá oírla y tornará con los Francos valerosos.

—Gran deshonor echaríais con ello para siempre, sobre todos los de vuestro linaje. Cuando yo os lo pedí me lo negasteis; ahora no puedo aprobarlo. No es de valientes pedir auxilio, y además tenéis los brazos ensangrentados.

—Es verdad,—responde Roldán:—He dado recias cuchilladas, pues la pelea ha sido ruda. Tañeré la bocina, pues Karlos la oirá....

—No fuera gran hazaña—dice Oliveros.—Cuando yo os lo aconsejé lo desdenasteis. Si hubiese retrocedido el Emperador, no habríamos sido derrotados; pero los que están lejos no merecen reproche. Por mi barba, que no rodearán vuestro cuello los brazos de mi bella hermana Alda, si yo vuelvo a su lado....

—¿Por qué me guardáis rencor?—dice Roldán.

—Vuestra es la culpa—le responde Oliveros;—el valor sensato nada tiene que ver con la demencia; y la templanza vale más que la ira. Por vuestra obstinación han perecido hoy tantos Francos y nosotros no tornaremos a servir al emperador. Si hubieseis atendido mis razones, nuestro señor habría vuelto y juntos ganaríamos la batalla y, en estos momentos, muerto o prisionero, sería el rey Marsilio. Vuestra valentía, Roldán, nos ha sido funesta. Nada podréis hacer ya por Karlo Magno, el hombre más grande que han visto los siglos. Vais a morir; Francia cae en la ignominia y hoy termina también nuestra leal y antigua amistad.

Antes de la noche nos veremos dolorosamente separados....

El arzobispo acude a cortar la querrela.

—¡...Rolando!..., ¡¡Oliveros!!..., por Dios os pido que no contendáis más. El son de vuestra bocina no puede ya valernos; mas, tañed si os place. El rey acudiría a vengarnos y los de España, no se volverán gozosos a sus tierras. Luego, cuando los Francos nos encuentren muertos y despedazados, echarán pie a tierra, nos colocarán en ataúdes, que cargarán sobre los caballos y derramando por nosotros piadosas lágrimas irán a enterrarnos bajo las bóvedas benditas de nuestras iglesias, evitando así que nos devoren los jabalíes, los lobos y las aves carniceras.

—Dices bien—responde Roldán—y, aplicando a sus labios sangrientos, la bocina, sopla con aliento poderoso...

Las cumbres son altas y el sonido se esparce a lo lejos: Carlo Magno lo oye y dice:—Los nuestros batallan.

—Si otro que vos lo dijera, tachárasele de mentiroso.—replica Galalón.

Roldán sigue tañendo el olifante....

— Es la bocina de Rolando—dice el Emperador—y no la tañera, si no estuviera metido en recia y peligrosa pelea.

—No hay combate—responde Galalón.—Sois anciano de barba encanecida y esas palabras os asemejan a un niño. ¿No conocéis el orgullo de Roldán? Maravilla es que Dios lo sufra tanto tiempo. Sin vuestro permiso se apoderó de Nobles. Los sarracenos salieron de la ciudad y libraron batalla a vuestro buen vasallo, quien, después de pasarlos al filo de la espada, mandó anegar el campo para borrar de él toda huella sangrienta; por correr una liebre es capaz de tañer la bocina una jornada entera y ahora caminará distraído con los Pares, pues nadie será osado a combatirle.

Cabalgad, señor, ¿a qué detenernos? La tierra grande está lejos aún....

Roldán sigue pidiendo auxilio. Brota sangre de su boca; se le hinchan las sienes; mas el eco de la bocina resuena a treinta leguas de distancia.... Carlos vuelve a escuchar y con él todos los Francos.

—Ese sonido viene de lejos,—dice el Emperador.

—Roland está llamado,—dice el duque Naimo,—y quien lo niega, en mi conciencia, es quien ha cometido la traición. Armaos, señor; lanzad vuestro grito de guerra y acorred a los nuestros, que están en gran peligro. Ya oís la plañidera llamada de Roland....

Carlo Magno, con la calma de la aflicción y de la ira, ordena que se prepare la hueste para la lid, y retrocede al punto; pero, antes de emprender la marcha, entrega a Galalón a sus criados para que lo encadenen como a una fiera y lo guarden hasta la hora del castigo.

El furioso galopar de los caballos y los agudos sonos de los cuernos del ejército de Carlo Magno, que responden al eco, cada vez más doliente, de la bocina de Roldán, estremecen las montañas más altas y tenebrosas, los valles más profundos y los torrentes más rápidos y mugidores; y Roldán, desde aquel valle de desolación, tiende la mirada a los montes y a los arenales, sembrados de muertos y llora por sus compañeros difuntos, diciendo:

—Nobles varones: Dios tenga piedad de vosotros y haga reposar vuestras almas sobre las santas flores del Paraíso. No he conocido mejores vasallos que vosotros, durante los años en que me servisteis sin tregua y alcanzasteis tan valiosas conquistas para Karlo Magno, que os mantuvo y os amó.

¡Tierra muy amada de Francia!, muy dulce país eres!, mas hoy, ¡¡cuán grandes son tu soledad y tu ruina!!... ¡Varones francos!: por mi culpa morís sin que me sea dado protejeros y salvaros. ¡Que os valga

Dios, que no desampara nunca a los suyos!... ¡Oliveros, hermano!; no debo abandonarte. De dolor moriré si no perezco aquí. Amigo y compañero!..., volvamos al combate....

...Y perecen en la refriega a manos de Roldán los mejores y más renombrados sarracenos y el hijo único de Marsilio. El rey de Zaragoza, herido también, huye atropelladamente con los suyos; mas el califa étiope, deudo de Marsilio, ocupa su lugar con innumerables y feroces hordas, tiende la mirada por el campo cristiano, elige su presa, hostiga su corcel, enristra la lanza y va a clavarla, ¡traidor!, en la espalda de Oliveros; el hierro rompe las mallas del arnés, atraviesa el cuerpo y asoma por el pecho su punta ensangrentada.

—¡Buen golpe!..., exclama triunfante el pagano. Hizo mal Karlos dejándoos en los desfiladeros; pues si nos ha causado irreparables pérdidas, no podrá ufanarse de ello, pues en vos solo vengo a todos los nuestros, que han perecido....

Revuelve su caballo Oliveros, blande la espada y la deja caer sobre la cerviz del califa, a quien abate muerto, sembrando el espanto y la consternación entre sus secuaces, que perecen a miles a los golpes de aquel yerro vengador; mas, sintiéndose desfallecer, llama a su lado a Roldán.

Aproxímase el Conde y al ver su rostro lívido, al notar que ríos de sangre salen a torrentes de sus heridas, queda por algunos instantes fijo y como clavado en su corcel, mientras que Oliveros, con la vista turbada, ya por la agonía, llega a su encuentro y le hiende, con fiera cuchillada, el yelmo de oro.

A tan inesperada acometida, Roldán vuelve a él los ojos y blanda y suavemente le pregunta: —Compañero, ¿lo habéis hecho de intento? Mirad que soy Roldán, aquel que tanto os quiere. No recuerdo que me hubieseis desafiado.

—Os oigo hablar—dice Oliveros—pero no os veo: Por Dios, que nos está mirando, perdonadme si os he herido....

—No estoy herido—le responde Roldán—mas, os perdono aquí y ante Dios.

A estas palabras inclínanse ambos y se abrazan tiernamente....

Oliveros bájase del caballo, humíllase en el polvo, confiesa en alta voz sus culpas, cruza las manos, que tiende hacia el Cielo, ruega a Dios que le conceda el paraiso, que bendiga a la dulce Francia, que bendiga a Karlo Magno, que bendiga a Roland por sobre todos los hombres y... luego le desfallece el corazón, dobla la frente y cae sin vida pegado su rostro a la tierra....

El dolor amargo anuda la lengua de Roldán al ver muerto a Oliveros y le deja sin sentido. Al volver en sí, comprende la magnitud del desastre. Todos los Francos han perecido, todos excepto el Arzobispo y Gautier, que baja por las laderas del monte, atravesado a lanzadas. Galopa Roldán a su encuentro y pídele cuenta de los hombres que le confiara.

—Muertos todos—responde el caballero—mas no me culpéis. Si he dejado aquel campo de mortandad, ha sido para venir a morir a vuestro lado....

Roldán enternecido desgarrá su vesta y venda con ella las heridas del caballero y con él y con el Arzobispo, vuelve a la pelea.

Cincuenta mil sarracenos les hacen frente. Sin osar ya aproximársele, arrójanles lanzas, venablos, dardos, flechas y picas....

Perece Gautier; y Turpín, aunque malamente herido, cae en tierra solo cuando le matan el caballo; pero álzase al punto, busca con la mirada a Roldán, corre a su encuentro y exclamando: «no estoy vencido», arrójase de nuevo contra los infieles.

Bravamente se defiende Roldán, pero ansioso de saber si el Emperador llega, vuelve a tañer la bocina:

...mas los sonidos del olifante salen débiles y apenas son percibidos. Oyelos, no obstante Karlo Magno, y manda acelerar el paso y ordena que suenen a una todos los clarines del ejército.

Los paganos los escuchan con terror—«El Emperador vuelve sobre sus pasos—dicen—y si Rolando sobrevive la guerra comienza de nuevo y perdemos para siempre nuestra tierra de España».

Entonces cuatrocientos de los mejores, bien cubiertos con sus yelmos y armaduras, se aprestan para librar a Roldán decisivo ataque. Mas sin esperar a que lleguen, avanza el Conde hacia ellos. El Arzobispo le sigue.

—Señor—le dice Roldán,—estáis a pie y yo a caballo. Por amor vuestro, voy a detenerme; juntos compartiremos la buena y la mala fortuna y por nada en el mundo, os abandonaré...» Y, animándose mutuamente con sus gritos de guerra, emprenden otra vez la lucha.

Los sarracenos, nuevamente rotos y dispersos por el poderoso brazo de Roldán, exclaman consternados: — Desdichados nacimos. La jornada de hoy nos ha sido funesta: hemos perdido nuestros mejores caballeros y Karlos vuelve con sus grandes huestes. Hasta aquí resuenan las vibrantes trompetas de los de Francia y sus tumultuosos gritos de guerra. No hay hombre vivo que pueda vencer al conde Rolando. Hirámosle de lejos y perezca de esta manera! ...

Dicho esto retroceden y hacen llover sobre Roldán toda suerte de armas arrojadas, que le rompen el escudo y le desguarnecen la armadura, mas no logran herirle.... Pero, al fin, su corcel cae acribillado de dardos y los infieles, al ver en el suelo a Roldán, creyéndole muerto huyen aterrorizados. El Conde, desmontado, no puede perseguirlos. Entonces, se acerca al Arzobispo que yace moribundo, le desenlaza el yelmo de oro, le desabrocha la blanca y ligera cota, le rasga el jubón y le venda con sus girones las anchas heridas, que ma-

nan sangre. Estréchale contra su pecho y blandamente le recuesta sobre la hollada yerba.

Obtenido su beneplácito, recorre el monte y el llano, recogiendo piadosamente los cuerpos de los Pares, sus compañeros, a quienes uno tras otro, deposita a los pies de Turpín.

El Arzobispo no puede contener el llanto al darles su última bendición.

Roldán encuentra al fin, el cuerpo de Oliveros, llega con él vacilante y lo tiende al lado de sus compañeros, sobre un escudo tinto de sangre.

Turpín redoblando las lágrimas, le absuelve y le bendice y Roldán, exclama:—Noble compañero mío, hijo del poderoso duque Reniero, que tuvo en feudo hasta el valle de Riviere: jamás hubo en la tierra mejor caballero que tú, para romper lanzas, destrozar escudos, desguarnecer cotas, aconsejar lealmente a los buenos, acabar con los traidores y cobardes. Y rompiendo en amarguísimo llanto, se le descoloró la faz y desmayóle el corazón.

El Arzobispo hace un supremo esfuerzo, levántase, coge la bocina para traerle en ella un poco de agua del arroyuelo, que alegra a Roncesvalles, avanza algunos pasos, más... de pronto vacila y cae angustiado con las ansias de la muerte...

Al volver Roldán de su desvanecimiento, le ve apartado de sus compañeros, exclamando con voz entrecortada por los estertores de la agonía: «¡mea culpa!», levantados al cielo los ojos y los brazos en ademán suplicante y rogando al Señor que le conceda el Paraíso...

Ha muerto Turpín, el soldado de Karlos, el anciano venerable de lengua barba plateada, el santo Arzobispo, aquel, que con altos hechos de armas y persuasivos sermones, combatió siempre por la Fe de Cristo, contra los paganos. Que Dios, misericordioso le de su santa bendición....

Aproxímase Roldán al Arzobispo y le cruza sobre

el pecho las blancas y hermosas manos, y luego, do-  
liéndose a ley de su país, dice: —«¡Caballero de no-  
ble alcurnia!: os encomiendo al glorioso Señor, que  
está en los Cielos y a quien otro hombre no servirá  
jamás con mejor voluntad. Desde los Apóstoles, no  
ha existido igual confesor de Cristo, para sostener la  
Fe y convertir a los hombres. Que vuestra alma, libre  
de pena, halle abiertas las puertas del paraíso.»

Roto de dolor el corazón, Roldán comienza a morir.  
Toma en la una mano el olifante, en la otra, su fiel  
Durindana y encamínase a un cerro, donde, a la  
sombra de copudos árboles, vió unas gradas de már-  
mol.

Cae en ellas sin aliento y al punto un sarraceno,  
fuerte, hermoso y de gran bravura que, para expiar  
mejor el fin del conde invencible, se había escondido  
entre un montón de cadáveres, álzase veloz, corre hacia  
él, estréchale violentamente entre sus brazos y grita,  
soberbio:—Vencido está el sobrino de Karlos. He  
aquí su espada, que llevaré a la Arabia».

Y mientras pugna por arrancársela, Roldán, que ha  
abierto los ojos, le dice: —«No eres de los nuestros». —  
Y dándole con el olifante sobre su casco nielado, al  
choque saltan las piedras, que enriquecían la bocina; Y  
el yelmo se hiende, al par que la cerviz del pagano y  
éste cae sin vida a los pies de Roldán.

Alzase Roldán penosamente, desnuda la espada y  
golpea triste y sañudo, con ella una oscura roca. El  
acero rechina, más, ni se rompe, ni se mella. —«¡San-  
ta María!..., ayudadme», —dice el Conde.—Duélome,  
en mi triste estado, de no poder protejerte, ¡mi cara  
Durindana!, a tí, con quien he ganado tantas batallas  
y conquistado tantos reinos, que posee Karlos, de flo-  
rida barba. No quiero que caigas en poder de un co-  
barde, ya que tanto tiempo has estado en él de un buen  
vasallo y no tienes igual en la dulce tierra de Francia...»

Y golpea otra vez la dura roca..., y el acero vuelve a rechinar, mas no se rompe ni se mella.

Roldán, lastimándose de ello, dice entre sí: —«¡¡Durindana muy amada!!, ¡cuán limpia y blanca eres!; ¡cómo brillas y resplandeces al sol!

—En los valles de Moriana estaba Karlos, cuando Dios se la envió con un ángel, para que la entregara a un valiente capitán.

—El noble y magno rey me la ciñó a mí y entonces le conquisté el Anjou y la Bretaña; le conquisté el Poitou y el Maine; le conquisté la libre Normandía; le conquisté Provenza y Aquitania, la Lombardía y toda la Romaña; le conquisté la Baviera y la Flandes y Borgoña y toda la Polonia; Constantinopla le rindió homenaje; Sajonia se sometió a su voluntad; le conquisté la Escocia y Gales, Irlanda e Inglaterra, donde tuvo su corte y le conquisté muchos otros pueblos, que son hoy patrimonio del Emperador.

—Duélome de tu suerte, ¡Durindana fiel!, más, prefiero destruirte a que caigas en poder de los infieles, Dios libre a la dulce Francia de esta ignominia».

Y blandiendo de nuevo el acero, torna a herir con fiereza la piedra, que salta hecha pedazos, mas la espada no se rompe ni se mella, y se remonta algunos instantes hacia el cielo.

Al ver Roldán cuán inútiles son sus esfuerzos para destruirla, blandamente se duele de ello en su espíritu: —«¡¡Durindana!!, ¡¡cuán hermosa y santa eres, y cuántas reliquias escondes en el oro de tu empuñadura!!...: un diente de San Pedro; sangre de San Basilio; cabellos de mi señor San Dionis y un pedazo de la vestitura cándida de la Virgen María.

—Los infieles no deben poseerte; tu no debes salir de manos de cristianos. Plegue a Dios que no caigas en poder de un cobarde y mucho menos de un sarraceno infiel....

Roldán siente que la muerte le invade el corazón

y arrójase al suelo. Debajo de su cuello coloca el olifante, acaricia con su mano trémula la espada y vuelve el rostro hacia los paganos, para que el Emperador y las huestes francas, le hallen muerto como valiente y conquistador. Luego golpeándose humildemente el pecho, exclama: —«Perdón, Señor, en nombre de tu omnipotencia, para todas las culpas que he cometido, desde la hora de mi nacimiento, hasta el día de hoy.»

Y para la remisión de sus pecados, tiende al cielo el guante de su mano diestra, mientras los ángeles vaporesos se ciernen sobre él.

De nuevo acude a su memoria el recuerdo de los países, que ha conquistado, de su dulce Francia, de sus deudos, de Karlo-Magno, a quien no tornaría a ver, pero, dominado aquel instante de flaqueza, vuelve la mirada y el pensamiento a Dios, diciéndole contrito: —«Padre nuestro, verdadero, que nunca desamparas, que resucitaste a Lázaro de entre los muertos y defendiste a Daniel de los leones, salva a mi alma del peligro a que la han expuesto los pecados, que cometí....».

Y tendiendo de nuevo a Dios el guante, que San Gabriel de Peril recibe, reclina la cabeza sobre el hombro, cruza las manos sobre el pecho y exhala su último aliento.... ¡¡¡Ah!!!, ¡Rolando ha muerto...!

Los ángeles, entre cánticos, suben su alma al Paraíso.

### III.—*Las represalias:*

El pavoroso silencio, que reina en Roncesvalles, es turbado por la llegada del ejército de Carlo Magno y por el angustioso clamor de duelo, que alzan sus valientes guerreros por el señor, deudo, o amigo, que hallan muerto a sus pies.

Reprimiendo con vigoroso ánimo la violenta explosión de un inconsolable dolor, Karlos manda que nin-

guno sea osado a tocar los muertos, confía su custodia a nobles caballeros y lánzase furioso en persecución de los infieles, cuyo paso señala la densa nube de polvo, que dejan tras sí.

La noche descende y el Señor renueva el milagro de Josué a la súplica de Karlos, quien, a la claridad del sol, cae sobre los sarracenos cortándoles la retirada y envolviéndoles por completo.

Rotas sus huestes, hacen en ellas tal estrago los Francos que, el que no muere al filo de sus espadas, perece ahogado en el Ebro.

Al terminar Carlo Magno su oración de gracias a Dios, por haberle favorecido con tan señalada victoria, el sol llega a su ocaso....

Acampa el ejército cristiano, donde le sorprende la noche y el Emperador se duerme abrumado por el dolor.... El ángel de su guarda le muestra en sueños el porvenir, pero velado el sentido de aquellas misteriosas visiones. Al rayar la aurora, traza sobre su frente la señal de la cruz y Carlo Magno, seguido de todos los suyos, se encamina tristemente a Roncesvalles.

Va encontrando, entre la espesura del bosque fatal, los cuerpos inanimados de sus caballeros; aún cuelgan en los arbustos, las carnes desgarradas de tantos soldados, que siempre habían sido bravos e invencibles, y el suelo, que pisaban los caballos, rojo estaba y teñido con la sangre de sus héroes.

Por fin encuentra, al pié de un pino oscuro, que semeja el ángel que vela a los muertos, el cuerpo hermoso de Rolando, tendido en el suelo, pálida su faz juvenil, vueltos al cielo sus ojos, recostada su cabeza sobre el olifante rajado de tanto soplar, sus manos cruzadas sobre el pecho y a su lado, rozando su cadáver, su fiel espada Durindana, mellada pero íntegra y tinta en sangre infiel.

Carlo Magno arrójase de su corcel y estrechando a

su sobrino entre los brazos, llora y se lamenta con creciente desconsuelo.

En vano los varones, compartiendo su angustia, tratan de consolarle y de arrancarle de allí, pues, inmóvil y abandonado a su dolor, dice entre sollozos:

—Amado Rolando; cuando vuelva a nuestra dulce Francia y llegue a mi ciudad de Laón, extranjeros de apartadas regiones vendrán a mí para saber dónde está el capitán, «murió en España, les diré», y afligido gobernaré mi reino, sin que pase día que no llore por tí y me lastime de tu triste suerte....

—Valeroso Rolando, de juventud risueña; cuando llegue a la capilla de Aix, muchos de los que te amaron vendrán a preguntar por tí; ¿qué contestaré a sus preguntas que anuncian ansias de verte?... Dura y cruel será la respuesta, «mi sobrino, el rayo de la guerra, aquel que tantas tierras me conquistara..., ha sido muerto».

Y entonces, los sajones y los húngaros y los búlgaros y los romanos y los de la Pulla, Sicilia, Africa y Califernes, y los de otros muchos pueblos, se levantarán contra mí acreciendo mi pesar....

—Prefecto de bondad insuperada Rolando: cuando mi caballo se pare a beber las aguas del soberbio Loire y se mire en sus corrientes azuladas, al pasar rozando la Bretaña, los ancianos venerables y las doncellas vírgenes, y los niños de dorada cabellera, saldrán a nuestro paso y detendrán nuestra carrera, preguntando, ¿qué es de Rolando, el sostén de nuestra tierra?...; dolorosa en verdad habrá de ser mi respuesta, «al que defendía vuestros mares y alegraba los caminos de vuestras campiñas, no volveréis a ver. Las arenas de España se empaparon en su sangre generosa y los desfiladeros de Roncesvalles, oyeron sus palabras postreras», y, ¡ay!..., los lamentos de los valientes Bretones se unirán al rugir de sus mares y al

bramar de sus montes, llorando la muerte del mejor de sus condes y esto aumentará sin medida mi dolor....

—¿Quién guiará mi hueste a la pelea si no existe el que iba siempre a su frente?...¿quién animará a mis Francos si ha muerto el que enardecía su valor?...

—Rolando sin par: Dios tenga piedad de tu alma y te lleve al paraíso. ¡Ah!, quien te ha hecho perecer ha deshonrado a Francia; y dolor siento tan profundo, que quisiera morir: el sobrevivirte será un tormento atroz, que acibará continuamente mi existencia.... ¡Ay!, todos los míos han muerto por mi causa. Plegue a Dios, Hijo de Santa María, que antes de llegar a los desfiladeros de Cisa, mi alma se haya reunido a sus almas y mi cuerpo repose al lado de sus cuerpos....

Conmovido al fin por las súplicas de los que le rodean, Carlo Magno concentra su dolor y acalla sus quejas, mientras los Francos sepultan con grandes honores, en fosa bendecida por los prelados y sacerdotes, que acompañan la hueste, los cadáveres de sus desdichados compañeros.

Por orden del Emperador son exceptuados Roldán, Oliveros y el Arzobispo Turpín, cuyos corazones guardan entre ricas estofas, colocando los embalsamados cuerpos en carros, que cubren con ricos paramentos, para llevarlos de esta suerte a su dulce Francia.

Apenas dada la señal de partir, llegan ante el Emperador emisarios paganos, declarando la guerra de parte del emir de Babilonia, cuyo auxilio imploró antes Marsilio, y cuya flota ha remontado el Ebro, a tiempo que el fugitivo monarca llegaba roto y herido de muerte a Zaragoza.

Como aliado y heredero de Marsilio, apréstase Baligant a vengar su derrota, arrojándose presuroso al encuentro de los Francos. •

Muy poderosa es la hueste, que acaudilla; reyes y magnates de diversas regiones, adoradores del Profeta y de falsas divinidades, se han unido a él, ganosos

todos de vencer a Carlo Magno. El Emperador señala a cada caballero el puesto que ha de ocupar en la pelea, confía la espada de Oliveros y la bocina de Roldán a dos de sus más renombrados barones; dirige al Señor de los ejércitos humilde plegaría, ciñese su milagrosa espada, despliega sobre la cota, en señal de duelo, la blanca barba, empuña la lanza, abraza el escudo y monta en su corcel, que salva rápido aquellos espantosos desfiladeros.

Al llegar a una extensa llanura, hállanse frente a frente las dos huestes, sin que montes y colinas le sirvan de resguardo.

Muchos y muy nobles caballeros perecen en la horrible batalla, cuyo estruendo sobrepuja el vibrante son de la bocina de Roldán. Seguro ven el triunfo los cristianos, cuando el emir, acorriendo a su gente con irresistible pujanza, divide en dos el ejército franco y lo vate con furor.

Pasados unos instantes de espantosa confusión, en los cuales el duque Naimo, ha sido librado de la muerte por el mismo Emperador, se rehacen los cristianos, acreciendo su arrojo y denuedo la memoria de Roldán, muerto en Roncesvalles y la justicia de la causa, que por Dios defienden.

Carlo Magno y Baligant se encuentran cara a cara en medio de la lid, se reconocen, acométense furibundos y después de encarnizada lucha, en la cual permanece entre ambos indecisa la victoria, a la voz de un ángel del Cielo, cobra nuevo aliento el herido Emperador, se siente favorecido de sobrehumano valor, y, tras de recio batallar, triunfa el cristiano rey, del infiel emir.

Muerto su caudillo, los perseguidos paganos, llegan acorralados como fieras, hasta las murallas de Zaragoza.

Desde elevada torre, la reina Braminonda, esposa de Marsilio, alcanza a ver la destrucción y fuga de sus

aliados y clama con acento desgarrador: —«¡ Acórrenos Mahoma! » — ¡ Ah, noble rey! ..., hemos sido vencidos y muerto vergonzosamente el emir para nuestro mal....

Marsilio, al oír desde el lecho de dolor, las palabras de su esposa, cúbrese el semblante, vuelve su cabeza hacia el muro, las lágrimas anublan sus ojos y... muere de pesar.

Entra Carlo Magno en Zaragoza como vencedor y los paganos, que aceptan el Bautismo, son tratados con blandura; pero los que obstinados, lo repugnan son pasados a cuchillo.

Sola la reina, se libra de la ley general, y cautiva irá a Francia, donde al fin, se realiza la esperanza de Carlo Magno, convirtiéndose a la verdadera fe, por amor de Dios.

Después de dejar fuertemente guarnecida a Zaragoza, el Emperador, caminando a grandes jornadas, llega a Burdeos y depone en ofrenda, sobre el altar de San Severo, la bocina de Roldán; atraviesa la Gironde, entra en Blaye, deposita en ricos sarcófagos, en la iglesia de San Román, los cuerpos de Roldán, Oliveros y del Arzobispo Turpín, y sin otra detención, llega a Aix, desde donde convoca a los hombres más sabios de Francia, para que juzguen a Galalón.

Apenas llega el Emperador a su palacio, sale a su encuentro hermosa doncella y exclama: —«¿Qué es de Rolando, el valeroso capitán, que juró tomarme por esposa?...

Karlos, preso de dolorosa angustia, anegados en llanto los ojos y mesando en su desesperación su blanca barba, da un grito de dolor y responde a la doncella: —«¡ Ay, hermana querida!, me preguntas por un hombre que no existe...; los desfiladeros de Roncesvalles mezclaron las aguas de sus arroyos con nuestras lágrimas, cuando le vimos tendido a la sombra

de un pinabete, segada la flor de su preciosa vida por la espada del pagano y hecho Martir de Cristo....

Por él que era mi sobrino, te daré a Luis, mi hijo y heredero de mi Reino».

—Extraña respuesta,—dícele Auda.—No permita Dios, ni los Santos, ni los Angeles, que yo sobreviva a Rolando;—y perdiendo el color, cae a los pies de Carlo Magno, que en vano trata de tornarla a la vida. Al alzarla en sus brazos, la cabeza de la dulce Auda, se dobla como tronchada azucena.

Galalón comparece a juicio, seguido de sus deudos.

Carlo Magno, antes de relatar la alevosía con que el Conde hizo perecer en Roncesvalles, a la flor de los caballeros de Francia, pide a los nobles, que ellos formen el consejo y que juzguen con equidad y rectitud.

Galalón no niega su crimen; pero dice, con acento enérgico, que, ofendido gravemente por Roldán, vengó con su muerte la injuria recibida, mas no hizo traición a los suyos.

Los flexibles jueces, olvidados de Roldán en presencia de Galalón, y temerosos de su poderoso deudo Pinabel, después de deliberar a solas, se dirigen a Carlo Magno, rogándole que conceda completo perdón al culpable, prometiéndose que en adelante, le servirá con celo y con amor.

Anublóse el rostro del rey a estas palabras, que acrecen en su pecho el dolor y la ira; mas Thierry, el único de los jueces en quien no hicieron mella las amenazas del soberbio Pinabel, logra su benenlácito para combatir contra el que sostenga que Galalón no ha merecido la muerte.

Pinabel, que mira con ojos siniestros al nuevo paladín, acepta ufano el reto, entregando en rehenes treinta de sus deudos, los cuales, han de quedar en poder del vencedor. Gozoso Carlo Magno, ofrece por su campeón, idéntica garantía. Todo está dispuesto

y los caballeros combatientes, se aprestan al punto para el juicio de Dios.

Lucha tenaz y sangrienta se entabla entre los dos colosos; por fin, vence el adalid de Karlos, y acaba con Pinabel, que jamás había sido vencido. El júbilo de la multitud expectante, se desborda y se oye un clamor frenético, entusiasta: ¡¡Dios, amparó la buena causa!!...; ¡¡perezcan para siempre Galalón y todos los que le amparan!!...

Todos son ahorcados; mas al Conde se le castiga con más atroz suplicio: atado con correas inrompibles a cuatro potros salvajes, que en opuestas direcciones son hostigados, exhala el aliento postrero entre tormentos indecibles; «así el traidor no se envanecerá jamás de su traición».

Y ya está aplacada la cólera del gran Karlos; busca reposo después de este rudo luchar, pero la voz argentina del ángel, suena imperiosa y dulce en su oído, mandándole, en nombre de Dios, que desenvaine nuevamente su espada contra los infieles, que en apartados reinos, rien y gozan, dando culto a Mahomat.—«¡Dios mío!, ¡¡Dios mío!!...—exclama el Emperador,—¡cuán trabajosa es la vida!..., y al mismo tiempo que su mano acariciaba la barba de nevados rizos, sus ojos se ahogaban en ardientes lágrimas»...

## V

### «Le cor» (la trompa) de Alfred de Vigny (traducción)

#### I

Me place el sonido de la trompa, al anochecer, en el fondo de los  
[bosques,  
ora cante los lamentos de la corza acosada por los perros,  
o el adiós del cazador, que el débil eco recoge  
y que el viento del Norte arrastra entre las hojas.

¡Cuántas veces, a solas, en las sombras, a la medía noche  
he sonreído al escucharlo, y cuántas, más a menudo, he llorado!  
porque creía oír aquellos ruidos proféticos,  
que predecían la muerte de los paladines antiguos.

Oh montaña azul, oh país adorado.  
Rocas de Frazona, circo de Marboré,  
cascadas que descendéis de las nieves,  
fuentes, regatas, arroyos, torrentes de los Pirineos;

montes helados y floridos, tróno de las dos estaciones,  
cuya frente es de hielo y cuyos pies son de cespéd.  
Allí hay que detenerse, allí hay que escuchar  
los acordes lejanos de la trompa melancólica y tierna.

A veces un viajero, cuando el aire está en calma.  
hace temblar en la noche aquella voz de bronce;  
a sus cantos cadenciosos se mezclan en su torno  
las armoniosas esquilas de los recentales que balan.

Una corza, atendiendo, en lugar de esconderse  
se suspende inmóvil de la cima del peñasco,  
y la cascada une en su ingente caída  
su eterna queja al canto de la estrofa.

Almas de los Caballeros, volveis aquí todavía?  
Sois vosotras las que hablais en el sonido de las trompas?  
¡Roncesvalles! ¡Roncesvalles! En tu valle sombrío  
no se ha consolado todavía el alma de Rolando?

. . . . .

II

Todos los paladines habían muerto, pero ninguno había huido.  
Sólo él quedaba en pié, Oliveros estaba a su lado,  
el Africa le rodea sobre el monte, temblando todavía.  
«Rolando, vas a morir, ríndete le grita el moro,

Todos tus Pares están tendidos en las aguas del torrente».  
Entonces rugió como un tigre y dijo: «Si me rindo  
será cuando los Pirineos,  
rueden arrastrados con sus cuerpos sobre las ondas».

«Ríndete, pues, porque ahí los ves, o muere» respondió.  
Y de lo más alto de los montes se derrumbó una enorme roca.  
Rebotó y rodó hasta el fondo del abismo,  
y en las hondas vino a quebrar la cresta de sus pinos.

«Gracias, gritó Rolando, me has abierto un camino .  
Y empujando la roca con una mano hasta el pie de los montes,  
se encaramó sobre ella como un gigante  
y al verlo, el ejército vaciló dispuesto a huir.

. . . . .

### III

Tranquilos entretanto Carlomagno y sus adalides  
descendían de la montaña hablando unos con otros.  
En el horizonte, señalados ya por sus aguas  
se divisaban los valles de Luz y de Argelés.

El ejército aplaudía, el laud del trovador  
se templaba para cantar los sauces del Adour;  
el vino francés corría en la copa extranjera  
y el soldado, riendo, hablaba a la pastora.

Rolando defendía los montes; todos pasaban sin temor.  
Montado perezosamente sobre un negro palafrén  
que cabalgaba revestido de hopas violetas  
Turpín decía, sosteniendo los santos amuletos:

«Señor, veo en el cielo unas nubes de fuego;  
suspended vuestra marcha; no hay que tentar a Dios.  
Por nuestro señor San Dionisio, son ciertamente las almas  
las que pasan por los aires en esos vapores de fuego;

Han lucido dos relámpagos, y después otros dos».  
Entonces se oyó el sonido lejano de la trompa.  
El Emperador sobrecochado, echándose hacia atrás,  
suspendió la marcha vacilante de su corcel.

¿Oís? dijo. — Sí, son los pastores  
que llaman a sus reses desperdigadas por las alturas,  
respondió el Arzobispo, o la voz apagada  
del verde enano Oberón que conversa con su Hada.

Y el Emperador prosigue su marcha, pero su frente pensativa  
está más sombría y más oscura que la tempestad del cielo.  
Teme la traición y mientras piensa en ella  
la trompa suena de pronto y muere, renace y se prolonga.

¡Ay de mí! es mi sobrino. ¡Ay de mí!, porque si Rolando  
me llama en su socorro, debe ser al morir.  
Vuelta atrás caballeros, repasemos la montaña,  
Tiembla aún bajo nuestros piés, suelo engañoso de España.

#### IV

En la cima de los montes se detienen los caballos;  
la espuma los blanquea; bajo sus piés Roncesvalles  
apenas se colora con los fuegos murientes del día.  
Al horizonte, lejano, huye el estandarte del Moro.

«Turpín, ¿no has visto nada en el fondo del torrente?  
—Veo dos caballeros, uno muerto, agonizante el otro.  
Los dos están aplastados bajo un negro peñasco.  
El más robusto, levanta con su mano una trompa de marfil.  
Su alma, al exhalar, nos había llamado dos veces.

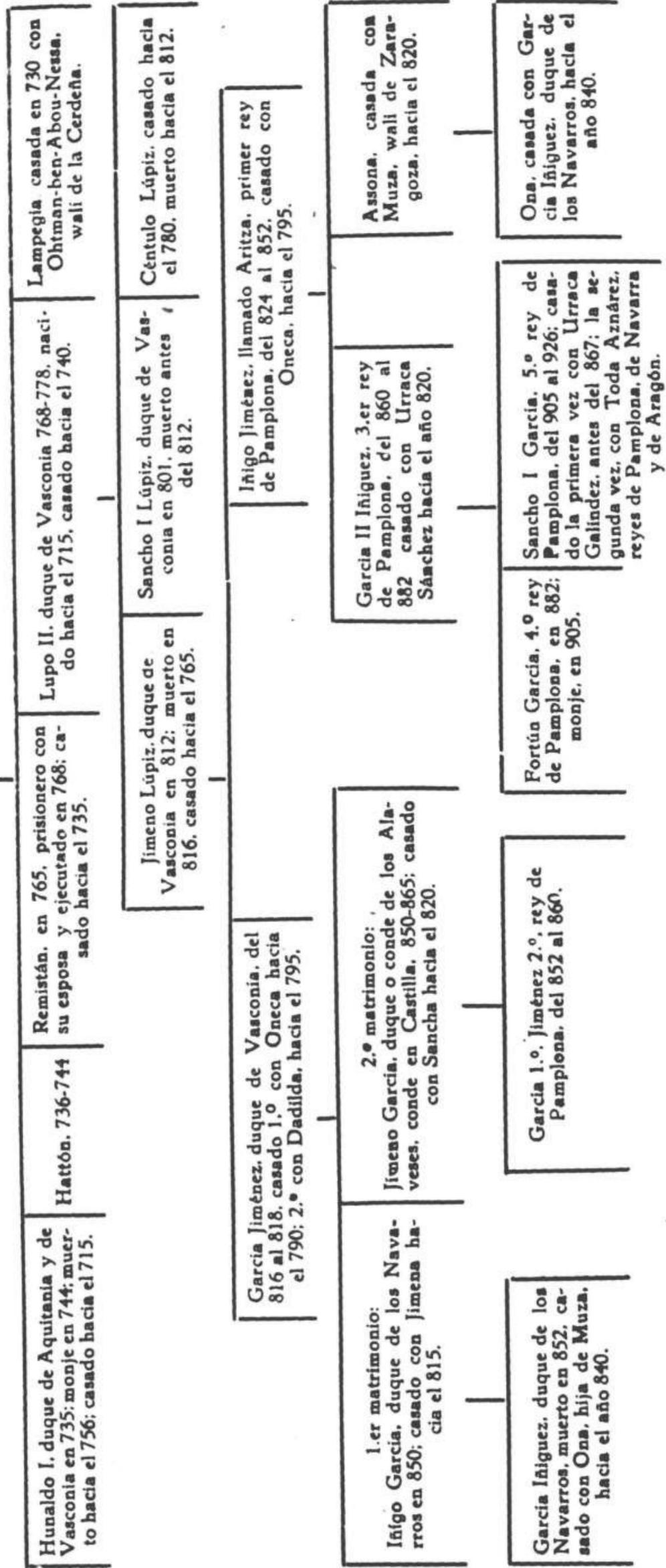
¡Dios mío! Qué triste es el sonido de la trompa en el fondo de  
los bosques.

. . . . .

#### VI

*Arboles genealógicos de los duques de Aquitania y de  
Vasconia, según Jaurgain («La Vasconie», to-  
mo I, pág. 70), del año 710 al 816:*

## Eudón, duque de Aquitania y de Vasconia hacia el año 710



VII

*Copia de la genealogía de los reyes de Navarra, escrita por autor anónimo, en tiempo de Fernando III, el Santo, y atribuida a su hijo el infante D. Alfonso, después, Alfonso X, el Sabio:*

«El rey Ennec Ariesta ovo fillo al rey D. García al que dijeron García Eneguez. Este prisó por mugier la reyna donna Urraca e ovo en ella un fillo que ovo nombre Sancho Garcez; mas después, ovo nombre el rey Sancho Abarca; et direyvos como mataron moros al rey García Eneguez; et finco su mugier pregnada la reina donna Urraca et firiénronla duna lançada, et morio la madre et nascio el fillo por la lançada. Este fillo tomolo un ric ome de la montana e criolo mut bien lo melior quel pudo et pusol nombre Sancho Garcez. Cuando este mozo foe grand foe mocho esforçado et mut franco e acogio assi todos los fillos dalgo, que fallo en las montanas et dioles quanto pudo aver. Et sus omes quando vieron quel era mucho esforçado e ome de mut grand trabajo posieronle nome Sanch Abarca. Et ayuntaronse todos los ricos omes de la tierra et por la bonda que entendieron en el et por suyo esfuerço ficieronlo Rey» ....

VIII

*Genealogías de los reyes de Navarra, según el precioso Códice de Meyá:*

Este documento encontrado en el Priorato de Santa María de Meyá, es, según la autorizada opinión de Traggia, del siglo X; por tanto, muy anterior al mismo Catálogo de los reyes, enterrados en Leire.

El de el señor Isidoro de León, no es, más que una copia del de Meyá, con algunas adiciones y glosas, y su continuación hasta don García Sanchez el de Nájera.

Es por tanto este Códice, de inapreciable valor para conocer los principios de la Monarquía pirenaica y, aunque no aclara totalmente sus orígenes, es, desde luego, en opinión de todos los autores modernos, el guía más seguro para orientarnos en la cuestión todavía no resuelta de los primeros reyes navarros.

Lo vertimos al castellano, traduciéndolo fielmente, ya que son muchos los historiadores como Campión, Jaurgain, etc., que lo transcriben en la lengua latina, en la cual, está escrito, y para más fácil inteligencia de los que ignoran la lengua de Lacio, que no son pocos....

Ponemos entre paréntesis, las adiciones y variantes del de León.

«1. Orden numérico de los reyes de Pamplona... nneco (Iñigo) llamado Aresta (Arista) procreó a García Iñiguez y a doña Assona que fué mujer de domingo (domino) Muza que poseyó a Borja y Terrero (Trero) doña.... ona que fué mujer de García Malo.

2. García Iñiguez tomó por esposa doña... hija de... y procreó a Fortún García y a Sarcia (Sancho) García y a doña Oneca, que fué mujer de Aznar Galindez de Aragón.

3. Fortún García tomó por esposa a doña Oria (doña Aurea) hija de... y procreó a Iñigo Fortuniz y a Lope Fortuniz y a doña Iñiga, que fué esposa de Aznar Sanzoniz (Aznar Sanchez) de Larrón.

4. Sancho García se casó y procreó a Aznar Sanchez, que es el de Larrón. Aznar Sanchez tomó por esposa a doña Iñiga Fortuniz, hija de García (de Fortun García, su hermana) y procreó a Sanchón Aznar y a doña Toda, reina (doña Tera reina, mujer de Sancho óptimo rey) y a doña Sancha. Esta Enneca (One-

ca) después (muerto su esposo) tomó Abdella rey y procreó a Mahomat-Iben-Abdella (Abdalla).

5. Iñigo Fortúniz tomó por esposa a doña Sancha, hija de García Jiménez y procreó a Fortún Iñiguez y a doña Auria, que fué mujer de Munio García y a doña Lupa, mujer de Sancho Lupiz de Arequil (Araquil).

6. Esta doña Sancha se casó después con don Galindo (Aznar Galíndez) conde de Aragón y de él procreó a doña Andregoto reina (doña Andregodo reina), a doña Belasquita (Blasquita). Esta Belasquita estuvo casada con Iñigo Lúpiz de Estigi y de Zillegita.

7. Aznar Fortúniz tomó por esposa a... y procreó a Fortún Aznar, llamado Orbita (se llamaba Orbita) fué padre de García Fortúniz de Capanas (Cabañas).

8. Belasco Fortúniz se casó y procreó a doña Jimena (doña Ximena), que fué esposa del rey Iñigo García y a doña Toda (Tuta), mujer de Iñigo Manzones de Lucentes y a doña Sancha, mujer de Galindo Jiménez de Pinitano (de Pitano). Fortún Iñiguez tomó por esposa a... y procreó a García Fortúniz, a Iñigo Fortúniz y a doña Sancha.

## 2.^a Genealogía:

9. Item por otra línea de los reyes (Item de otra línea la genealogía de los reyes... arsea) García Jiménez e Iñigo Jiménez fueron hermanos. Este García tomó por esposa a Iñiga Revelle de Sangüesa (Sangosa) y procreó a Iñigo García y a doña Sancha.

10. Después se casó con doña Dadilde de Palares (Palares) (1) hermana del conde Regimundo y procreó a Sancho García y a Jimeno García.

11. Iñigo García tomó por esposa a doña Jimena (doña Ximena) y procreó a García Iñiguez, que fué muerto en Liédena y a Jimeno Iñiguez y a Fortún Iñiguez y a Sancho Iñiguez. Estos tres, huyeron a

Córdoba. Hermana de estos fué García Iñiguez de Olza, por nombre doña Toda (por nombre doña Toda fué mujer de García Iñiguez de Olfa).

12. Jimeno García tomó por esposa a doña Sancha de Aznar Sanchón hija; procreó a García Jiménez y a Sancho Jiménez, que tuvo por mujer a doña Quisilo, hija de don García, conde Bajiliense y otra hija doña Dadilde, mujer de don Muza Aznar.

13. Este García Jiménez mató a su madre en las Galias en una villa, que se llama Laco y le mataron en Salerazo (Malesanco) Juan Belescones (Blascóniz) y Cordelle (Cordellui Blascóniz). Este Jimeno García tuvo un hijo de una doncella que se llamó Garcez y fué muerto en Córdoba.

14. Sancho Garcéz óptimo emperador tomó por esposa a Toda Aznar y procreó a García rey y a doña Oneca y a doña Sancha y a doña Urraca y a doña Belasquita y a doñ Orbita y de una doncella tuvo otra hija doña Lopa que fué madre de Regimundo de Bitorra (Sancho mayor Garcez llamado Abarca). Este asumió el reino de Pamplona en la Era DCCCCXLIII. Reinó XVIII años y murió Era DCCCCLXII. Y el primer hijo preclarísimo emperador óptimo tomó por esposa a doña Toda Aznárez tataranieta de Iñigo Arista que procreó a García rey.

15. Doña Oneca fué esposa de Aldefonso rey de León y procreó a su hijo Ordoño, que fué muerto en Córdoba. (Este Aldefonso dejó el reino a su hermano Ranimiro).

Doña Sancha fué esposa del emperador Ordoño (de León). Después tuvo otro esposo Alvaro Arruméliz (Arraméliz) de Alava (conde de Alava). Finalmente fué esposa de Fredenando (Fernando) Conde.

17. Doña Urraca fué mujer de don Ranimiro rey (que fué el magno) hermano de Adefonso; rey en Froila (en Froilán y en todo el reino después de Adefonso al cual sucedió por haberle dejado el reino vo-

luntariamente y haber ingresado en un monasterio. Pero corriendo el tiempo como el mismo Adefonso estuviese muy arrepentido de haber entregado su reino y hubiese salido del monasterio para tomarlo de nuevo, por madato de Ranimiro rey y con la ayuda de los hijos de su hermano Froilano le fueron sacados los ojos), y tuvo los hijos don Sancho rey y doña Giloiria (Geloira) consagrada a Dios (prometida a Dios).

18. Este Ranimiro de su otra esposa llamada Galiciense... tuvo hijo a Ordoño rey.

19. Doña Belasquita fué esposa de don Momo conde de Biscaya y procreó a los hijos Aznar Mómiz y Lope Mómiz y doña Belasquita. Después fué esposa de don Galindo (Galíndez) hijo del conde Bernardo y de doña Toda. Por último tuvo por esposo a Fortún Galíndez (este reinó XXXVI años y murió en la era MVIII).

El Códice de San Isidoro de León, continúa la anterior genealogía del modo que sigue:

García rey llamado el Tembloso procreó al rey Sancho que por su arrojo militar se llamó el de cuatro brazos.

20. Sancho rey, de cierta doncella nobilísima y hermosísima, que era de Aybar, tuvo a Ranimiro rey llamado el Curbo, al cual dió una pequeña parte de su reino, esto es, de Aragón. Después tomó por mujer legítima a doña Urraca reina hija del conde de Castilla Sancho de la cual tuvo a Fernando, primero, conde de Castilla, después, rey de León y de ella procreó a García rey de Navarra. Este Sancho dilató su reino hasta el río Pisuerga y hasta el camino de Santiago que los peregrinos desviándose tomaban por Alava, por miedo de los moros, cuyo camino se sigue hoy y lo allanó de las dificultades y lo hizo seguro. Reinó LXV años y murió en la era MLXXII».

## CONCLUSIONES Y CONSECUENCIAS:

El Sr. Campión y Mr. Jaurgain han hecho muy juiciosas y muy atinadas observaciones a estas preciosas genealogías de Meyá y, para no espigar en campo ajeno, remitimos al lector a las obras documentadas de estos dos ilustres maestros de la Historia: «Euskariana» (cuarta serie) del primero, y «La Vasconie», tomo I, del segundo.

En lo que hace a nuestro asunto, de las referidas genealogías podemos sacar las conclusiones siguientes:

1.^a El tronco primero de la dinastía navarra, fueron los dos hermanos Jiménez García, hermano mayor, según las sagaces investigaciones de Jaurgain, e Iñigo: los dos hijos del duque vascón Jimeno Lúpiz; bien lo da a entender la genealogía medianense, escribiendo dos genealogías y poniendo a la cabeza de ellas a los dos hermanos respectivamente.

2.^a El primer rey de esta dinastía fué el hermano menor, Iñigo, llamado Aritza, que significa roble, emblema de fortaleza.

Se deduce fácilmente de la aparente inversión genealógica poniendo primeramente la del segundo y menor Iñigo y después la del primero y mayor García.

Lo confirma la segunda genealogía llamándonos la atención sobre doña Toda Aznárez, esposa del óptimo emperador Sancho Garceiz y diciéndonos que desciende directamente del primer rey Iñigo (prosepotens de Enneco Arista; tataranieta de Iñigo Arista), a pesar de ser incluida en la segunda genealogía, esto es, en la que tiene por tronco a García Jiménez.

3.^a García Jiménez no gobernó los territorios de Vasconia como rey.

Siendo el primer rey Iñigo, es improbable, casi imposible que en la ancianidad del hermano menor le sucediera el hermano mayor, naturalmente más anciano.

no y, por ende, más incapaz de sostener las riendas de aquel trono, que todavía no era más que la silla del caballo o las rocas de la montaña; por esto sacamos la misma consecuencia de Jurgain, «Si García no reinó antes que Iñigo, como está probado, y si Iñigo reinó hasta su ancianidad, (hasta los 75 años, probablemente, según los árboles genealógicos de este autor francés), tampoco reinó después de él, sucediéndole.

4.ª Los inmediatos sucesores de García tenían derecho a reinar preferente a los inmediatos sucesores de Iñigo.

Eran, los dos, tronco de la dinastía y el derecho de preferencia es natural del hermano mayor.

Dalo bien a entender la consignación de dos genealogías diferentes.

Veamos qué hijo de García Jiménez pudo recoger el reino de su anciano tío, el Aritza, cuando éste se retiró al monasterio de Leire.

De sus dos matrimonios tuvo tres hijos de su primera esposa Oneca Revelle de Sangüesa, a Iñigo García; (hacemos caso omiso de las hijas porque no sucedían en el trono), y de su esposa Dadilde, a Sancho García y Jimeno García o Garcés, según la 2.ª genealogía. Iñigo García, según todos los indicios, muere el 850; quedan los hijos del segundo matrimonio.

A Sancho Garcés le llama la genealogía óptimo emperador y casado con doña Toda, tataranieta del primer rey, el cual vivió cien años después de García Jiménez; no pudo ser hijo de este; es una traslocación del genealogista, que coloca aquí el Sancho, nieto de Iñigo Aritza y esposo, a su vez, de doña Toda.

De no haber este error, como si se toman las genealogías al pie de la letra, Sancho casó con doña Toda y ésta, fué nieta de Sancho, tenemos que admitir el imposible de haberse casado el abuelo con su nieta. El Sancho de las dos genealogías, es el Sancho op-

time imperator», nieto del Aritza y 4.º rey de Navarra. Los otros dos Sanchos, se esfuman al pasar por el crisol de una sana y racional crítica.

Puede también sospecharse que no hay error genealógico y que el Sancho Garcés, hijo de García, no llegó a reinar, probablemente, por ser menor que Jimeno Garcés; o por haber muerto antes del 852, o por otra causa tan conocida y sabida en los tiempos del cronista que creyó superfluo *el* consignarla y oculta para nosotros en las nebulosidades históricas de aquellos tiempos remotos, tan largos en hechos, como cortos en consignarlos; lo cierto es, que el Sancho óptimo emperador, no puede ser este Sancho hijo del primer Jiménez.

Quedan los nietos de éste cuando Iñigo se hizo monje: García, Jimeno, Fortún y Sancho Iñiguez; y García y Sancho Jiménez, del primero y del segundo matrimonio, respectivamente.

El primero, García, fué muerto en Liédena el 852; los otros tres hermanos huyeron a Córdoba («Isti tres ad Cordubam fugieron», dice la genealogía). El llamado a reinar es García Jiménez, y éste corre las montañas dirigiendo a los navarros como su rey del 852 hasta el 859, en que fué hecho prisionero de los Normandos, cuando estos asaltaron a Pamplona. Sucedióle García Iñiguez, hijo del primer rey (860-882).

Este es el parecer de Jaurgain; estos los nombres del catálogo de los reyes navarros de Campión y la opinión de los historiadores más modernos y más documentados.

5.ª Conclusión necesaria del estudio de las dos genealogías y de lo dicho es: que el Sancho Garcés, óptimo emperador, esposo de doña Toda Aznárez, es el primer rey *de este nombre* que, según anota el Códice legionense, empezó a reinar el año 905, reinó 19 años y murió el 924, y, según esto, la serie de los Sanchos, que reinaron, es esta:

Rey 5.º de Navarra: Sancho I Garcés, «optime imperator», del 905 al 924.

Rey 7.º de Navarra: Sancho II Garcés, llamado «Abarca», del 970 al 994.

Rey 9.º de Navarra: Sancho III Garcés, el «Mayor», del 999 al 1035.

Rey 11.º de Navarra: Sancho IV Garcés, el de Peñalén, del 1054 al 1076.

Rey 12.º de Navarra: Sancho V Ramírez, rey de Pamplona y Aragón, del 1094 al 1104.

Rey 16.º de Navarra: Sancho VI Garcés, el «Sabio», del 1150 al 1194.

Rey 17.º de Navarra: Sancho VII Sánchez, el «Fuerte», del 1194 al 1234.

6.ª Si la batalla librada en los puertos y montes de Cisa, contra los condes Eblo y Aznar, emisarios de Ludovico Pío, fué motivada, según las crónicas francas, por el levantamiento de los hermanos Jiménez, (García e Iñigo), el año 824; si en estos dos hijos del duque Jimeno está la cuna de la monarquía pirenaica, según la genealogía medianense y si el primer rey Iñigo el Aritza, inauguró su reinado a raíz de la dicha batalla, como se desprende de las crónicas y cartas de donación de aquel tiempo, se puede asegurar que en Roncesvalles se formó y se mecía la primera cuna del glorioso reino de los Pirineos. Merecería mucho de Navarra y de Roncesvalles el historiador, que, después de apurar con juicio sereno y crítica razonable y documentada, los códices y crónicas de la época de la Reconquista existentes aquende y allende el Pirineo, escribiese un libro cuyo título fuera este: «Roncesvalles, Cuna Primera del Reino de Navarra...».

IX

*Texto del Arzobispo D. Rodrigo Ximénez de Rada, acerca del primer rey de Navarra. (De su obra «Rerum in Hispania gestarum»).*

«Cum Castella, Legio et Navarra variis Arabum incursionibus vastarentur, vir advenit ex Bigorciae Comitatu bellis et incursibus ab infantia assuetus qui Eneco vocabatur et quia asper in preliis Arista agnomine dicebatur et in Pyrenaei partibus morabatur et, post, ad plana Navarrae descendens, ibi plurima bella gesit; unde et inter incolas regni meruit principatum Hic genuit filium Gartsiam nomine cui uxorem Urracam de regio semine procuravit».

TRADUCCION

«En tiempo en que Castilla León y Navarra eran devastadas por incursiones de los Arabes, se levantó de Biguria un varón acostumbrado desde su niñez a guerras e incursiones; se llamaba Iñigo y, por que era fuerte en el combate, se le renombraba Arista, vivió primero en los Pirineos, de donde bajó a las llanuras de Navarra y en ellas sostuvo muchas guerras por lo que los habitantes de aquel reino le dieron el principado. Este procreó a un hijo que se llamó García, al cual procuró casar con una mujer de sangre real llamada Urraca».







L BRUJO

DE

BARGOTA

I

NIGROMANTICO NAVARRO, AUTENTICO,  
PERO DESCONOCIDO.

Nada más interesante, que la vida de un nigromántico navarro, que existió en el siglo XVI; y, ¡cosa extraña!, nada más ignorado y desconocido en este antiguo reino, fuera de una pequeña región, en donde se desarrolló su existencia aureolada, por la leyenda de incidentes prodigiosos.

Y mientras de Madrid y del Extranjero llegan a Bargota historiadores y folkloristas, ya detractores, ya apologistas del Tribunal de la Inquisición, preguntando por la casa donde el nigromante vivió, y aco-

sando a los pacíficos vecinos con preguntas investigadoras de la historia, tradiciones y leyendas de su vida, aquí, en Navarra, pasa desapercibido e ignorado.

Gloria será del certamen iruniense de 1928 (premiase o no se premie este humilde trabajo, que ello no hace al caso), el haber desenterrado del olvido a «JOHANES EL DE BARGOTA», mago, nacido en los albores de la Edad Moderna, el más interesante, indiscutiblemente, para el folclorismo navarro, que es

precioso e instructivo como el de ninguna región de España.

Yo lo aprendí en las candiladas de mi pueblo, que no dista mucho de Bargota; y tal cual lo aprendí, sin añadir ni quitar cosa alguna sustancial, quiero contarlo al amable lector.



Johanes el de Bargota .. (?)  
(De un grabado antiguo)

de lino, de cáñamo o de lana, se referían con sencii-

## II

### LAS CANDILADAS

Era la «candilada» la reunión asidua de las hilanderas del pueblo, durante tres o más horas de la noche, en el corral de una casa, en donde, al mismo tiempo que se hilaban sendas tareas de lino, de cáñamo o de lana, se referían con sencii-

lez y gracia no aprendida, las historias, leyendas y cuentos de la aldea y de veinte leguas a la redonda.

A estas reuniones nocturnas no acudía la gente bien acomodada, sino la plebe; los pobres, que donde quiera son los más, aunque no menos honrados, pocos, sencillos y buenos.

Tenían sus «estatutos» sancionados por la costumbre y respetados con religiosa escrupulosidad.

1.º Habían de celebrarse durante el otoño y el invierno, solamente.



Aguilar de Codés: Calle donde se celebraban las «candiladas»

2.º No habían de comenzar antes de las siete de la noche, ni se habían de prolongar más allá de las doce.

3.º No podían reunirse más de veinte personas y éstas habían de ser del sexo femenino. (Pronto se refundían dos candiladas si su número no llegaba a diez).

4.º No se permitía la asistencia de hombre alguno, si su edad no llegaba a los 70, o si no bajaba de doce años.

5.º Solo se permitían los trabajos de hilar, ya fuese lana, ya lino, ya cáñamo; por excepción, se permitía hacer *escarpines* (calcetines) y *lásticas* (elásticos de lana azul con gallos encarnados en la pechera).

6.º Cada quince días se repartía el escote, que consistía en dar cada una, dos «cuatrenas», para comprar la *ballena*, (aceite de este cetáceo tan usado en nuestros pueblos de la montaña), que alimentaba el candil durante la quincena. Se exceptuaba de este escote la dueña de la casa donde la candilada tenía lugar.

7.º El candil con su *torcida* (mecha de algodón) y *una cama* de paja limpia, para alivio de los pies, habían de proporcionarse por la misma dueña.

8.º De atizar el candil había de encargarse la más anciana. En recompensa de este menester, se le concedía el lugar más próximo el foco luminoso. (!!).

9.º Se prohibían las conversaciones *picantes*, los cuentos *verdes*, los gritos y todo alboroto.

10.º En los cuentos de brujas no se haría alusión, ni de palabra, ni con ademanes, a las ancianas flacas del pueblo. (¿?).

11.º Los cantos solo se permitían al principio de la candilada y por poco rato.

12.º No se permitía más de una *pajada* en cada noche y esta habría de ser cuando, en la última hora, el candil expiraba.

13.º Al empezar la primavera se cerraría la candilada con una chocolatada, que había de prepararse a costa de un escote extraordinario, el cual, nunca excedería de tres «ochenas» por barba.

Los artículos 11, 12 y 13, necesitan una ligera explicación, que queremos dar, de pitanza, al lector, en gracia a su paciencia en seguirnos.

El canto clásico, ya se sabía:

¿Ursula, qué estás *haciendo*?  
¡Ay!, ¡chica!, que estoy hilando  
con el uso y con la rueca  
*cáñimo, cáñimo, cáñimo,*  
*cáñimo, cáñimo*  
*cáñimo, cáñimo.....*

I

—La presente candilada  
voy hilando el mejor *cáñimo*  
pa tejerle a mi Chomín  
la túnica de jueves-santo.

¿Ursula, qué estás *haciendo*? etc.

II

—¿Para quién hilas, Carmenchu,  
copo de lino tan blanco?

—*Pa* tejerle una mantilla  
a la Virgen del Rosario.

¿Ursula, qué estás *haciendo*? etc.

III

—Qué piensas, buena Joshepha,  
que al hilar estás llorando?

—Que han de ser estas madejas  
la mortaja de mi Pancho.

¿Ursula, qué estás *haciendo*? etc.

La música, que acompañaba a estos dejos de romance (*todavía resuena inconfusa en mis oídos*), era, aunque monótona, cadenciosa, dulce y melancólica, co-

mo los trinos del mirlo cuando teje su nido, o los arrullos de la tórtola cuando adormece a sus asustadizos pichoncicos.

La *pajada*, que comenzaba al punto de apagarse el candil, era una batalla ciega, en la cual, los puñados de paja lanzados a las de enfrente, hacían de bombas de mano, hasta que, creciendo la algarabía y confusión, de una manera semi-escandalosa, la más caritativa encendía un *mixto* y era la señal de retirada: ¡Oh!..., entonces el candil se remozaba para alumbrar, regocijado, pajas indiscretas, que habían quedado colgadas del labio superior, gracias a destilaciones nasales olvidadas; o prendidas de los primeros cabellos rubios, que, tan cortos como indomables, aureolaban la frente sudorosa; o clavadas, como las púas de un erizo, entre los moños enroscados en el cogote....

Y, ¡...allá era de ver cómo las manos de todas, se convertían en otros tantos cepillos suaves de ropa y de cabeza!....

Después de esta batalla tan original, no quedaban ganas de trabajar; por lo que era forzoso dar por concluída, aquel día, la candilada.

Ordinariamente la *pajada* no tenía lugar más que los días «víspera de fiesta».

La *chocolatada* era, ni más ni menos que el cocimiento de dos libras de chocolate barato en una olla de ambel y que, escanciado en una larga *fuelle* de porcelana y empapado en gruesos sopicones, era despachado por las veinte cucharas en un «*filis-patris*», porque las cucharas daban la vuelta tan rápidamente como otras noches el uso. Pocas veces concluía en paz aquel dulce banquete; y era bien ordinario, ver desaparecer la *fuelle* entre las manos de las más fuertes, con clamorosas protestas de las más débiles.

El año de 1904, por fortuna mía y de los otros dos monaguillos de la Parroquia, la candilada tocó en casa de Piloto (Piloto llamaban, por apodo, al sa-

cristán del pueblo), y la *señá Pilota*, que siempre fué muy condescendiente con los repazuelos de la sacristía, nos prometió que, alguna noche, nos daría entrada, en la para nosotros, misteriosa candilada.

La edad nos daba cierto derecho, pues ninguno de los tres había pisado flores de más de once abriles; pero, una dificultad, casi insuperable, nos cerraba sus puertas; el permiso materno, que, bien sabíamos, era inasequible si directamente lo solicitábamos; pero..., diríamos a la madre que Piloto tenía que hacer hostias por la noche, en cuyo menester solíamos ayudarle, y, con esta excusa, nos colaríamos en casa del sacristán y, por ende, en la candilada.

De esta solapada manera pudimos conseguir el consentimiento materno varias noches de noviembre y diciembre y... fuimos a la candilada; y cantamos aquella tonadilla dulzarrona; y escuchamos embelesados cien leyendas interesantes, algunas historias célebres, muchos cuentos de ladrones, de muertos aparecidos, de princesitas curadas por **endrágos** y de castillos encantados.

Pero, con singular delectación, oímos y aprendimos la interesante narración históric-folklórica siguiente:

### III

#### LINAJE DE JOHANES Y CASA DONDE NACIO

Ningún pueblo puede quitar a Bargota la gloria o la ignominia de haber sido la patria chica de Johanes.

Bargota, sí; aquella noble villa de la parte occidental de Navarra, que confina con la histórica ciudad de Viana; probablemente formada, o por lo menos, considerablemente aumentada por los desaparecidos poblados de Tidón y Cornaba, vió nacer, en la segun-



Bargota: Calle de Juan Lobo;  
casa donde vivió Joannis

da mitad del siglo XVI, un niño, que, en el bautismo, recibió el nombre de Johanés.

Familia de rancio abolengo y de pergaminos debió ser la suya; pues la casona solariega de piedra de sillera edificada y adornada su fachada principal con grande escudo de mármol blanquecino, coronado con su yelmo y abrazado por delicados lambrequines de gótico follaje, decía, a la lengua, que era casa

de esclarecidos hijosdalgo.

Y por su escudo, blasonado con tres cabezas, dos en frente y una en punta, en cuya bordura se leía:

«Tengo el alfanje *mellado*  
de sangre mora teñido,  
y pues el Rey me lo manda,  
éste sea mi apellido».

dedúcese, con fundamento, que aquella casa era de los «Mellado» de Castilla, y que por consiguiente, Johanés fué un vástago raro de aquella distinguida familia señorial.

Sabido es, por la heráldica de Castilla, que el escudo de los «Mellado» era éste precisamente: tres

cabezas de gules con turbantes de azur en campo de plata, bordurado de gules, con la divisa citada: «Tengo el alfanje MELLADO...», etc.

Aún pueden verse en Bargota las ennegrecidas ruinas de aquella citada casa solariega con algunos restos de antigüedad remotísima.

Nadie se atreve a edificar sobre ellas, porque, es pública voz y fama en el pueblo, que, en las horas avanzadas de la noche, óyense allí lamentos y ayes de personas invisibles; y aunque algunas gentes juiciosas creen que estos lamentos no son otra cosa que los maullidos extravagantes de los gatos, escondidos entre los escombros en las largas noches de invierno, el vulgo se empeña en decir, que aquéllos son gritos terroríficos de Johanes y de su Ama, que aún están en pena; y que será desgraciado el que se atreva a edificar en aquel solar maldito....

#### IV

#### SUS ESTUDIOS EN SALAMANCA

Aunque parezca extraño, por la época en que nació y por la familia a que hubo de pertenecer, Johanes no tuvo afición a las armas y dejando, para sus hermanos mayores, los arreos de guerra y las glorias de Marte, cuando era ya mozo, partió para Salamanca, a fin de hacer los estudios de la carrera eclesiástica y poder gozar, después, de una pingüe Capellanía, fundada por sus antepasados en la parroquial de Bargota.

Era condición indispensable para tenerla, ser de la familia del fundador y estar tonsurado; (no era necesario ser sacerdote), por esto nos inclinamos a creer que Johanes, aunque fué Beneficiado de la Iglesia parroquial de Bargota, no fué sacerdote, sino sencillamente clérigo.

Más aún; es probable que su Prelado no quiso conferirle los sagrados órdenes, por haber tenido noticia de que frecuentaba las famosas cuevas de Salamanca y que tenía afición a las embaucadoras artes de la magia.

Porque, realmente, así como antes tenía fama Toledo de que la magia se estudiaba en sus aulas, según aquéllo de Elinando que Menéndez Pelayo copia en el tomo III de su «*Historia de los Heterodosos*». «Los clérigos van a París, a estudiar las artes liberales; a Bolonia los códigos; a Salerno los medicamentos; a Toledo, los diablos y a ninguna parte...»; así en el siglo XVI tenía fama Salamanca de tener cuevas y sótanos, donde se enseñaban la nigromancia y la magia.

El mismo M. Pelayo, en la pág. 341 del tomo citado, nos lo dice: «Otro ejemplo de ello tenemos en la cueva de Salamanca, cuyas noticias son breves y confusas; hasta el siglo XVI, no tuvo el estudio salmantino la fama y notoriedad suficientes para que la tradición le añadiera cátedras de magia. Burlas y devaneos de estudiantes, gente curiosa y alegre, que convertía en juego las artes mágicas, fueron origen de ese rumor, que muy en serio acogen Martín del Río y Torreblanca. El primero testifica haber visto una cripta profundísima, vestigios del nefando gimnasio, donde, públicamente se habían enseñado las artes diabólicas. El segundo, hasta nos dice la calidad del maestro, que fué un sacristán; pero supone secreta la enseñanza. Era tradición vulgar que el demonio en persona, respondía a los que le consultaban en aquel antro».

«Un cierto D. Juan de Dios, maestro de Humanidades en Salamanca, envió al P. Feijoó algunas noticias y fábulas sobre la dicha cueva, tomadas de un antiguo manuscrito. Había en la iglesia de San Ciprián (unida después a la de San Pablo), un subte-

rráneo donde el sacristán enseñaba... artes mágicas, astrología judiciaria, geomancia, hidromancia, pyromancia, aeromancia, chiromancia y necromancia. Sus discípulos venían de siete en siete y uno de ellos pagaba por todos. Cayó la suerte al Marqués de Villena, no tuvo con qué pagar, y quedó preso en la cueva, de donde halló manera de escaparse haciendo cierta burla a su maestro. Sus condiscípulos propalaron, unos, que se había hecho invisible; otros, que había engañado al diablo dejándole su sombra».

La manera de fugarse el Marqués, fué bien sencilla y nada de magia intervino en el suceso: lo refiere el mismo M. Pelayo. Como no tuviesen con qué pagar al maestro y éste les exigiese, dirigiéndoles insultos y dando gritos, como ellos temiesen ser sorprendidos y, por ende, acaso encarcelados, ataron los pies y manos del sacristán y huyeron seis de ellos, al tiempo que los familiares del mismo, oyendo los gritos, bajaban a socorrerle; en la confusión el Marqués de Villena, habíase introducido en la contigua habitación oscura donde se guardaban sendas tinajas con el aceite de las lámparas y, creyéndose descubierto, se introdujo en una de las tinajas vacías, tapando su boca con la rodaja de madera, que servía de tapadera.

Entretanto los estudiantes creyeron que el marqués era preso de la familia del sacristán y el sacristán, por el contrario, supuso que se había escapado con la alegre seisena estudiantil.

Durante todo el día el subterráneo estuvo cerrado.

Por la noche, como era costumbre, bajó el sacristán con su candileja en la mano, con el fin de llenar su cónica aceitera y alimentar las lámparas, salió el marqués de su escondrijo, aprovechando este momento en que las puertas estaban abiertas; huyó como alma que lleva el diablo, dejando al sacristán tembloroso y turulato del susto; y atravesando las calles, llegó

a su posada sin ser de nadie visto, gracias a las tinieblas nocturnas.

Desde aquella noche oscura, el marqués, en opinión de todos, era brujo.... Bien pronto se extendió por todo España la fama de esta cueva de tal suerte, que, ya en sus mocedades, pudo escribir Alarcón:

«La parlera fama, allí  
ha dicho, que hay una cueva  
encantada, en Salamanca,  
que mil prodigios encierra:  
que una cabeza de bronce  
sobre una cátedra puesta,  
la mágica sobrehumana  
en humana voz enseña:  
que entran algunos a oirla,  
pero, que de siete, que entran,  
los seis vuelven a salir  
y el uno dentro se queda....

Johanes hizo relaciones con el sacristán de San Ciprián, el famoso Clemente Potosí; y en aquel sótano desentumecía sus fríos miembros al calor del brasero y se olvidaba de acudir a las clases de Teología.

Así pasó cuatro años en Salamanca.

De esta suerte pudo aprender aquellos juegos de ilusión, que le hicieron célebre en su tierra y olvidar los latines, que el Dómine de su pueblo le había enseñado.

Un no profundo examen de Latín, de Teología moral y de Rúbricas, bastaba entonces para ser *Cura de Misa y Olla*, y solo se exigía latín y rúbricas para ascender a la Tonsura y ser, por ende, Clérigo.

Johanes no se atrevió a sufrir examen de Moral y se contentó con ser clérigo: con ello ya podía disfrutar de su capellanía familiar, y... esto le bastaba.

Volvió a **Bargota** vestido de loba, de manto y

de sombrero de ala ancha y vuelta. Con las formalidades de ritual tomó posesión de su «Beneficio», arrodillándose al pie del altar lateral de familia y sentándose en su silla del coro.

V

CASA DONDE VIVIO

Hay una casa en Bargota, en la calle de Juan Lobo, se llama todavía la «casa de Johanes» y es la casa donde se estableció con su ama de llaves al tomar posesión de su «beneficio».

De aspecto antiguo, son tales las transformaciones que ha sufrido, sobre todo en los arcos, dinteles y jambas de sus puertas y ventanas, que es difícilísimo conocer la época de su construcción.



La casa de Joannis, que se dice fué edificada en una noche (Bargota)

En el pueblo se viene creyendo desde tiempo inmemorial, y aún se dice, que, por artes y conjuros de Johanes, fué edificada en una noche, como el puente de Mérida y el acueducto de Segovia.

Encima del arco de la puerta de entrada tenía, incrus-

tada en la pared, una piedra cuadrada, a guisa de escudo, en la cual había, grabadas a medio relieve, un ave grande con las alas extendidas y a sus pies, cobijándose en sus plumas, otras doce aves más pequeñas. (1).

Los lugareños, que aún viven y la vieron, dicen que era una perdiz madre con sus doce *perdiganas* (polluelos de perdíz), aludiendo a uno de los hechos maravillosos de Johanes, que luego referiremos.

Yo me inclino a creer que era un pelícano, alimentando a sus doce polluelos con la sangre que brota del pecho, herido con su mismo pico.

Bien sabido es que en Bargota existió una cofradía muy nutrida y muy devota del Santísimo Sacramento. Tenía esta hermandad su fiesta principal el día de Jueves-santo: sus *capítulos* mandaban que aquel

---

(1) Debemos a la ilustración y amabilidad del prestigioso caballero D. Angel Díaz de Cerio propietario de Bargota los interesantísimos datos siguientes acerca de esta casa misteriosa: «Por ser muy estrecha la calle Juan Lobo es imposible tomar una fotografía de la casa vista de frente».

«La casa está muy desfigurada; hoy tiene el escudo picado; lo que al parecer fué gallina y polluelos (blasones del escudo) está borrado; tuvo una sola ventana ojival con su bonita columnita en el centro como de un metro de alta por ochenta centímetros de ancha; hoy está medio tapiada y resulta cuadrada y fea. La fachada es toda de piedra de sillería, ennegrecida por la acción del tiempo; de unos siete metros cuadrados; antiguamente sólo tuvo dos habitaciones, la que recibía la luz de la supradicha ventana y otra más pequeña y sin luz; después han abierto en su muro otras dos antiestéticas y han hecho cocina y algunos otros compartimientos; queda aún el hermoso arco de la puerta».

«Por espacio de muchos años ha estado sin habitar, pues se creía maldita y nadie se atrevía a entrar en ella, [todavía hoy se la mira por los honrados habitantes de Bargota con prevención y espanto».

Dígnese nuestro buen amigo D. Angel recibir el sentimiento de nuestra gratitud por habernos suministrado estas noticias curiosas tomadas personalmente en la citada villa de Bargota.

día, llamado con propiedad «el día del Santísimo Sacramento», por conmemorarse en él su divina institución, habían de congregarse los cofrades varones, mayores de edad, *en la casa de la Cofradía*, por la mañana: habían de salir de ella, todos en correcta procesión precedidos de una bandera blanca, en cuyo centro estaban bordados el pelícano y sus polluelos, y, en silencio, se dirigirían a la iglesia donde todos, sin excepción, habían de recibir el Pan del Cielo, cumpliendo en este majestuoso y edificante acto, el saludable precepto pascual.

Volverían después a la citada *casa*, en la que todos, como hermanos, se sentarían a la misma mesa, comiendo un ágape frugal a las once, para ir, desde las doce, a la iglesia de seis en seis, envueltos en blancas túnicas ceñidas a la cintura con grandes rosarios de Jerusalén, a velar el Monumento, por espacio de una hora.

He visto en algunos pueblos estas casas y encima de la puerta se ve un escudo cuadrado o en losange, y en él esculpido, o un cáliz, o un viril radiado y, con más frecuencia, el simbólico pelícano.

Y como la casa referida fué legada por Johanés, como veremos, a la Cofradía, esta Hermandad mandó esculpir el pelícano divino, alimentando con su sangre a los doce apóstoles, en la noche memorable del primer jueves-santo, representados en los doce polluelos colgados de su pecho herido.

Con relativa frecuencia acuden turistas estudiosos a conocer esta misteriosa casa y, a su vista, sacan de ella fotografías y dibujos; haciendo, como es natural, cien preguntas a los que ahora la habitan.

Me han asegurado que los actuales poseedores, aprovechándose, acaso, también de la oscuridad de una noche, arrancaron el precioso escudo para verse libres de inoportunas visitas y de preguntas molestas que les llenaban de inquietudes e intranquilidad. Lo cier-

to es que todos los ancianos del pueblo conocieron el escudo emblemático y ahora ya no existe (1).

## VI

### LA VIDA DE JOHANES EN BARGOTA

Establecido Johanes en Bargota, su vida se deslizaba entre el campo y el coro.

La capellanía le obligaba a asistir todos los días al Coro, para cantar el oficio divino; y cultivaba con obreros del agro, los campos, que de sus padres había heredado.

Lejos estaban, y aún están hoy, las tierras de pan traer en Bargota, pues hay fincas, que distan más de diez kilómetros del poblado; por eso, los labradores, que son la casi totalidad de sus vecinos, poseen, además de las mulas de labor, un borriquillo sobre cuyo sufrido lomo sienta sus posaderas el amo, en el umbral de la puerta para trasladarse del hogar al campo, por la mañana, y del campo al hogar cuando empieza a anochecer.

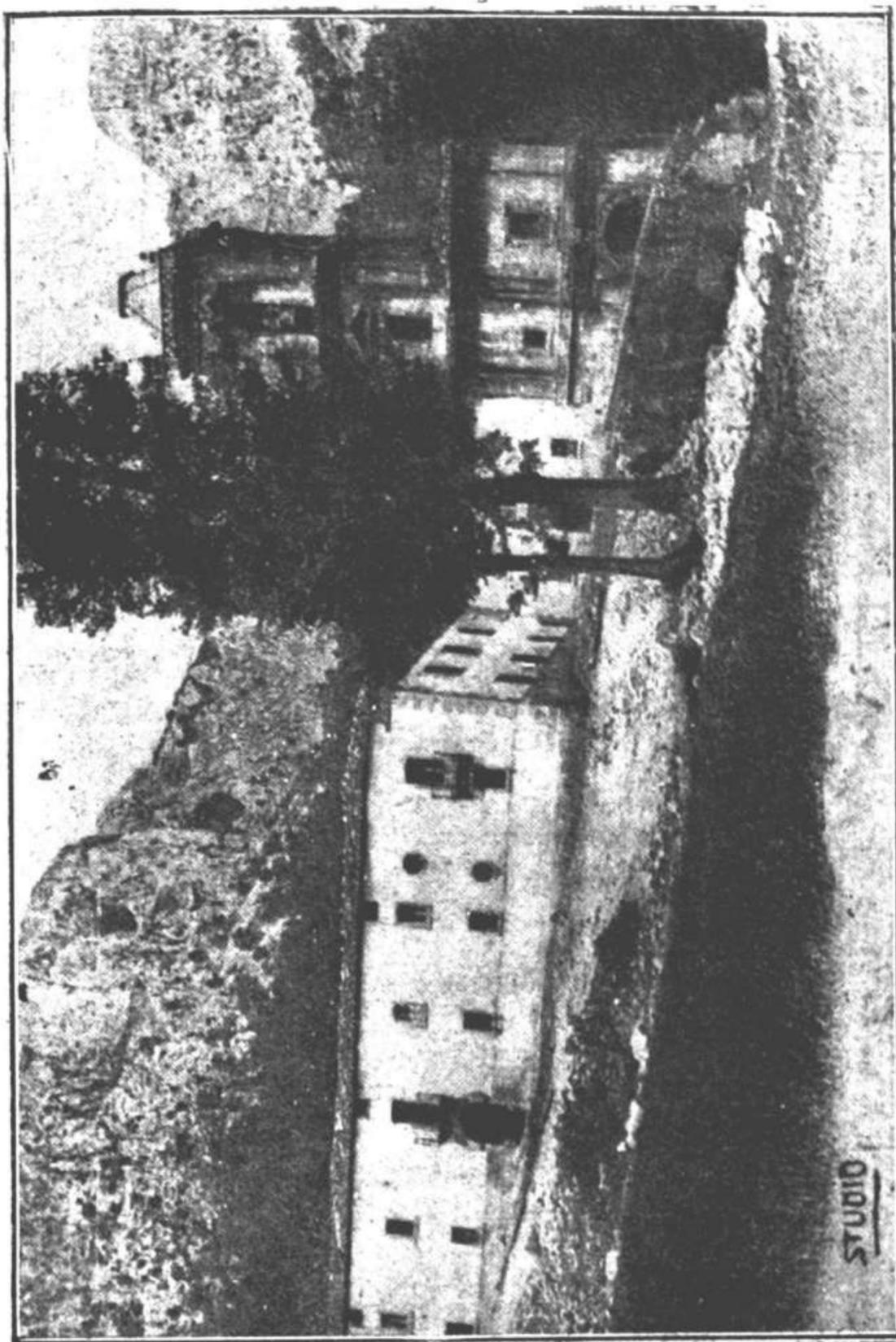
En la candilada se decía que Johanes, merced a la magia aprendida en Salamanca, después de acabado el *divino oficio matutino*, montaba en una nube, cu-

---

(1) Después de escrito lo anterior nos hemos enterado de que, al hacer algunos reparos en esta casa, el albañil raspó los relieves del escudo, quedando ahora la piedra en el mismo lugar pero sin blasones. Si el albañil hizo esta mala obra por su cuenta cometió una lamentable torpeza; si lo hizo mandado por los dueños sostenemos lo referido.

Nos aseguran que se ha puesto a la venta la casa misteriosa y que nadie se atreve a comprarla. El dueño de la misma la ofrece por 5.000 pcsetas.

Esta casa será siempre interesante para el folklore de Navarra y a fin de que no desaparezca, la Comisión de Monumentos haría una buena obra comprándola.



La peña de Codés y su santuario



briendo su cuerpo con una capa especial, que le hacía invisible y, en un *santiamén*, se trasladaba a las orillas del Ebro, en donde radicaban casi todas sus heredades, o a las afueras de Viana, dode poseía pocas, pero sus mejores fincas.

Por la tarde, volvía sobre otra nube, escondido en su capa mágica, a los *oficios vespertinos* y, ordinariamente, ya no volvía a su campo, pasando lo restante de la tarde, con los otros Beneficiados, que en su tiempo, eran siete, además del Abad o Vicario.

Este sistema de locomoción no era para Johanés tan seguro como el asnillo paciente para sus convecinos; algunas veces, sobre todo en verano, cuando amanecía el día radiante, sin nube alguna y el sol caminaba por un cielo de bronce, pasaba *buenos apuros*, para trasladarse a sus campos; mas no siempre desmayaba y bien sabía él que, allá en lo más hondo por donde el Ebro corre, rara vez, en las alboradas del verano, deja de formarse una espesa faja de blanca niebla, que oculta la madre del río, desde Logroño hasta Zaragoza.

Subía, pues, en estos días espléndidos, a lo más alto de un cerro, desde donde el Ebro se divisa, aspiraba con toda la fuerza de sus pulmones y, como el imán al acero, atraía hasta sus pies un núcleo de aquella niebla, que semejaba gigante bellón de blanca lana; sentábase sobre sus transparentes guedejas, se ocultaba en su capa invisible y, al instante, la niebla se restituía a su madre y Johanés *apeándose*, ponía el pie en las márgenes del río.

Pero..., ¿y por la tarde, cuando la tierra ardiente absorbía todos los vapores de la atmósfera y el cielo no tenía otras manchas que las llamaradas de cinabrio en el poniente; qué hacer?....

¡Ah!, entonces llamaba, con sus conjuros, al aire cierzo y la peña de Codés, cuya cima se eleva a 1.460 metros sobre el nivel de los mares, al contacto de este

viento, siempre frío, se cubría con el velo de la niebla; aspiraba otra vez con fuerza, hasta desprender una buena guedeja, montaba nuevamente sobre esta extraña carroza y en menos tiempo del que, para santiguarse, gasta un loco, se presentaba en su casa.

Desde entonces, (dicen los naturales de aquel país), no falta niebla en el Ebro por la mañana; ni deja de fumar la peña de Yoar, por la tarde; y yo puedo certificar, como testigo de vista, que no se equivocan aquellos navarricos, por todo el tiempo de primavera y de verano....

Los sábados, su vida se envolvía en el misterio....

Nadie veía a Johanés en la tarde ni en la noche del sábado y aún el domingo, llegaba siempre tarde al oficio divino, que precedía a la misa parroquial.

Ordinariamente se le veía llegar jadeante, sudoroso y precipitado, en el instante preciso de salir el sacerdote al altar, cuando los hombres del pueblo se reunían en el atrio de la iglesia, esperando oír los preludios del órgano, que acompañaba el intróito de la Misa, para penetrar en el sagrado recinto.

Llegaba entonces Johanés como aquel que viene de lejos, de muy lejos, cansado de andar leguas y leguas de camino; atravesaba silencioso y avergonzado, por en medio del vecindario, congregado en el pórtico, subía al poro, y sin más ceremonias, ocupaba su asiento, dejándose caer pesadamente sobre él.

Alguna vez, que venía calzado con botas de montar, cubierto de barro hasta la rodilla y con el manteo salpicado, también de lodo, al pasar, decía entre dientes:—«aquello no es el prado de Cantabria; aquello es el barrizal del infierno»: los que le oían se santiguaban escandalizados y se decían al oído: «ya viene del aquelarre de Viana: perdónalo, Señor, porque no sabe lo que hace»....

En cierta ocasión en que el 16 de Agosto cayó en domingo, se presentó, como siempre, en el atrio un

minuto antes del intróito de la Misa solemne, después que los demás Beneficiados habían cantado solemnemente la «Hora de Tercia».

Al verle sus convecinos, unos se rieron de él y otros se espantaron:—traía el sombrero y la parte superior del manteo cubiertos de nieve.

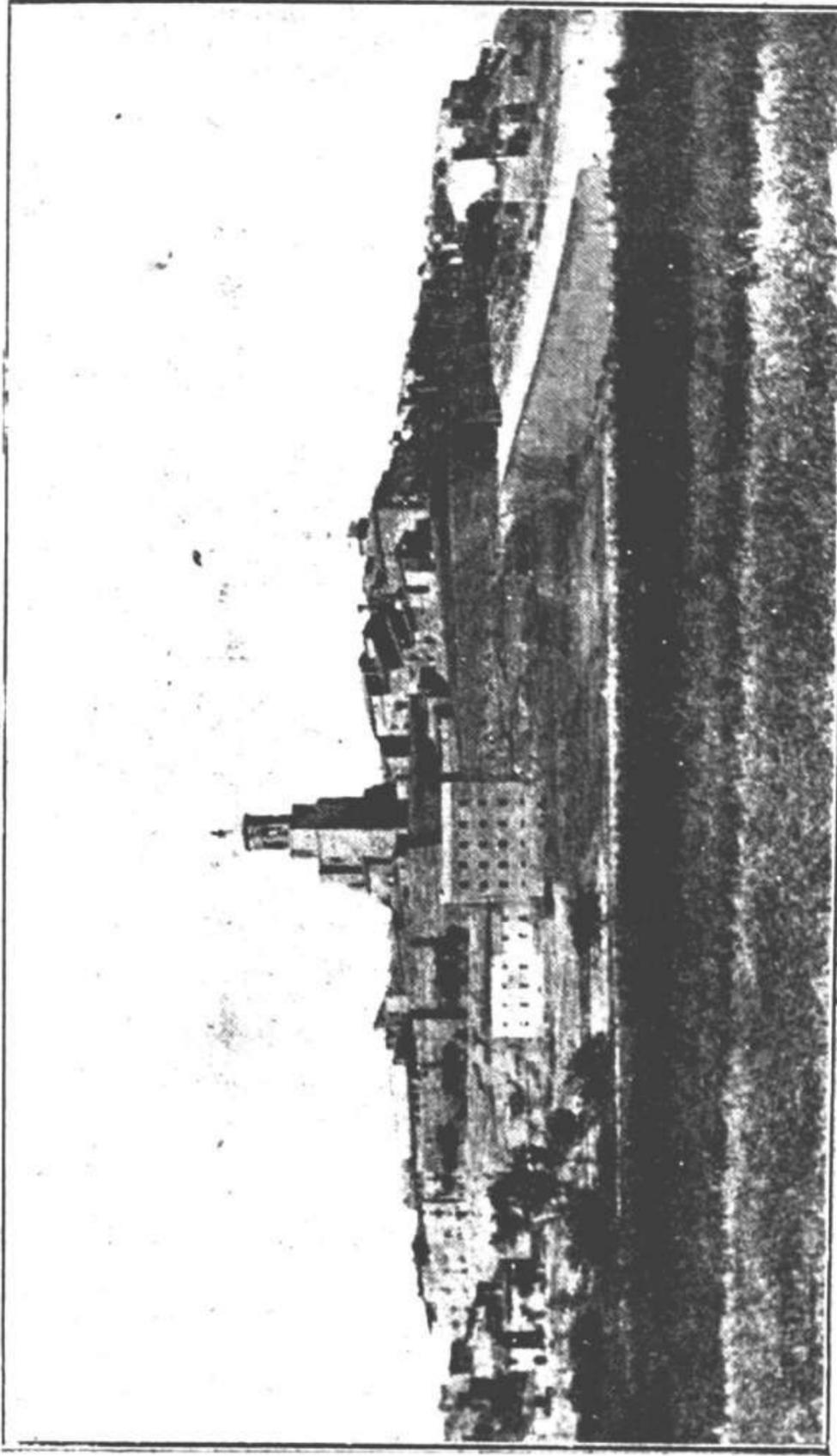
Como notara Johanes los aspavientos, que a su paso hacían, se fijó que, en su precipitación, habíase olvidado de sacudir su ropa, antes de entrar en el pueblo, como lo hacía otras veces, y agitando su sombrero y manteo, en la misma puerta del templo, para quitarles la nieve, exclamó con voz, que todos oyeron:—«¡¡ay que diablos!!..., ¡¡¡cómo nieva en montes de Oca!!!...».

Aquella noche había estado en el aquelarre de los montes de Castilla, de aquellos montes históricos, que fueron en otro tiempo el confín del reino, según aquellos versos clásicos:

«Entonces era Castilla un pequeño rincón  
Era Montesdoca de Castilla mojón  
Moros tenían a Caraso en aquesta sazón  
Y de la otra parte Tiberio era Mojón».

Y en Montes de Oca no era raro el que nevara en agosto; pero era raro y maravilloso el venir Johanes, en una noche, desde aquellas montañas, que distan de Bargota más de veinte leguas.

En las tardes de los días festivos veíasele, invariablemente, caminar hacia Viana, calzando sendas polainas de becerro, ajustadas medias de lana merina, voluminosos greguescos de terciopelo negro, chupa de paño muy ajustada a la cintura, cuello de blanco lino, rizado en abanico, cayendo sobre los hombros y espalda, y sombrero de alas redondas un poco vueltas y tan anchas que, indudablemente, le defendían de la lluvia bastante mejor que nuestros raquíticos paraguas.



▲  
Viana (Navarra):  
Vista general  
▲

No parecía sino que siniestras intenciones movían sus pasos; pues siempre salía de casa por una poterna estrecha y baja, que comunicaba con las afueras del poblado; cruzaba, por los senderos de las eras y por detrás de las paredes del camposanto, la vertiente sobre que la villa se reclina, y llegando a la balsa, que estaba en lo más alto del camino, seguía a la derecha, por veredas de pastores unos trechos, y a campo-traviesa otros, hasta llegar al arrabal de Santa *Magdalena*, extramuros de la ciudad, donde tenía aquellas amistades misteriosas, que, a punto estuvieron, como veremos luego, de arrastrarlo a las hogueras de la Inquisición.

Cuando, por el mal tiempo, no podía salir al campo, entretenía sus ocios, leyendo aquellos infolios, que el mismo había copiado en Salamanca y cuya lectura de farándula iba liquidando sus sesos: «*Los Infantes de Lara Encantados*»; la «*Demonología*» de Almagheriti; la «*Quiromancia*» de Miguel Scoto; «*La Trape-sonda y las Graciosas Burlas de Cingar*» por Domenico de Roberti; «*La Magia*», de autor anónimo y sobre todo aquellos grandes cuadernos de papel de hilo, manoseados y grasientos de tanto pasar hojas, los cuales compró, cierta noche de apuros, a un estudiante, que, por no pagar su cena, en la venta, debía ser encarcelado; y cuyos títulos, ya por sí solos, delataban la envidia del escrito: «*De la Adevinanza e de Agoreros*», «*De los Sorteros e de los Fechiceros*», «*De los que catan en agüero de aves e de estornudos; o en agua, o en cristal, o en espejo, o en espada, o en otra cosa luciente; o hacen fechizos de metal, o de otra cosa cualquiera, o adevinan en caput de ome muerto, o de bestia, o de perro, o en palma de niño, o de mujer virgen*»....

Y así pasaba su vida nuestro Beneficiado, creyendo, como verdades de fé, aquellas supercherías, que él quiso cien veces imitar, que refería a sus convecinos

como propias hazañas, pero que jamás pudo por sí realizar.

## VII

### SUS RELACIONES CON JUAN LOBO

Todavía pululaban en los montes de Navarra, aquellos restos de Agramonteses y Beaumonteses, que sin patria y sin hogar, se cobijaban en los sótanos abo-

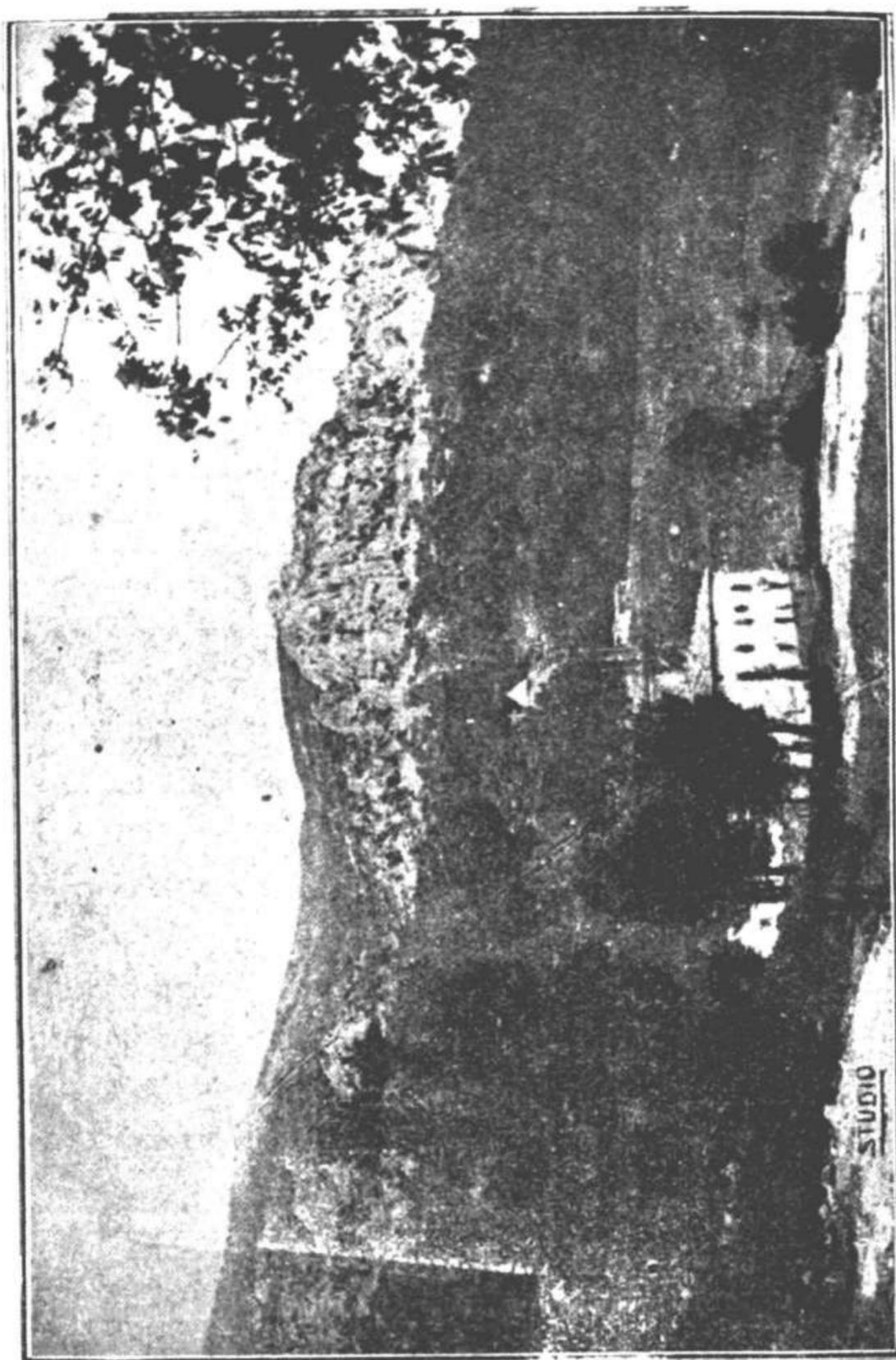


Bargota: Vista general.

bedados de los ruinosos castillos o en las cuevas de las rocas, para salir a robar, ya a los pastores sus ganados, ya a los labradores sus animales de labor.

En el castillo de Punicastro, que asentado en uno de los picos de Codés, dominaba los valles de Aguilar, Berrueza y Campezu, en una de sus cuevas, que yo mismo he visto, se refugiaba y vivía, en tiempo de Johanés, una cuadrilla de bandoleros, cuyo capitán se llamaba Joan Lobo.

Amedrentada tenían la comarca estos bandidos y bien conocido es el prodigio de la Virgen de Codés,



Peña de Punicastro



verificado en favor de un honrado vecino de Mirafuentes, secuestrado por Joán Lobo.

Conocido es también el sitio donde estaba colgada la campana de los bandoleros, que tocaba a *rebato*, siempre que, desde aquella cresta, el atalaya veía en peligro a los que habían salido a correrías; y todavía existe en Torralba la Cofradía de Arcabuzeros, fundada para batir a los ladrones y que acabó con aquella perniciosa cuadrilla de bandidos, dando muerte, una tarde del 24 de junio, al famoso jefe de poblada barba roja, Joán Lobo.

Las *capítulas*, que mandan a los cofrades estar armados el día de San Juan, de una *porra* enorme, y bailar aquel baile típico, casi podríamos llamar sagrado por lo honesto, solemne y significativo, en presencia del Abad y delante del banderín de damasco carmesí, recuerdan aquellas historias.

Johanes el de Bargota tuvo relaciones (¿cómo no?, que diría ahora uno de nuestros americanos), con aquel capitán de bandoleros; y el motivo fué el siguiente:

Salió una tarde Joán Lobo con su compañero a saltar el camino de la Espina de Azuelo, por donde debían volver los pobres arrieros, que, en Logroño, vendieron sus cargas de trigo.

Un pastor de aquellos montes, que le divisó de lejos, avisó a Torralba y pronto se organizaron más de veinte cofrades; cargaron sus arcabuzes y hacia la Espina se dirigieron en persecución del temible capitán.

Ya tenían a los bandidos en la mano, cuando, al cruzar la maleza, una banda de cuervos, que en carne muerta se cebaba, espantóse y sus graznidos estridentes apercibieron a Joán Lobo del peligro próximo en que estaba.

Huyeron, el capitán hacia Bargota y el otro bandido hacia Aguilar y perseguido éste, por tres o cuatro arcabuzeros, todos los demás cofrades corrían ve-

locos persiguiendo al jefe: éste, como alma que lleva el diablo, escalaba cerros y saltaba barrancos, a gran distancia siempre de sus enemigos, logrando llegar a Bargota y penetrar, sin ser visto, por la poterna de la casa de Johanes, burlando así la acometividad de los arcabuzeros.



✻  
Torralba: Pueblo  
de los Arcabuzeros  
✻

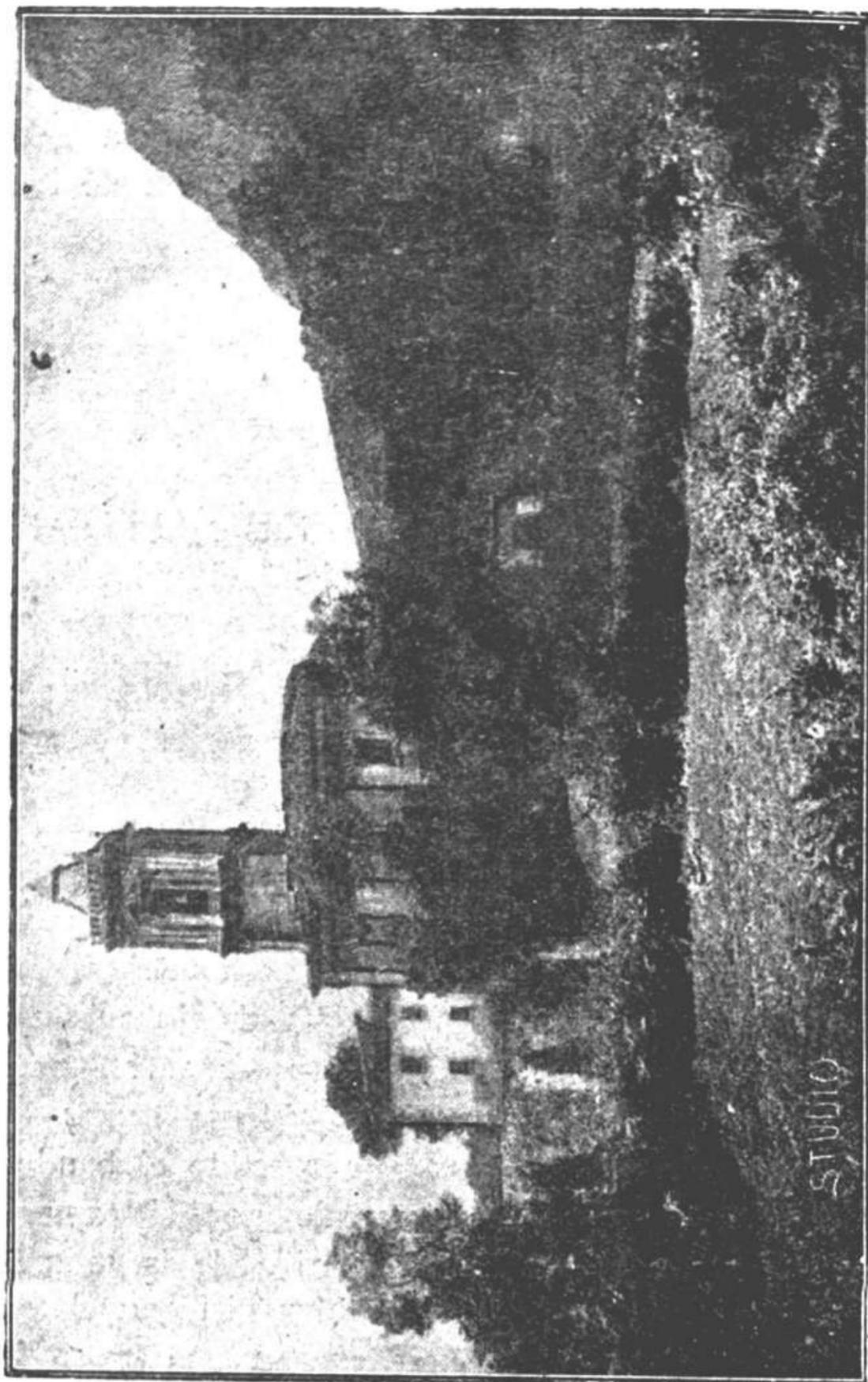
Llegaron estos al pueblo, comunicaron lo sucedido al Regidor, preguntaron a los alcabaleros, que guardaban los portales de las murallas y... nada..., nadie se había apercebido y las pesquisas y aún los trabajos de investigación, que en los fuertes y cabañas de los alrededores se hicieron resultaron inútiles.

Aquella noche, cerradas las puertas de la villa, establecieron guardias en todos los caminos de salida, pero nada anormal pasó ni en la noche ni al día siguiente.

No transcurrieron muchos días cuando un rumor extraño se extendió por el pueblo, rumor al que la fantasía popular dió cuerpo y sancionó el vulgo con su más que sencilla credulidad.

Joán Lobo—decían—pasó la noche con Johanes: por la mañana el Beneficiado prestó al bandido su capa invisible y, en ella embozado, pasó por el portal de la iglesia, siguió por el camino de Espronceda y llegó a Punicastro sano, salvo y sin ser visto.

Personas mejor informadas decían, en voz callada y después de poner el dedo índice delante de sus labios redondeados—«que la *señá* ama de Johanes se había dejado decir,—(en secreto, eso sí, ¿...?),—que su *mercé* el amo y su *huésped*, habíanse encerrado en el cuarto de los *ingüentos* y, convertido el bandolero en gato negro, había escapado por el campo, hasta llegar impunemente a su guarida de la montaña»—....—«que varios pecheros habían visto aquel día atravesar velózmente sus fincas un enorme gato de pelo negro y brillante como la seda»—....—«que un pastor de Espronceda persigió a un gato de pelo largo y untoso, el cual, metiéndose entre sus cabras las llevaba espantadas por los cerros y despeñaderos en los que algunas perecieron...; que habiéndole dado un fuerte garrotazo dejóle tendido y casi muerto en el suelo y, queriéndolo acabar, dióle un segundo golpe, que le reanimó y le volvió a su estado sano



❧  
Codés: vista panorá-  
mica y camino de  
Punicastro.  
❧

y natural, huyendo, con grande espanto del pastor, el cual, pensó y reflexionó después, que el gato no era gato, sino bruja; y que debió darle *uno, tres o cinco* garrotazos, es decir, en número impar, para poder hacerle el mal que deseaba»....

Todo esto se dijo y se comentó y se creyó en el pueblo; pero..., lo cierto fué, según refirió el mismo Joán Lobo, que Johanes vistió al bandolero con su loba y manteo, con sus zapatos de hebillas y calzas negras y su sombrero de paño negro y ancho alero, y, embozado hasta los ojos por el frío mañanero, que bajaba de la peña (¿?), pasó el portal y tranquilamente llegó a Punicastro, siendo por muchos visto, pero por nadie conocido.

Las mujeres de Bargota, que llevaban el pan al horno, vieron en aquella mañana (¿?), y así lo contaron, pasar a Johanes (¡!), con su vestido de clérigo, que acudía al valle de Aguilar, a fin de asistir a un entierro de pompa..., mas eso no era verdad, aunque lo dijeran dueñas, pues Johanes, pasó todo aquel día en su casa, sin salir y..., en el valle de Aguilar, no hubo entierro, ni de pompa, ni de miseria... (¡¡!!).

Dícese que desde aquel día, Joán Lobo jamás hizo el menor daño a los de Bargota.

Es cierto que, en recuerdo de aquella hazaña, la calle de Bargota por donde escapó el capitán de bandidos, se llamó y se llama aún «calle de Joán Lobo».

## VIII

### SU VIAJE A MADRID

La huida misteriosa del ladrón, que el público calificó de acto de brujería, no debía quedar impune y el relato, que sigue, se refería en todas las candidadas, como hecho cierto.

Eran los últimos días del mes de abril del año de gracia de 1599.

La cofradía de arcabuzeros de Torralba, creyéndose burlada por la magia de Johanés, denuncióle a la Inquisición de Logroño, la cual, mandó dos de sus ministros, con el mandato expreso y terminante de prenderle y conducirlo preso a las cárceles de aquella ciudad.

Llegados a Bargota, bien entrada la noche, para que nadie se apercibiera y pudiese avisarle, evitando así el que los mismos ministros fuesen víctimas de algún juego de prestidigitación, llamaron en la puerta del clérigo: bajó, para abrir, aquella ama setentona, que le cuidaba, y empezó a temblar de pies a cabeza al ver los ministros de la Justicia.

Dijéronla si estaba Johanés y como contestara balbuceando que sí, instáronla a que le llamase. Oyó Johanés el diálogo y bajando rápidamente la escalera, se presentó a los ministros.

Expusieronle estos su cometido, comunicándole la orden del Inquisidor: —«Está bien»—contestó Johanés.

—«Ya perdonará vuesa mercé—le dijeron—que a esta hora intempestiva interrumpamos el silencio en que vuesa mercé vive: tome, lea y dese presto, que la santa Inquisición lo ordena».

Sacó tranquilamente Johanés, del canuto, el rollo de papel amarillento, que contenía la orden de aprehensión; calóse unos quevedos llenos de soldaduras, y, leído, lo arrolló, volviendo a introducirlo en el tubo de metal, y les dijo:

«Bien pueden ver vuestas mercés que un clérigo ha de presentarse, en hábito decente, ante el Illmo. Inquisidor y magüer la ropa, que encima llevo, no tenga tantos girones como higo bien maduro, pero bien notan vuestas mercés que tiene más zurcidos, que esclavina de tuno: dejen, pues, que suba y trueque esta

ropa por la del día de incienso». (Mientras esto decía su imaginación tramaba una huida salvadora por la poterna trasera).

«Déjese vuesa mercé de adecentamientos y por los clavos de Cristo, síganos presto, que en su prendimiento, acaso va nuestra cabeza y no es cordura dejar volar el pájaro, que cayó en mano».

«Sea, pues, según vuestas mercés, desean, pero al menos esta calceta de la pierna izquierda, que, como ven, tiene más *bujeros* que una criba, déjenme quitalla»...

Tomó en su mano el candil, que en la mano del ama colgaba y mandó a esta que le quitase la calceta: tiraba ella con sus pocas fuerzas, pero la calceta no salía; y ayudándole en este menester uno de los ministros, arrancáronle la pierna y comenzó a brotar un río de sangre, con lo que Johanes cayó desfallecido y su ama desmayada, por el enorme susto.

Espantados estaban los ministros, temerosos de que, si el vecindario se apercibía, los tomarían por los salteadores de Punicastro; y como el cuerpo del delito (el charco de sangre y la pierna desprendida) estaba presente, irían irremisiblemente a dar con sus huesos en la cárcel y acaso sin pasar por ella, en el camposanto; así que, con el mayor silencio, tomaron en sus brazos a Johanes y lo subieron a la cama: hicieron otro tanto con la ama y cargando al hombro la pierna arrancada, que había de servirles de excusa justificativa ante el Inquisidor, atravesaron, a chitón y callando, el poblado; y, el camino de Logroño desandaban, cuando amaneció y vieron, a la luz de la aurora, que lo que llevaban no era pierna sino un tronco curvado cubierto con medio zaragüel de paño negro y con una vieja calceta de lana blanca, agujereada como una criba (¡¡...!!).

No contaban en la candilada lo que determinaron hacer los pobres ministros a vista de este encanta-

miento, pero sí seguían relatando que el bienaventurado clérigo y su vieja amiga, durmieron como unos benditos toda aquella noche, como si nada hubiese sucedido.

Al día siguiente, temiendo que aquella aventura del trueque de la pierna no quedaría en el silencio, determinó ir a Madrid, para lo cual, subió a la balsa con su vieja amiga, y mirando hacia los montes de Castilla, dijo:

«Nube de montes de Oca  
apropícuete a mi boca»; y aspirando con fuerza, atrajo una nube blanca, escalonada en círculos desiguales, como aquellas, que, en las tardes de junio, asoman en la peña de Codés a las que los labradores llaman laneros por aparecer cándidas como el vellón, en ese mes del esquileo.

Subiéronse a ella y sentados sobre las gasas más altas, se ocultaron dentro de la capa invisible y volvió a decir Johanes:

—«¡Nube del mes de abril,  
llévanos a Madrid!...

Con más rapidez y seguridad que ahora los aviones estupendos, cruzó el espacio la nube misteriosa, y al llegar a los montes de Oca, que ahora llamamos la brújula, descendía, suavemente, viéndose Johanes obligado a gritar de nuevo:

—«¡¡Nube mía, nube alada,  
sigue, sigue tu jornada...!!».

Y en un periquete se puso sobre Madrid.

## IX

### ENCIMA DE LA PLAZA DE TOROS

Celebrábase a la sazón, una corrida de toros en la villa del oso y del madroño, con la cual, se festejaban las dos bodas de Felipe III y de su hermana, la

princesa Isabel, que, ya su padre el rey Felipe II, había dejado concertadas antes de morir; del primero, con Margarita de Austria, y de la segunda, con el archiduque Alberto; y aunque las bodas se celebraron en Valencia (18 de abril de 1599), Madrid se había entregado a fiestas y regocijos, tan fastuosos como nunca, hasta entonces, se habían conocido.

En lo más álgido y divertido de la corrida estaban, cuando la nube de Montes de Oca se balanceaba suavemente sobre la plaza y Johanes y su anciana ama, sin costarles un maravedí, se divertían tan ricamente viendo los lances y oyendo el griterío de la fiesta taurina, sin que ellos fuesen vistos por persona alguna, gracias a la capa invisible.

Pero el marqués de Villena, que con él había estudiado estos encantamientos en Salamanca, ocupaba un palco con sus amigos, a los cuales, dijo: —«Mirad donde está Johanes el de Bargota; en aquella nube, con su ama».

«No le creían y, para probarles que era cierto, le quitó un zapato al ama:—entonces el ama dijo— ¡Señor!, me han quitado un zapato—el amo dijo— no te apures, ya se quien te lo ha quitado, luego te lo devolverá».

Entonces le puso al marqués dos largos y retorcidos cuernos en la frente: el marqués, pretextando correr de vientre, quiso salir del palco antes de que se *dieran guarda*; pero le era imposible salir por la puerta: entonces arrojó el zapato a la nube, pero al marqués no se le cayeron los cuernos..., y le dijo Johanes:—«Tú, que tanto puedes, escribe a la Inquisición de Logroño, que no me persiga; y cuando se lo hubo prometido el marqués, se le cayeron los cuernos».

«Pero uno de los amigos, que, turulato le miraba, hizo en *el nombre del Padre* (santiguóse), y Johanes cayó con su ama en medio de la plaza, con

harta vergüenza suya, y con espanto de todos los espectadores» ....

«Entonces fué llevado a la cárcel de la que no habría salido, sino mediara la influencia del marqués» ...

## X

### SU VIAJE A LAS FIESTAS DE SAN FERMIN DE PAMPLONA

La vieja Iruña se había remozado aquel año; y se disponía con actividad febril, a celebrar sus mecatas el día de su patrón el Señor San Fermín.

Había una razón muy poderosa para dar a las fiestas inusitado esplendor aquel año de gracia de 1599, pues, invitados los recién casados reyes don Felipe y doña Margarita, habían prometido su asistencia a las siempre ruidosas fiestas del 7 de julio.

Tenían los reales esposos, deseos de presenciar el milagroso encierro (así se cuenta en la candilada, aunque a mí no me consta que ya en el siglo XVI, hubiese encierro en Pamplona), y al mismo tiempo jurar los fueros del antiguo Reino, según sus predecesores lo habían verificado.

Llegó el día 6 de julio y todas las posadas y mesones de Pamplona estaban abarrotadas de forasteros; ni una persona más podía hospedarse y hasta en las belenas y callejuelas se veían tendidas mantas morellanas, que en las últimas horas de la noche servirían de camas.

Johanes, con sus zaragüelles de día de incienso, su ferreruelo nuevo, su golilla almidonada, calzas de seda carmesí, sombrero luciente, espada corta prendida de precioso tahalí de cordobán y elegante malkila de acebo en la mano, salió de Bargota, bien de mañana, el día 6; (aquel día debió ser espléndido, sin

nube que empañara el horizonte); y como no se dirigía hacia el Ebro, ni a Castilla, ni a Codés, *a pie y andando*, tipi-tapa, tipi-tapa, recorrió los setenta kilómetros, que separan la buena villa de Bargota de Pamplona, su capital de provincia.

Serían las once de la noche, cuando llegó a Iruña.

Gente bullanguera rondaba por las rúas: los chunchuneros soplaban en todas las esquinas, y los imberbes irunshemes danzaban más contentos que un tamboril.

Cuando nuestro clérigo cruzaba las estrechas rúas, abriéndose difícilmente paso por entre aquella alegre juventud, iba pensando en sus adeütros: «¡Oh!..., ¡el buen humor, que estos chicos derrochan, estaría bien en esos jueces serios de la Inquisición, que solo una vez al año ríen...!»

Y así cansado, rendido, llegó al mesón de la Urraca, a la que pidió, sin más preámbulos, un aposento con una cama para descansar.

— «¡Ah!, nuestro caro maese Johanes—dice Urraca, la gruesa mesonera—ni una cama queda vacía y en casi todas roncan a estas horas dos y aún tres, o serán ocupadas esta misma noche con cerrado compromiso».—En ese caso repone Johanes—présteme un ruedo de peludo esparto que ésto me basta, y alumbrame a una pieza cualquiera de la casa, magüer esté alojado en ella Pierres de Peralta.

Llevóle Urraca a un aposento donde dormía, en la única cama, que en él había, el Abad de Otiñano, con un sobrino de unos doce años, los cuales habían, acudido a Pamplona, no tanto atraídos por las fiestas, como por conocer al Rey.

Despidióse con voz callada la mesonera encendiendo el candil, que, enseñando en su pico una torcida mocosa colgaba de un clavo entre la cama y una grande mesa de nogal. Era el candil, que, una hora antes, alumbrara a los de Otiñano.

Johanes lo atizó, tosió con fuerza y despertó al buen cura de su tierra: no eran desconocidas aquellas caras y mutuamente recordaron que se habían visto más de una vez; pero ambos disimularon, bien contrariados, por cierto, los dos de encontrarse encerrados en el mismo aposento; y bien convencido el buen Abad de que dormía aquella noche con un brujo.

Pidióles perdón Johanes con mucha mesura, tendió su ruedo en el suelo para dejar caer en él sus huesos y les dijo con voz cavernosa y alarmante: —miren vuesas mercedes, que yo acostumbro a dormir sin cabeza....; —los otros con los ojos casi cerrados por disimular, pero con la imaginación bien abierta, mirábante de hito en hito: Johanes empezó a destornillarse la cabeza y al cabo de seis u ocho vueltas quedó separada del tronco y la colocó encima de la mesa, mirando, con sangrientos y saltones ojos, a la cama.

Ver esto, dar un grito de horror y saltar del lecho el Abad y su sobrino, fué cosa de un instante, y en paños menores, salieron del aposento disparados como una centella.

Entretanto, Johanes ajustó la cabeza a su garganta, dijo para sus adentros: —¡¡Dios quiera que me salga bien ésta!!—y tendido en el ruedo, comenzó a roncar.

Subió alarmado el mesonero acompañado del Abad y de otras personas empuñando sendos makilas de acebo; pero casi los volvieron contra el Abad, creyéndole loco, cuando advirtieron la tranquilidad de Johanes y lo normal de todos los enseres del aposento.

Más, el Abad, no teniéndolas todas consigo, tomó sus ropas y las de su sobrino, que aún castañeteaba de dientes en un rincón de la cocina y, vistiéndose ambos, huyeron de aquella posada, maldiciendo la hora en que entraron en ella.

Entretanto **Johanes**, tomando posesión de la cama y riendo su hazaña, se tendió sobre el jergón de hojas de maíz y descansó muellemente hasta las altas horas de la mañana siguiente.

## XI

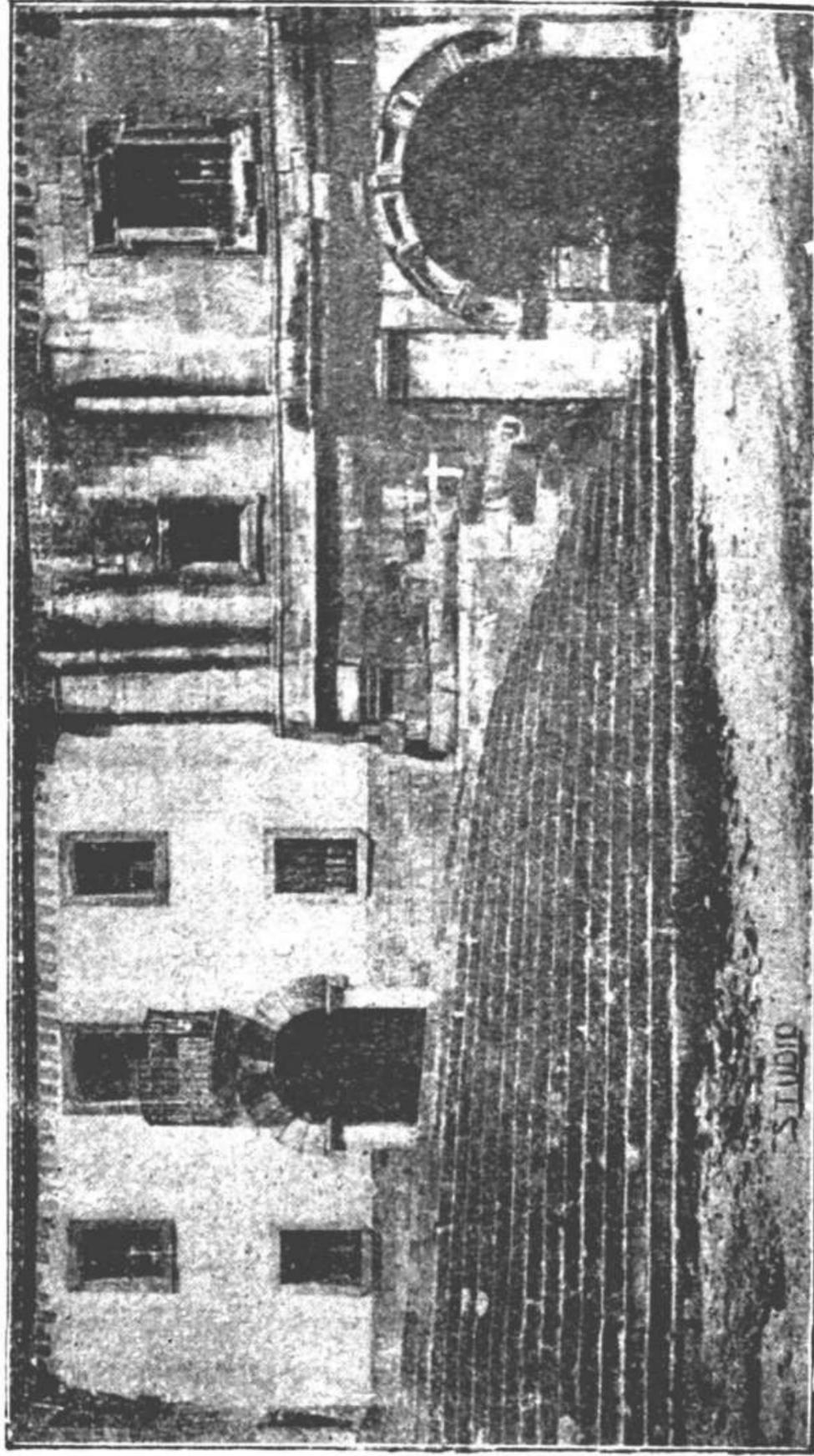
### ESCURSIONES A LOS PUEBLOS CIRCUNVECINOS:—EN CODES

Recostado al pie de la peña de Yoar, ingente cordillera de una ramificación pirenaica, hay en el valle de Aguilar un santuario de la Virgen muy venerando, pues en aquel lugar se dice que apareció una imagen medioeval de la Reina de los Cielos, que en él aún se venera.

Cerca de este santuario, en un saliente sur de la citada cordillera, desde cuya cumbre (1.460 metros sobre el mar), se ven territorios de varias provincias de España, se destacan dos picos gemelos de más de 100 metros de altura: el más pegado a la roca-madre, es un poco más alto que el otro y los dos se conocen en aquel país, con el nombre de «las dos hermanas».

Todos saben, porque lo han oído a sus abuelos, que aquellas dos piedras eran dos hermanas, pobres chicas huérfanas, que un día aciago, las segundas bodas de su padre las redujo a ser esclavas de una madrastra sin entrañas.

Torturadas un día y otro por aquella mujer, reverso de la madre tierna y cariñosa, que en un día, nunca bastante llorado, cerró para siempre sus ojos a la luz del mundo, salieron al campo cierto día, sin rumbo fijo, e, internándose en el bosque, gastaron las horas de la tarde, dando lamentos infructuosos.— Como llegara la noche sin volver a casa, la madrastra



❁  
Codés: entrada a la  
iglesia y gran es-  
calinata.  
❁

las maldijo, diciendo:— «¡¡Ojalá se vuelvan piedras!!...».

Nadie volvió a ver las pobres huerfanicas, pero a la mañana siguiente, entre la peña de Yoar y el camino de Codés, aparecieron, inmóviles como la estatua de la mujer de Lot, dos monolitos, un poco desiguales como eran las huérfanitas.



**Roca llamada «Las dos hermanas»**

Desde aquel día aquellas dos piedras se llaman «Las dos Hermanas».... En el monolito más alto, en su cara que mira al oriente, hay, grabado con líneas toscas, un sacerdote vestido con casulla, en actitud de decir «Dominus vobiscum».

Cien veces lo ví cuando era niño y acudía con otros muchachos de mi pueblo a las romerías de Codés.

Aquel sacerdote grabado en la roca, «es el Cura que celebraba su Misa en el santuario, y fué llevado a la peña e incrustado en ella por Johanes».

En la candilada se contaba así:

«Otro día Johanes fué a visitar a la Virgen de

Codés, pues, aunque brujo era navarro y ningún navarro ha dejado de sentir la devoción salvadora de la Virgen.

Llegó al santuario y entró en la iglesia al tiempo que el Abad de Otiñano decía la Misa».

«Al volverse para decir el «Dominus vobiscum», vió a Johanes recostado en un confesonario y parecióle que aquella cara hacía los mismos visajes que en el mesón de Pamplona».



Virgen de Codés

«Como le tenía por endemoniado, y, pensando que en su presencia no podía continuar el Santo Sacrificio, cortó la Misa por medio y se retiraba a la sacristía cuando Johanes le paró los pasos, poniéndose en la puerta y diciéndole:—siga vuesa merced, que para



Un bello rincón de  
Codés.



ello no hay óbice alguno;—a lo que el Abad dijo: —Ya sabes, Johanes, que está escrito «*no echés pan bendito al perro, ni a tus cerdos (con perdón) alimentos con margaritas*», a lo cual, respondió Johanes —pero así mismo está escrito «*también los cachorros comen las migajas, que caen de la mesa de su Señor*» —y como el Abad se obstinase en no continuar, Johanes le coge por los pies, y llevándolo por los aires, lo dejó pegado en la mayor de «las dos hermanas».

—«Cuando paséis por allá—agregaba la cuentera —habéis de rezar un «Padre nuestro», por aquellas tres personas desgraciadas»....

El relato conmovía profundamente a la candilada; seguía a él un sepulcral silencio...; la ancianita, que lo refería secaba disimuladamente una lágrima con la punta de su delantal y... atizaba el candil, aunque esta vez «*sin amparo de falta*».

## XII

### EN VIANA

Realmente, el comportamiento de Johanes con el Abad de Otiñano, fué una excepción de su modo de proceder, porque era muy respetuoso con los sacerdotes.

Más de una vez, cuando se reunía con ellos, le instaban a que ejecutase algún juego de lícita prestidigitación, que les entretuviera; mas él excusábase siempre con humildad, pareciéndole que sus trucos, escamoteos y juegos de ilusión óptica, estaban reñidos con la seriedad de los ministros del Señor.

Sin embargo, como «no hay regla sin excepción», un día se extralimitó y satisfizo tan cumplidamente aquellas instancias de los Curas, que, después, jamás

les ocurrió, no ya instarle, pero ni siquiera insinuarle que ante ellos demostrase su habilidad.

Lo que pasó fué lo siguiente:

Recorría las calles de Viana un ambelero (vendedor de pucheros, cacerolas, tinajas, etc., de ambel), llevando del ramal dos «*ganaus*» cargados con su frágil mercancía cuando llegó Johanes a la ciudad llamado por el Vicario, para que ayudase a cantar en un entierro muy solemne.

¡El ambelero pregonaba sus productos de alfarería, gritando con voz gangosa, ¡¡al ambel!!..., ¡¡¡al ambel!!!, ¡el ambelero!, ¡¡al ambel!!....

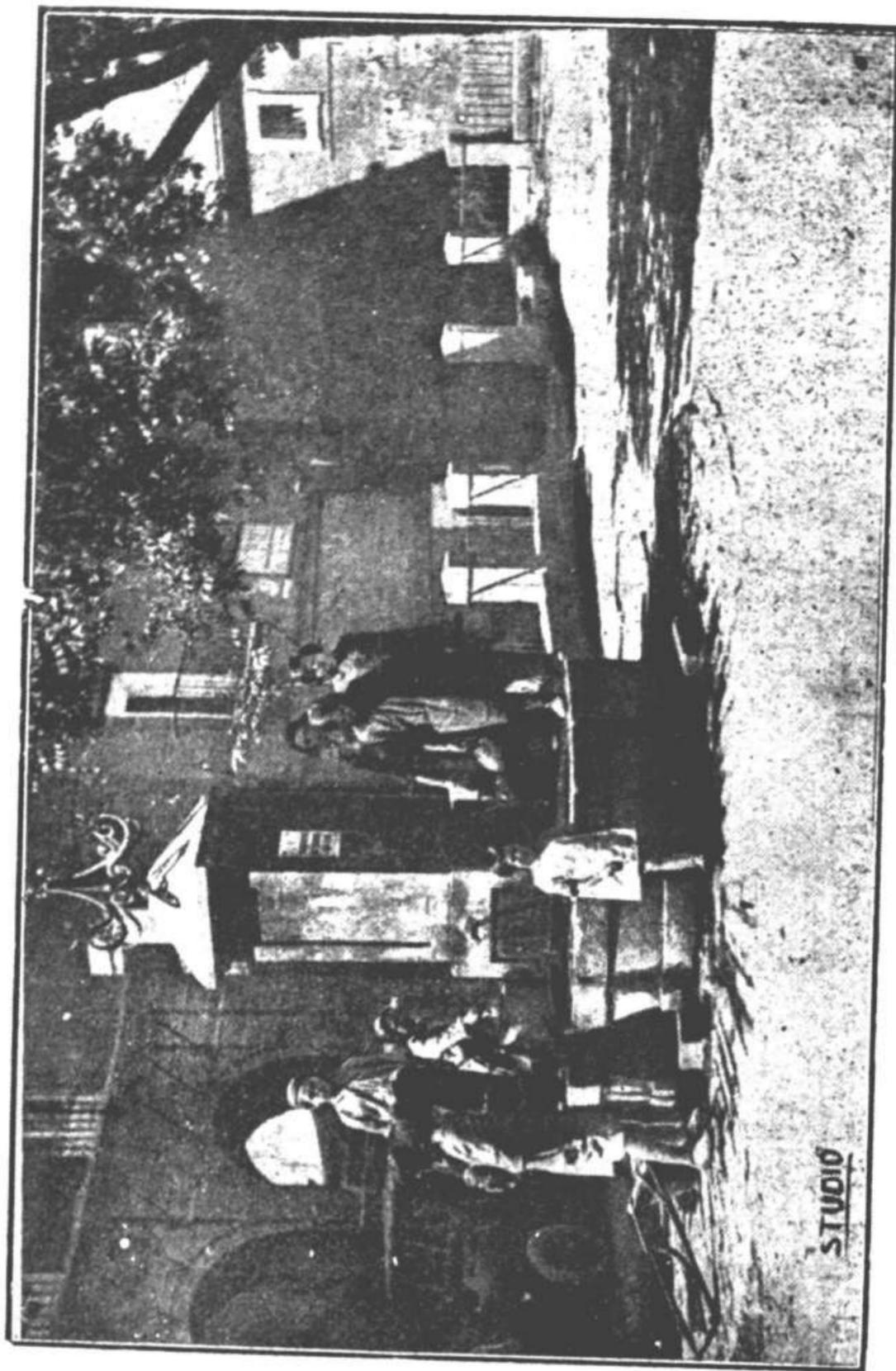
Al cruzarse ambos en la esquina de la rúa Vieja, preguntóle Johanes, levantando la voz:—¡oiga, buen hombre!, ¿qué es lo que lleva vuesa mercé?—El ambelero, que estaba ronco de tanto pregonar, contestóle de mal talante:—¡¡¡cuernos llevo, *seor* bachiller!!!;—mejor os fuera llevar cuernos—repuso Johanes—que no cacharros de ambel, y si nó, ya lo veréis.

El hombre descargó sus *caballerías* y colocó sus brillantes pucheros, escudillas, *cazuelas*, tarteras, ollas y tinajas sobre el limpio suelo, en el lado Norte de la plaza de Santa María: siempre había tenido allá, a pie quieto, su mejor mercado.

Cuando se hubo concluído el funeral, los Beneficiados de Viana y con ellos nuestro Johanes, salieron a tomar el sol, en el pórtico de la parroquia, el cual, está encima de la dicha plaza, y a charlar como de costumbre «de omni re scibili»....

Recayó la conversación sobre las artes mágicas, que tanto en aquella época preocupaban y, una vez más, rogaron, con insistencia, a Johanes que hiciese, a su presencia, algún prodigio de aquellos, que él sabía, «según era pública voz y fama»....

Por esta vez accedió Johanes y acercándose a la barandilla del pórtico, debajo de la cual estaba tendido



❧  
Viana: Plaza de Santa  
María.  
❧

el ambel, sacudió con fuerza su manteo y salió de él una banda numerosa de perdices, que azoradas fueron a refugiarse dentro de los pucheros y debajo de las escudillas y *cazuelas*.

A la sazón, por ser ya mediodía, llegaba y pasaba por la plaza una cuadrilla de escardadoras con sus azadillas al hombro, las cuales, como el lebrel sobre su presa, se precipitaron con confusa gritería, sobre las aves, y... *zadillazo* va y *zadillazo* viene..., golpe por aquí y golpe por allá..., clis-clas..., no dejaron un cacharrico sano, sin que lograran cobrar, ni una sola de aquellas embrujadas perdices, que desaparecieron por encanto; el viento fuerte y atremolinado, que andaba, contribuyó al éxito de aquel juego de ilusión óptica....

La risa de los Beneficiados no es para descrita, pero aquello fué una verdadera catástrofe para el ambelero, el cual, con las manos en la cabeza, vió en un momento *hecho pitas*, lo que con sudor había conseguido en tres hornadas de fortuna.

A los ruidos, y mientras la otra banda—la de las escardadoras—desaparecía por las encrucijadas de las rúas y por las belenas sin salida, llegó el regidor y empezó por calmar al inconsolable alfarero, prometiéndole hacer justicia.

Johanes y los Beneficiados bajaron a la plaza y dirigiéndose aquel a estos, les dijo:—«miren, vuestras mercés, que lo que es *«causa causae est causa causati»* —...y después, al pobre hombre, a quien, recordando su intemperancia de la mañana, habló así:—¡Ola!, ¿conque no eran cuernos lo que llevaba vuestra recua?...; ¡¡véis que si fueran tales, como afirmabais, no lloraríais agora *pitos!!*...

Entre tanto los Beneficiados se acercaron al regidor y le prometieron pagar los *vidrios rotos*, ya que como muy bien les decía Johanes, «el que es causa de la causa, es causa de lo causado»....

Cada uno de los siete Beneficiados pagó al embelero un ducado, con lo que el buen hombre quedó tranquilo y los señores vieron, en un momento, desaparecer de su bolsa las pitanzas, que de todo el mes se habían repartido aquella mañana malaventurada...; ya no les quedó ganas de repetir la suerte en los días de su vida....

Aún pudo vender el alfarero una tinaja, que sana, por casualidad, había quedado; dentro de la cual, encontró la dueña compradora una perdicica de papel, muy bien pintada y rellena de guano, la cual, pesaba como una paja, según afirmaban los que la vieron.

El embelero marchó....

En las afueras de Viana poseía Johanes una era de pan trillar, la cual, tenía unos agujeros invisibles por donde caía el grano, quedando encima la paja limpia; de tal suerte, que para Johanes, lo mismo era día de viento, que día de calma, en tiempo de la trilla: todos los días en la era de Johanes, se limpiaba la parba con admiración y espanto de sus paisanos, que, ignorando lo de los agujeros, lo atribuían (era natural) a brujería....

Cuando el alfarero pasaba, por el camino, que tocaba a esta famosa era, recordó el episodio de aquella mañana, y haciendo «*en el nombre del Padre*», exclamó: ¡¡por la Virgen de Arbeizar, que no me encuentre otra vez con ese brujo!!...»

Desde aquella hazaña (dicen los de Bargota), apareció encima de la puerta de Johanes, un escudo con una perdiz grande y doce perdicicas»....

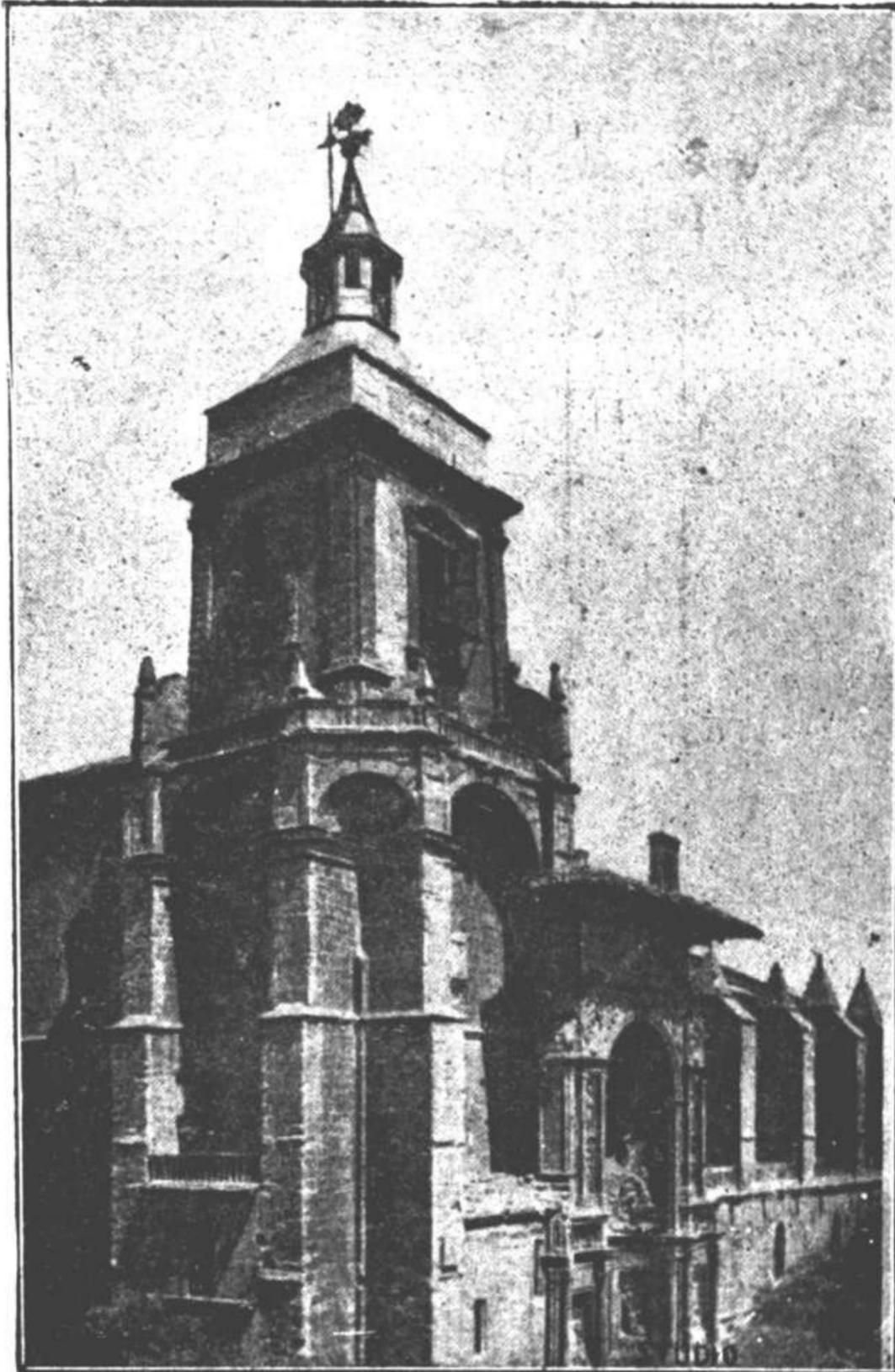
### XIII

#### CAMINO DE ARAS

«En cierta ocasión se dirigía Johanes, desde la ciudad de Viana, a la villa de Aras, en donde tenía unos parientes próximos».

«Había de atravesar aquel camino viejo, hoy abandonado, por haberle sustituido la carretera, el cual cruza la tejería y las ruinas venerandas de San Juan del Ramo, que el Príncipe de Viana edificara, agradecido a un prodigio con que el Cielo salvó su vida, en un día tormentoso en que, cazando, se recreaba».

«A pocos metros de la tejería encontróse Joha-



Viana: torre de Santa María

nes con un arriero de Aguilar, que desde las costas del Norte traía sus mulos cargados de besugos para Viana y Logroño. Y le preguntó:—De dónde es el arriero?—a lo que respondió el arriero y dijo:—¿y a vuesa mercé qué le va ni le viene en ello?...; no errar el camino importa, que, saber donde nació el caminante, no es menester....—¡¡¡Voto a Pierres de Peralta!!!..., ¡hijo de judío debéis ser que sois tan mal criado!, a fuer de caballero que habéis de decirme cuál es vuestro lugar, y si no, pasar no habéis de aquí.—Mire vuesa mercé por sus huesos—repuso el arriero levantando al aire su enorme makila—y camine en paz, que después el arrepentimiento será tardío».

«Arrebatóle entonces Johanes el ramal del primer mulo y trasladando por el aire toda la recua, la ató y dejola colgada de la veleta de la torre de Santa María de Viana....

#### XIV

##### VIRTUDES DE JOHANES: 1.º SU CARIDAD

El pordiosero, que llamaba en la puerta de Johanes, jamás se fué sin limosna.

Era la calle de Joán Lobo calle de pecheros, y ya se sabía, desde la primera puerta hasta la última, a la llamada, ¡Alabado sea Dios!... ¡¡Ave María Purísima!!., contestábase invariablemente: ¡Dios le ampare, hermano!...

Solo en la casa de Johanes encontraba siempre eco compasivo, aquel grito piadoso del mendigo.

La amica tenía a prevención una escudilla de ambel, hena de maravedís y cornadillos, que se escanciaba en las manos de los pordioseros.

Los pobres de la villa le reconocían por su mejor protector.

«En una ocasión un pobre vecino estaba muy triste por una deuda, que tenía con un usurero: y le dijo Johanes un día:—¿qué te pasa que estás tan triste?—y le dijo:—no puedo vivir por más que trabajo tanto para mantener mi familia; ese tal usurero se chupa todo mi sudor».

«Y le dijo Johanes:—No te apures, yò tengo 200 chivos en tal corral: dile que te perdone la deuda y que te de 2.000 sueldos; yo le daré los 200 chivos, que valen más que 300 ducados».

«Acudió al corral el usurero y quedó prendado de aquel rebaño tan numeroso y tan lucido, con cuya venta bien podría doblar, la deuda perdonada y los 2.000 sueldos donados».

«Se hizo el pacto. En un mismo pergamino escribió Johanes la condonación de la deuda y la donación de los chivos.

«Al día siguiente el usurero, encantado con su trato, fué a sacarlos al campo «a pastar». Abrió la puerta del corral y salió, primero, el chivo mayor; después, en dos filas, como en una procesión, salían los demás: todos, al trasponer el umbral, levantaban la cola y hacían al usurero una profunda reverencia doblando las rodillas e inclinando hasta el suelo la cabeza».

«Asustado el usurero de aquellas muecas extrañas, hizo «en el nombre del Padre», y..., uno por un lado, y otro por otro, huyeron todos los chivos como centellas; resultado: que el usurero quedó con el palo en la mano y los 200 chivos no se han vuelto a ver más».

«El aire de aquel campo quedó cargado de *chinita* y en mucho tiempo los labradores no pudieron trabajar en él».

«Hubiérase dicho que 200 diablos encarnados en

chivos, y escapados de los aquelarres, se habían reunido en aquel corral».

## 2.º SU FIDELIDAD: JUAN SIN SOMBRA

Camino de Logroño andaba cierto día Johanes, cuando un gallardo mancebo, que en pos de él caminaba, alcanzóle y trabó con él animada conversación: (dícese que era el demonio), el joven se fingió extranjero y quería convencer a Johanes a que le siguiese hasta su país, donde muy pronto sería poderoso y muy feliz; él se lo prometía: callaba Johanes y como el joven le supusiera convencido, propúsole un negocio muy sucio, muy ilícito y en extremo reprochable, que detalladamente le explicó y que la pluma se resiste a copiar por respeto a la caballeridad del lector.

Detuvo su paso Johanes y le replicó con entereza y energía:—«Mancebo: no puedo firmar la escritura que decís, porque «mi cuerpo es del alma y mi alma es de Dios», y como «nemo dat quod non habet» (nadie puede dar lo que no es suyo), «¡vade retro, sátana!! (¡¡apártate de mí, Satanás!!)....»

Llegaban en aquel momento a un recodo, el más hondo y el más escondido del camino y el falso mancebo «se tiró al pescuezo de Johanes», para ahogarle, gritando:—«¡Eres mío y muy mío, Johanes! «Entonces el clérigo dió un salto: hurtó el cuerpo y proyectó su sombra sobre el mismo joven, el cual, se abrazó a la sombra de Johanes y huyó con ella: desde entonces Johanes no hacía sombra ni aún en los días de sol más claro y se le llamaba en el pueblo «Juan sin sombra»....»

XV

RELACIONES DE JOHANES CON LA  
CIEGUECITA DE VIANA

Había en Viana, en el arrabal de la Magdalena, una casa vieja y oscura, que todos (en voz callada, eso sí, por miedo al Santo Oficio) llamaban «*la casa de las brujas*».

(En ella vivía una ciega, que, en frase de Menéndez Pelayo, «dió mucho que hacer al Tribunal de la Inquisición»; era la Celestina, de aquella comarca.

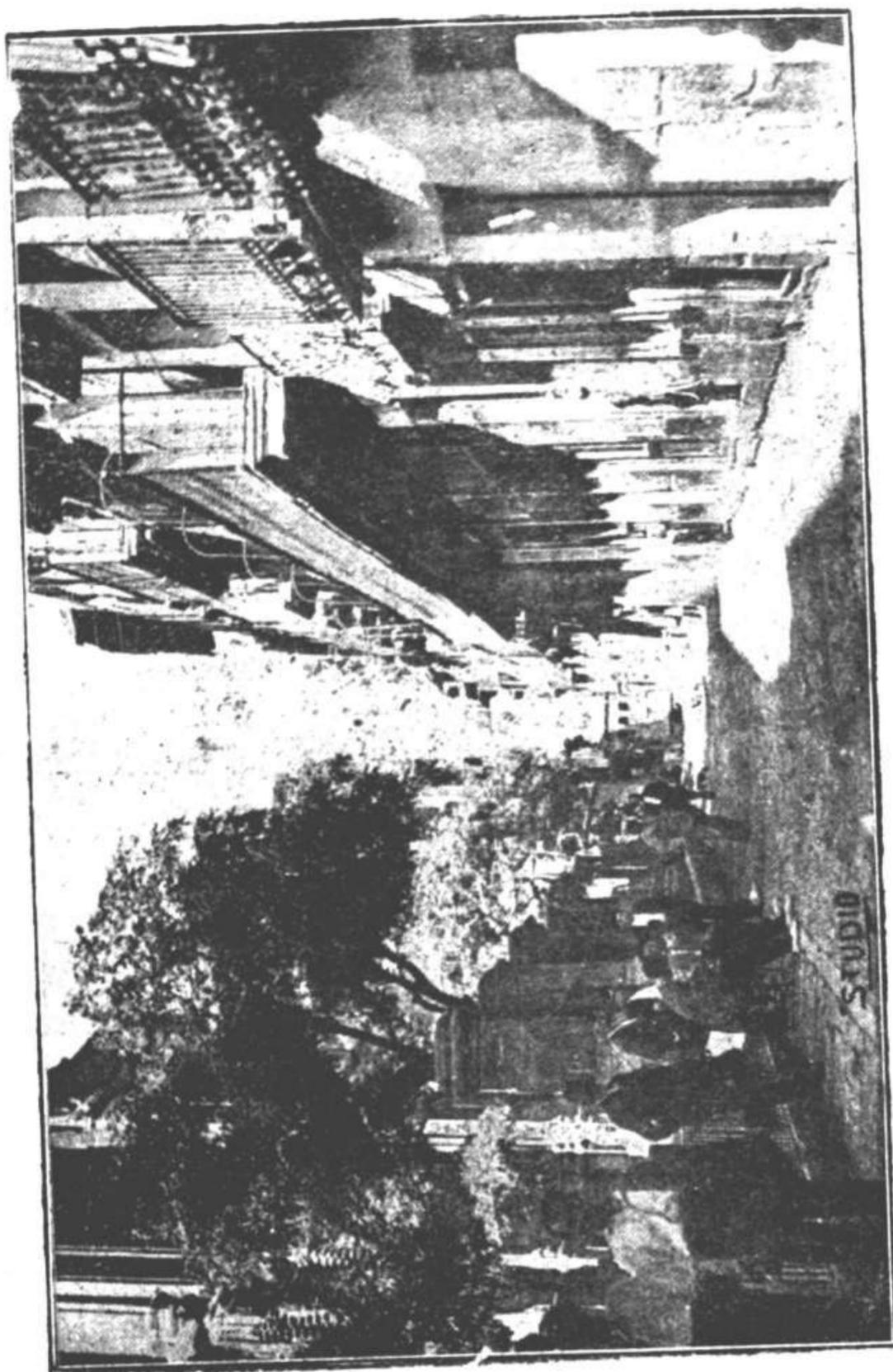
Durante las noches largas de invierno, a la luz de la tea chisporroteante, se reunían en su cocina negra y mugrienta, todas las chismosas y chismeros del barrio extra-muros y aún algunos de la ciudad.

Sus conversaciones giraban alrededor de dos ejes: vidas ajenas, y brujerías y encantamientos.

Johanes conoció a la ciega y, por ella, a toda aquella tertulia de tranquiladores, pelaires, tejedores y zapateros, con los cuales pasó también muchas noches de invierno y buenos ratos de verano.

Allá oyó leer, y copió para su uso, pues tanto le gustaba, «*aquella literatura perniciosa de magos, encantadores, hadas, hechiceras, gigantes, enanos, dragones, yerbas jaladas, filtros eróticos, endriagos misteriosos, héroes invulnerables, espadas, que todo lo destruían y nunca se mellaban, etc.*, que estuvieron a punto de volverle loco si la divina Providencia no hubiera despertado los ojos de su alma por medio del Santo Oficio, como veremos.

Allá vió cómo hacían los *ingüentos* mágicos con los que debían untarse para poder «*subir por la chimenea arriba*», volar por los tejados y acudir al aque-larre. El *ingüento* se componía de «*aceite negro de un candil, que haya alumbrado a un muerto, sesos de*



Viana: una de sus calles  
típicas.



*asno, tela de araña, sangre de murciélago, flor de yedra, mantillo de niño e hilachas de sudario».*

Con aquella cuadrilla de histéricas y neurasténicos había salido Johanes a cierto campo, cuyo nombre debía permanecer en el mayor secreto, el último día del año «*a recoger los enemiguillos*», que en forma de pequeños sapos negros, caían durante las doce campanadas de la medianoche, de los cuales era preciso llevar, siquiera uno, en el hueco de una caña, para poder ser admitido en el aquelarre».

Y, sobre todo, le hablaron allá «de los prodigiosos aquelarres, de la misa, que en ellos se celebraba, apariciones, que en ellos tenían lugar, etc., etc...»:

Por último, en aquel antro escuchó con espanto (¡Ojalá nunca lo hubiese oído y bien lo lloró en sus últimos años!) aquel conjuro, a seguida del cual, tembló la casa, se sintieron ruidos como de cien batallas, y parecía que el firmamento se hundía sobre la nocturna asamblea. Lo pronunció con increíble serenidad aunque con voz trémula, la cieguccica, de esta manera: «*Conjúrote, triste Plutón, señor de la profundidad infernal, emperador de la corte dañada, capitán soberbio de los condenados ángeles, señor de los sulfúreos juegos, que los hervientes étneos montes manan, gobernador y veedor de los tormentos..., de las pecadoras ánimas... Yo Endregoto la ciega, tu más conocida cliéntula, te conjuro por la virtud y fuerza de estas bermejas letras..., por la sangre de aquella nocturna ave con que están escritas..., por la áspera ponzoña de las víboras, que en este papel se contiene..., por el aceite negro con que untado está... y por el hilado de túnica mortuoria en que aparece envuelto..., que vengas sin tardanza a obedecer la mía voluntad..., etc.»*

Diciendo—«¡vade retro!»—a esta terrorífica evocación, escapó Johanes—aquella noche, prometiendo, en

sus adentros, no volver más a aquella casa; promesa, que no cumplió como luego veremos.

## XVI

### EL AQUELARRE DE VIANA

Es el «aquelarre», según el Diccionario de Domínguez, «la asamblea de brujas y brujos, que se reúnen para sus ceremonias y bailes, según las opiniones supersticiosas de varios pueblos antiguos y modernos». Los Franceses le llamaron el «*sabbats*», porque ordinariamente se celebraba la noche del sábado y en España se hizo general el nombre vascuence de «*aquelarre*», compuesto de las dos palabras «*aquer*» y «*larre*», esto es «*prado del macho cabrío*», por aparecer en él el demonio, en figura de un chivo.

Hay en Viana un campo situado a unos seis kilómetros de la ciudad, en dirección sud-oeste, cerca de lo que hoy es el pantano, que sirvió de aquelarre, según declaraciones hechas al Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en Autos de Fe, celebrados en Logroño en los siglos XVI y XVII.

Retirado de todo camino, en medio de un campo solitario y baldío, estaba este prado maldito cercado de jarales, de chaparros y de tamarizes, formando una especie de anfiteatro sin puertas aparentes, pero con unas entradas laberínticas solo conocidas de los iniciados.

No sabemos si Johanes acudió alguna vez al muy famoso aquelarre de Zugarramurdi, pero, él mismo confesó, que había acudido muchos sábados al aquelarre de Viana. Oigamos al mismo Johanes lo que de este aquelarre declaró en Logroño en noviembre de 1610.

«...Alumbrados por la luz pálida de la luna, ve-

nían a este prado del cabrón, por los cuatro puntos cardinales del horizonte, nutridos grupos de brujas y hechiceros. Todos venían por los aires: cual, montado sobre un chivo; cual, sobre el mango de una escoba; ésta, sobre una sierpe alada, de ojos brillantes y monstruosas proporciones; aquella, encima de un murciélago gigante; unas sobre buhos, otras, sobre esqueletos de animales:...

«Al llegar se saludan con gritos chillones y ahullidos espantosos y una carcajada metálica y estridente se hace general».

«Poco después de las once, llegan los dulzaineros y tamborileros y, tras ellos, un grupo de niños con un gallo, que atado de la pata, ha de colocarse en el tamariz más alto a fin de que, con su canto, anuncie la aurora».

«Al punto de las once y media, una detonación espantosa, como de trueno maligno, anuncia la llegada del príncipe infernal: al pasar, todos doblan su cuerpo hasta tocar el suelo con la frente.»

«Siéntase en una silla grande, que a la vez es trono, unas veces dorada, otras, negra como el azabache, con muchos adornos de serpientes y animales emblemáticos. Su cabeza ceñida con corona de cuernos pequeños, dos grandes como de cabrón en el colorido, otro grande al medio de la frente con el cual, ilumina el ambiente más que la luna y menos que el sol; sus ojos son grandes, redondos, muy abiertos, centelleantes y descentrados; la barba como de cabra, el cuerpo y talla, parte como de hombre y parte como de macho cabrío o de sátiro; las manos y brazos como humanos terminados por dedos iguales, con uñas largas como le ave de rapiña; las piernas y pies de chivo. La voz como de rebuzno, desentonada y cavernosa; sus palabras mal pronunciadas; en tono bajo, iracundo y bestempleado; su semblante melancólico y enojado».

«La sesión comienza con adoraciones, que todos rinden al demonio, danzando y dando volteretas delante de él; suena la dulzaina y empiezan las cántigas sacrílegas que duran mientras se verifica la recepción de los iniciados que se dan al diablo, por vez primera, con mil gerigonzas y ritos obscenos. Luego hay las libaciones y un breve baile diabólico, en círculo y con rapidez vertiginosa».

«Al punto de las doce da principio la «misa negra», que no es otra cosa que un remedo infernal, una parodia repugnante del santo Sacrificio de la Misa». (¡Con cuánta razón dijo San Agustín que el diablo es la mona de Dios!).

«Aparecen, saliendo de la espesura del jaral, dos brujos con sendos ciriales de luces bermejas, otro, balanceando un incensario y seis demonios inferiores en figura de chivos negros, llevando el cáliz, la patena, las vinageras, el misal, la palmatoria y un bonete; preparan el altar, al pie de un dosel adornado con lagartos, murciélagos y culebras; y empieza la misa. El diablo oficia, dice el «Credo» (*porque los demonios perdieron, para siempre, la esperanza y la caridad, pero no la fé, «credunt et contremiscunt»*) y recibe las ofrendas, que ordinariamente son sangrientas, pues ofrecen niños recién matados. Sigue a esto un banquete en el cual devoran las ofrendas y termina con un baile voluptuoso y abominable. Después,...» la pluma se avergüenza de copiar tanta iniquidad....

«Al cantar el gallo por primera vez forman un círculo, alrededor del gran macho cabrío, que ocupa el centro del aquelarre, suenan los tamboriles y dulzainas y la danza final no se hace esperar: empieza primero con movimientos lentos, acompasados, sosteniéndose todos uniformemente, ya sobre un pie, ya sobre otro; poco a poco son más violentos los saltos, más rápidas las vueltas; hasta que al fin, aquel

baile sin nombre, se convierte en una especie de torbellino, que causa vértigos por la rapidez con que se gira. Saltos, gritos, tumbos, contorsiones, vueltas; todo es violento, todo horrible a la vista, todo confuso al oído, todo incomprendible... Cuando el gallo canta la segunda vez termina la danza pasando todos, sucesivamente, por detrás del cabrón, besándole debajo de la cola...» (¡¡...!!). (Ya reprendía a



El aquellarre de Viana. (De un grabado antiguo).

la secta de las brujas este repugnante remedo de adoración, Sebastián de Miguel en su «Pneumanología», dirigiéndoles este sarcasmo...», *¡et ilius faetidissimum et turpissimum anum (¡proh pudor!) summa cum reverentia ore sacrilego deosculati estis!*». Menéndez Pelayo se ríe de este acto final del aquelarre.)

«Luego se despide el demonio, mandando hacer todo el mal que puedan a las personas cristianas y aún a las brujas que les hayan ofendido, sobre todo a los recién casados; tomando para ello figuras de perros, gatos, lobos, zorros, aves de rapiña u otros animales, según les convenga; para lo cual no tienen más que untarse con orina de *zarrapo...*».

Al poco rato se remontan por los aires aquellos grupos de histéricas y locos, en procesiones de dos filas, alumbrados por la débil luz del crepúsculo matutino, y desaparecen por los cuatro puntos cardinales precedidos de negros nubarrones...».

Los de Viana dicen que el sol no iluminaba aquel lugar maldito y es cierto, que todavía permanece inculto y estéril, pues en su suelo, de color de azufre pálido, apenas si nace alguna que otra mal oliente estepa.

## XVII

### EL ZAPATERO DE CABREDO

Trasladémonos, por unos momentos, a la sombría villa de Cabredo donde Johanes tenía un discípulo y amigo: el zapatero remendón.

Este pobre industrial, a quien sería de más provecho encerar bien los cabos y asegurar más las medias suelas, se prepara para acudir al aquelarre de Viana.

Es la noche de un sábado. Ha despachado a la

cama a toda su familia y él se queda velando, con pretexto de hincar unas tachuelas y rematar unos cosidos, que no le sería lícito (!! ) hacer al día siguiente.

El reloj de la torre da las once y nuestro zapatero saca de una secreta alacena la redoma de unguento y, después de batido con un hueso de lobo, mientras musita unos ensalmos, va untando, primero sus pies, después el vientre y por último los sobacos: se pone de pie, coge con la mano izquierda una escoba sobre la que monta cual si fuese un ligero caballo y dice:

—«Untados los pies, sobaco y barriga,  
¡¡suba el zapatero, chiminea arriba!!»

y... el remendón sale por la negra chimenea y, cabalgando en su escoba por los tejados y por los campos y por las montañas, llega al prado de Viana al que van acudiendo de una parte y otra, gentes de todo pelo....

Celébrase el «aquelarre» y, formando el consabido *corroncho*, danzan, alrededor del macho cabrío, el último baile, que acaba, como siempre, con el beso asqueroso, pero rubrical e imperscindible, en... *salva sea la parte del chivo*.

Tocóle pasar y besar al zapatero, y en aquel preciso momento hubo un «escape de gas», que perfumó, con perfume, que no era de incienso, la cara del remendón, el cual, con razón sobrada, llevólo muy a mal y concibió en sus adentros una represalia.

Acudió allá el sábado siguiente, pero esta vez llevando la lezna, que más afilada tenía, envainada en piel dura de zorro y bien escondida en su ceñidor encarnado.

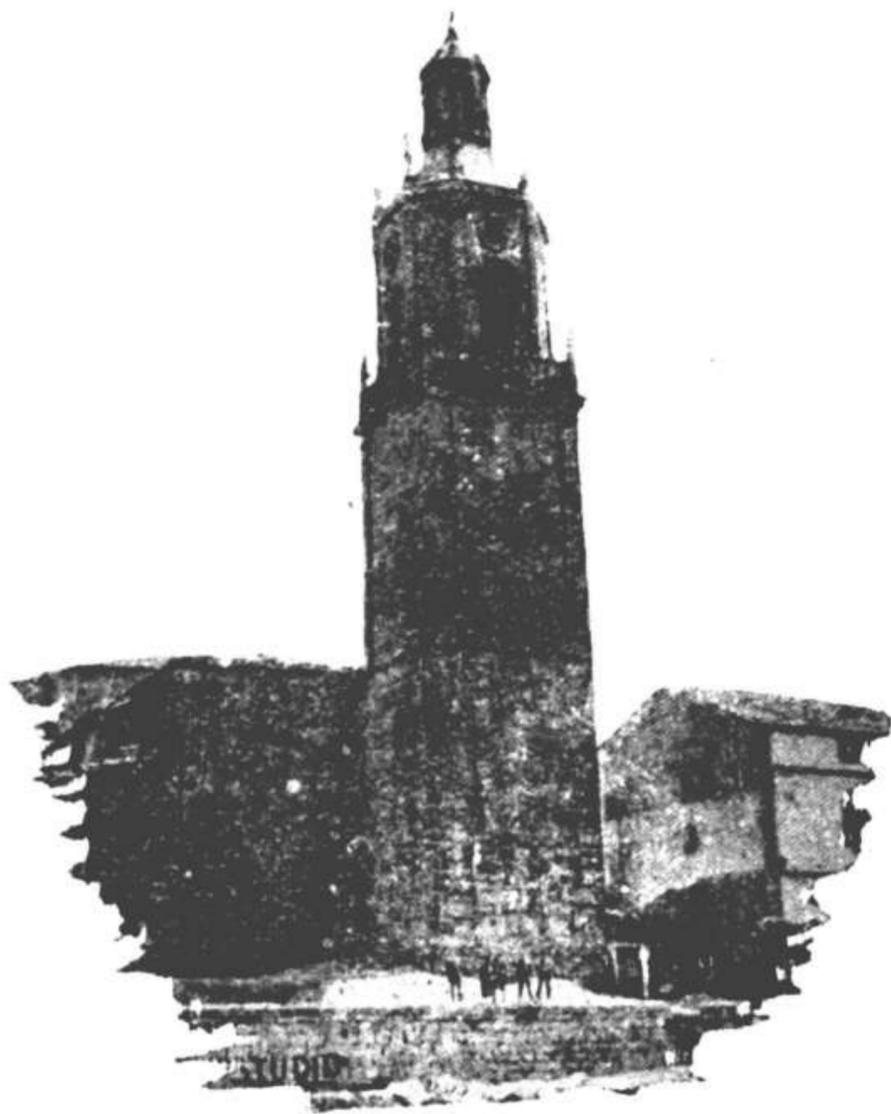
Llegó la danza final y el último beso. Tocóle pasar al zapatero y en lugar de besar, clavó con toda

su fuerza la lezna acerada allá... mismo, donde otras veces aplicara sus labios cariñosos

Pero no contaba el buen hombre con que el chivo era de la piel del diablo auténtica, y, no penetraría mucho la punta del acero, pues el choto, creyendo que labios mal afeitados habían rozado su..., se volvió de repente y dijo:

—¡¡¡Aquesta bruja, que ahora ha besado, traiga el bigote mejor rapado!!!...

Pero el zapatero, al envainar su lezna, la vió manchada de sangre y, para no llevar, con ella, la desgracia a su casa, la arrojó en el campo y no volvió más al aquelarre.



Aguilar de Codés: Torre parroquial, en cuya veleta se cuenta, que descansaban las brujas cuando acudían al aquelarre.

XVIII

DESAPARECE EL CONDE DE AGUILAR

¡Es el demonio como el perro; jamás se sacia su voracidad. ¿Quién ha saciado al perro con los mendrugos de pan de su mesa? Si el hombre se deja arrastrar de las tentaciones del demonio, éste, aún induciéndole a los mayores crímenes, nunca dice ¡basta! ...

Bien probaban este aserto en la candilada, con el siguiente sucedido:

Vivía en la plaza de San Miguel de Viana, en una magnífica casa señorial, el Conde de Aguilar.

Caritativo con los necesitados, veía todos los viernes llenarse, el amplio portal y la regia escalera, de mendigos, que esperaban, bien confiados por cierto, limosna extraordinaria.

Salía el buen conde de sus habitaciones y, por sí mismo, repartía, a manos llenas, cornadillos y maravéses, sueldos fuertes y ducados de plata y, aún florines y luises de oro.

¡Entre los mendigos, se veía indefectiblemente la ciegucecita del arrabal; para ella tenía siempre el conde especial predilección y distinguida limosna; con ella conversaba paternalmente mientras los demás mendigos desaparecían.

Frisaba ya el conde en los sesenta años, y bien convencido estaba de que había entrado en el atardecer de su vida.

—«Pero, vuesa merced—decíale melosa la ciega—debe vivir muchos siglos para hacer el bien.... Ese corazón tan compasivo no debe morir...»

—«Bien sabes, buena Endregoto, ser sentencia de Dios, «que el hombre ha de morir».—«Acuérdate, hombre que eres polvo y...».

—«Sin embargo, señor, Elías no murió y vos no debéis morir...», y un día y otro día, insinuante y halagadora, decíale, «que ella sabía hacer un *ingüento*, que después de muerto le resucitaría inmortal como al *ave Fénix*...»

No sé qué hechizo hiciera la ciegucecica en el anciano venerable.

Una noche el conde convino en bajar a la bodega en donde la ciega le esperaba con algunos de aquellos tranquilizadores y pelaires más de su confianza, a donde también acudió Johanes, para presenciar el prodigio y aprender a hacerlo.

Con gran secreto habían logrado introducir en los sótanos de la casa condal una gran silla de cuero, una redoma grande vacía y otra redoma más pequeña, en la que habían mezclado «manteca de gardacho, sangre de murciélago, huesos de corazón de ciervo, lenguas de víboras, cabezas de codornices, sesos de asno, tela de caballo, mantillo de niño, sogas de ahorcado, flor de yedra, espina de erizo, pie de tejón, granos de helecho, la piedra del nido del águila y un *enemiguillo*».

Bajado que hubo el conde, sentóse en la silla y, al punto de dar las doce, comió una poma, que le ofrecieron, *aspiró un aroma* (¿?), y cayó al suelo sin sentido.

En menos de una hora le descuartizaron, machacaron sus huesos, hiciéronle *tajadillas* y echaron el *picadillo* en la redoma grande.

Vaciaron en ésta la otra redomica y mientras decían sus conjuros y ensalmos revolvían la masa (¡¡!!) con un hueso de lobo: la ciega, animando a todos, repetía entre conjuro y conjuro—¡resucitará, resucitará el conde querido y será después inmortal!...

Johanes no tomó parte en estas operaciones, y... con todos sus pelos de punta y más muerto que vivo,

presenciaba horrorizado esta brujería, que olía de cien leguas a sogas de ahorcado o a humo de la Inquisición.

...Pero cantó el gallo, y, como el conde no resucitase, huyeron todos al arrabal, dejando la redoma en la bodega y llevándose la llave....

Al día siguiente, a la hora de costumbre, el pajecillo rubio entró en la habitación del conde para ayudarle a vestir y fué tan grande como dolorosa su sorpresa al ver la cama vacía y los muebles ordenados como siempre.

Los escuderos buscaronle por toda la ciudad y aún mandaron carta requisitoria a los regidores de otras villas, pero... todo en vano.

Entonces las Justicias acudieron a la casa condal, registraron todos sus rincones y demandando al herrero que rompiese la aldabilla del cerrojo, bajaron las escaleras del sótano-bodega y encontraron, ¡¡qué horror!!, una panzuda redoma llena de restos humanos informes, y a su lado un papel de conjuros, que, en su precipitación, habíanse dejado caer los criminales.

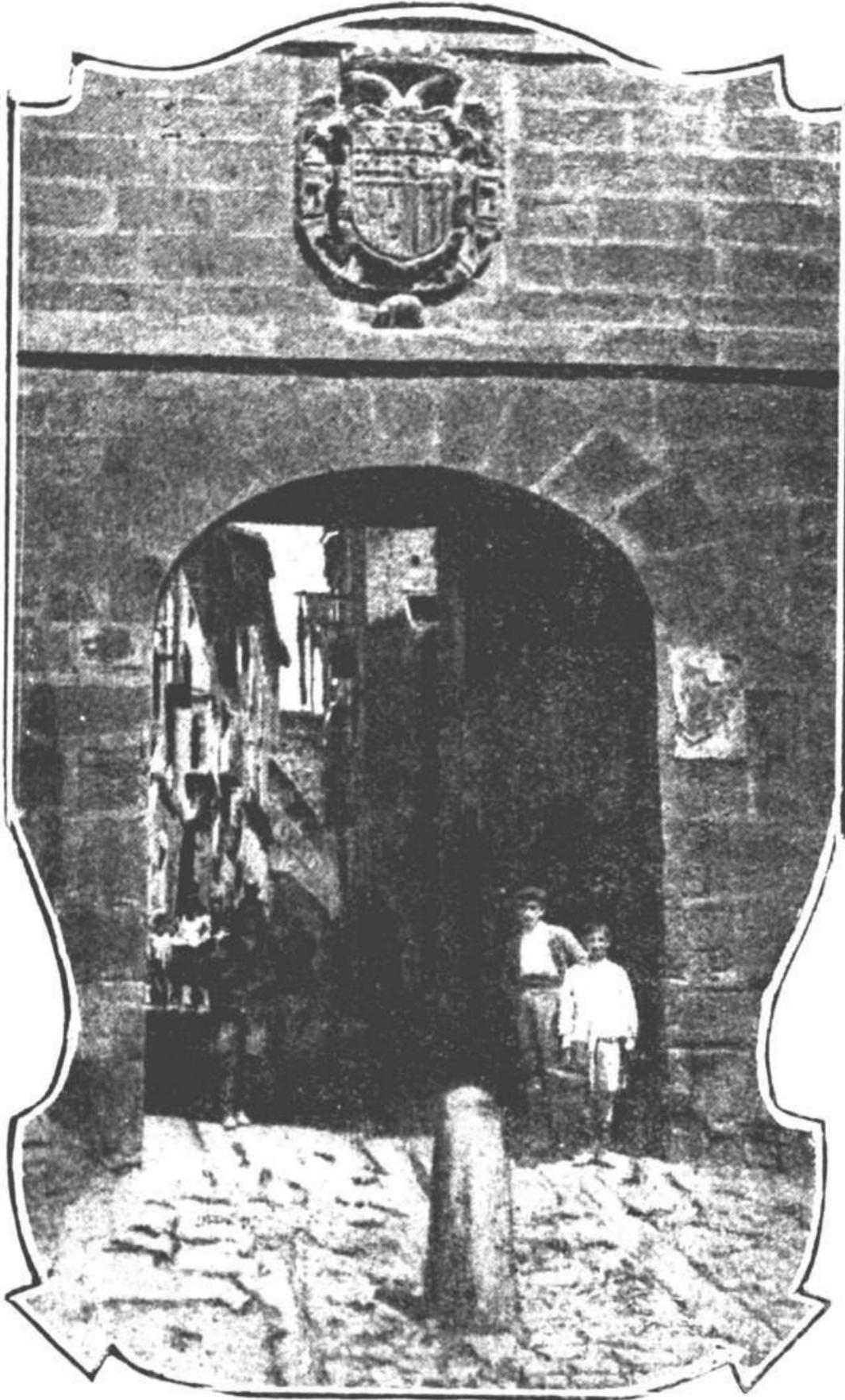
El papel olvidado fué la pista segura.

Acudieron al arrabal y en «*la casa de las brujas*», encontraron reunidos la ciega, los tranquiladores, pelaires y a nuestro Johanes. La ciegucecita no salía de su asombro al ver la ineficacia de los ungüentos y conjuros, que ella creía tan seguros; sus alucinados cooperadores no se atrevían a salir de aquella madriguera; Johanes, desganado y amarillo como un muerto, estaba tendido en el escaño de la cocina....

Los prendieron y examinándolos, todos, menos Endregoto la ciega, confesaron luego lo sucedido.

El Brazo-secular pronto se convenció de que aquel crimen era de la jurisdicción del Santo Oficio y a este Tribunal remitió los reos.

Conducidos a Logroño, fueron encerrados en los calabozos de la Inquisición; los carceleros reconocieron bien pronto a la ciegucecica, que ya otras dos veces había ocupado aquellas celdas oscuras y en dos



Viana: Portal del Rey, por donde salieron los brujos procesados, conducidos a la Inquisición de Logroño.

«autos de fé», había sido llevada, entre dos entumecidos, con un «sambenito» largo, hasta los pies.

## XIX

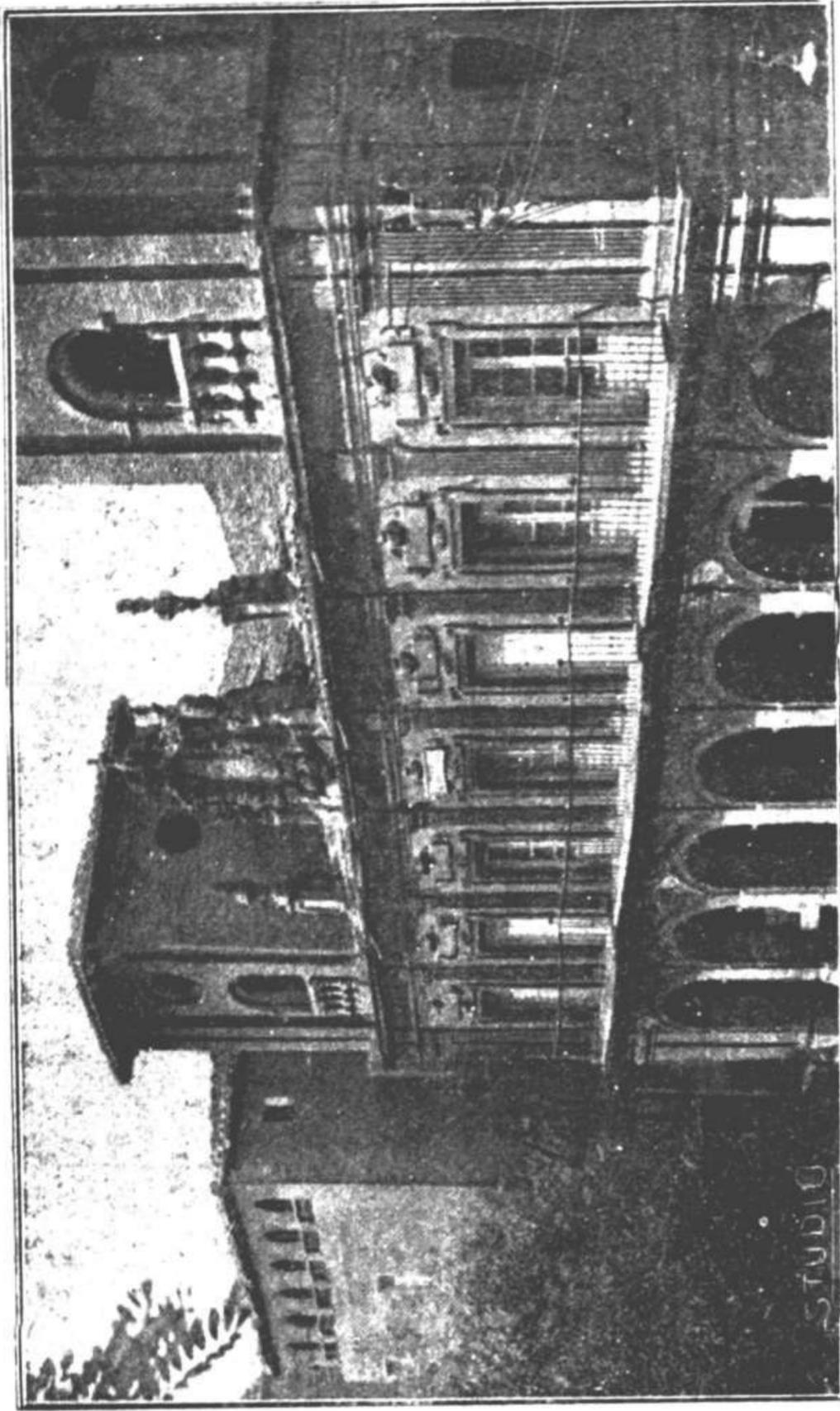
### PROCESO DE LA INQUISICION

El Tribunal del Santo Oficio comenzó el proceso contra los homicidas de Viana y Johanés el de Bargota.

Muy pronto averiguó, por el testimonio de los encarcelados, que la autora principal del crimen nefando, del engaño, envenenamiento y muerte del venerable Conde, fué Endregoto, la ciega obstinada; gravemente culpables, por ser sus cooperadores sus confidentes; y cómplice, pasivo pero temerario, Johanés; pero la ciega continuaba negando impenitente.

En el voluminoso proceso, que precedió al «auto de fe», celebrado en Logroño el año 1610, se encuentra, unida al expediente, esta preciosa y terminante declaración, que he tenido la fortuna de ver y que copio al pie de la letra: «La ciegucecita de Viana condenada al último suplicio, de orden del Santo Tribunal, en esta ciudad de Logroño, no fué castigada por bruja, sino por haber usado de engaños y venenos, haber dado espantosa muerte a un anciano venerable de la nobleza de la ciudad de Viana y porque no hubo diligencia humana, que bastase a hacerla retractar sus errores de superstición y nigromancia, en los cuales se obstinó con tal pertinacia, que mereció ser declarada «hereje formal».

«De esta verdad somos testigos cuantos vivimos agora en Logroño: yo oí todo el proceso, menos algunas cosas, que el público pudor obligó a pasar en claro, que a buen seguro, hubieron de ser pare-



Viana: Magnífico palacio consistorial donde se instruyó el proceso de la ciega y de sus compañeros de brujería.



grinas en atención a las que de menos momento se leyeron».

«Yo noté entonces el mucho pie de plomo con que camina el Tribunal en estos casos, pues no le movieron a la captura de esta mujer más de seis años de declaraciones no interrumpidas. Yo noté su mucho empeño en salvar a esta infeliz, por las cuasi diarias conferencias, que para reducirla iban a tener con ella los hombres más sabios y piadosos de esta ciudad».

«Yo supe que por más de dos meses estuvo trabajando para convencerla, llamado solamente para esto, el venerable Padre Fray Anselmo de Viana, sabio Guardián de los Frailes Menores del Monasterio de San Julián de Piedrola en Campezu; y que después de haber apurado este varón apostólico toda su prodigiosa sabiduría, extraordinaria caridad y singulares recursos, se despidió diciendo:—«Señores: yo no veo otro remedio que entregarla al brazo secular para que, según las leyes civiles, sea quemada».

«Yo oí, después de la ejecución a uno de los que más trabajaron por salvarla, que aún después del Padre Anselmo, fueron consultados cuantos hombres tenían y merecían el primer crédito en esta ciudad, para arbitrar medios de reducirla. Yo estoy cerciorado de que se le aseguró no sería entregada a la Justicia secular para su castigo, si antes de salir por la puerta de la Inquisición, en el mismo día de su auto público, daba señales de arrepentimiento abjurando sus errores».

## XX

### AUTO DE FE EN LOGROÑO

El AUTO DE FE, no era otra cosa que un congreso solemnísimo en que se reconciliaban pública-

mente con la Iglesia los públicos herejes, nigrománticos y hechiceros y se leían las sentencias, que declaraban la inocencia de los reos falsamente acusados. Celebrábanse en la plaza más populosa y frecuentada de la ciudad.

El que se celebró en Logroño los días 7 y 8 de noviembre de 1610, dió auto general de fé a 53 causas; 11 de relajación; 21 de reconciliación y 21 de penitencias a sospechosos y delincuentes.

Entre estas causas estaba la de la ciegucecita, de los pelaires y tranquillos de Viana, la de Johanes el de Bargota, la de 29 brujos de Zugarramurdi y otras menos conocidas.

A casi todos se les había probado, según puede verse en el proceso, que pertenecían a la secta de las brujas.

El solemne auto se celebró de esta manera: Después del pendón morado de la Inquisición iban las cruces y ciriales de las Parroquias y Conventos; las banderas de las Hermandades; interminable procesión en dos filas silenciosas, y detrás los reos, entre los cuales se veían los de Viana, vestidos con túnicas de luto, llevando velas amarillas en la mano, con capetas de esparto sober la cabeza rasurada y montados en asnos con gualdrapas de esparto; detrás de ellos venía Johanes vestido de loba y ferreruelo de luto, con una vela amarilla en la mano y con un «*sambenito*» doble colgado al cuello, en el cual se leía: «*Señor: perdonad al nigromante*». Todos venían con mucha contricción y lágrimas.

En medio de la plaza estaba el altar donde abjuraron sus errores, y un púlpito, desde donde un fraile Dominicó hizo una admirable defensa de la Fe cristiana y leyó las sentencias, entre las cuales nos interesan dos: la de los tranquillos y pelaires, por la que eran condenados «a galeras», y la de Johanes, a

quien se imponía la penitencia de llevar, por espacio de un año el referido «sambenito».

Después el Inquisidor, revestido de ornamentos sagrados, preguntó a los reos: «¿Creéis en Dios Padre, Todopoderoso, Creador del Cielo y de la tierra y Dueño de nuestras ánimas?... ¿Creéis en Jesucristo su único Hijo que nos redimió de la muerte eterna y del demonio?... ¿Creéis en el Espíritu Santo... etcétera?....»

A todas las preguntas contestaron con fe firme y sincera: «Sí creo».... Después de la profesión de Fe que, por ser muy larga no copio, siguieron las letanías de los Santos y por tres veces se repitió al fin: «*Salvos fac servos tuos*»: (Señor: salva a tus siervos); contestando los reos: «*Deus meus, sperantes in te*» (Dios mío: salva a los que esperan en Tí).

A continuación recibieron la absolución de sus pecados y censuras y, reconciliados con la Iglesia, se concluyó el «AUTO DE FE», cantando todos los concurrentes un solemnísimó «TE DEUM».

Los de Viana, fueron llevados por el Brazo secular «a galeras» y nuestro Johanes, contento más que unas pascuas, volvió a su pueblo completamente transformado.

## XXI

### LA CIEGUECITA CONDENADA A LAS LLAMAS

Mas, la desgraciada Endregoto fué condenada al fuego....

La ley número V., cap. «*de Malefactoribus*», decía: «*Ejerciéndose la magia en perjuicio de tercero, el nigromántico debe ser quemado vivo, y en otro caso, castigado, según el prudente arbitrio de juez,*

*v. g., con pena de relegación y hasta con el último suplicio».*

Salió de la cárcel la ciegucecica, camino del Humilladero, sostenidos sus brazos por dos alguaciles.

Al pasar por la capilla del Santo Cristo, la invitaron a entrar en ella unos momentos, como era costumbre hacer con los sentenciados; pero la ciega pérfida rechazó el piadoso ofrecimiento.

Llegados al lugar de la hoguera encontraron la pira de leña ya ardiendo; sus llamas voraces se retorcián en siniestras espirales, mientras producían un ruido como de huracán imponente....

Vendáronla los ojos, y atados sus pies y manos, proferidas por un Religioso las últimas exhortaciones, fué lanzada a la hoguera.... Todos quedaron consternados pero no por mucho rato; un minuto habría pasado, cuando oyeron todos distintamente la voz agonizante de la ciegucecica, que exclamaba en medio de las llamas: ¡¡ Miserere mei Deus secundum magnam misericordiam tuam!! («Señor ten piedad de mi, según tus grandes misericordias»).

Todos se alegraron de esta salvadora transformación: el Religioso volvió a su Monasterio, meditando en las bondades *infinitas* de Dios, y las cenizas de Endregoto fueron enterradas en cementerio sagrado.

## XXII

### ARREPENTIMIENTO DE JOHANES

Cuando Johanes volvió a Bargota no era conocido.

Su cuerpo se había encorvado y sus cabellos se habían vuelto blancos como la nieve de la sierra de Codés. A la sombra de la cárcel y gustando las amarguras del presidio, su cuerpo había envejecido de una manera tan rápida como sorprendente: en cambio, su

alma se había vuelto candorosa como la de un niño.

Cual los del apóstol Pedro, sus ojos se llenaban de lágrimas siempre que el reloj sonaba las doce de la noche y, mucho más, cuando oía cantar el gallo, al rayar de la alborada....

¡Ah!, ¡si él hubiese podido hacer desaparecer todo esto, que le recordaba los nefandos aquelarres!...

Y, ¡qué cambio de costumbres!...

Entre otras prácticas laudabilísimas, que no pudo ocultar al conocimiento de sus convecinos y con las que saludablemente les edificó hasta su muerte, adoptó dos muy santas.

Todas las noches se levantaba antes de las doce y, en la iglesia, con permiso del señor Vicario, doblaba sus rodillas a la primera campanada de la medianoche y, en esta postura penitente, rezaba los salmos penitenciales, las letanías de los Santos y otras preces, hasta el segundo canto del gallo en que volvía al descanso....

Todos los pordioseros, que llegaban a Bargota se hospedaban en su casa; y si, por la tarde, veía pasar alguno de largo, salíale al encuentro y repetía cariñoso la sagrada frase de los discípulos de Emaús: —«¡¡Quedáos conmigo, buen hombre, que os va a anochecer!!»....

Los subía a su cocina; los calentaba si llegaban fríos; los secaba, si mojados; los limpiaba, si manchados; los curaba, si enfermos; los alimentaba, si hambrientos; y siempre los consolaba, los instruía, los evangelizaba....

Al día siguiente de volver a Bargota, llamó a su casa al Vicario y entrególe todos los libros, manuscritos e instrumentos de magia y prestidigitación, con que el anciano sacerdote hizo una hoguera parecida a las de la Inquisición. Rióse mucho al ver tanto chirimbolo colocados con exquisito orden en una rica

estantería; y para que el lector ría con el Abad, le hago gracia de presentarle el catálogo, que es el siguiente:

«Dos cabezas de goma, primorosamente pintadas y de un acabado parecido a la auténtica de Johanes».

«Cuatro cuernos: dos gigantescos y otros dos de medida ordinaria».

«Dos trozos de cristal: uno esférico y otro plano».

«Cuatro planchas de estaño y en cada una de ellas, tres rollos o círculos con letras y caracteres desconocidos».

«Un canuto de azafrán».

«Un haz de helechos».

«Varios tarros de cristal llenos de unguentos».

«Cuatro redomas: dos de cristal y dos de ambel».

«Una bolsa de avellanas, llenas de azogue, tapadas con cera».

«Un sudario de difuntos».

«Cuatro docenas de pomitos con pinturas de todos los matices».

«Cola de caballo».

«Cañas de distintos diámetros».

«Un montón de guano».

«Muchos espejuelos».

«Un libro: *De la semblanza de todos los hombres*».

«Otro: «Los Infantes de Lara Encantados».

«Otro: «Clavícula Salomonis».

«Otro: «Quiromancia y Demonología».

«Otro: «La Trapesonda».

«Otro: «Para conseguir todo lo que se quiera».

«La Magia: tres tomos».

«Fascinología o Tratado de Aojamiento», por don Enrique de Villena (abuelo del condiscípulo de Johanes), en una de cuyas páginas, abierta al azar, dice lo siguiente: «*E la cabeza e totalitat de las vedadas ciencias es la magia, de la cual, salieron cuatro prin-*

*principales que son: mathetática, prestigio, maleficio, ecan-  
tación, De matemáticas salieron nueve que son: ydro-  
mancia, piromancia, geomancia, spatulmancia, fulgura-  
ria, ciromancia, tremularia, sonorítica, y auspicium.*

*«De prestigio salieron seys: absconsoria, pulsoria,  
congregatoria, trasformaria, pasionaria, ludyvia. De  
maleficio salieron dies que son: mediaria, sopniaria,  
etcétera....».*

Y no copio más porque me parece oír al lector:—  
«esto basta y sobra para trastornar los sesos, no ya  
de Johanes, sino del más cuerdo del universo...».



Bargota: Campanario e iglesia parroquial

## XXIII

### SU MUERTE Y TESTAMENTO

Pasaron cinco años después de los sucesos de Vianna y Johanes pasaba ya de los sesenta y cinco años, cuando le sobrevino grave dolencia, que le hizo conocer su cercana muerte.

Al recibir el Santo Viático, además de la solemne protestación de Fe del ritual, quiso abjurar nueva-

mente sus antiguos errores y lo hizo como el día del «auto de Fe», con contricción y llanto.

Llamó alrededor de su cama a todos los vecinos de la calle de Joán Lobo y, pidiéndoles perdón de los malos ejemplos, que les había dado, les exhortó a despreciar y tener por nada (como efectivamente son) los agüeros, magias y hechicerías: a que no mandaran a sus hijos inconscientemente a las universidades o centros sospechosos; y lo hizo tan tiernamente, con acento tan dulce y conmovedor, que todos lloraban y regaban su mano con las lágrimas, al besársela, despidiéndose de él hasta el valle de Josafat....

Al día siguiente entregó plácidamente su alma al Señor.

Caliente aún su cadáver, se abrió el testamento para saber de su sepultura y entierro. En pocas cláusulas estaba contenida su última voluntad. «Es mi postrero y firme deseo, «decía», que los pobres de la villa de Bargota sean los herederos de mis bienes, según el parecer y disposición del señor Abad de la Parroquia».

«Ytem: es mi voluntad que todos mis deudores sean perdonados para que Dios perdone las deudas de sus pecados a la mía ánima».

«Ytem: mando la casa, que habité con sus huertos del barranco de Santa Lucía a la nuestra Cofradía del Smmo. Sacramento por siempre jamás».

Cuando las campanas de Bargota, con sonido acompañado y tembloroso anunciaron su muerte, dícese que las campanas de Santa María de Viana, movidas por espíritus invisibles, también doblaron «a muerto». El duelo por Johanes fué general en la comarca....

. . . . .  
La candilada, en que escuché esta patética relación, concluyó, bien lo recuerdo, con el llanto callado pero general de las hilanderas. La viejecita vecina al candil atizó su torcida, esta vez también *sin amparo de*

*falta*, y dijo, con voz entrecortada: ¿queréis que re-  
cemos por su alma?....

Aquella candilada, la última, que yo presencié, con-  
cluyó con el rezo del santo Rosario....

## XXIV

### SE CIERRA ESTA RELACION CON UN MI- NUTO DE FILOSOFIA

La brujería, que no fué otra cosa, sino una secta o religión satánica con sus reuniones o asambleas, y sus ritos y ceremonias, existió en todos los tiempos, desde la antigüedad más remota: y ¡cosa singular!, las mujeres se han entregado a ella siempre, mucho más que los hombres: pero como antes del cristianismo se sabía menos del diablo y de sus males artes, no siempre se tomaba en mala parte el oficio de bruja y hasta se llegó a sublimar y a divinizar a las mujeres que ejercieron estas artes, llamándolas hadas, ninfas, sibilas y magas.

Su causa no fué otra que la afición desmedida y desordenada a las ciencias ocultas, entendiéndose por tales, todo aquel saber adquirido o que se supone adquirido, iniciándose en misterios, entrando en congregaciones secretas, o poniéndose en relación con seres sobrenaturales, que la imaginación finge, o en que hace creer la doctrina de ciertas sectas, en las cuales, Dios puede permitir la intervención de los malos espíritus, para sus altos e inescrutables fines.

El estudio de estas ciencias, aunque se las suponga vanas y mentirosas, tiene una suma importancia como examen histórico y psicológico de las aberraciones del espíritu humano, de la degeneración y extravío del sentimiento religioso, de las ansias del alma por lo sobrenatural, (prueba clarísima de su inmortalidad).

dad) y de la historia, usos y costumbres de pasadas épocas.

Este estudio ha creado el folklorismo; y, como en él se retrata la psicología de las sociedades, de los pueblos y de los individuos, de aquí la gran importancia del Folklore como auxiliar valioso de la historia.

. . . . .  
No todo lo que entre el vulgo se cuenta de brujos y brujas es cierto, pero no todo se puede negar; pues los procesos del Santo Oficio, contra la brujería, son bien conocidos; y aquel Tribunal no juzgó y sentenció a ciegas, sino con fundamento y con gran provecho de la sociedad.

Y no son antiguallas de tiempos oscuros; todavía, en 1718, quemaron en Burdeos a un brujo; en Alemania a una bruja, en 1751; en Suiza a otra, en 1781, y en este mismo año, tuvo lugar en Sevilla, el último «Auto de Fe», -en el cual, ahorcaron a la célebre «*beata falsa*», llamada Dolores, «*cuyo cadáver fué quemado a vista y para escarmiento de todos*». Acerca de su brujería se contaron y escribieron cosas terribles y cosas extrañas y chistosas. Había convertido a un hombre en gallo y ella misma había adquirido ciertas propiedades de la gallina, pues ponía huevos en abundancia y, vendiéndolos, ganaba buenos dineros. Esto se descubrió, cuenta Antonio de Latour, porque vino un criado a comprar huevos y, atisvando por la cerradura de una puerta vió que la falsa beata abría una alacena y bebía con deleite algunas gotas de un licor, que un frasco contenía; el pícaro criado entró, cuando se fué la beata, y como le agradase el licor, bebió varios tragos. Volvió la beata trayéndole los huevos frescos y recién puestos. El criado se fué con ellos a casa de su amo, pero apenas llegó, como no estaba aún acostumbrado, sintió dolorosos retorcijones de tripas. ¡Cuán grandes

no serían su sorpresa y su pasmo cuando vió que puso un huevo! Pero pronto se estremeció de susto, porque tanto había bebido, que no cesaba de ponerlos, sin poder contener tan extravagante fecundidad....

Así vino a convertirse la brujería en algo cómico, pero en realidad, fué un delirio y una superstición, que produjo inmensos males en la sociedad e innumerables víctimas, sobre todo, en el extranjero.

Sobre esto, las opiniones de los teólogos católicos se han dividido en tres escuelas:: unos creen que todos los delitos y hechos, que se refieren, son solo efectos de medios naturales, sin que el demonio intervenga, sino es por la sugestión o tentación: otros suponen que de veras interviene pacto con el demonio; pero que no van a congregaciones aunque piensan ir; ni se trasportan de un sitio a otro, aunque crean hacerlo; ni hacen lo que refieren, aunque lo tienen por muy cierto; consistiendo todo en que los ungüentos les producen sueño y el demonio, en virtud del pacto, les representa en la imaginación mientras duermen, todo lo que, después de despertarse, creen haberles sucedido.

La tercera opinión cree que todo es efectivo; que todo es producto de la fuerza del pacto, conforme cuentan los testigos y confiesan los reos, mediante permiso de Dios al demonio por uno de sus altísimos y desconocidos juicios.

Dejamos a la discreción del lector escoger una u otra escuela, pues ninguna de las tres condena la Iglesia; pero queremos dejar bien sentado::

1.º Que ni los espíritus infernales ni los hombres pueden inducirnos necesariamente al mal contra nuestra voluntad.

2.º Que no pueden hacernos daño alguno ni en el alma, ni en el cuerpo, ni en los bienes sin el consentimiento divino.

3.º Que la amistad del alma con Dios, por la

divina gracia, es ariete inexpugnable contra toda tentación, sugestión o maleficio, y

4.º Que solo Dios tiene poderío sobre el hombre y que éste siempre es libre en sus actos.

Por lo que concluimos con San Pedro Pascual, Obispo de Jaén, «Sy assy fuese como los sabios ministros disen, que el ome non avie en sí poderío nin alveldrío de faser bien nin mal, daban a entender los dichos sabios que de todas las criaturas, que Dios crió, non avie creatura más menguada como el ome. E Dios mesmo non quiso haber poderío sobre el ome para le faser por fuerza seer bueno o malo...». «Pues ¿quanto menos querrie non darle poderío a ningun planeta, nin ora, nin signo, nin fada, nin ninguna cosa de las sobredichas, que oviese poderío nin señorio sobre el ome?...

FIN



# INDICE

---

## I

### LA BATALLA DE RONCESVALLES

	<u>Páginas</u>
A guisa de prólogo . . . . .	5
El escenario . . . . .	17
De Francia a Roncesvalles: El camino antiguo . . . . .	19
El camino moderno . . . . .	20
De Pamplona a Roncesvalles . . . . .	23
La batalla . . . . .	31
Vasconia y los Estados fronterizos . . . . .	35
El Ducado de Vasconia . . . . .	36
Reino de los Astures . . . . .	37
Jacetania . . . . .	37
La Marca Hispánica . . . . .	35
Aquitania . . . . .	38
La Bretaña . . . . .	39
Eran Jejes de estos Estados..... De Vasconia . . . . .	41
En Asturias... . . . .	42
En Jacetania.... . . . .	42
En el Emirato de Córdoba... . . . .	42
En Aquitania.... . . . .	43
La historia. De Sajonia a Zaragoza . . . . .	45
Vuelta de Carlo Magno a su Reino. . . . .	53
Los Vascones y solos los Vascones derrotaron a Carlomagno . . . . .	60
Por fin... ¿cuál es el lugar de la derrota? . . . . .	66
La leyenda de Bedier. . . . .	66
¡¡Paso a la Historia!! . . . . .	67
El sitio de Roncesvalles donde cayeron las legiones francas ¿cuál es? . . . . .	71
La leyenda en la noche del 15 de agosto . . . . .	76



	<u>Páginas</u>
Carlo Magno . . . . .	78
Y... Roldán ¿quién era?... . . . .	83
Roldán histórico . . . . .	83
Roldán legendario. . . . .	89
La segunda batalla y derrota de los Francos en Roncesvalles. . . . .	96
La batalla de Roncesvalles según la leyenda. . . . .	104
El canto de Atzobiskar . . . . .	117
Atzo-bizkarko Kantua . . . . .	120
Música del «Canto de Atzobiskar». . . . .	122
Algo de crítica histórica . . . . .	123
Fábula dentro de la leyenda. . . . .	124
Bernardo del Carpio . . . . .	124
Marsilio el rey moro . . . . .	127
Turpín el santo arzobispo de Reims . . . . .	132
Oliveros Par de los Francos. . . . .	135
<i>Apéndices:</i> 1.º Textos originales de Eginhardo secretario y biógrafo del emperador Carlo Magno, según D. Bouquet, acerca de la primera derrota de Roncesvalles. . . . .	140
Traducción . . . . .	141
2.º Anales de Aniano . . . . .	142
Traducción . . . . .	142
3.º Textos originales de Eginhardo y del Astrónomo acerca de la segunda derrota de los Francos en los montes de Cisa en Roncesvalles . . . . .	142
Traducción . . . . .	143
4.º «Chanson de Rolands» (traducción).. . . . .	144
I. Solemne asamblea y singular desafío . . . . .	144
II. Muerte de Roldán : : : : : . . . . .	149
III. Las represalias . . . . .	163
5.º «Le Cor» (la trompa) de Alfred de Vigny (traducción). . . . .	170
6.º Árboles genealógicos de los duques de Aquitania y de Vasconia según Jaurgain . . . . .	173
7.º Copia de la genealogía de los Reyes de Navarra por Alfonso X el Sabio . . . . .	175
8.º Genealogías de los reyes de Navarra del precioso Códice de Meyá . . . . .	175
2.ª Genealogía . . . . .	177
Conclusiones y consecuencias . . . . .	180

9.º Texto del Arzobispo don Rodrigo Ximénez de Rada acerca del rey primero de Navarra . . . . .	184
Traducción . . . . .	184

II

EL BRUJO DE BARGOTA

Nigromántico navarro, auténtico, pero desconocido. . . . .	187
Las candiladas . . . . .	188
Linaje de Johanes y casa donde nació . . . . .	193
Sus estudios en Salamanca . . . . .	195
Casa donde vivió . . . . .	199
La vida de Johanes en Bargota . . . . .	202
Sus relaciones con Juan Lobo . . . . .	209
Su viaje a Madrid . . . . .	215
Encima de la plaza de toros . . . . .	218
Su viaje a las fiestas de San Fermín de Pamplona . . . . .	220
Excursiones a los pueblos circunvecinos . . . . .	223
En Viana . . . . .	228
Camino de Aras . . . . .	232
Virtudes de Johanes. — 1.º Su caridad . . . . .	234
Su fidelidad: Juan sin sombra . . . . .	236
Relaciones de Johanes con la ciegucecita de Viana . . . . .	237
El aquelarre de Viana, . . . . .	240
El zapatero de Cabredo . . . . .	244
Desaparece el Conde de Aguilar . . . . .	247
Proceso de la Inquisición . . . . .	251
«Auto de Fe» en Logroño . . . . .	253
La ciegucecita condenada a las llamas . . . . .	255
Arrepentimiento de Johanes. . . . .	256
Su muerte y testamento . . . . .	259
Se cierra esta narración con un minuto de filosofía . . . . .	261



Acabóse de imprimir la primera edición de esta obra *La Batalla de Roncevalles y El Brujo de Barga*, el día 10 de Agosto de 1929 en la editorial "La Acción Social," de Pamplona







